



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

UC-NRLF

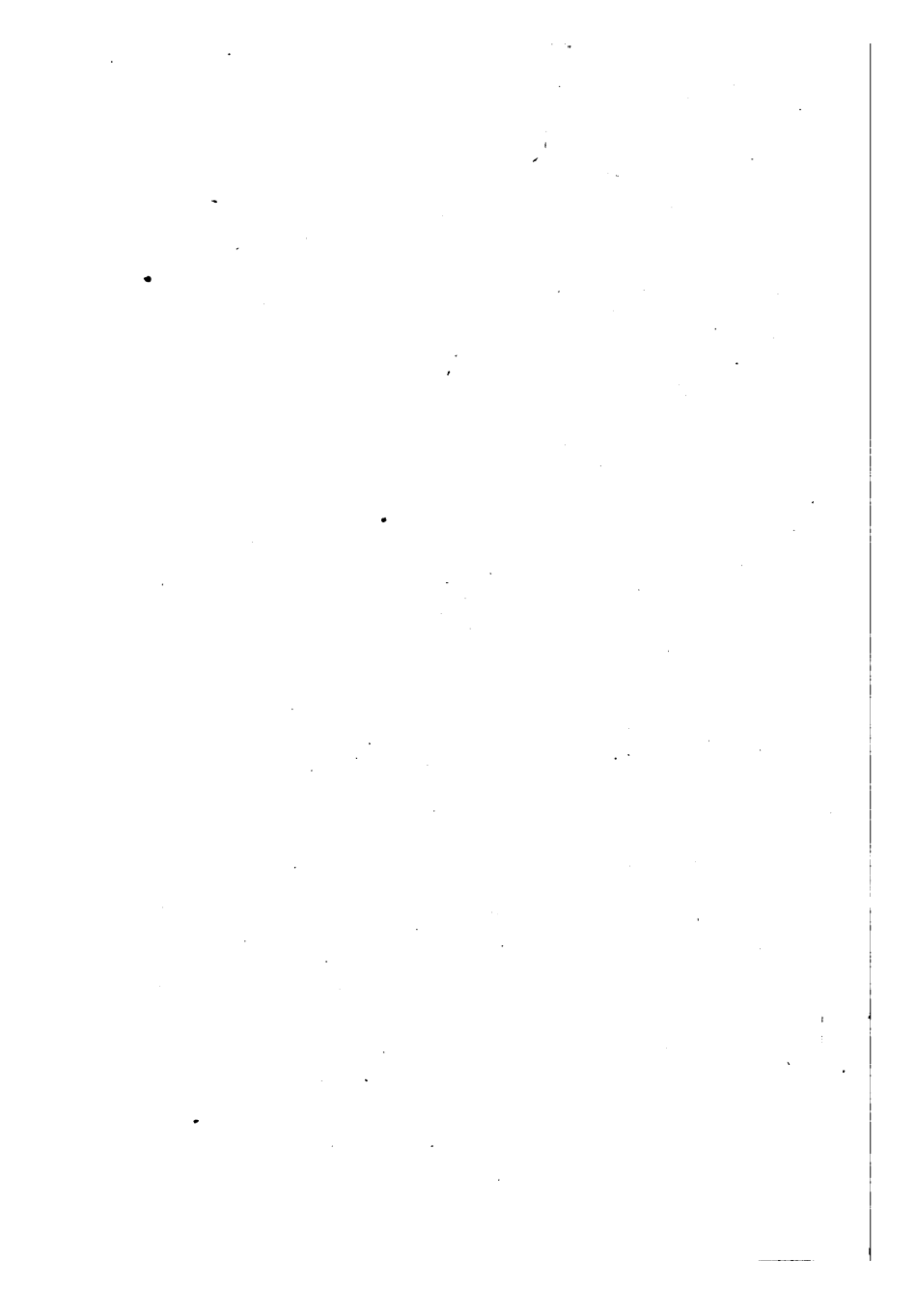


\$B 190 911



WELBY
LIBRARY
BENTLEY OF
MICHIGAN





LOS SUCECOS DEL 4 DE FEBRERO

En la Capital Federal

EL ARSENAL DE GUERRA

Y EL FRACASO DE LA REVOLUCIÓN

El Consejo de Guerra Especial

LAS COSAS EN SU LUGAR

Alcaz de la Guerra



BUENOS AIRES

IMPRESA F. MENA - SANTA FE 2674

1907

PRESERVATION
COPY ADDED
ORIGINAL TO BE
RETAINED

MAR 1 8 1993

F2847

B3

*Este libro es propiedad exclusiva del que
suscribe y será perseguido por la ley
todo aquel que lo reimprimiere sin
autorización.*

Firma:

P. Curzo

1870-1871

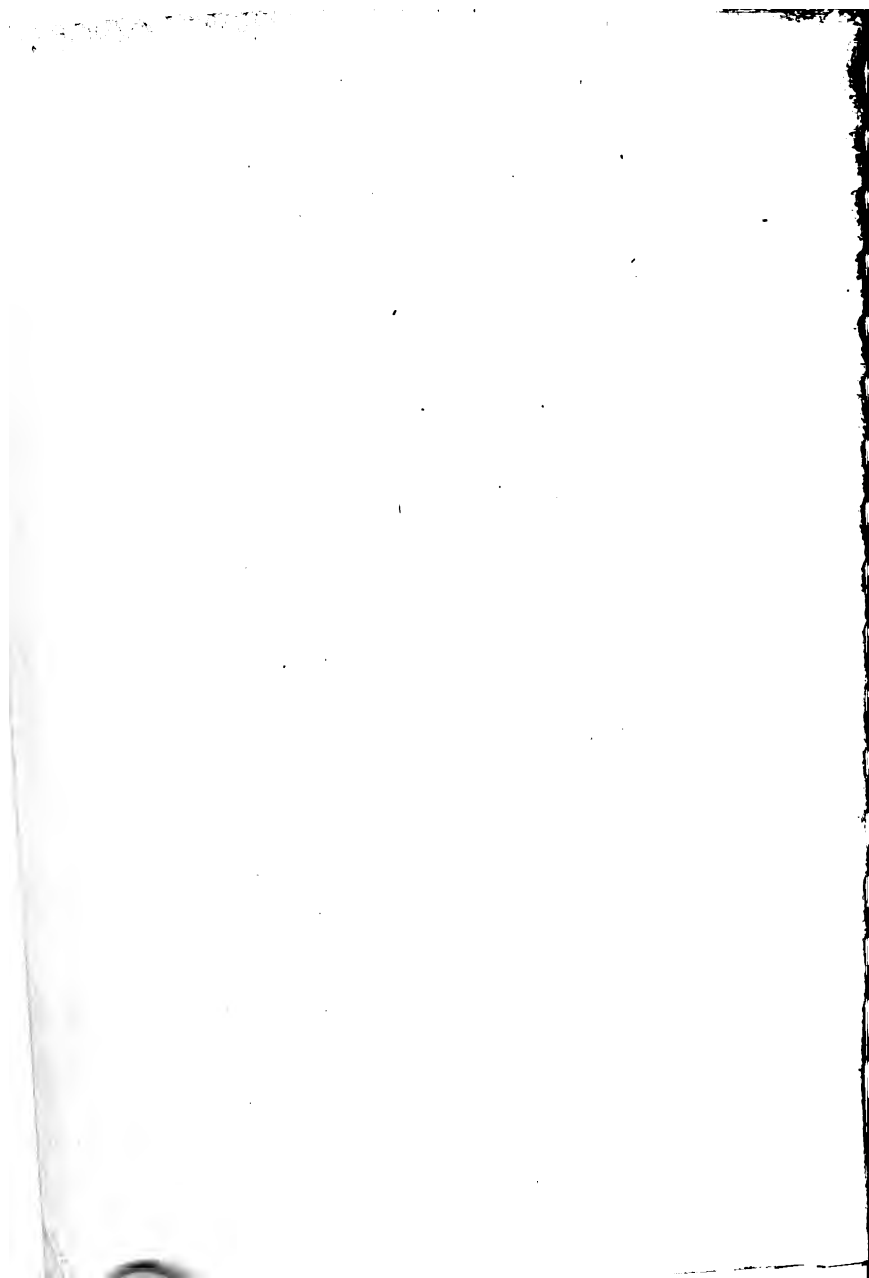
PRÓLOGO

Publico este folleto por causas que el lector conocerá desde sus primeras páginas á medida que lo lea; y para que sirva de recuerdo á los que quedan y de enseñanza á los que vienen.

Las innumerables incógnitas que contiene el presente texto, las despejaré en un segundo tomo que llevará por título «Los canallas sin careta»; y que alguien se encargará de darlo á la publicidad el día que la luz de mis ojos se apague para siempre.

Rosa Burgo

Capitan de Infanteria retirado



MIÉRCOLES 4 DE JULIO DE 1906

CAMPAÑA DE SENSACIÓN

Revelaciones Graves

DESCORRIENDO EL VELO

LOS SUCESOS DEL 4 DE FEBRERO

LUZ PARA LA NACION ENTERA

DOCUMENTO PARA LA HISTORIA

I

Se ha hablado por todos los diaros, grandes y chicos, de mayor y escasa circulación de la República, de los sucesos del 4 de Febrero.

Se ha hablado mucho y en lo mucho que se ha hablado no se ha hecho la luz que el pueblo pedía en derredor de uno de los más salientes acontecimientos de nuestra patria, de cuarenta años acá.

Artículos enderezados á condenar la rebelión, partes oficiales explicando el estado de la capital de la república la noche de los sucesos, cosas de bulto, de mucho bulto es cierto que se han

escrito y publicado, pero la verdad, la verdad de lo que se relaciona con este suceso no la conoce nadie, así como suena.

Ahora, porque "La Reforma" la va á entregar á la publicidad, se va á saber lo que tanto empeño se ha puesto en que no se sepa.

¿Quién ó quienes han sido los mas interesados en que no salga á la superficie la historia de lo que pasó en el arsenal de Guerra?

Pronto, mañana, que se abrirá la campaña de sensación, se empezará á conocer, hasta en sus más insignificantes detalles, el fondo de este relato, si sencillo por la forma en que está hecho, terrible por la copiosa revelación de cargos que se desprende de la narración.

A nadie se acusa, y todos ó casi todos aparecen acusados, por la manera que está hecha la exposición, atado el nudo y preparado el desenlace, al que se llega despertando en el ánimo del lector un interés de capítulo en capítulo creciente.

Nada se ha entregado al juicio público que contenga la gravedad del relato á que nos contraemos: ningún asunto de sensación se á vestido con un ropaje más interesante, por la sencillez, como decimos, del estilo, y por la novedad que dentro de una cuestión que es del dominio público contiene.

II

Descorremos, pues, el velo, desde el punto de vista de informar acerca del asunto que se trata; pero el velo que ocultaba la verdad sobre los sucesos tan traídos y llevados, lo descorrerá el autor del relato, llevando á conocimiento del monstruo insaciable, por otro nombre opinión pública, casos y casos que causarán estupefacción.

Van á hablar hasta los mudos hasta la esfinge va á decir algo y aún algo, tan no esperadas son las revelaciones que el relataste de los sucesos del 4 de febrero va á hacer.

El país va á enterarse desde el principio al fin de todo lo que ha pasado, tanto la noche de los sucesos, cuanto en el con-

sejo de guerra.

Van á desfilar, sin ser nombrados, unas veces, otras con sus nombres, muchos de los salientes personajes que intervinieron en el movimiento y después de él:

Es, como manifestamos, al relato de más sensación que ha visto la luz pública en la prensa argentina en estos últimos ocho lustros.

Valor, un valor muy grande, acusa el relatante, resolviéndose á revelar la verdad sobre estos sucesos.

Va en ello su honor de militar y de caballero, que se ha pretendido manchar con imputaciones que no puede, que no debe dejar en pié.

Pronto, pues, aparecerán en escena cuantos de cerca ó de lejos se hallan obligados á hablar, para poner las cosas en su punto y levantar el cargo que pesa sobre quien no es merecedor de un juicio infamante.

III

Se entrega á la publicidad este relato á modo de luz, para la nación entera, como un documento para la historia, á fin de que toda el alma argentina otorgue al juicio severo de una condenación terrible contra los que desde la encrucilada y en la sombra conciben movimientos subversivos enderezados sólo al encubramiento de los preparadores de las rebeliones.

Todo el país pues, tiene el deber de enterarse de esta campaña, que es como decimos, una campaña de revelaciones graves de luz, de mucha luz sobre una página de la historia de nuestras luchas civiles, que nadie conoce.

A cada capítulo de este relato sobre los sucesos del 4 de febrero acompañará un artículo de fondo, todos los días, de «La Reforma,» comentando lo que juzguemos digno del comentario.

Una vez más se convencerá la opinión sana de que «La Reforma» es el único diario que acomete campañas por la salud pública.

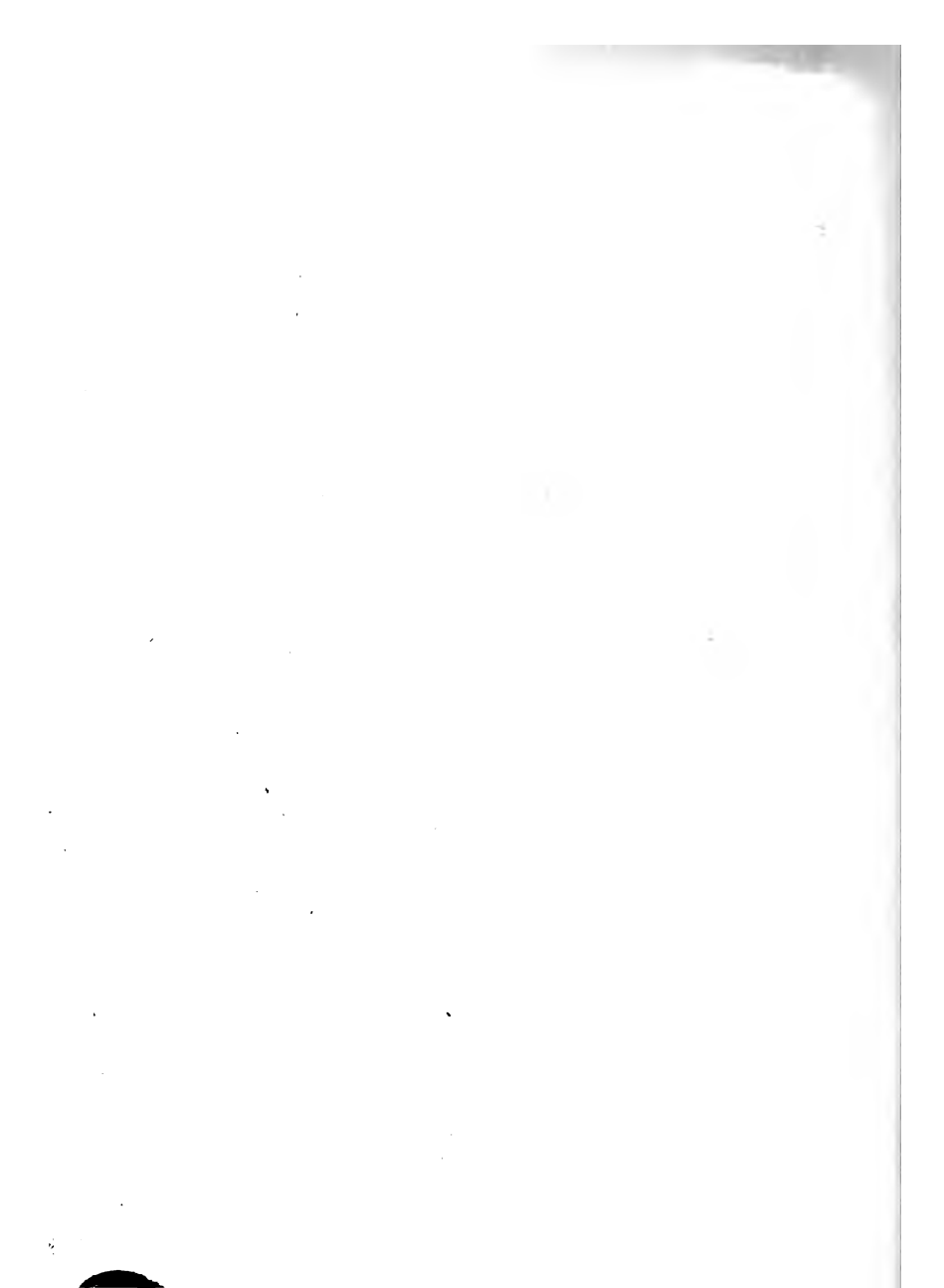
Hasta mañana, pues, que dará comienzo la revelación sobre los sucesos del 4 de febrero.





PRIMERA PARTE





Ciudad, 4 de Julio de 1906.

Señor doctor Lino F. Cardenas, Director de LA REFORMA,

Presente.

Honorable Señor: Remito á usted doscientas cuartillas, conteniendo la historia exacta de los sucesos del 4 de Febrero.

Es un trabajo desnudo de mérito, como mio, pero con él ilustre el juicio público, extraviado con las patrañas que se han propalado acerca de este movimiento.

Mi firma la entregaré al final de esta narración, es decir, cuando el pais entero esté penetrado de lo que se esconde en en esta página por pocos conocida de nuestros trastornos politicos,

Entrego este documento de sensación á «LA REFORMA» porque, como diario del pueblo es, hoy por hoy, el que ha dicho y hablado la verdad sin ambajes ni rodeos.

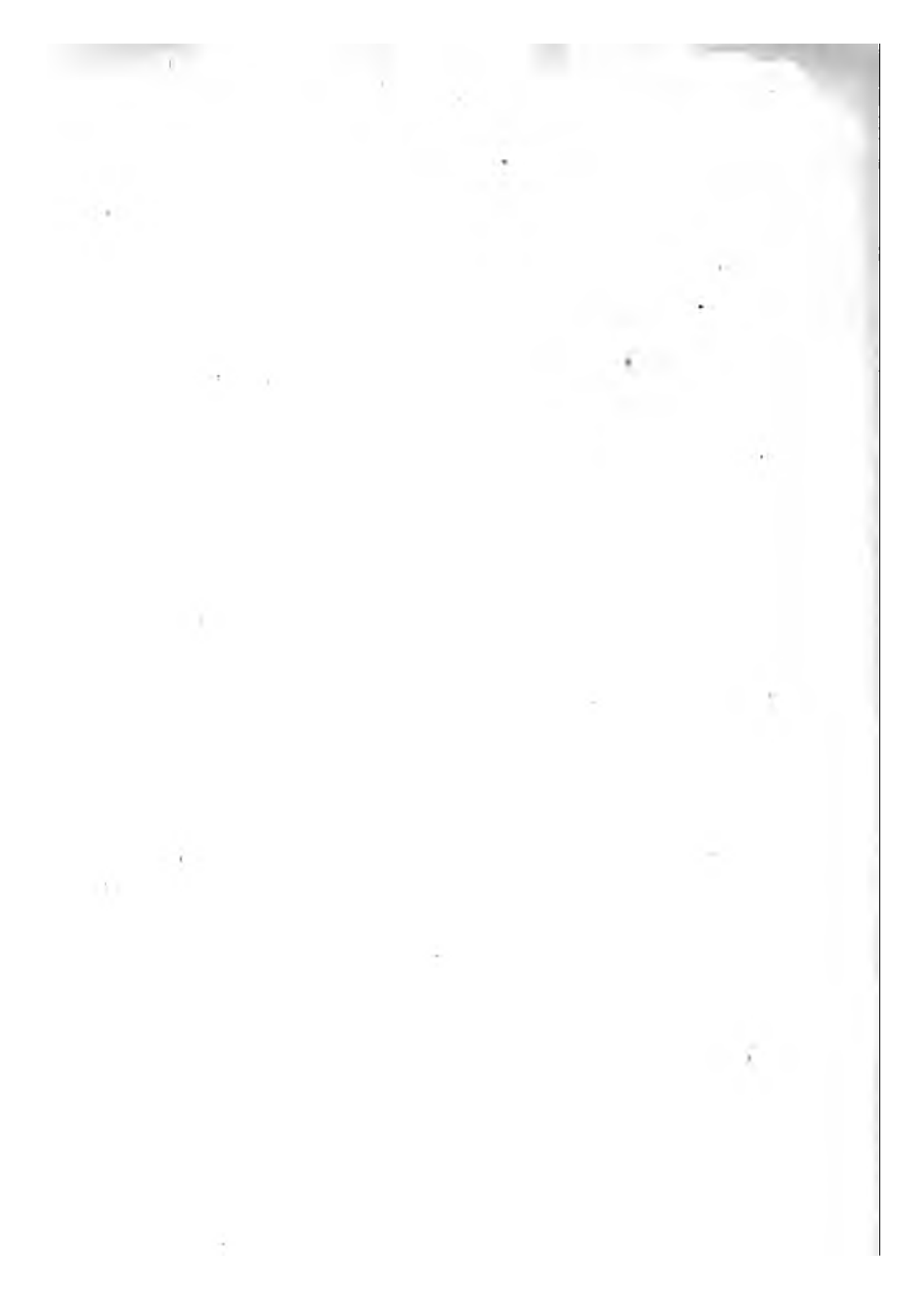
Comprendo que revelaciones de la naturaleza de las que voy á entregar á la publicidad habran de levantar polvareda, pero nadie tiene derecho á exacerbarse. ni al principio ni al final del relato, porque él es la expresión fiel de lo que ha pasado, y es justo de toda justicia que se le permita al que tiene materia, y materia abundante, para narrar los sucesos tal cual acaecieron, que hable el noble lenguaje de la sinceridad, tan poco cultivado entre nosotros,

Alta la frente, sereno el espiritu, tranquila la conciencia, cierto de que escribo para la posteridad, pongo en sus manos este documento revelador de cosas hasta hoy por nadie conocidas.

Por nada ni por nadie suspenda esta campaña, enderezada á reivindicarme y á hacer luz en extremos importantes que no deben quedar en el misterio

Le saluda atentamente:

EL RELATANTE



Hombres, cosas, lugar, tiempo y medios

DOS PALABRAS

Juzgo necesario preceder de algunas palabras esta narración.

Propóngome destruir una red llena de nudos, urdida por hábiles pescadores, y para llegar al fin que persigo necesito moverme dentro de la mayor libertad y ser minucioso hasta la prolijidad, deteniéndome aún en el más insignificante detalle, para dejar las cosas en su punto y restablecer la verdad de modo que lo que voy á referir se vea tan claro como la luz meridiana.

Si alguien se atreviese á desmentirme ó sostuviese lo publicado en algunos diarios de la capital con los títulos de: **EL ARSENAL DE GUERRA, LA VERDAD DE LOS HECHOS**, etc. etc. demostraría que tiene manifiesto interés en que esta página triste de los sucesos á que me contraigo no salga de los límites en que quieren no pocos que quede encerrada.

Probaria, pues todo, menos que le asista razón para destruir mis abrumadores cargos, nacidos de los mismos sucesos, con sujeción á la verdad.

Muchos son los que, valiendome de una expresión vulgar, la noche de los sucesos perdieron los estribos, y uno solo - el autor de esta narración - el caído; y harto sabido es que, del árbol caído todós hacen leña.

Sirvan, pues, estos plumazos aguisa de introducción á lo

que paso á decir, para ilustrar á la Nación entera sobre un episodio interesante, por la enseñanza que en él hallarán los que escudriñan y desmientuzan la perfidia de los hombres.

OFICIALES Y TROPA DEL DESTACAMENTO

DISTRIBUCIÓN DEL SERVICIO

El 19 de Enero partí del cuartel de Palermo con 2 oficiales y 60 individuos de tropa á cubrir el servicio ordenado por la superioridad, en el arsenal principal de guerra. El relevo se verificó bajo el control del jefe de servicio; y durante el día quedó establecido en la siguiente forma:

1 centinela en la puerta principal (a); 1 imaginaria en la puerta (b); 1 centinela en la puerta (c) y un cabo; 1 cabo de órdenes en la dirección; 1 imaginaria cuidando las plantas y jardines de la calle Pozos; 1 centinela en la puerta (d); 9 centinelas en el interior del arsenal, 1 oficial, 1 sargento, 2 cabos y 10 soldados armados en el cuerpo de guardia (1). El total de esta tropa ó sea 29 hombres, era la guardia.

El resto de la tropa franca estaba desarmada hasta tanto les tocase el turno de su servicio.

Su situación era la siguiente: 1 cabo y 1 soldado en el cuartel del 10 de infantería, preparando la comida para el destacamento; 2 soldados aprendices de corneta ensayando en el mismo cuartel, y los 27 restantes en el cuerpo de guardia.

Durante la noche, la situación de la tropa del destacamento era la siguiente: Se recogían en el cuerpo de guardia: el cabo de la puerta (c), las imaginarias del jardín de la calle Pozos y puerta (d); el cabo y soldado encargado de preparar la comida y los aprendices. Se agregaban en el interior del arsenal 1 cabo y 4 soldados de servicio (reten). En resumen: había 29 hombres de servicio y 31 francos, tanto de día como de noche.

(a). Pozos entre Garay y Brasil.

(b). Esquina de Pozos y Garay.

(c). Pozos á la altura de Brasil.

(d). Puerta que comunica con los cuarteles del 1.º y 10 de Infantería

(1). Cuadra dormitorio contigua á la puerta principal. (a.)

GUARDIA DE BOMBEROS

En el arsenal de guerra existe, tanto de día como de noche una guardia del cuerpo de bomberos, no solamente para acudir en caso de incendio, sino también para cooperar con la tropa del destacamento, en defensa del arsenal si las circunstancias lo exigieran. Es por esto que la citada guardia, (compuesta de un sargento, dos cabos y doce soldados), además de los útiles inherentes al oficio ó empleo de bomberos, permanece día y noche al pié de sus bombas y de sus armas, en el cuerpo de guardia. Es independiente del destacamento de línea y depende pura y exclusivamente del jefe de servicio del arsenal.

EL JEFE DE SERVICIO

Día y noche permanece de servicio en el arsenal de guerra un teniente coronel titulado «jefe de servicio». Depende directamente del director del arsenal; á sus órdenes están el destacamento de línea y la guardia de bomberos. En lo relativo al orden y disciplina, interviene en el personal civil que trabaja en el arsenal, y sin coartar las atribuciones de los jefes de oficinas, talleres etc. Es responsable ante la dirección del arsenal del estricto cumplimiento del destacamento y guardia de bomberos; y es por esto que controla el servicio establecido, inspecciona cuantas veces lo cree conveniente, ó interviene y vigila el cumplimiento de su consigna.

Durante la noche y en ausencia del director es el jefe supremo; y sus facultades son amplias para proceder por propia iniciativa en bien del servicio y seguridad del arsenal.

Permanece día y noche en su oficina, sin perjuicio de separarse al interior y demás dependencias cuantas veces lo crea conveniente.

EL JEFE DEL DESTACAMENTO

El jefe del destacamento depende directamente del jefe de servicio, y de él recibe la consigna verbal y por escrito

para el desempeño del puesto que se le confía. Tiene mando directo en los oficiales y tropa del destacamento; cubre el servicio ordenado por la dirección del establecimiento «bajo el control del jefe del servicio» y es el único responsable ante la dirección del cumplimiento de la consigna verbal y por escrito que tienen la guardia y centinelas. Es responsable ante el jefe de su batallón de la administración, disciplina, instrucción, etc. de los oficiales y tropa á sus órdenes. No interviene en los quehaceres del personal civil que trabaja en el arsenal, pero sí en lo relativo al orden y disciplina que debe reinar siempre. No puede ausentarse del arsenal sin autorización de su jefe inmediato (jefe de servicio).

A pesar de tener mando directo en los oficiales y tropa del destacamento no puede emplearlos en servicio ajeno al que han sido destinados por la superioridad, ni concederles puerta franca (licencia) sin autorización del director ó jefe de servicio.

Las facultades del jefe del destacamento, para proceder por propia iniciativa en bien del servicio y seguridad del arsenal, son amplias, porque su responsabilidad es inmensa ante la superioridad y demás jefes inmediatos.

PERSONAL CIVIL

A todos consta que en el arsenal de guerra trabajan centenares de obreros durante el día: y como se trata de un establecimiento nacional que permanece con sus puertas abiertas constantemente, es lógico suponer la existencia de obreros durante la noche, en su interior: talleres de luz eléctrica, armería, carpintería etc. Hay además todas las noches, un grupo de obreros que se denominan «serenos» cuya misión es recorrer con itinerario fijo ciertas dependencias del interior del establecimiento. Estos serenos dependen directamente del jefe de servicio y de él reciben la consigna para el desempe-

ño del puesto que se le confia. Son independientes de la guardia del destacamento.

UN DETALLE DE IMPORTANCIA

Hasta el día 24 de Enero la distribución y situación de los oficiales y tropa del destacamento era la misma que tenían el día 19.

Hasta la fecha indicada los oficiales tenían 12 horas de servicio y 12 francas, las clases 12 de servicio por 24 francas y los soldados 4 horas de servicio por 4 francas.

Debido á esto, las cosas no marchaban bien: oficiales y tropa estaban recargadísimos en el servicio, con perjuicio de la disciplina, instrucción y seguridad del arsenal. Con tal motivo y en mi caracter de jefe del destacamento me apersoné al jefe de servicio, que lo era el teniente coronel señor Rodeiro, le hice presente el recargo que habia en el personal á mis órdenes, el que, además de velar día y noche por la seguridad y orden del arsenal, tenían que asistir á instrucción teórica-práctica y dedicar ciertas horas del día en la limpieza del armamento y demás útiles. Terminé por pedirle su autorización para alternar en el servicio de oficial de guardia con los oficiales subalternos.

Como el jefe de servicio no podia resolver este asunto por su propio dictamen se trasladó en el acto á la dirección y al cabo de un rato regresó autorizado por el director coronel Ducloc para que el relatante «alternase con sus oficiales subalternos en el servicio de oficial de guardia»

En cuanto á la tropa nada se podia hacer, porque el 3 de infanteria no tenia soldados ni de palitos para reforzar al destacamento. Desde esta fecha los oficiales Nuñez y Arana se recibian del servicio alternativamente á las 12 de la noche y lo entregaban á los sargentos á la asamblea (9 de la mañana), los que quedaban directamente á mis órdenes; de modo que, al propio tiempo de ser yo el jefe del destacamento atendia además el servicio de oficial de guardia todos los

días, desde las 9 de la mañana hasta las 12 de la noche hora en que lo entregaba al oficial que le tocaba el turno. Como consecuencia, los oficiales no solamente podían dormir siesta todos los días (y algunas horas en la noche el que debía recibirse á las 12) sino también ocuparse de la administración, instrucción, disciplina de la tropa, y vigilar que todos cumpliesen sus deberes.

Apesar de esto, no me consideré satisfecho; la tropa estaba recargada en el servicio, tenía tres enfermos: uno de ellos fué á curarse de sus dolencias en el Hospital Militar y los otros dos quedaron exceptuados de todo servicio por disposición del médico interno de dicho Hospital, y con prohibición absoluta de usar calzado y caminar más de lo indispensable. Para completar el cuadro se le dió licencia por 20 días á mi asistente titular, quien con sobrada buena voluntad, hacia el servicio de centinela, para ayudar á sus camaradas.

Las cosas marchaban mal por el trabajo excesivo que tenía la tropa: raro era el día en que á la mañana no se me diese cuenta de que el soldado A se había dormido estando de centinela en el torreón x; que el soldado B no hizo el servicio de centinela por que se encontraba enfermo y por lo tanto era un recargo para los demás; que el soldado C no quiso seguir al cabo de cuarto en circunstancias que iba á relevar los centinelas porque no podía caminar «y que había intervenido el jefe de servicio» (Y se pretendió despojarme de mis galones porque la tropa franca dormía; ¡Misericordias humanas! El jefe del destacamento no estaba satisfecho con castigar «delitos como faltas ó dejarlos impunes (bajo su única responsabilidad) porque...sí». No era suficiente que la tropa franca (27 hombres) durmiesen la siesta y de noche, conforme era de práctica, había que resolver el problema de otro modo para evitar mayores males...

De modo, pues, que en lugar de tres horas de siesta les concedí 4 1/2, en perjuicio de la instrucción, pero en beneficio de la disciplina (dormían desnudos los francos de 11 a. m. á 3. y 1/2 p. m., durante la noche dormían igualmente desnudos de 8 y 1/2 p. m. á 4 a. m.); los que salían de servicio á las 4 de la maña-

na tenían licencia para dormir desnudos hasta las 6 a. m. y quedaban exceptuados de instrucción práctica de 7 á 8. Todo esto lo hice á vista y paciencia, como suele decirse, de mis superiores y de todo aquel que quiso y pudo verlo y no entre telones; y sin que nadie, ni el jefe de servicio me lo prohibiese.

Más aún; recuerdo que en la puerta del dormitorio de la tropa estaba pegado con goma hasta el día 4 de Febrero un medio pliego de papel en el que se indicaba las horas que la tropa podía dormir; dicho pliego contenía mi firma y orden para que las clases de servicio la hicieran cumplir. Desde el 25 de Enero, la tropa pudo descansar con mayor libertad, debido á esta medida que tomé; pues de otro modo hubiera sido imposible continuar los 15 días que tenía que permanecer en el arsenal, con un personal tan reducido.

No me era posible disminuir el número de centinelas sin contravenir las órdenes de la dirección del arsenal; y además, todos eran indispensables.

Es por esto que preferí tomar las predichas medidas en perjuicio de la instrucción de la tropa. de modo, pues, que en lugar de 60 hombres me quedaron 58 y como tenía 2 enfermos exceptuados por disposición médica quedaban 56 para el servicio (29 de guardia velando por la seguridad, orden y disciplina del establecimiento, y 27 francos, con facultad de descansar ó dormir á las horas indicadas por el relatante y que ya conoce el lector).



La Exposición del Relato

ARTÍCULO COMENTADA

I

¿Conoce el lector el arsenal de guerra?

En él está; con solo leer la minuciosa descripción que el relatante hace del parque, puede hacerse la ilusión de que visita el lugar que se describe.

Nada falta, ni sobra.

Se dice lo que es preciso decir, se comenta, de paso, lo que merece comentario y se le lleva al pueblo como de la mano por todo el edificio en derredor del cual pasa la mayor parte de la acción de los sucesos del 4 de Febrero.

Si relatar caprichosamente, movidos del deseo de interesar al que lee, es difícil, difícilísima tarea es el relato de sucesos sobre los cuales no se puede pasar sin ceñirse á la verdad de lo sucedido.

En la exposición de este relato todo está ajustado á la exactitud, nada hay que no lleve el sello de la veracidad.

A veces el relatante detiénese en detalles que parecerán nimios, pero es forzoso que en ellos se detenga para el fin que persigue.

Lo erizado de escollos en relatos de la naturaleza de éste es la forma de decir la cosas de manera que el narrador se apodere del que lee por la sinceridad que de la narración se

desprende.

El lector encontrará, en cada uno de los capítulos que vayan apareciendo, un interés que mueve á no perder el hilo del discurso, por la naturalidad y la sencillez con que se conduce la exposición,

A nadie se señala como responsable de esto ó de aquello pero todos, absolutamente todos los que aparecen como más empeñados en velar por la tranquilidad pública, responderán ante el juicio de la historia del patente propósito que pusieron en echar sobre un hombre solo la tremenda responsabilidad de un acontecimiento en el que el acusado no fué otra cosa que la cabeza de turco sobre la que innoblemente se descargaron todos los golpes.

El relatante hace citas copiosas, á modo de datos ilustrativos, para que el espíritu público llegue, paulatinamente, sin saltos bruscos, á la médula de la narración, y ella le sirva de norte en todo el largo proceso á que va á asistir por medio de la lectura del relato del movimiento que tanto ha dado que hablar y del que aún no se sabe más que lo que á medias se ha dicho para alimentar el insaciable gusano de la curiosidad.

Los que estaban obligados á hablar no han hablado; unos, porque, como el lector verá, tenían por qué callar, y los otros, aquellos sobre quienes pesa la responsabilidad de haber inspirado y empujado el movimiento subversivo, porque no tuvieron la nobleza de decir al país, que conmovieron, y al ejército, que sublevaron: nosotros somos el eje alrededor del cual gira esta rebelión. Si fuimos temerarios para acometer la empresa, somos hombres capaces de asumir la responsabilidad del fracaso. Ya que los verdaderos, los únicos conspiradores hemos sido nosotros, sobre nosotros caiga el peso de la ley.

Esto es lo que se persigue con el relato de los sucesos del 4 de Febrero, es decir, que hablen los jefes, los directores de la rebelión, los que para que se alzaran en armas comprometieron á casi todo el ejército, como se verá por el curso de

la narración.

Si no han hablado, hablarán ahora.

El primero que tiene que hablar es HIPÓLITO IRIGOYEN.
Basta de silencio.

El país entero, al que trastornó por algunas horas, le pide que hable.

Le pide también que hable el ejército.

Al ejército Hipólito Yrigoyen empujó á la revolución.

El ejército que por culpa del jefe del partido radical interrumpió su carrera, le exige que lo ilustre acerca de su actitud la noche del 4 de Febrero.

Se dice que Hipólito Irigoyen se hallaba en un automóvil á pocos pasos del arsenal de guerra la noche de los sucesos.

Que con él, con el mudo, con el hombre que nadie ha podido hacer hablar, encontrábanse los que componían la junta revolucionaria del partido radical.

¿Que fué de ellos á poco que vieron llegar al arsenal de guerra al general Smith?

Todo esto lo arroja la narración, no lo inventamos nosotros, y el narrador lo dice como para poner de manifiesto la injusticia del cargo que se le imputa y por el cual y á sabiendas de que era inocente se le impuso un año de prisión.

La opinión pública va á encontrar en el relato á que nos contraemos revelaciones que harán cambiar radicalmente de modo de pensar á los más tercetos radicales.

Y tendrán también que hablar, si les queda un resto de honor, aquellos directores de diarios que, sin tener en cuenta la prisión que sufrían algunos jefes y oficiales en el presidio de Ushuaia, lejos del calor de la familia, sin medios de defensa, les hicieron blanco de injustas acusaciones, amparados de que los reclusos no podían hablar y pensando tal vez que nunca saldrían del cautiverio.

Para todos hay en este relato, que vendrá á ser, andando el tiempo, á manera de documento ilustrativo, de enseñanza saludable para aquellos que se entregan, como niños inexper-

tos, á las falacias y perfidias de los que con el sacrificio ajeno quieren llegar á la cúspide de las humanas grandezas.

VIERNES 6 DE JULIO DE 1906

II

ESTADO DE LAS COSAS LA NOCHE DE LA REVOLUCION

El día Viernes 3 de Febrero no se hizo alteración alguna; oficiales y tropa estábamos, desde hacia catorce días, en la misma situación que conoce el lector y sin probabilidades de que se nos relevase, pues se había declarado la huelga de basureros, y los cuerpos de la capital cubrían un servicio extra en las estaciones de Ferro-carril y otros puntos. No hay relevo para los destacamentos, era el rumor que rodaba entre el elemento militar, y así se me comunicó por teléfono, del cuartel de Palermo, á las tres de la tarde próximamente del día á que me refiero. Es por esto que no hice ninguna alteración en el servicio: «la guardia (29 hombres) vigilaban, y la tropa franca (28), pues uno estaba exep tuado para el servicio por disposición médica, se instruían y descansaban como de costumbre, á las horas indicadas.

Llegó la hora de cenar (7 p. m.) y en circunstancias que nos sentábamos á la mesa con los oficiales Nuñez y Arana, me comunicaron por teléfono, del cuartel de Palermo que, en la madrugada del siguiente día me relevaría el 10 de Infanteria. Por lo que ordené que la guardia y tropa francos fuesen alistando su equipo y demás útiles, de modo que á la diana del siguiente día estuviesen prontos para marchar al cuartel. La noticia fué bien recibida. la guardia y tropa francas alistaron su equipo y demás útiles, casi en el acto; la oficialidad lo verificó después de cenar.

Llegó la hora de retreta (8 p. m.); se pasó lista, sin novedad. La tropa franca había cumplido con todas sus obligaciones, por lo que se entregó al descanso, como de costumbre, en su cuadra dormitorio. La guardia y centinelas estaban en su puesto con la corrección y vigilancia debidas. El sub-teniente Arana debía recibirse del servicio de oficial de guardia á las doce de esa noche por lo que, á las ocho y media se retiró á dormir. Núñez, como estaba franco, me acompañó hasta las nueve de la noche, hora en que se acostó en su propia cama.

A LAS NUEVE EN PUNTO

Para mayor ilustración de lo que narro, conviene que demos un ligero vistazo al estado en que se encontraban las cosas y los hombres en el interior y alrededores del arsenal, pues dadas las estupendas cosas que se han hecho carne en el criterio público, me imagino que el lector cree que el arsenal y sus alrededores estaban convertidos en un refugio de «puros revolucionarios, ó cívicos radicales».....

A la hora indicada, la guardia, compuesta de 28 hombres, velaba por la seguridad y orden del arsenal; los oficiales y tropa francos dormían en sus respectivos dormitorios.

En el interior del arsenal reinaba el silencio. Los centinelas comunicaban á cada instante, por medio de un timbre eléctrico que, no solamente estaban alerta en sus puestos, sino también sin ninguna novedad. El rondin, compuesto de un cabo y dos soldados, que cada cuarto de hora partía del cuerpo de guardia á recorrer el interior del arsenal, comunicaba á su regreso que no había novedad, habiendo encontrado en su puesto al personal civil que trabajaba esa noche en diversos talleres y reparticiones del arsenal.

En la puerta de entrada estaba el centinela y el cabo de cuarto, sin novedad, más al interior, en los bancos del cuerpo de guardia, conversaban familiarmente el oficial de la misma

sargento Reinoso, dos cabos y nueve soldados de guardia todos correctamente armados con correa y uniformados. En la habitación contigua á la del jefe de servicio estaba la guardia de bomberos, al pié de sus armas y bombas, en la habitación siguiente, treinta metros de la puerta de entrada al arsenal, estaba el jefe de servicio, teniente coronel Filadelfio Villamayor, jugando una partida al ajedrez con el de igual grado señor Jáuregui, que había ido á visitarlo. Tal era, suscitadamente expuesto, el estado en que se encontraban las cosas y los hombres á las horas indicadas.

No olvide el lector que me refiero á la memorable noche del 3 al 4 de Febrero de 1905.....

En el exterior y alrededores del arsenal el silencio y el orden eran, como decimos absolutos. A pesar del excesivo calor, los vecinos de la calle Pozos, frente al arsenal, que acostumbraban quedarse hasta las once, á tomar fresco en la vereda y puertas de sus casas; los niños, que tenían por costumbre jugar en la calle ¡cosa rara....! se habían recogido desde muy temprano, todo lo que venía á hacer más absoluto el silencio.

En resúmen: no había aquella noche en el interior del arsenal, ninguna persona extraña, excepción hecha del comandante Jáuregui, quien se retiró á las 9.45.

En el exterior ó alrededores no se veía esa masa de pueblo, ávido de emociones, que me atribuyó el fracaso de la revolución, ni siquiera grupos sospechosos ó simpatizadores ó partidarios del movimiento.

Tal vez estarían en los teatros, confiterías, paseos públicos, ó en cualquier parte, pero no en el arsenal y sus alrededores.

UN ENCUENTRO CASUAL

MIS PRIMERAS NOTICIAS DEL MOVIMIENTO

A las nueve y diez de la noche encontrábame solo en la esquina de Pozos y Garay. En ese momento pasaba por esta última calle, en dirección á los cuarteles, un coche de plaza,

con capota baja, en el que iban los oficiales P... y X... quienes saludaron militarmente, tan pronto como me distinguieron. Una idea repentina parece que los obligó á detenerse, pues el coche, que marchaba con regular velocidad, se detuvo de pronto á los treinta metros del lugar en que yo me encontraba. Los citados oficiales bajaron, vinieron hacia mí y después de un apretón de manos, cambiamos con P... las siguientes palabras.

—P... ¿Ya está listo, mi capitán?

—Ignoro de qué se trata, contestéle.

—P... ¿Cómo! ¿No sabe nada, capitán?

¿Nada le han dicho los muchachos? Hable con franqueza, que X... á quien le presento, es de los nuestros.

—Absolutamente nada sé; es usted quien debe hablar-

—P... ¿Cosa rara...! Nosotros estamos listos para pasar y usted nada sabe. Hable, capitán; no dude que se encuentra con compañeros fieles á su causa.

—Repito á ustedes que no sé nada, absolutamente. ¿Se refieren al relevo? Estoy listo!...

—P... ¡Altro que relevo! ¿No sabe que esta noche estalla el movimiento?

—No sé. ¿Quien le ha dicho tal cosa?

—P... Acabo de estar con A... y demás muchachos en la canfiteria de... «LA CANDIDEZ y LA CONFIANZA», y me dijeron que todo estaba listo.

—¿No será broma de los muchachos?

—P... Nada de broma. B... me dijo que estaba de acuerdo con usted y que ya tenían todo listo.

—Hace tres días que no lo veo á B...; en cuanto á lo demás... bien pueden tener todo listo; yo nada sé; y si tienen ocasión de verlo otra vez dígale lo que acaban de escuchar de mis labios.

—P... Muy bien, mi capitán, hasta la vista; nosotros estamos listos; todo el que entre á nuestras casas, no sale más.

COMENTEMOS

Pese a quien pese y dígase cuanto se quiera, declaro que estas fueron las primeras noticias que tuve del movimiento. Que heran extra-oficiales, vagas en su fondo, no hay duda; pues los oficiales P... y X... no tenían relación alguno, como revolucionarios, conmigo; jamás habíamos conspirado ni hablado de revolución: hacia un año y meses que no nos veíamos. De suerte, pues, que la noticia, si algo tenía de cierta, nunca pudo impresionarme y menos obligarme á tomar medidas de ningún género. Tenía entera confianza en los que debían mandar y disponer y esto me bastó para continuar en mi puesto á la espera de órdenes.

Las conferencias y conversaciones por el prurito de hablar, son enteramente perjudiciales y están de más cuando se trata de asuntos de orden privado como el que me contraigo. Por eso fui reservado con dichos señores. Ni la enseña de la revolución ni el santo y seña se habían dado á conocer; y hasta hoy me son desconocidos

OTRO ENCUENTRO INESPERADO

El lector conoce ya, por el lujo de detalles que contiene lo que voy narrando, la situación en que se encontraban las cosas en el arsenal. Una vez que los oficiales P... y X... se retiraron, quedéme solo paseando por la vereda sin preocuparme de otra cosa que de cumplir con mi deber de soldado.

Alcabo de algunos minutos, me detuve nuevamente en la esquina de Pozos y Garay, en donde encontré al teniente Z... esperando al tranvía. Conversábamos con este oficial de asuntos ajenos al movimiento, á pesar de que era uno de los que debían desempeñar un papel importante en el mismo arsenal. Esto lo supe de buena fuente, no porque él me lo haya manifestado, pues jamás habíamos hablado del asunto, aun cuando nos veíamos muy amenudo.

El tenía indiscutiblemente sus jefes,—como revolucionario que iba á ser,—de ellos recibiría instrucciones y ante ellos

habría jurado por su honor guardar el más profundo secreto y fidelidad.

UNA VISITA, DE PASO

Cuando conversaba con Z... pasó por la vereda de enfrente y en dirección á los cuarteles, el capitán A...; vestía traje civil, de chaqué.

A poco regresó, se unió con nosotros y después de saludarnos, guardamos silencio. Serían próximamente las nueve y veinte, hora en que se encontraban en la esquina de Pozos y Garay tres oficiales que más tarde debían luchar por la misma causa, A... también era uno de los que, según supe después, de buena fuente, debía concurrir al arsenal en el momento que se ordenase. Nada hablamos del movimiento y fuimos tan excesivamente reservados que permanecimos mudos por un momento. Por hablar de algo le pregunté por T... ¿No le ha dicho Vd. que no viniera? me respondió A... Como me diera cuenta de que A... estaba en autos de secretos que no tenía por qué saberlos, le respondí afirmativamente; y después de cambiar otras palabras sin ninguna importancia, A... se despió «hasta luego», y después Z... «hasta la vista.» Quedé completamente solo y ¡soñando...!

Me creía más grande de lo que era, porque ya no cabía duda....! Los dados iban a tirarse, los jugadores andaban en los preliminares..... con sigilosa reserva, la situación no podía estar mejor.

SIGAMOS COMENTANDO

¿Qué buscaría A... por barrios que no eran los suyos? ¿Por qué se irían él y X... siendo que sus puestos estaban en el arsenal?

Imaginé que el primero desempeñaba una comisión por los alrededores del arsenal, y como no llegara el momento de concentrarse, se fué á comunicar á sus jefes el resultado de la misión que se le confiara.

En cuanto á Z... imaginé, igualmente, que se retiró porque

nada tendría que hacer por allí á esa hora. No creo que lo hayan hecho con premeditada intención de faltar á su palabra empeñada ó traicionar á la causa.

OTRO ENCuentRO CASUAL

EN EL MISMO SITIO

Minutos después, ó sea á las nueve y treinta, llegó el oficial S... , y después del saludo de práctica, hablamos en esta forma:

—S...—¿Qué hace, mi capitán? ¿Cómo vá? ¿Tiene novedad?...

—Sin novedad aunque algo preocupado.

—S... me alegro mucho. ¿Porqué está preocupado?

—Diré á usted. Estuvo P... , hace un momento, y me dijo que esta noche estallarí el movimiento. ¿Es exacto?

—S... : Exactísimo, mi capitán: á la madrugada cambiarán los papeles.

¿No le han dicho nada?

—Absolutamente nada: no se han molestado...

—S... Ya vuelvo, mi capitán; voy á cumplir una comisión que me han confiado y hablaremos.

DE REGRESO AL INSTANTE

—S... ¿Con qué nada le han dicho, mi capitán? ¿No hay novedad? en...el barrio?

—Oficialmente nada. ¿Es cierto que B... y Compañía están en la confitería de La Candidez y la Confianza?...

—S... Es exacto.

—Dígales que beban el último chop y que se dejen ver por acá; que no jueguen con mi cabeza.

—S... Muy bien, mi capitán, así lo haré. Hasta luego. No se aflija que todo marcha bien, ¡¡Marchaba á las mil maravillas...!!

Dióme un apretón de manos y marchose.

MAS COMENTARIOS

Declaro que los Señores oficiales á que me refiero, si son esclavos de la verdad y de la justicia, sabrán mantener en su fuero interno lo que acabo de exponer y si no lo hicieren así significaría que tienen algún marcado interés en los sucesos y no poca responsabilidad.

Declaro, igualmente, que fui indiscreto con S..., porque era uno de los que debían proceder desde el primer momento en el arsenal, á mis órdenes ó á las de los que iban á ser nuestros jefes. Con la debida anticipación, (cinco ó seis días antes) se me había comunicado que tubiese confianza en él y es por esto que le hablé con tanta franqueza, siempre.

Ahora bien: ¿por qué se fué, ó por que no se quedó en el arsenal á esa hora? Porque ese era su deber, su consigna, indiscutiblemente. No dudo de su honorabilidad, de su valor personal y de la profunda fé con que abrazó la causa de la revolución. En ese instante andaba desempeñando una comisión por orden del que iba á ser su jefe, tal vez, y justo era que regresase á rendir cuenta de ella.

Quedé solo nuevamente y sin ninguna novedad. No tenía por qué alarmarme, dado el estado en que se hallaban las cosas. Veía la actividad y buen criterio con que procedían los que más tarde iban á ser mis compañeros de lucha. A medida que transcurría el tiempo, tenía mayor fé y confianza. ¡Estaba soñando!...

Entrando en Materia

ARTÍCULO-COMENTARIO

II

Va el relatante derecho al corazón de los sucesos, esto es narrando de modo que ata todos los cabos, para que aquellos que quisieran salirle al encuentro no tengan un punto de apoyo en que fundar la replica.

Todo está trazado y desenvuelto con detenido exámen: plan exposición nudo y desenlace.

De nada se olvida.

Personas, lugares conversaciones, nimiedades, todo, en fin, está con fidelidad recogido á fin de formar con estos detalles sueltos, el capítulo de cargos, como se forma, con muchos copos, la bola de nieve.

En lo que al relato de hoy se refiere, concreta, que es como si digéramos que afirma, que estuvieron los jefes las cabezas visibles de la revolución casi dentro del arsenal, dando á entender que si no entraron fué ó porqué faltó un cerebro, ó porque se sintieron sin entereza frente al peligro para cargar con el peso de un peñasco ingente.

Sobre el relatante se ha echado, por tirios y troyanos, la responsabilidad del fracaso de la revolución, es decir, cuando no podía hablar, cuando tenía una mordaza moral que no era otra que su situación de acusado apareciendo como reo, de un delito imputado para desprenderse del que disponía de la llave del secreto del movimiento.

Hoy que está libre, que solo á la voz de su conciencia obedece como único soberano juez de sus acciones, yérguese para decir, sin arrogancia ni altanería, á los que pretendieron

manchar su honor de caballero y de soldado, una palabra sola, que contiene todo un terrible apóstrofe:

ACÚSO:

Acusación terrible es este relato.

Enlace el lector todo lo que vaya apareciendo, imite al albañil en lo de colocar un ladrillo encima de otro para poner remate á un edificio y juntando los datos desparramados de esta narración llegará á encontrarse con una obra completa acerca de la historia de la revolución del 4 de febrero, que se la han dado por entregas, como se hacia con ciertas novelas en otros tiempos, solo que en este episodio se ha interrumpido el hilo de la historia en lo más interesante de ella.

Truncada quedaba la obra, que tanto interés hubo de despertar en el espíritu público, pero hoy surge, animoso y fuerte, el que sabe todo lo que ha pasado en la noche del movimiento radical y como Jesús á Lázaro les dice á la cuartillas reveladoras de la que se ha querido ocultar:

«Id por el mundo, pregoneros de la verdad, llevando á los espíritus, ávidos de conocer lo acaecido el 4 de Febrero, la relación exacta y la fiel exposición de los sucesos en que quisieron envolverme.

Nada sois, en blanco, pobres hojas de papel, pero la tinta con que he manchado vuestra blancura es como mi alma que os da ser y vida y os trasmite el verbo hermoso de la palabra para que con ella inflameis los corazones y despertéis el culto por la verdad, que va entre nosotros siendo como mujer inpúdica de la que todos se apartan cual de un apestado».

Este es el fondo del capítulo segundo que aparece hoy: Cargos enderezados contra grandes y chicos, altos y bajos, inspiradores y colaboradores del movimiento subversivo, poniendo, de paso, de relieve el relatante su irresponsabilidad en los sucesos, á fin de que hablen todos aquellos que en las horas adversas é infelices para el narrador formaron una alianza para hacerle destacar con una nota infamante, que el tiempo se encargará de poner sobre los autores de esta acción indelicada.

Agresión á "La Reforma"

**A las diez y media de la noche. Vivas al partido radical.
Y muertas á nuestro diario. No nos intimidan las fan-
farrenadas, Estamos en la brecha. Repeleremos la fu-
erza con la fuerza.**

Lo decimos una vez más: vivimos en medio de una sociedad desquiciada, enferma rota.

Todo lo que es noble, todo lo que es levantado, todo lo que contiene un sello de elevación moral es, entre nosotros, objeto de burla y escarnio, cuando, no de protesta por parte de los elementos trastornadores que por desgracia están aquí en mayoría.

Acomete "La Reforma" una campaña enderezada á hacer la historia del movimiento radical del 4 de febrero, con el fin de que todo el país conozca lo que hasta hoy no conocía y para ilustrar también á aquellos fanáticos de los santones del radicalismo, y esta actitud valiente, nada común en la prensa mercantilizada de nuestros días, que debería de ser objeto del universal aplauso porque se sale del marco de las bulgares actitudes del periodismo patrio, ha movido á algunos hombres, que no saben refrenar sus pasiones, á hacer una como agresión contra «La Reforma» frente á nuestra redacción, profiriendo palabras gruesas y conminándonos con atacar nuestra imprenta porque tenemos el valor de entregar á la posteridad una página de la historia de un acontecimiento de sensación, que todos los argentinos anhelan conocer.

Se han dado, con este motivo, vivas al partido radical y muertas á «La Reforma».

A nadie atacamos por el gusto de atacar.

Damos hospitalidad á una colaboración y ponemos á esta el diario comentario que juzgamos pertinente poner, desprendido de lo que el narrador expone.

Pedimos que hablen los que tienen la obligación de hablar, y al pedir esto no creemos que lastimamos á nadie ni á un partido ni á los hombres.

Si les escuece la publicación del relato, si les llega hasta la médula el escalpelo de la crítica de un suceso que es del dominio público, otro procedimiento hay más correcto que el del insulto en montón, de muchos contra uno, que es el que adoptan los fuertes de espíritu, los verdaderos valientes para dirimir cuestiones que al honor afectan.

En ese terreno aguardamos á todos, á todos los que estén dentro de las leyes del honor, no al primer quidam que nos salga al paso.

Nos han amenazado; bueno.

A nosotros no nos intimidan las fanfarronadas.

Estamos acostumbrados á ponernos frente á hombres de corazón muy bien puesto, y uno, ni muchos, ni un pueblo entero nos intimidan.

En la brecha estamos.

Pueden asaltar la Redacción de "La Reforma" cuando quieran.

Estamos en guardia.

Repeleremos la fuerza con la fuerza, el ataque con la defensa, disparando nuestras armas si contra nosotros las disparan los asaltantes.

Ya conocen nuestra actitud los que anoche estuvieron frente á "La Reforma".

Pueden hacer lo que gusten. (1.)

(1.) * Esto nos prueba que la oligarquía, los pedazos de cola del zorro unidos y los radicales redentores, «son cortados por la misma tijera».

Aquellos, matan, hieren, encarcelan y persiguen á directores y reporteros de diarios que llevan á conocimiento del público los abusos é irregularidades que cometen.

Estos, asaltan imprentas, y no la entregan á las llamas, y le cortan la cabeza á su digno director y demás empleados, porque no están en el poder: voluntad les sobra.

Los jefes de aquellos, por falta de energía ó de autoridad moral; por complacencias ó interés personal, no reprimen con mano de hierro los abusos é irregularidades que á diario cometen sus subalternos y sus matones.

Los jefes de éstos; por idénticas causas, ó por no largar el queso, ó por temor de que se disgregue el partido, no hacen la luz en un asunto de interés nacional.

Aquellos, se valen de medios inicuos para hacer fracasar un movimiento universal.

Estos, se valen de medios también inicuos, para impedir que circule libremente el *pasequín* que les dice verdades como solo saben decirlo esos *papeluchitos* defensores del pueblo, del pobre, del débil.

Aquellos, de todo lo que prometen al país, no cumplen ni la décima parte.

Estos, han confeccionado un programa de gobierno, *algo más que sublime* y cuando llega el momento de la prueba se hacen los mudos, los sordos, los ciegos y los indiferentes.

¡Todos, pues, son cortados por la misma tijera!

¡Alem no tiene sucesores!

SABADO 7 DE JULIO DE 1906

III

EL AYUDANTE DEL JEFE DE DÍA

Y UNA CITA....

Ya sabe, pues, el lector, cómo se encontraban las cosas en el arsenal de guerra hasta la hora ya dicha.

Debo insistir, en honor á la verdad, en que reinaba el más absoluto orden y silencio. Desde las nueve de la noche no me habia separado de la puerta del arsenal, y de vez en cuando paseábame por la vereda hasta la esquina de Pozos y Garay.

Era mi puesto de honor y de combate, si se me permite la frase...

Así las cosas, y siendo las nueve y cuarenta y cinco, llegó á la puerta principal de entrada el ayudante del jefe de día subteniente Pintos. En el acto fui á su encuentro, nos saludamos, cambiando las siguientes frases:

—De parte del jefe de día si tiene novedad en el destacamento, mi capitan.

—No hay ninguna novedad, subteniente.

¿Donde está el jefe de día?

—En el cuartel del 1.º de infanteria.

—¿Que hace alli? ¿Hay alguna novedad en ese cuartel?

—Ninguna; el jefe de día, mayor Medina, está desde muy temprano, es el segundo jefe del batallón.

—Digale que no hay novedad.

—Muy bien, mi capitan.—Dice el capitan Urien que se acerque hasta la puerta que comunica con los cuarteles para que conversen un rato

—Diga al capitan Urien que no puedo ir, que estoy de servicio, y, además, tengo una cita aquí en la puerta y no quiero faltar.

—En este momento salian del arsenal por la puerta principal el jefe de servicio comandante Villamayor, y el comandante Jáuregui; anduvieron juntos hasta la esquina de Pozos y Ga-

ray, donde el primero despidió á su adversario de ajedrez, y luego regresó á su habitación, entrando por la puerta por donde habia salido.

El subteniente Pintos habia cumplido con su comisión y se retiró en seguida.

LLEGADA DEL CAPITAN BALDAZARRE

El silencio y el orden reinaba en el interior é inmediaciones del arsenal, y debido á esto proseguí mi paseito por la vereda hasta la esquina de Pozos y Garay, sin preocupación de ningún género; «estaba solo, en el interior del arsenal no habia ninguna persona extraña; todo estaba en su estado normal, como de costumbre.

Serian las diez y cuarenta minutos de la noche cuando alcancé á distinguir la gigantesca figura de mi colega Ernesto Baldazarre, quien, con el paso lento que le es habitual, venia de la esquina de Pozos y Garay en dirección á la puerta principal. Hacia tres días que no veia á Baldazarre, y como su visita era de interés para ambos fui á su encuentro en el acto. Nos dimos un fuerte apretón de manos, nos encaminamos á la puerta de entrada, tomamos asiento en uno de los bancos que se hallan en la vereda y comenzamos á conversar sin que ninguna preocupación embargara nuestro espíritu.

Pidióme le hiciera servir algunos mates, en lo que quedó incontinente complacido.

Un soldado de guardia los cebaba y cada vez que venia tenía que retirarse cuatro pasos de nosotros porque el tema de nuestra conversación era íntimo y no debía escucharlo. ¡Cuanta maravilla me contaba Baldazarre!.. Mientras yo le escuchaba sin perder una sola de sus palabras, con marcada atención. Él habia andado por todas partes, por cuya razón todo lo sabia... Yo hacia quince días que me encontraba encerrado entre los muros del arsenal, y por tanto ignoraba lo que ocurría fuera de este ambiente.

La noche era hermosísima; el lugarcito en que nos encontrábamos, algo poético, se prestaba para... soñar. El centinela de la

puerta, apostado casi en el centro de la calle, daba de cuando en cuando un par de cabezasos, pues el profundo silencio que reinaba diríase como que le invitaba al sueño, aún en presencia de su capitán-jefe.....

NOTICIA OFICIAL DEL MOVIMIENTO

Serian las diez y cuarenta y cinco de la noche, hora en que recién supe, por el conducto debido que, en la madrugada del siguiente día, estallaría el movimiento.

Prueba evidente de que tenían confianza ciega en el capitán Burgos

Pero ¿es creíble semejante cosa?

¿Podrá ó conseguirá el capitán Burgos que se dé crédito á esta aseveración hoy que vemos las cosas completamente metamorfoseadas y la verdad disfrusada intencionalmente con el antifaz de la mentira, colocado adrede por más de uno?...

¡Imposible!

Sin embargo, voy á hacer una salvedad para atajar torcidas interpretaciones.

No se crea que hago esta declaración para que otro cargue con el fardo; lo mismo hubiera sido que me avisasen tres días antes porque nada debí hacer sin el auxilio de mis cómplices. Más aún, hasta la hora indicada no había ocurrido, felizmente, ninguna novedad en mi puesto; todo estaba en su estado normal: las calles Pozos y Garay desiertas; oficiales y tropa francos durmiendo en sus respectivos dormitorios; mi guardia y la de bomberos conversando familiarmente en sus puestos; el jefe de servicio leyendo en su habitación; los centinelas del interior serenos y obreros sin novedad y el relatante en la puerta principal y el jardín de la calle Pozos.

¡Nada influyó felizmente! Conste.

PREGUNTAS ILUSTRATIVAS

¿Donde estaban á la hora indicada los señores miembros de la Junta Revolucionaria? Hasta hoy lo ignoro; y permítaseme

declarar, en honor á la verdad, que los señores miembros de la junta no estaban, como se ha dicho, ó se créé, reunidos con su estado mayor en una casa de la calle Pozos, frente al arsenal y al habla conmigo; pues de haber sido así mi situación hubiera sido otra aquella noche.

¿El capitán Burgos tenía cómplices para que lo ayudasen desde el momento inicial, aún para tomar medidas preparatorias en su carácter de revolucionario? Sí; pues se trataba del alma y el arma de la revolución; era el arsenal el punto de concentración, el asiento de la dirección del movimiento; un lugar en donde todos los que en él se hallaban hasta entonces, tanto militares como civiles, no respondían sinó al gobierno nacional legítimamente constituido.

Finalmente, el arsenal de guerra iba á ser la noche del 3 al 4 de Febrero, lo que el parque de artillería fué la noche del 25 al 26 de Julio de 1890. No divulgo secretos. Esto está al alcance del más escaso criterio.

¿Donde estaban, pues, los cómplices del capitán Burgos á la hora indicada? Uno muy cerca y los demás en la confitería la Candidez y La Confianza, y en otros puntos que solo ellos podrán dar noticias. . . No estaban cerca del arsenal ni menos en el arsenal; de ser así el aspecto de la calle Pozos hubiera sido otro. El gobierno nacional no hubiera estado representado en el arsenal por persona alguna; la tropa franca no hubiera estado durmiendo y los oficiales libres; y el general don Carlos Smith no habría entrado al arsenal un cuarto de hora después.

¿Que órdenes ó instrucciones tuvo el Capitán Burgos á la hora indicada, como revolucionario que iba á ser? A pesar de que estoy autorizado de hecho, en defensa propia, para considerar caducos los secretos inherentes á este asunto, viendo que los encargados de fiscalizar mis actos permanecen hasta hoy mudos ó indiferentes, no lo hago.

Pero, permítaseme declarar, en homenaje á la verdad, que mis instrucciones eran claras, breves, concisas, terminantes y enteramente pasivas; y hubiera faltado á ellas si no me mantengo en

el estado y actitud en que me hallaba antes y después de recibir la noticia oficial de referencia.

¿Por qué el capitán Burgos no hizo levantar la tropa ó tomó medidas para asegurar aun su propia cabeza, que pendía de un hilo muy delgado?

Por razones que el lector conocerá más adelante.

¿Por qué no fueron, hasta la hora indicada, los jefes de la revolución y los cómplices del capitán Burgos? Preguntádselo á ellos, lector, si lo quereis saber.

Hasta hoy, yo lo ignoro.

¿Cual era el estado de ánimo del capitán Burgos una vez que tuvo conocimiento oficial del movimiento?

Respetable y respetado lector, no dudeis de lo que voy á decir.

Había abrazado la causa de la revolución por mi voluntad, sin que nadie ejerciera presión en mi ánimo, ni me colocase en el bolsillo «un chequesito» de cinco mil pesos moneda nacional.

Nada me preocupó y, lejos de alarmarme por la noticia, me consideré satisfecho, porque tenía fé en los hombres en quienes habia depositado mi honor, mi carrera, mi porvenir y aún mi vida.

Tenia fé ciega, repito, y estaba satisfecho con solo pensar en que el todo esta confiado á personas serias y dependia de hombres de honor incapaces de dejarme en la estacada; hombres, en fin, de talento, perspicaces, mil veces conspiradores y capaces de hacer algo bueno. Estaba tranquilo, despreocupado y, lejos de pensar en una canallada, en una cobarde y vil infamia, creí que todo marchaba bien; y hasta me figuré ver vigilado desde cerca, por cívicos radicales, al famoso Rosi y los suyos.



Puntualizando

ARTÍCULO COMENTARIO

III

Estamos en la noche de los sucesos.

Lo que se relata de aquella noche está tan ajustado á la verdad de lo acaecido que, realmente el lector se imagina que en el momento de estar leyendo el relato pasa lo que se narra.

Fijando la imaginación en las citas que se hacen y viendo desfilar los personajes que se mueven dentro de la acción de este acontecimiento, reconstruimos sin gran esfuerzo la escena que se pinta, y esta exclamación uniforme brota de todos los labios: el relatante dice la verdad.

Luz, mucha luz, torrentes de luz arrojan las revelaciones que se hacen hoy, desenmascarando á los que callan y lanzando ya el reto á todos los vientos para que lo recojan los que están obligados á recogerlo, ilustrando á aquellos que esperan la voz de la esfinge á fin de que explique su actitud y la de todo el partido radical en la jornada del 4 de Febrero.

Sobre el relatante se ha echado y se sigue echando la responsabilidad del fracaso de la revolución; pero el capitán Burgos, que tiene el cabo de todo, comprendiendo que de

haber permanecido mudo habría vivido con un estigma que no merece, resuélvese á hablar, porque hablando se vindica y acusa á un tiempo; acusa á los que le infamaron y el baldón pasa del relatante á los que pretendieron mancharle de por vida con la nota de traidor.

Mucha valentia, una entereza de espíritu nada común acusa el capitán Burgos poniéndose frente á la nación entera; que toda la nación ha señalado y señala al jefe del destacamento en el arsenal de guerra la noche de los sucesos, como el principal agente del frustráneo movimiento.

Con el peso de esta ignominia no puede vivir ningún hombre que tenga honor.

Queda, pues, desde hoy, descorrido el velo apareciendo cada cual dentro del papel que ha desempeñado en la revolución.

No caben ya términos medios: ó fracasados por torpes é ineptos para hacer conspiraciones, ó pusilánimes para asumir ante el gobierno constituido que querían derrocar la responsabilidad de su participación como engendrados del movimiento subversivo.

No se puede seguir jugando con dos naipes.

Todo se sabe ya, con lo que hoy se dice.

Se dice que Hipólito Irigoyen aguardaba que le llevaran á su casa, ó donde se encontrara aquella noche, ganada la batalla sin haberla dirigido.

Es caso único que un general en jefe no esté allí donde el peligro es más inminente y mayor el riesgo para transmitir con su presencia el calor del entusiasmo á las huestes que lleva al combate.

Batallas de la naturaleza de la que presentaba el partido radical la noche del 4 de Febrero no se ganan con un valor platónico, con lirismos, comprometiéndolo á militares y paisanos, sino poniéndose á la cabeza del acto que se quiere llevar á cabo, diciendo, en caso de derrota; yo he sido el autor de todo y reclamando únicamente para él, como alma y cerebro de la rebelión, el peso de la sentencia que alcanzara á los

comprometidos.

Hipólito Irigoyen, ni dirigió personalmente, como era su deber, el movimiento, ni se presentó á los sofocadores, de la rebelión, que era también su obligación, para deslindar responsabilidades y hacerse él responsable de todo.

Esto es lo que hace, en sucesos como el que la noche del 4 de Febrero sacudió al país entero, un hombre que comprende la misión de jefe de un partido.

¿Cual es la autoridad de Hipólito Irigoyen después de este fracaso?

¿Qué prestigio puede ya invocar, aun para aquellos que cierran los ojos á la evidencia?

El fracaso de la revolución de Febrero es el fracaso de Hipólito Irigoyen.

Ha caído para no volver á surgir como caudillo.

Nada hay que se desprestigia más fácilmente que una popularidad innmeritada.

¿Por qué no ha muerto Alem, aún después de muerto?

Porque Alem tuvo los rasgos salientes del verdadero jefe de partido.

En el homenaje á su memoria, que los fieles á la bandera del verdadero, del único partido radical le tributan, hay la admiración á la entereza de su espíritu y á su vigorosa y no reemplazada personalidad.

El muerto puede todavía desde la tumba, invocándose su gloriosa y malograda vida, dar sér y alma á un partido de grandes virtudes cívicas, pero, ¿está el vivo, el que le sucede en la Jefatura del partido radical, en las condiciones de temple de carácter del muerto?

El capitán Burgos viene á hacer un inmenso servicio á la Nación Argentina y á aquellos radicales que tienen dominio sobre sus pasiones, al presentar como presenta de cuerpo entero una figura moralmente deshecha de Hipólito Irigoyen en las preguntas principalmente dirigidas á este pretendido caudillo sobre la actitud de él y de la junta revolucionaria la noche del 4 de Febrero.

¿Hablará Hipólito Irigoyen?

Tendrá que hablar.

Aunque no sea más que para conservar, por algunas horas todavía, lo que le queda de su ya fenecido prestigio.

Martes, 10 de Julio de 1906

IV

LLEGADA DEL GENERAL DON CARLOS SMITH

Serian las once de la noche próximamente, pero entiéndase bien: las once p. m. del día 3 de febrero de 1905. Permítaseme insistir en obsequio á la verdad, en que: «el orden no se alteró hasta entonces». En las calles de Pozos y Garay, he dicho, reinaba el silencio; los oficiales y tropa francos dormían en sus respectivos alojamientos; la guardia y centinelas continuaban sin novedad en sus puestos; como asimismo la guardia de bomberos y el personal civil que trabajaba en el interior del arsenal.

El jefe de servicio, comandante Villamayor, leía en su habitación; el narrador conversaba y tomaba mate con su colega Baldazarre en el banco que se hallaba á la derecha de la puerta principal; el centinela, apostado casi en el centro de la calle, comenzó á pasearse con suma tranquilidad, avergonzado tal vez, por los «saludos involuntarios» que daba en presencia de su capitán jefe, momentos antes.

A la hora dicha detúvose, frente á la puerta principal, y á dos pasos del centinela, un coche de plaza, que vino de la bocacalle de Pozos y Garay. De este carruaje descendió el comandante en jefe de la región, general don Carlos Smith, y se dirigió hácia nosotros con paso lento.

Tan pronto como lo vi marché hácia la puerta, (dos pasos á lo sumo), y di la voz de «firme la guardia».

Esta, que estaba conversando familiarmente en los bancos, diez pasos hacía dentro, púsose de pié y permaneció esperando órdenes, en la posición militar.

La guardia de bomberos hizo lo mismo, por mandato de su sargento, tal vez, en el mismo sitio que se encontraba.

Hecho esto, fuí al encuentro del general para darle las novedades y recibir sus órdenes, lo que verifiqué en circunstancias que dicho señor se encontraba á dos pasos de mi colega Baldazarre, quien permaneció hasta entonces junto al banco en que nos encontrábamos sentados.

El general Smith, al propio tiempo de contestar nuestro saludo militar, agregó con la amabilidad que le es característica: —Muy buenas noches, ¿como le vá Baldazarre?—estrechando la mano á mi colega.

—Muy bien, mi general.

—¿Qué anda haciendo por estos lados?.

—Vine á visitar al capitán.

Entónces el general me dirigió la palabra.

—¿Es usted el jefe del destacamento, capitán?.

—Sí, mi general. (1.)

—¿Qué número de fuerza tiene?.

—Dos oficiales y cincuenta y ocho de tropa.

—Muy bien. ,

Dirigióse al interior del arsenal con paso lento; yo me coloqué á su izquierda; y á la altura de la puerta del dormitorio de la tropa, ó sea en el zaguan, agregó:

—Ponga su tropa sobre las armas, capitán.

En su presencia mandé tomar las armas á la guardia, que permaneció en la posición militar, á tres metros del general, y ordené al sargento Reinoso, allí presente, que despertase á los oficiales y tropa francos. En virtud de ésto la guardia tomó las armas y formó en el mismo sitio, lugar de formación. La de bomberos siguió el movimiento; formando por orden le su sargento.

(1) No se forme mal juicio lector: EL MI es obligatorio de parte del subartelino

Mientras las guardias formaban, el general continuó avanzando hacia el interior, y á la altura de los bancos ya dichos, agregó:

—Haga llamar al jefe de día, Mayor Medina, que se encuentra en el cuartel del 1.º; ordene que entren al arsenal los Batallones 1.º y 10º, que ya deben estar esperando en la puerta que comunica con sus cuarteles; si no han llegado, mande á su encuentro, (han de venir por la calle), un soldado que diga á los jefes que activen la marcha.

En presencia del general, ordené al cabo de cuarto que dejara entrar á dichos batallones. Aún no habia el general dado esta orden, cuando llegó el jefe de servicio á darles las novedades.

El general lo atendió y enseguida me dirigió la palabra en los siguientes términos:

—El director coronel Ducloc, ¿está en el arsenal?

—No, mi general.

—Hágalo llamar.

—Voy á llamarlo por teléfono.

—¿Dónde está la oficina del teléfono?

—Allí, en esa habitación.

—Deje no más capitan: vaya á activar la formación de su tropa.

El general, acompañado del jefe de servicio, penetraron á la oficina del teléfono. Yo regresé al cuerpo de guardia y como vi que la mayor parte de la tropa estaba tomando las armas y casi vestidos, me trasladé á la habitación de los oficiales Nuñez y Arana y les ordené que hicieran formar la tropa á la brevedad posible. En seguida me asomé á la puerta y, como viera que mi colega Baldazarre se iba en dirección á la esquina de Pozos y Garay, lo chisté y corrí tras él dándole alcance como á treinta metros próximamente; cambiamos algunas palabras, siguiendo después su camino y yo regresé á cumplir con mi deber.

Más de la mitad de la tropa estaba formada. El cabo de

cuarto que hacía un instante había partido á ordenar al centinela del fondo que dejase entrar á los batallones 1.º y 10.º, regresaba á toda carrera, seguido por el jefe de día, mayor Medina al paso redoblado.

El citado cabo de cuarto me comunicó que ya estaban entrando en el arsenal los citados batallones. En ese instante salía de la oficina del teléfono el general Smith y tan pronto como me vió me ordenó que ocupase la azotea del arsenal con la tropa á mis órdenes.

Como no nos encontramos en la época del fusil de chispa y mi actuación en el arsenal, como jefe del destacamento, no era secundaria y mucho menos pasiva, me permití hacer una objeción juiciosa, lógica razonable y fundada, al general, respecto á la orden que me daba. El general me escuchó, me dió la razón y me ordenó que permaneciera en mi puesto y que mandase decir á los jefes del 1.º y el 10.º que ocupasen la azotea.

En el acto partió nuevamente el cabo de cuarto á comunicar la orden á los jefes de los citados batallones, los que por esta causa no llegaron al cuerpo de guardia: el 1.º y el 10.º subieron á la azotea por la escalera del fondo, la que se encuentra á cien metros á la derecha de la puerta que comunica con sus cuarteles.

Quedé, pues, como siempre, con las llaves del arsenal en mis manos; en mi puesto de honor y de combate y enteramente fiel al gobierno nacional legítimamente constituido, cuya autoridad no había desconocido ni un solo segundo.

Hasta entonces había cumplido estrictamente las órdenes de mi comandante en jefe, general don Carlos Smith; lo había secundado en todos sus actos con decidida voluntad y con toda la actividad de que soy capaz. Debido á mi buen proceder, el general fué condescendiente conmigo «en lo sucesivo» y sin temor de equivocarme declaro que, «es posible que el general Smith haya dudado de todos los que lo rodeaban, menos, de mí.» Creo es por esto que me dió carta blanca para proceder; todo lo que yo hacia estaba bien hecho; ni un repro-

che, ni una amonestación, ni una palabra severa, ni un gesto de duda, ni una pregunta mortificante y mucho menos sugestiva respecto á los sucesos, me hizo el general durante el tiempo que permací en el arsenal al frente de mi tropa.

Todo fué correcto, diáfano, tan claro como la luz del día. «A nadie abofeteó, á nadie puso su revólver en el pecho para hacer respetar su autoridad y obtener el cumplimiento de sus órdenes», su palabra reposada y habitual le bastó para mandar, hacerse oír, obedecer y secundar en todos sus actos.

Una vez que los batallones 1.º y 10.º ocuparon la azotea volvió á reinar el orden.

La tropa del destacamento fué fraccionada en dos mitades: una permaneció con las armas en la mano y sentada en los bancos en que se hallaban antes; y la otra en la cuadra dormitorio también con las armas en la mano.

Se tomaron otras medidas que no menciono por considerarlas innecesarias para el fin que persigo. El general dióme ordenes y todas fueron cumplidas á su entera satisfacción; hizome infinidad de preguntas y á todas le respondí en el acto sin titubear. Pidióme informes de los centinelas y del mejor modo de distribuir la tropa en defensa del arsenal, se los di en el acto con toda exatitud.

UN PARENTESIS

Ha llegado el momento, lector, de que echemos una rapidísima ojeada por la ciudad, á fin de que podamos ilustrarnos mejor y apreciar así la situación del gobierno y de los revolucionarios.

Tengo entendido, fundandome en los partes oficiales que he leído y datos que me suministraron, que el gobierno nacional estaba en antecedentes del movimiento que iba á estallar nada menos que desde la tarde del día 3, y comenzó á prevenirse desde las nueve de la noche, hora en que los revolucionarios pretendieron secuestrar al jefe del destacamento de la cárcel Penitenciaria. Ahora bien. A juzgar por los hechos, el go-

bierno tomó medidas de precaución, sin precipitarse, y debido á esto el general Smith llegó al arsenal á las once de la noche, en vez de ir antes. Los revolucionarios ¿qué hicieron? ¿Qué medidas tomaron? ¿No supieron que estábamos descubiertos? ¿Qué hicieron cuando fracasó el golpe imprudente que dieron en la cárcel penitenciaria, antes de las 9, ó las 9 en punto de esa noche? ¿Porqué no fueron al arsenal? Me es imposible responder concretamente á estas preguntas, porqué ignoro lo que han hecho mis correligionarios aquella noche.

Ignoro en todos sus detalles el plan general del movimiento, porqué no quise conocerlo: ignoro qué órdenes impartió la junta revolucionaria y lo que hizo la junta misma, porque hasta hoy no nos hemos visto ni la sombra. Todo lo ignoro, porqué estaba sujeto á voluntades ajenas, era yo un instrumento debido á la situación en que me encontraba: «no podía salir del Arsenal». Y es por esto que no puedo dar noticias de lo que ocurrió lejos de mi puesto en toda la noche de los sucesos y de lo que hicieron mis correligionarios cuando el gobierno tomaba medidas de precaución.

Lo único que puedo asegurar y lo probaré á su debido tiempo, es lo siguiente: Que al público se le ha engañado al hacerle creer que «la revolución fracasó porqué el capitán Rosa Burgos no detuvo ó asesinó al general Smith»

En el Arsenal de Guerra no ha habido un oficial cobarde y menos asesino, si no un hombre de sano criterio. Los verdaderos cobardes, traidores, asesinos y culpables del fracaso, si los hubo aquella noche, estaban fuera de los muros del Arsenal, tal vez muy lejos de él, en los sótanos de sus casas á las 12 de la noche y en viaje á Montevideo en la madrugada del 4.

Me anticipo á darle estos detalles al lector, en momento inoportuno, porqué ¡Ya basta!

¡Han abusado demasiado del más bueno, noble y generoso de los hombres!



Un cuerpo sin alma

ARTÍCULO COMENTARIO

IV

Los hombres que agitaron el movimiento del 4 de Febrero tienen una fisonomía moral distinta á la de todos los agitadores, pues querían, según se desprende de lo que el narrador expone, que el cuerpo de la revolución, especie de maniquí, porque no tuvo un agente que le imprimiera impulso y se moviese solo y solo hiciera el milagro de la victoria.

Trazaron, torpemente, un boceto de esqueleto, modelaron, á prisa, un esbozo de estatua, y esperaron que por arte nueva y nuevo secreto la escultura echase á andar.

Conspiradores por rutina, formados en la costumbre de derrocar gobiernos sistemáticamente, en presencia de una verdadera conspiración, como era la del 4 de Febrero, que exigía más tino y menos palabrería, fracasaron mucho antes del fracaso real de la rebelión, por ineptos é inútiles para apoderarse del espíritu revolucionario de las multitudes.

Querían que la montaña viniera á ellos, en vez de ir ellos á buscar la montaña.

La piedra del camino, por atómica que sea, no se mueve de donde está si una fuerza extraña no la hace mover.

Las revoluciones vienen á ser como agentes pasivos, cual fuerza sin motor, agua estancada, si no cuentan con el timón de una acertada dirección.

ante todo y sobre todo sacrificio, el sacrificio del que dirige el movimiento subversivo, y la victoria sale al encuentro anticipándose á la batalla, porque el factor que vence, que lleva el triunfo, que pone glorioso remate á la obra, es el arrojo.

Sin él no hay revoluciones, porque falta el espíritu de ellas, que no es otro que la resolución.

Irresolución, incapacidad, despotismo, el despotismo de querer destacarse como únicas cabezas directoras del movimiento, para dirigirlo solo, sin exponer sus personas, aunque exponiendo las de todos los comprometidos, acusa la actitud de la junta revolucionaria frente á la jornada que estudiamos.

¿Como puede moverse un cuerpo que para echar á andar necesita el motor de la sangre?

La sangre que debia mover el cuerpo de la revolución del 4 de Febrero no era otra que la presencia de la Junta en todas partes; que en todas partes debe dejarse ver el jefe de una rebelión, como el generalísimo de un ejército se mete por entre las filas de los soldados, poniéndose á la cabeza de ellos, quitándole al porta-estandarte la bandera, en caso de peligro de la acción, para alentarlos á que conquisten lo que más encarnizada resistencia opone.

La revolución, pues, fracasó ó algunas horas antes, ó algunas horas después de la llegada del general Smith al arsenal de guerra; no en el momento de presentarse en éste el jefe de la región.

Fracasó antes, porque debía de fracasar, porque hera un cuerpo sin alma, porque el alma de ese cuerpo no tuvo la estatura moral que necesitan tener los revolucionarios y porque no era uno de esos cerebros que inspiran revoluciones por grandes y redentores ideales.

Y porque la revolución fracasó por la falta de habilidad y

de tino del directorio de ella, echose la responsabilidad del fracaso al capitán Burgos.

Así lo ha creído, así lo cree todavía el país.

A ilustrar á la Nación, engañada acerca del fracaso de la revolución del 4 de Febrero, viene el capitán Rosa Burgos, por medio del relato de los sucesos que LA REFORMA publica.

Para que hable Hipólito Irigoyen escribe el relatante esta página de la historia del acontecimiento político que más interés ha despertado en el país.

A medida que el relato avanza, cuanto más adentro se mete el narrador, mayor torpeza acusa la ejecución del movimiento y más de bulto se pone que faltaba un cerebro y que la revolución era una escultura de carne.

Aún no se ha entrado en el corazón del relato, todavía está el lector en el vestíbulo de la casa, apenas se descorre el velo.

Cuando llegue á la médula de la narración, cuando el escalpelo del relato hiera la entraña más sensible de este asunto, apartará la vista con horror y el estómago con asco de los sucesos del 4 de Febrero.

Para entonces, tendrá el país ocasión de convencerse de que la revolución fracasó por la incapacidad intelectual del directorio, el que desde aquella noche cayó para siempre como torre que pierde su equilibrio.

Y se convencerá también de algo más grave, á saber: que se trataba nada menos que de un golpe de estado. Fracasaron en todo, hasta en la tentativa de apoderamiento del jefe del destacamento de la penitenciaría, paso imprudente dado sin asegurar, con la debida anticipación, el alma y el arma de la revolución, que era el arsenal de guerra, como lo dice el relatante.

Como dejamos dicho, el golpe de estado fracasó ó antes ó después de la presencia del general Smith en el arsenal.

Con pruebas abrumadoras, que nacen del mismo relato, se pondrá de relieve el descuido, la confianza y la torpeza conque

han procedido el directorio y los que se agitaban como sus más directos agentes.

Hipólito Irigoyen tiéne forzosamente que hablar, haciendo conocer el país entero ya el pérfido culpable del fracaso, ya reivindicando al autor del relato, injusta é indirectamente tildado con una nota que no merece.



Atropello a "La Reforma"

Festejando el aniversario patrio, ayer nueve de Julio, un grupo de radicales asaltaron esta imprenta, llevándose la pizarra que se pone del lado de afuera, con el sumario diario de lo que en el día se escribe.

Pero bastó la sola presencia del Director de este diario para quitárselas, poniéndose en precipitada fuga, al extremo que recién á una cuadra y media de la imprenta la policía tomó á tres de ellos, los cuales fueron traídos al diario y puestos en libertad por orden del Director; debido á sus protestas de inocencia, y como ya no eran leones sinó corderos, fué que despertó nuestra conmiseración. Ya lo hemos dicho, la fuerza hemos de repeler con la fuerza. (1)

Miercoles 11 de Julio de 1906

V

LLEGADA DEL COMANDANTE SORIA

A los 10 minutos de haber llegado el general Smith, se presentó en la puerta principal mi entonces jefe y jefe del 3 de infantería, teniente coronel don Rodolfo Soria. Fui el primero en recibirle porque permanecía siempre en la puerta; le dí las novedades, lo enteré de todo lo que había ocurrido, sin que nada me observase. Penetró en el arsenal, se presentó al general Smith y permaneció á sus órdenes.

(1) ¡Estos son los redentores que predicán moral, justicia, libertad y progreso! ¡Que acompañan á don Hipólito en su propósito de regenerar el país! ¡Pobre patria!

PARTIDA DEL MAYOR MEDINA

Y SUBTENIENTE NUÑEZ

Casi en el acto, ó minutos antes de llegar el comandante Soria, el jefe de día, mayor Medina, después de recibir órdenes del general Smith, salió por la puerta principal en dirección á la esquina de Pozos y Garay y desapareció. En seguida el comandante Soria llamó al subteniente Nuñez y le dió instrucciones que hasta hoy ignoro. Nuñez me avisó que iba en comisión por orden del general, y tomando el carruaje que había conducido á dicho señor al arsenal, desapareció inmediatamente.

ESTADO GENERAL

DE ONCE Y CUARTO Á DOCE DE LA NOCHE

Antes de proseguir, conviene que demos un ligero vistazo al interior é inmediaciones del arsenal, pues dadas las versiones contradictorias que se han propalado, me imagino que el lector ha de estar un tanto desorientado y deseoso de saber «cual fué la actuación de los revolucionarios y qué hizo el público bonaerense que me atribuyó el fracaso, en el Arsenal de guerra.».....

De once á doce de la memorable noche reinaba silencio y orden. El 1º y el 10 de infantería hallábanse en la azotea del Arsenal, durmiendo tal vez, pero con las armas en la mano; la tropa á mis órdenes, que permanecía en la cuadra dormitorio, conversaban los unos en voz baja y cabeceaban los otros; los que ocupaban los bancos, sentados con toda compostura, porque había superiores cerca de ellos; la guardia de bomberos también con las armas en la mano, continuaba en su puesto; los centinelas del interior y torreones, sin novedad; el general Smith, comandante Villamayor, Soria, Navarro jefe del 10, el relatante y el subteniente Arana, nos encontrábamos á cada paso en la puerta de entrada, en el zaguán y oficinas contiguas.

En las calles Pozos y Garay, frente al arsenal, no había novedad, pues estaban desiertas; el público bonaerense no estaba representado «ni por un niño»; no había un solo ciudadano.

LLEGADA DEL MINISTRO DE LA GUERRA

Las doce serian cuando se detuvieron frente á la puerta principal dos coches de plaza: del primero bajó el ministro de la guerra general Godoy y un ciudadano, y del segundo otra persona, que no hera militar.

El general Godoy no penetró en el arsenal, se detuvo un poco en la vereda y conversó algunos momentos con los ciudadanos que le acompañaban. Todo esto ocurría á seis pasos del centinela; allí fué el general Smith á darle las novedades y recibir sus órdenes.

En seguida los generales Godoy y Smith penetraron al interior, se instalaron en una oficina que está frente á la del jefe de servicio, y conferenciaron gran rato en voz baja, pero á puertas abiertas. Los comandantes Navarro, Villamayor y Soria fueron á saludar al Ministro y recibir sus órdenes en dicha habitación. Como yo me quedara en la puerta con Arana, tuve ocasión de ver que, los ciudadanos que acompañaban al ministro tomaron sus respectivos carruajes y desaparecieron. ¡El silencio volvió á reinar! La calle Pozos estaba desierta hasta donde mi vista alcanzaba, los centinelas sin novedad.

UN PARÉNTESIS

En el mes de Marzo recuerdo que alguien me preguntó si era verdad que el ministro de la guerra me puso el revólver en el pecho cuando llegó al arsenal. Nada respondí porque estaba amordazado entonces.... Para complacerlo declaro que es inexata. El General Godoy no tuvo necesidad ni de señalarme con un dedo ni de hablar fuerte, porque nadie intentó atentar contra su persona. Desde el general Smith hasta el último soldado le dieron prueba de obediencia haciéndole el saludo militar cuando penetró en el arsenal,

LLEGADA DE UN PIQUETE.

DEL REGIMIENTO ESCOLTA

A las 12 y 10, más ó menos, llegó un piquete del Regimiento 9 de caballería al mando de un oficial, quien después de presentarse al general Smith penetró al Arsenal por el portón de la calle Pozos, seguido de su tropa, cuyo número no excedía de 15 hombres.

LLEGADA DEL CORONEL DUCLOC

De 12 á 12 y 1/2 llegó el coronel Ducloc. Se presentó al general Smith, ministro, y permaneció en el arsenal en su carácter de director.

LLEGADA DE LOS JEFES DEL ESTADO MAYOR

DEL GABINETE MILITAR Y AYUDANTES

De 12 1/2 á 1 llegaron, con intervalos de minutos, el jefe del Estado Mayor General del Ejército, coronel Jones, el del Gabinete Militar coronel Aguirre y algunos ayudantes: se presentaron al ministro general Godóy y permanecieron en el arsenal á las órdenes del jefe del ejército.

REGRESO DEL JEFE DE DÍA

CON UN DESTACAMENTO DEL 1°

De una á una y media regresó el jefe de día mayor Medina con un destacamento del 1° de infantería; se presentó al general Smith y en seguida condujo la tropa á la azotea, en donde se encontraba el resto del citado batallón.

UN PERRO PERDIGUERO MAL ADRIESTRADO

De doce y media á una de la madrugada del día 4 me aproximé hasta el puesto del centinela apostado casi en el centro de la calle Pozos, frente á la puerta principal, y luego me corri ocho metros hacia la derecha y sobre la vereda. En ese

momento alcancé á distinguir á un ciudadano en la vereda de enfrente y tan pronto como se encontraron nuestras miradas vino á mi encuentro. El desconocido, creyendo tal vez que el lugar en que nos encontrábamos era apropiado para llenar su cometido, dirigióse á mi en esta forma:

—Una palabra capitán Burgos, «traigo un mensaje para usted.»

—¿Quién es usted? ¿Me conoce? ¿Qué se le ofrece?

—Le conozco, capitán; dice el doctor Irigoyen que vaya, que lo espera.

—¿En donde está el doctor Irigoyen? ¿Cuál de ellos me llama?

—Don Hipólito. Está en... (Dos cuádras y media de la puerta principal del arsenal).

—No tengo el honor de conocer á don Hipólito. Sin embargo dígalé que no puedo ir, que estoy de servicio y, además, están el ministro y el general Smith; si el puede que venga, será bien recibido.

—Muy bien, le transmitiré su respuesta. Díome un fuerte apretón de manos y se retiró como vino, el caballero... de industria...

.....
De 2.30 a 3 de la madrugada, un jefe de muy alta graduación me dirigió las siguientes palabras:

—«Fijése capitán, el doctor Irigoyen ha estado hace dos horas á dos cuádras del arsenal: lo podríamos haber tomado preso». (Vive este señor militar y está retirado del servicio activo). Hubieramos hecho una bonita presa, señor, le respondi.

UN OFICIAL SIN HONOR

De 1 á 2 de la madrugada del día 4 me ordenó el comandante Soria ó Villamayor, no recuerdo cual de ellos, que me presentase á recibir órdenes del ministro de la Guerra, quién se encontraba en una habitación frente á la del jefe de servicio.

Fui en el acto, penetré en dicha habitación, y como el ministro escribía, no me pareció propio interrumpirlo, por lo que permaneci de pié esperando sus órdenes. Al cabo de algunos segundos, el general Godoy, cumpliendo con un acta de buena educación militar y social, púsose de pié y me interrogó en los siguientes términos:

—¿Es usted el capitán Burgos, jefe del destacamento?

—Si, señor ministro.

—¿Mé dá usted su palabra de honor, de hombre y de militar, de haber conversado ó no de asuntos políticos con el capitán Baldazarre?.

—Doy á V. E. mi palabra de honor de que no he hablado de asuntos políticos con el capitán Baldazarre.

—Muy bien, capitán, puede retirarse á continuar su servicio.

.....

Hago públicas estas palabras por que no han sido dichas entre telones ni en reserva, por el contrario; las puertas de la habitación en que hablabamos estaban abiertas de par en par y en sus inmediaciones habia alguien ó más de uno que no eran sordos ni ciegos.

Me reservo el comentario para otra oportunidad. El asunto se divulgó aquella misma noche y alguien dijo que el capitán Burgos habia perdido su honor para siempre, pero lo dijo en mi ausencia y en ocasión en que me encontraba sentado en una cama, mirando á la pared, con un centinela de vista á mi espalda y á disposición del consejo de guerra especial.

LLEGADA DE VARIOS OFICIALES DEL 3 DE INFANTERIA

De 1 1/2 á 2 llegaron el capitán Pedro S. Garcia, el teniente 1°. Aignás y un subteniente cuyo nombre no recuerdo; minutos después regresaba el subteniente Nuñez. Todos se presentaron al comandante Soria y permanecieron á sus órdenes en el arsenal.

LLEGADA DEL JEFE DEL 1º DE INFANTERIA, Y UN CAPITAN

A poco llegaron el jefe del 1º comandante Cigorrage y el capitán Cambiazo; el primero se presentó al general Smith y luego subió á la azotea, en donde se encontraba su batallón.

LA POLICÍA, LOS REVOLUCIONARIOS Y LOS PRIMEROS DISPAROS

Desde las 12 de la noche iban y venian á caballo, con intervalos de media hora, oficiales de policia, hablaban con el ministro y el general Smith, retirándose enseguida.

De dos y media á tres llegó á caballo un comisario y le comunicó al general Smith que en las inmediaciones del hospital Militar habia unos cantones revolucionarios y, si mal no recuerdo, le dijo, además, que le habian hecho unos disparos.

El general Smith ordenó al comandante Soria que fuese á tomar el citado canton, entregándole á mi entonces jefe 16 hombres y el subteniente Nuñez del destacamento á mis ordenes. Tres cuartos de hora después regresó un cabo á decirme que, de parte de mi jefe el comandante Soria, le mandase 15 hombres más. Lamenté mucho no poderlo auxiliar, pues no tenia soldados ni de palito; todos estaban empleados en puntos importantes del arsenal y en la puerta de entrada,

Sin embargo, tuvo suerte mi ex-jefe, tomó el cantón sin perder un solo hombre, sin derramar ni una gota de sangre; pues á las 3.30 próximamente regresó al arsenal con 17 prisioneros, presentándose al general Smith. El teniente Vera del 3 de infanteria, destacado en la cárcel correccional de menores, habia auxiliado á mi ex-jefe con parte de la tropa á sus órdenes. El débil tiroteo, tres ó cinco tiros aislados, que sostuvo mi jefe, se sintió hasta el arsenal, lo que fué por los centinelas de los torreones, comunicado por medio del timbre eléctrico.

En vista de esto hice formar la tropa y mandé cargar las armas por si era necesario, sin tomar el parecer á los superiores que me rodeaban. La cosa no pasó de un pequeño susto, pues los centinelas de los torreones comunicaron acto seguido que no habia novedad y que los disparos partieron de las fuerzas que mandaba nuestro jefe. Estaba demás la formación de la tropa y por tanto dispuse que se sentara nuevamente en los bancos de la guardia.

La llegada de los prisioneros en correcta formación, entre cuatro filas de soldados, al arsenal de guerra, impresionó marisimamente á los que los vieron llegar: iban medios vestidos los unos y pobremente vestidos los demás. El general Smith conoció al que venia á la cabeza de ellos y á pesar de todo ... lo trató con mucha amabilidad, dirigiéndole entre otras palabras las siguientes:

—¡Miren el revolucionario! ¿Conque vos sos revolucionario?

El ex-soldado viejo cuadrado como una estatua, con traje de paisano, respondió en el acto:

—¡Que esperanza mi general! U S. me conoce bien, estaba durmiendo en mi casa y de allí me sacaron los soldados.

Alguien se sonrió casi en las barbas del general, á pesar del respeto que le tenían. El general estuvo ocurrente porque enseguida pasó revista (á simple vista), á todo el grupo, y cuando llegó á los últimos volvió á exclamar, sonriéndose:

—¡Miren los revolucionarios...!

Se trataba de tres niños, entre cuatro filas de soldados, con las armas cargadas y bayoneta armada; vestían traje de mensajero, el mayor tendria 14 años y el menor 11. Seria por esto, sin duda, que el general estuvo ocurrente... pues muchos se sonrieron y, según contaban las crónicas, «el que iba á la cabeza de los presos habia sido soldado en la época que el general Smith era subteniente...»

Se pasó revista á los presuntos revolucionarios, el subteniente Arana les tomó el nombre y en seguida se les colocó un centinela de vista de los soldados de mi guardia.

El alma de la Revolución

ARTÍCULO-COMENTARIO

V

Como decíamos ayer, el movimiento fracasó ó antes ó después de las once de la noche del día de los sucesos.

El relatante puntualiza con tal presición lo acaecido, amonтона tantos datos y narra con tan minuciosa prolijidad todo, que, ó son algunos lectores ciegos, ó no quieren ver lo que por los ojos se les mete.

Adrede, de propósito, detienese el narrador en menudencias, en partículas de detalle, reuniendo lo que está disperso para formar el nudo de la narración y conducir al lector por la recta calle que ha seguido el acontecimiento.

No se aparta de la verdad, la verdad es su norte

Si la obcecación de algunos, de los más interesados en que el relato no siga, niegan que las cosas hayan pasado como se describen, pronto o tarde el juicio imparcial y sereno se impondrá al apasionamiento de hoy, conviniendo en que cuando se hace el proceso de algo que tiene carácter histórico, hay que sacrificarlo todo á la nobleza de la sinceridad.

Nada hay tan erizado de dificultades como poner el comen-

tario á un accidente que, cual el del 4 de Febrero, todo un pueblo anhela estudiar para darse cuenta exacta, á la luz de lo que se va relatando, de los agentes adversos ó favorables que intervinieron en los sucesos.

Misión, pues, delicada, que puede abordarla sólo un dominador del secreto de escribir á diario para el pueblo, es ésta que nos hemos impuesto de acompañar cada uno de los capítulos del relatante con un artículo-comentario de la redacción.

No herimos, entiéndanlo así tirios y troyanos, movidos del deseo de lastimar, por el gusto de exacerbar las pasiones, con el propósito de hurgar en la herida, sino ajustándonos á lo que la descripción arroja.

¿Qué arroja la descripción de los sucesos del 4 de Febrero?

Que la junta revolucionaria ha cometido un monton de indiscreciones por las que el gobierno que se pretendía derrocar supo, más que por la delación que se supone vino más tarde, todo lo que se urdía por los preparadores del movimiento.

Analícese y desmenúcese punto por punto, incidente por incidente, todo lo que va exponiendo el relatante, sin alterar el orden de los sucesos, antes por el contrario, pecando como manifestamos, de minucioso en la narración, y adquirieran cuantos lean el relato la convicción de que el capitán Rosa Burgos se ha movido dentro de la única órbita que debía moverse.

Repárese el lector que el relatante hace la historia de los sucesos desde las once de la noche del día en que el general Smith llegó al arsenal, hasta las tres de la madrugada del siguiente, es decir, relata lo ocurrido durante cuatro horas largas, y en todo este espacio de tiempo el lector que sigue sin perder un detalle el hilo del relato, acaba por preguntarse: ¿dónde estaban á esas horas los directores del movimiento?

Y á esta pregunta se da el mismo lector esta respuesta: ó faltó resolución para acometer decididamente y pasando por encima de toda la empresa, ó se dió contra orden después que el jefe de la región se hubo presentado en el lugar de que quería apoderarse la junta revolucionaria.

Si, como se desprende de la narración, esto es lo que ha pasado, de nada tiene que hacerse responsable al jefe del destacamento en el arsenal por el fracaso del movimiento tan mal concebido y tan torpe é inhabilmente ejecutado.

En todas partes habrá estado el directorio la noche de los sucesos, menós donde debia de estar, fracasando, por tanto, el golpe de Estado, porque no se llevó al movimiento el alma de la revolución; que en este caso viene á ser el impulso, la acción, el motor, el agente que la tenia que hacer andar.

¿Que habria alcanzado el capitan Burgos deteniendo ó asesinando, como se indica por muchos, al general Smith?

¿Habria por ello triunfado el movimiento?

El movimiento habria fracasado con esto y sin esto, porque el triunfo de la revolución dependia de las acertadas disposiciones del directorio, más que del incidente del arresto ó asesinato del jefe superior que se presentó en el arsenal de guerra, precisamente á la hora en que crêemos que los que dirijan el movimiento pudieron aún á costa de grandes sacrificios haberlo hecho estallar simultaneamente por toda la ciudad.

Si el relatante hubiera cometido la temeridad de asesinar al jefe de la región, el espíritu público se habria fijado en ésta tragedia más que en la de Pirovano, que con todo y ser una tragedia dolorosa, no habria tenido las proporciones de la de la capital de la República.

¿Que por qué el narrador no acudió a la cita del capitan Urien, ni satisfizo la pregunta estudiadamente hecha del perro perdiguero mal adiestrado?

Porque no conocia el alma de la revolución, y bien podia ser y acaso haya sido así, que el que fué despachado por el relatante sin obtener una respuesta como la solicitaba, llevase alguna misión como agente de la policia secreta para conocer el grado de participación que el capitan Rosa Burgos tenia en el golpe de Estado.

¿Que por qué, si era un revolucionario, contestó al ministro de la guerra que con el capitan Baldazarre no habia hablado una sola palabra relacionada con el movimiento?

Por que era su deber dar la contestación que dió.

Probó con ello ser un hombre que sabe dominarse y sofocar sus pasiones.

Conduciéndose como se condujo, ni traicionó al gobierno constituido, ni contribuyó al fracaso de la revolución.

Fracasó, pues, el golpe de Estado, despues de la llegada del general Smith al arsenal, por la contraorden que se supone se dió para contener la ola del movimiento, impotente ya para alcanzar la victoria.



A propósito de nuestra campaña

PARA LOS RADICALES

El espíritu que informa nuestra campaña es de verdad, y como verdad que es cuanto en ella se narra contiene luz y savia, que quienes las quieren aprovechar podrán hacerlo, si es que aún existen hombres capaces de juzgar serenamente sobre los acontecimientos, independientemente de todo perjuicio y de toda predisposición convencional.

Los radicales, á estar por los rumores circulantes y sobre ciertos hechos á los que no le atribuimos importancia, se han declarado contra nosotros, creyendo sin duda que los cargos aducidos á algunas de sus personalidades pudieran afectar el espíritu colectivo de su partido, al que mal podemos ofender, creyendo como creemos que es una agrupación digna cuya perseverancia en la senda del bien la hace acreedora de todos los respetos y de todas las estimaciones.

Nada tiene que ver lo uno con lo otro.

Por un lado afirmamos tales ó cuales cargos á determinados hombres sin que nada se nos importe la fracción política á que pertenecen, y por otro lado, á pesar que no somos amigos del programa radical sabemos interpretar sus anhelos honestos, como que pensamos que su conciencia cívica y la ac-

titud severa con que ha sabido defender sus ideales, podrán abrir la brecha de las regeneraciones políticas, tan necesarias en nuestra democracia.

No crean, pues, los radicales que nuestra voz vá contra ellos.

Antes al contrario, somos los portadores de una verdad amarga que puede convenirles mucho, sobre todo si quieren conocer bien á fondo quienes son los culpables de aquel fracaso revolucionario, del que no se asumieron responsabilidades, por temor al anatema que es el castigo más justiciero á que pueden apelar los religionismos partidarios.

Nuestra misión no se presta á complacencias ni á contentorizaciones, y por ello, tal vez, á pesar de muchas cosas, sabemos sacrificar hasta los más legítimos convencionalismos en aras de la verdad, que sabe iluminar intensamente las tinieblas, pese á todo pensamiento disciplinario y á todo sistema levantado para escudarse contra ella.

La actitud asumida por el partido radical frente á nuestra campaña explicativa de los motivos por los cuales fracasó el movimiento revolucionario del 4 de Febrero, es pues ilegítima.

Y cumple á nuestra sinceridad hacer las declaraciones susodichas, en virtud de poner las cosas en su verdadero lugar, evitando las tergiversaciones de nuestros conceptos.

Lamentamos el error de tan injustas suposiciones, y al declarar nuestras ideas solamente cumplimos con un deber de conciencia.

A VERÍDICO

Se le desea hablar en esta redacción, para que en vez del seudónimo conque encabezamos estas líneas, que es con el que se oculta, dé su verdadero nombre, á fin de que nos sirva de garantía para publicar la colaboración que nos manda.

Jueves 12 de Julio de 1096

La vanguardia de los Revolucionarios

Antes del regreso del comandante Soria, con los diecisiete prisioneros ó supuestos revolucionarios, esto es, de 3 á 3 1/4 de la madrugada del día 4, se detuvo frente á la puerta principal un coche de plaza, con cuatro ciudadanos, correctamente vestidos y de distinguido continente.

Como el general Smith se hallaba á la sazón en la vereda, preocupado tal vez por el profundo silencio y orden que reinaba en el interior del arsenal y calle Pozos, fué á recibir á los citados ciudadanos, tan pronto como bajaron del coche, cerca del centinela. Uno de los recién llegados, al ser interrogado por el general, parece que, dándose cuenta de que..... había equivocado el camino, rrespondióle que buscaba al doctor Ruiz Moreno. El general Smith le dijo que la persona que buscaba no se hallaba allí. ¿No es éste el Hospital Militar? preguntó uno de los ciudadanos. No; éste es el arsenal de

guerra. El Hospital Militar queda más adelante, indícoles el general.

Los cuatro ciudadanos agradecieron la atención del general Smith, saludaron, tomaron el carruaje y desaparecieron á poco, en dirección al Hospital Militar, que se halla frente á la misma calle Pozos, como á cuatrocientos metros de la puerta principal del arsenal.

Al cabo de diez minutos se detuvo frente á la puerta de entrada un coche de plaza con otros cuatro ciudadanos, y minutos después otro coche con el mismo número de personas. El general tuvo razón en no ser cándido, pues alguien dijo que éstos eran los mismos que vinieron hacia un rato preguntando por el Dr. Ruiz Moreno». Era la vanguardia de los revolucionarios, no cabía duda. . . . Mientras el general Smith conversaba ó interrogaba á los recién llegados, apareció otro coche que se detuvo frente al arsenal y de este vehículo descendió un ciudadano, según se dijo, comisario de policía, llegando luego otro carruaje con una persona que se tituló «reporter de LA PRENSA.» El general Smith, después de conversar algunos minutos con los ocho ciudadanos que llegaron primero, me ordenó que los hiciera pasar al interior, los registrara y los comunicara, poniéndoles centinela de vista.

La orden se cumplió en el acto y en presencia de los generales, jefes, oficiales y tropa allí presentes se les secuestró las armas (todos menos uno llevaban revólver y cajas repletas de balas.) Se les tomó el nombre y en seguida se les colocó dos centinelas.

Minutos después aparecieron dos coches más: en el primero venían cuatro ciudadanos y en el otro dos, titulándose, uno de estos últimos, reporter de LA NACIÓN. (1)

(1) ¡Sería el *ave negra* que, cinco días después, me dejó peor que palo de galline ro? ¡No haber sabido aquella noche! . . .

El general Smith los atendió y ordenó que á los cuatro primeros se les colocara centinela de vista: la órden fué cumplida en el acto, después de secuestrarles las armas y tomarles el nombre (todos llevaban revólver y cajas con balas.)

Comenzaron los comentarios. ¡No faltó quien dijera que los revolucionarios iban á tomar por asalto el arsenal de guerra y que ya se había dado la señal convenida. Vienen quinientos anarquistas á la cabeza!....

El general Smith, á fin de evitar aglomeración de gente y carruajes frente á la puerta principal, y por las dudas....., ordenóme que estableciese un servicio en la boca calle de Pozos y Garay, con la órden de detener y enviar á la guardia á todo grupo de gente que pasase por allí. •

Esta misión la confió al subteniente Arana, al mando de diez ó doce hombres del destacamen. Con este motivo el subteniente Arana envió á la guardia cinco ciudadanos, con intervalos de minutos: uno de ellos habia ido preguntando por el doctor Irigoyen. También se les secuestró las armas á algunos y se les puso incomunicados con centinela de vista.

Comisarios y oficiales de policía á caballo iban y venian al arsenal.

El general Smith ordenó, además, que se colocasen ametralladoras en la puerta principal, lo que se verificó bajo la dirección del coronel Ducloc.

Los centinelas del interior y torreones del arsenal no tenían novedad.

LLEGADA DEL CORONEL ARANA

CON EL 2 DE ARTILLERIA

A las cuatro de la mañana, próximamente, llegó el coronel don Adolfo Arana con el regimiento 2 de artillería. Se presentó al general Smith y en seguida entró el regimiento en el arsenal.

El coronel Arana se hizo cargo de todas las fuerzas concentradas en el arsenal, por orden del general Smith. En segui-

da le dí cuenta del servicio establecido y ciudadanos presos. Al cabo de tres cuartos de hora, (la del alba seria), parecióme que el coronel Arana se dió cuenta de que los revolucionarios se habían hecho humo, pues reinaba el más profundo orden en los alrededores del arsenal y en la calle Pozos; por lo que me ordenó hiciera retirar la tropa que estaba en la boca-calle de Pozos y Garay. La orden del coronel fué cumplida en el acto y el subteniente Arana regresó al cuerpo de guardia, con la tropa, sin novedad.

LLEGADA DE FUERZAS AL ARSENAL

NOTICIAS DE LOS REVOLUCIONARIOS

Me es imposible, sin incurrir en grandes errores, describir el cuadro ó narrar lo ocurrido desde las cuatro y media hasta las ocho de la mañana del día 4, pues aquello parecia una romeria.

Daba pena, risa é indignación, todo á un tiempo, ver semejante cuadro. Las autoridades que dirigian en el arsenal de guerra, pudieron orientarse al venir el día.

Se bordaban innumerables comentarios, se condenaba el movimiento, nadie era revolucionario en el arsenal de guerra, todos respondian al gobierno nacional legítimamente constituido, de hecho y de palabra. De cinco y media á ocho de la mañana se supo que algunas comisarias habian sido tomadas por los revolucionarios, y luego recuperadas por fuerzas del gobierno. Se supo, igualmente, que en las provincias los revolucionarios habian alcanzado la victoria y que las fuerzas de Bahía Blanca, en marcha para esta capital, se hallaban en crítica situación. Pero lo que más interesó á todos fué la noticia de que «en la capital los revolucionarios se habian, como decimos, hecho humo, y que debido á esto reinaba el mayor orden»; lo que quedó demostrado cuando el ministro de la guerra, acompañado por un ciudadano y escoltado por cuatro soldados de caballería, abandonó el arsenal y se fué á la casa de gobierno.

MI RELEVO

Serían las ocho y media próximamente. La tropa á mis órdenes no había tenido descanso durante la noche, los centinelas hacia diez horas que estaban sin ser relevados, porque no había tropa disponible.

Como hacia quince días que estaban de servicio en el arsenal y muy recargados, el relevo se imponía de acuerdo con lo dispuesto por la superioridad en la orden del día anterior. El comandante Soria, jefe del 3, mi jefe entonces, se personó al coronel Arana y solicitó el relevo del destacamento. El coronel Arana accedió, ordenándome entregase el servicio al 10 de infantería, que es por lo que dicho batallón bajó de la azotea á la hora indicada.

El relevo se verificó en el acto, bajo el control del jefe de servicio, y se le dió cuenta al coronel Arana «encargado de todos las fuerzas reconcentradas en el arsenal». Hecho esto, reuní la tropa á mis órdenes en la cuadra dormitorio y les autoricé para que todos durmiesen. Los jóvenes, de veinte años, la mayor parte, se entregaron al descanso con la satisfacción del deber cumplido.

Quedé, pues, desde entonces, desligado de todo servicio y con derecho á descansar á mi antojo, pero, era jefe de una tropa que dormía y que tenía que comer. . . .; era necesario, pues, que yo no descansase, velando por mis soldados.....

MI PRISION

Serían las tres y media de la tarde del día 4 de Febrero, hora en que mi todavía jefe me hizo llamar á una habitación ó pasadizo del arsenal. Una vez en su presencia se me acercó, diciéndome al propio tiempo: «déme su espada capitán» No opuse resistencia, ni pasó por mi imaginación semejante idea, y redújeme á depositar en manos de mi jefe mi espada, que la llevaba al cinto. Una escuadra compuesta por dieciseis hombres, con las armas cargadas y bayoneta armada, al mando del subteniente Arana, velaba por mi seguridad.

MAS ANTECEDENTES

A fin de que el lector quede satisfecho y para mayor ilustración de él, expondré en pocas palabras cual fué mi actuación desde la hora en que se me relevó hasta la en que se me dió orden de prisión.

Andaba en el arsenal de guerra con la libertad que anduvieron todos: me ocupé de la comida de la tropa que dormía y por eso comieron á la hora de costumbre; me ocupé, en unión de mis oficiales, de nuestros estómagos, y á la hora de almuerzo tuvimos la satisfacción de invitar á nuestra modesta mesa á algunos jefes y oficiales que no podían ir á comer á sus casas. Recuerdo que le ofrecí un asiento al coronel Arana, y como no tenía apetito, se sirvió un poquito de vino con agua. Después del almuerzo anduve como anduvieron todos; quise dormir, pero mi cama y las de Nuñez y Arana estaban ocupadas por amigos que tenían más sueño que yo...

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Al dar por terminada lo que llamo primera parte, que no es otra cosa que la exposición fiel de lo que ha ocurrido en el arsenal de guerra, quiero hacer hincapié en que, todo aquello que el lector no ve claro y comprensible hoy, lo verá á su debido tiempo. Mi propósito consiste en rendir cuenta de mis actos ante todo aquel que quiera escucharme, porque, «ante todos soy acusado».

Están en pié, no solamente la serie de versiones calumniosas que se han hecho correr con el fin de responsabilizarme del fracaso de la revolución, sino también otros cargos que se me atribuyeron con el mismo fin, por medio de los diarios de mayor circulación de la capital. Para pulverizarlo todo y apartar hacia otra parte aquellos espíritus extraviados intencionalmente que me señalan, no me basta con lo ya expuesto; necesito que el lector conozca ciertos antecedentes, para que falle con sobrado fundamento.

He mencionado las entrevistas que tuve aquella noche, en mi caracter de revolucionario que iba á ser, para que el lector pueda

juzgar, no solamente mi situación y estado de ánimo, sino también la de mis correligionarios y aún penetrar en nuestras intenciones.

El lector está al cabo de todo lo que ha ocurrido aquella fatal noche en el arsenal de guerra, sabe por lo que se ha dicho y acabo de exponer que el relatante debía entregar el arsenal á los revolucionarios. Le consta, igualmente, que el arsenal no respondió á la revolución y que el encargado de entregarlo, ó sea el capitán Rosas Burgos, se ha mantenido enteramente fiel al gobierno nacional lejitimamente constituido; y finalmente, cree ó deduce, por lo que se ha dicho, urdido y escrito en letras de molde que, el capitán Burgos es el culpable del fracaso de la revolución y responsable de otros cargos que se le imputan con el mismo fin, cargos que siguen siendo el tema de actualidad á pesar del tiempo transcurrido.

Nada más tengo que exponer en esta primera parte, como un medio para llegar al fin que persigo; y si mi dignidad y mi honor de hombre y de militar, ultrajados cobarde y groseramente, dió un año y meses de tregua, fué por la apremiante situación en que me colocaron los acontecimientos y la canalla y porque creí que á alguien correspondía de hecho y de derecho dejar las cosas en su lugar, para entera satisfacción de todos y para evitar que un inocente sufra el castigo de los culpables.



La noche de los sucesos

ARTÍCULO-COMENTARIO

VI

Ni un acto solo de cuanto con la revolución del 4 de Febrero se relaciona, revela seriedad.

Todo aparece en gestación, como una mariposa en crisálida, semejante al fruto que se recoge sin estar en sazón.

Las precipitaciones no conducen más que á malograr el éxito de los más puros y santos ideales.

La mujer misma, si se la hace madre antes de tiempo, sólo por que su precoz desarrollo la presenta conformada para la vida matrimonial, se corre riesgo de convertir el acto natural de la cópula en un estupro, y en este caso viene á ser como una flor que se arranca cuando aún está en capullo.

¿Por qué órgano del cuerpo de la revolución meteremos el ojo escudriñador que no aparezca de bulto una gran torpeza?

Siganos en el examen del acontecimiento á que nos contraemos el que desde los primeros plumazos nos lee, y convendrá con nosotros en que no ha habido ni cerebro ni corazón para dirigir y para alentar el golpe de estado.

El movimiento, por la repercusión que tuvo, pudo ser y acaso hubiera sido el movimiento más robusto de opinión que se registraría en nuestra accidentada vida política.

¿Por qué pues, lo que tenía el cuerpo de una montaña, aparece tan pequeño y atómico que para acercarnos á él necesitamos del auxilio del microscopio?

¿Como lo que representa la capacidad de un astro se vé como una pobre luciérnaga escondida entre malezas?

¿De qué depende que lo que nace vigoroso se vuelve encenque?

Ahondemos en el fracaso de la revolución.

Los revolucionarios comenzaron á agitarse solos, faltando la cabeza del movimiento y los cómplices del relatante, en la madrugada del cuatro, es decir, casi veinticuatro horas despues que el golpe había sido advertido por el gobierno.

¿Que motor movia la rueda de la máquina de este movimiento?

Si se dieron instrucciones de que se movieran todos á un tiempo señalando dia, lugar y hora con antelación, empezando por los jefes y concluyendo por los soldados, ¿como es que el movimiento parece en esa coyuntura, más que un organismo plétórico de savia, que savia de sobra tenía, un cuerpo raquíptico, una complexión clorótica, algo, en fin, que marcha arrastrado cual hojas por el viento?

A la misma hora y el día mismo que en BUENOS AIRES, esto es, entre tres y cuatro de la madrugada, suponemos, por lo que se desprende del relato aparecido en los diarios de mayor circulación en la capital de la República, á raíz de los sucesos, estallaba en provincias el movimiento y hasta se le consideraba triunfante; pero los jefes de la revolución diríase como que se habían olvidado de aquellos revolucionarios y los abandonaban á su propia suerte.

¿Por que la uniformidad, la prontitud para acudir á la cita que se echa de ver en los lugares más apartados, no se advierte en el corazón, en el foco del torvellino, donde está el eje alrededor del cual todo se debe de mover y del que debe partir la iniciativa para que la chispa haga estallar simultáneamente la mina á lo largo del espacio que el movimiento abarca?

¿Por qué la contraórden, suponiendo que ésta sea la causa del fracaso, que se diera en donde el directorio tenía su asiento, no se transmitió á todos aquellos que de cerca ó de lejos tenían que intervenir como factores del movimiento?

Metámonos un poco más adentro de los sucesos, sin salirnos del momento crítico, para que el lector se penetre de la incapacidad, de la ineptitud, de la torpeza con que ha procedido desde el principio al fin la junta revolucionaria que tenía á su cargo la ejecución del movimiento.

Teniendo, como es de suponer que tendrían confianza ciega en el jefe del destacamento en el arsenal como así mismo en los demás jefes y oficiales que en la madrugada en que se agitaban estarían reuniéndose ó tomando posesión de los puestos con antelación designados, cometieron la imprudencia de ordenar, ó que se suspendiera el movimiento, ó dieron el grito de sálvese el que pueda, en cuyas dos causas descansa, en nuestro sentir, el fracaso, después de la llegada del general Smith, dejando con esta actitud, que aún no han explicado á la nación, abandonados á los revolucionarios de provincias y dando lugar para que se perdiera, como se perdió todo, todo lo que estaba ganado, de haber habido un cerebro y un corazón.

¿Qué podía hacer el relatante en presencia de la desersión, del desbande, de la fuga, en el momento crítico, de los directores del movimiento y de sus cómplices, á quienes no vió ni dentro ni cerca del arsenal de tres y cuatro de la madrugada del cuatro ni hasta las tres y media de la tarde del mismo día, hora en que el narrador fué reducido á prisión?

Hipólito Irigoyen, entiéndase bien, el jefe del partido radical, tiene que hablar, haciendo conocer del país, por amargas que sean, las causas del fracaso, bien:

(a) acusando al jefe del destacamento en el arsenal, si del fracaso es el culpable;

(b) presentando ante la Nación al perfido autor del frustra-

no movimiento, para que el país conozca, bajo la palabra de Hipólito Irigoyen, al pérfido á que hace referencia la junta revolucionaria en el manifiesto dirigido al pueblo, después de levantado el estado de sitio.

(c) Si el movimiento se suspendió por que se diera contraorden, según lo da á entender el mismo manifiesto.

(d) O debe declarar también, por el prestigio de su autoridad de caudillo, que los jefes de la revolución quedaron abandonados á su propia suerte por el grito de sálvese el que pueda, que se supone dió alguien, tan pronto como se enteraren que todo estaba descubierto.

Esto es lo que tiene que decir al país Hipólito Irigoyen.

Lo decimos otra vez: basta de jugar con dos barajas.

La junta debe de proceder incontinenti á hacer la luz, aun para aquellos fanáticos del radicalismo y para entera satisfacción, como decimos, de la Nación, y sobre todo, para que un inocente como el capitán Rosas Burgos, deje de seguir cargando con el peso de toda la responsabilidad del fracaso, que la luz pública le achaca.

Con el capítulo de hoy cierra el relatante la primera parte que se relaciona con el movimiento del 4 de Febrero, viniendo á ser lo narrado hasta este momento un trabajo puramente de exposición de lo acaecido la noche de los sucesos.

Mañana entrará en la segunda parte, que no es todavía la médula de la narración, pero en ella se pone de relieve, con valor y entereza nada comunes, la cobardía y la perfidia con que se han conducido, durante las horas adversas é infelices del relatante, muchos que el lector conocerá, sin nombrarlos, así que vayan desfilando por la escena.

En esta parte, que habrá de causar emoción profunda al lector, levantará el narrador muchos cargos que contra el se han dirigido embozadamente, á fin de que ya que en la primera no lo hizo, se decida á hablar en la segunda parte Hipólito Irigoyen.

Entre las muchas miserias que descubrirá el relatante figurará el mal proceder del Consejo de guerra con el capitán Rosa Burgos.

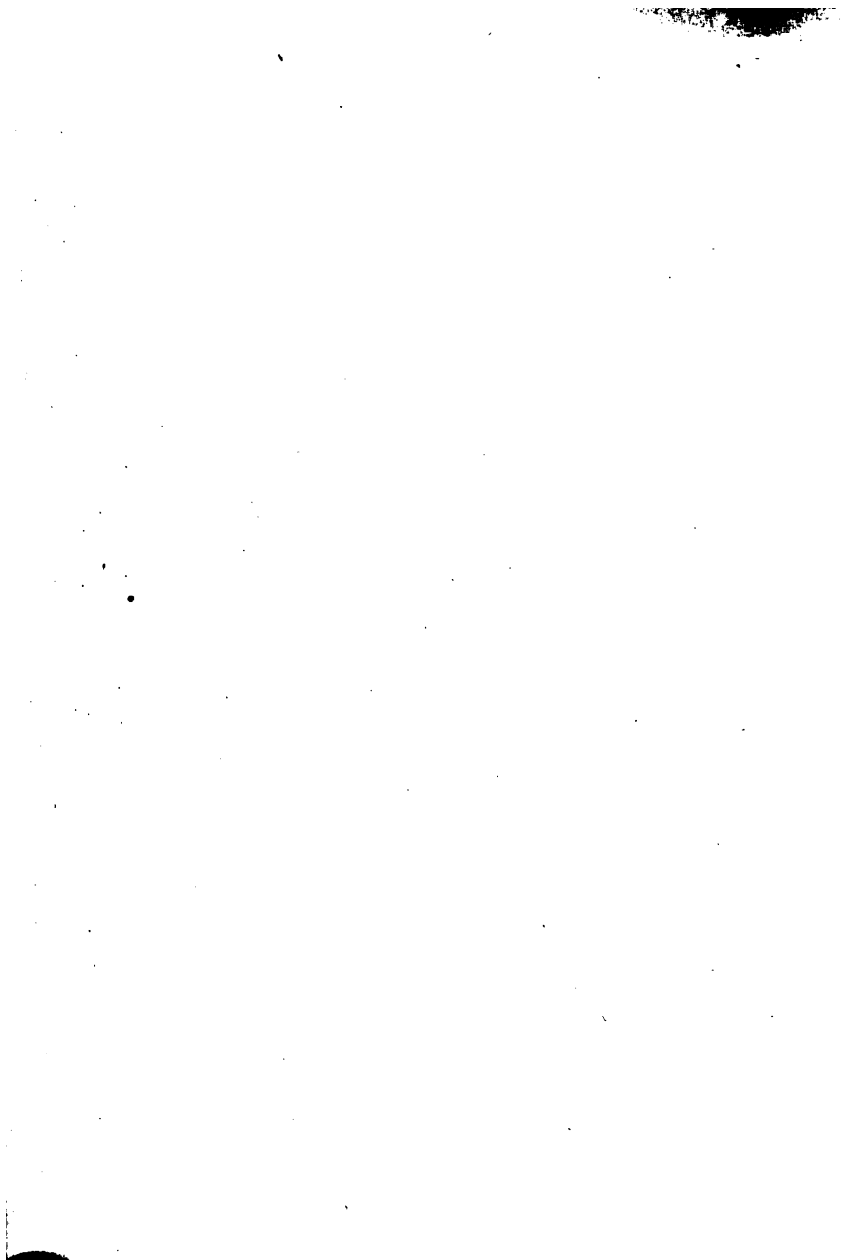
Queda, pues, descorrido hasta la mitad, el velo de esta intriga.

Vamos á entrar en lo que llaman los dramaturgos el nudo de la acción.



SEGUNDA PARTE.





Viernes 13 de Julio de 1906

VII

Algunas Palabras

En la primera parte de este relato he entrado en consideraciones casi ajenas y al parecer sin importancia para el fin que persigo, y que en el fondo me colocan tal vez en mal terreno.

He sido, si se quiere, minucioso en los detalles, para que el lector pueda dar, como digo, su fallo con sobrado fundamento. Conoce cual fué mi actuación en la noche de los sucesos, pero ignora de buena fuente, por qué se llevó á cabo mi prisión.

Debo advertir, ante todo, que mi propósito no es protestar contra el fallo del tribunal que me condenó, sinó simplemente demostrar que, la obra de mis verdugos comenzó desde el día 4 de Febrero, «fecha en que indiscutiblemente empezaron á darse cuenta de la magnitud de sus yerros.»

El proceso que se instruyera, la opinión de algunos diarios de la capital, unida á la del público bonaerense; la serie de

versiones calumniosas, pérfida y cobardemente urdidas y el fallo del Tribunal, están intimamente ligados. Lo que prueba evidentemente que la obra es de varios ó de muchos!

Y es contra los que arrojaron la piedra por la espalda y se ocultaron como reptil-s, que voy con el pecho descubierto. Sé que son poderosos, porque no solamente consiguieron extraviar el criterio público, ocultándole intencionalmente la verdad, sinó también predispusieron á mis jueces y personas encargadas de fiscalizar mis actos. Sé que voy á una lucha en proporción de uno contra mil y no dudo que seré derrotado ó caeré para siempre debido á la perfidia y mala fé con que han procedido desde el primer momento. No dudo que caeré, pero con la satisfacción de que quedará clara como la luz meridiana la obra de los miserables ladrones de mi honor y buen nombre.

No puedo ni debo traicionar mi conciencia, y es por esto que no prescindo del proceso que se me instruyera y de otros antecedentes: los considero indispensables para continuar con paso seguro por la senda de la reivindicación de mi nombre y de mi honor, ultrajados cobarde y groseramente.

El proceso á que me contraigo fué una mixtificación, porque para castigar mis intenciones, no habia necesidad de tal proceso. Fué una mixtificación, porque se ha violado la ley, se ha amordazado al acusado, se ha obstruido el camino de la defensa, se ha prescindido de los testigos de descargo y de los hechos mismos, para dejar el campo libre á los falsos testigos y demás inmundos satélites de mis verdugos, causantes de la atmósfera que se me levantó debido á la apremiante situación, en que me encontraba.

No tengo en mi poder los documentos indispensables para dar la razón de lo manifestado, pero existen en el proceso que se me instruyera. No lo he leído, pero he oído de labios de mis jueces lo estrictamente esencial, como lo ha oído un crecido y selecto auditorio. Repito que, no me ocuparía del proceso que se me instruyera, si no estuviesen intimamente ligado con las versiones calumniosas, pérfidas y cobar-

demente tendidas, vuelvo á decir, y que afectan hondamente á mi honor de hombre y de militar. Lo considero indispensable para reivindicarme primero y luego presentar tan clara como la luz del día la obra de mis perjudicadores.

EL PRIMER GOLPE DE MIS DETRACTORES

LA DENUNCIA DEL SARGENTO REINOSO

En el primer momento, creí que el sargento Reinoso había procedido contra mí, agraviado, tal vez, por amonestaciones que le hiciera muy especialmente en la noche de los sucesos. Hoy tengo en mis manos la clave de la celada que se me tendiera....y como esta luz sirve para orientarme, vuelvo sobre mis pasos.

Sin temor á equivocarme, tengo entendido que el sargento Reinoso, individuo joven, sin experiencia, ignorante, de sentimientos nobles ó perversos, que esto no lo sé, se prestó de instrumento, tal vez por dávidas, promesas ó amenazas, para colocar á su capitán jefe en el banquillo de los acusados y casi al borde de la sepultura. Se ha prestado el sargento Reinoso, tal vez por su ignorancia misma, de instrumento para que alguien se salvase del precipicio en que lo colocara su mal proceder en la noche del movimiento..

El primer golpe de mis detractores fué á fondo, porque así debió ser, para que la víctima quedase inutilizada para siempre, ó amordazado mientras se extraviaba el criterio público.

No todos conocen la denuncia de Reinoso, no todos pueden traslucir el principio y sobre todo el fin que se perseguía porque carecen de datos y se les ocultó desde el primer momento la verdad de los hechos «enteramente palpables».

La mayoría de los que se ocuparon del asunto y hasta mis camaradas y amigos, creen que Reinoso me acusó del delito de rebelion (delito común), y no es así. El sargento Reinoso

me acusó de un delito pura y exclusivamente militar: «de tentativa de motin», siendo jefe, cabecilla, y en circunstancias que me encontraba custodiando un depósito de armas, ó sea el arsenal de guerra. El hecho debió tener lugar estando la nación en pié de guerra, pues antes de que Reinoso elevara la denuncia, se había declarado la nación en estado de sitio, encontrándose las tropas reconcentradas en un depósito de armas y «sobre las mismas» y el enemigo al frente.

La denuncia de Reinoso, pues, se fundaba, más ó menos, en lo siguiente: «Que entre ocho y diez de la mañana del día 4, el capitán Rosa Burgos le había preguntado al sargento Reinoso, si la tropa respondería á un movimiento revolucionario que debía tener lugar en la noche de ese día, (del 4 al 5) en el mismo arsenal de guerra; pues todos los oficiales y tropa, reconcentrados en él iban á caer, revolver en mano, contra el ministro y demás generales y jefes allí presentes. Y como Reinoso le preguntara á Burgos si los jefes también tomaban parte en la sublevación, Burgos le dijo que no, porque los jefes eran una punta de inservibles, y que por eso se hacía la revolución: que viera á los demás sargentos, para saber si responderían al movimiento.

Si nos detenemos á analizar la denuncia, en su fondo, la situación del acusado y las circunstancias en que debió tener lugar el hecho, llegaremos indiscutiblemente á la conclusión de que consagrada razón se dijo en el primer momento que, el autor de esta narración iba á ser ó había sido ejecutado sobre el tambor. La versión era fundada, porque los códigos militares son terminantes, pues se trataba de un delito pura y exclusivamente militar que no admite atenuantes. El ánimo de los que iban á ser mis jueces estaba enteramente predispuesto. No avanzó juicios; los hechos están en pié. De modo que, al confirmarse la denuncia de Reinoso, con dos testigos más, hubiera bastado un cuarto de hora para que los miserables quedasen satisfechos

He ahí, pues, en pocas palabras, un aspecto de la obra de mis verdugos, quienes desde el primer momento que comenza-

ron á penetrarse de su insigne torpeza, pretendieron herirme con mis propias armas, para ocultar mejor su vileza, único medio conque creyeron, tal vez, aminorar sus errores.

Pero todo fué inútil, todo se hizo añicos, debido primero á que, entre la tropa á mis órdenes no encontraron dos Reinosos más, y segundo por la imparcialidad con que procedieron desde el primer momento algunos miembros del tribunal (Honor al ejército.)

Según tengo entendido, el sargento Reinoso elevó la denuncia á mi entonces jefe, teniente coronel don Rodolfo Soria, antes de las doce del día 4 de Febrero.

El comandante Soria lo atendió, «le dió crédito, sin decir una palabra al acusado, y enseguida elevó la denuncia á la superioridad, agregando, de su parte, todo lo que se le antojó; pero no declaraba ó agregaba que él, como jefe, había visto y presenciado la actuación del acusado durante la noche de los sucesos y que, por lo tanto, le constaba que la conducta del capitán Rosa Burgos fué ejemplar, correctísima en todo sentido; causas más que suficientes para considerar infundada la denuncia que se acababa de producir en su contra».

Quedan, pues, expuestas las causas por las cuales se me redujo á prisión; veamos que sucedió luego.....

MEDIDAS DE PRECAUCION

Elevada á la superioridad, la denuncia del sargento Reinoso, «debidamente informada» y legalizada, el día 4, antes de las tres p. m., justo era que las autoridades supremas del arsenal tomasen medidas de precaución, pues, según Reinoso, se trataba de una sublevación que debió tener lugar en el mismo arsenal por la noche de ese día.

Como uno de los cabecillas, el capitán Burgos, estaba ya preso y rigurosamente incomunicado, y como no se había descubierto á sus cómplices «porque Reinoso ni nadie daban no-

ticias de ellos», era preciso tomar precauciones.

Generales, jefes, oficiales y tropa, reconcentrados en el arsenal, permanecieron durante toda la noche del 4 al 5 con el arma al brazo y el ojo avisor. ¿Qué sucedió aquella noche? Absolutamente nada.

¿Por qué? A quien se debe todo?... Al sargento Reinoso, que en cumplimiento de su deber de soldado cuadrado... dió cuenta á sus superiores del crimen mil veces odioso que se iba á llevar á cabo, encabezado por el capitán Rosa Burgos. ¡El sargento Reinoso, es pues, el que ha salvado al país....!

Nos encontramos en presencia de dos factores que nos permiten ahondar en las intenciones sin incurrir en temeridad de juicio, á saber: la actuación del acusado en la noche de los sucesos y la ninguna manifestación de motin en la noche del 4 al 5. Hechos elocuentes para desestimar la citada denuncia, por carecer ésta de fundamento.

Se trataba, pues, de una infamia, por parte de alguien que tenía interés en la causa....

Sugestionado el sargento Reinoso é instruido á las mil maravillas, la calumnia, la intriga y la mentira completaron la obra. Se predispuso el ánimo de los que iban á ser mis jueces, se les hizo faltar al más grande y sagrado de los deberes haciéndoles declarar lo que no era exacto á mis jefes y demás superiores que fueron testigos de mi proceder en la noche del movimiento. Buscaron testigos falsos y los encontraron; maquinaron medios de mortificar moral y materialmente á la víctima amordazada y custodiada entre una doble fila de bayonetas y también los encontraron. El anónimo, que es bajo, ruin, cobarde y vil, fué otra arma reprobada con que pretendieron herirme y desviarme del camino que debía seguir con la altivez que me es característica.

¿Que pretendían con todo esto? Salvar el nombre del ejército? ¿Afianzar la disciplina? ¿Vengarse del capitán Burgos?



Abriendo brecha

ARTÍCULO - COMENTARIO

¿No ha de haber un
espíritu valiente?

QUEVEDO.

VII

Digámoslo sin rodeos ni ambages: todo el mundo apreciaba como aprecia "LA REFORMA" los sucesos del 4 de febrero, pero nadie más que nosotros ha tenido el valor de decir lo que siente al juzgar á los hombres que inspiraron y movieron la revolución.

Lo que nosotros sabemos lo sabían todos, pero ninguno se sintió capaz de levantar la mano para arrancar varonilmente la máscara á aquellos que todo lo resuelven ó diciendo las cosas enigmáticamente, ó encerrándose en un silencio estudiantemente impenetrable, para que no se les haga hablar, porque saben que hablando yerran y el ídolo resulta de barro y el pueblo lo desnuda y la idolatría no tiene ya razón de ser.

Valor es, ciertamente, el nuestro, levantando la bandera de la verdad, pidiendo el esclarecimiento de un hecho para ilustrar á los que hayan de escribir la historia de nuestras luchas políticas, exigiendo que se devuelva el crédito y la fama á un hombre señalado con una nota infamante, en medio á una sociedad que marcha como vertiginosamente empujada por el declive de la relajación de todos.

Valor es el de este diario resolverse á examinar los actos públicos del directorio de un partido que todo el mundo, todo el mundo que vive de rodillas ha elevado á la categoría de cosa sagrada, con una cabeza visible á la que se dá una grandeza de Dios.

Los hombres, por altas, por eminentes, por inmensamente elevadas que sean las cúspides en que se hallan, hombres son por lo material envoltura, y el juicio de sus actos, buenos ó malos, corresponde á los hombres.

Las humanas acciones, aquellas acciones que salen del fuero privativo de la conciencia, son rasgos de la fisonomía moral del ser finito sobre los que todos los hombres tenemos derecho á hablar, ya para rendirles el homenaje de la admiración, si de ella son dignos, hora para desmenuzarlos dentro de una severa crítica, si esta tiende á hacer luz sobre extremos que adrede aparecen confusos y velados.

Ardua tarea es, pues, la tarea nuestra, hiriendo cada vez más adentro la fibra de la narración, para que por la incisión que hacemos en el músculo más sensible se conmueva y se sacuda y rompa á hablar el órgano más importante de la revolución del 4 de Febrero.

Todo lo decimos con elevación, alejándonos de la palabra gruesa, huyendo de las voces que lastiman, pasando como sobre áscuas por aquellos conceptos que desdican de la cultura que se debe emplear siempre en esta tribuna angusta del pensamiento escrito.

¿Qué nos mueve á enguantar la mano para acometer la campaña de esclarecimiento de los sucesos del 4 de Febrero?

Que á la altura del artículo-comentario se ponga la actitud

de la junta revolucionaria, diciendo al país lo que es hora de que el país y el mismo partido radical conozcan.

Entre callar ó hablar, cuando se sabe que el silencio es un colaborador del desprestigio, ¿qué es preferible?

¿No comprende la junta revolucionaria, compuesta en su mayoría por hombres de honor, por perfectos caballeros, por vidas inmaculadas, que callando hacen á la revolución que inspiraron y dirigieron y aún al mismo partido y hasta á ellos mismos, más daño que si hablaran, siquiera para desvanecer los juicios injustos que se han avanzado sobre el relatante?

Sigamos examinando el proceso de la Revolución.

Los verdaderos culpables del fracaso, suponemos maquinaron hacer víctima del frustraneo movimiento al relatante el mismo día 4 de Febrero, es decir, cuando dándose cuenta de la magnitud del golpe de Estado por la repercusión que en provincias tuvo, no pudieron menos de declarar definitivamente deshecha la revolución por el fracaso en la capital federal que acaso ellos mismos contribuyeron á precipitar.

Marcha tan en armonía lo acaecido con lo que el narrador expone que, del relato se desprende, con abrumadora lógica, que nunca pudo el capitán Burgos dar el paso que el denunciador le imputa.

El comandante Soria recibió la denuncia.

¿Por qué este jefe, en vez de creer á piés puntillas lo que Reinoso le dijo, no llamó, que cerca lo tenía, al relatante, para cerciorarse de la veracidad ó inveracidad de lo que se le denunciaba, mucho mas obligado á proceder de esta suerte porque no ignoraba cual había sido la conducta del denunciado?

¿Cabe admitir una denuncia de la naturaleza de la que al comandante Soria hiciera el sargento Reinoso, sin más prueba de convicción que lo declarado ó dicho por el denunciador?

El honor de un oficial, que vale más que la vida, porque la vida sin honor nada significa, ¿puede estar á merced del simple dicho de un cualquiera que le dé por imputar lo que imputó el denunciador al relatante?

Pasemos al tribunal que juzgó al narrador.

¿Se ha movido dentro de una órbita de humanidad?

¿Humanidad es no haber admitido los testigos de descargo, ni sido imparcial en todos los incidentes favorables para el acusado que han concurrido en el proceso y la sentencia?

¿Es humano empeñarse en que un hombre aparezca culpable del delito que se le imputa tomando como único fundamento de cargo para la aplicación de la pena el testimonio inveraz, amañado de un solo acusador?

¿Es humano acusar del delito de rebelión, como se ha acusado al capitán Rosa Burgos, solo por una sombra de sospecha de intención revolucionaria?

¿Es humana la conducta del tribunal penetrando en el fuero de la conciencia para encontrar el indicio del delito que no aparece en la causa instruida.

¿Es, en suma, humano, cerrar los ojos á la evidencia, dictando una sentencia monstruosa, solo para que salga triunfante el manoseado espíritu de disciplina del ejército?

La justicia que mira con torvo ceño, que no cumple aquel precepto que manda odiar el delito y compadecer al delincuente, es una justicia venganza, y contra esta manera inicua de apreciar las ofuscaciones y deslices de los hombres yérguese todo espíritu generoso para condenar con toda la fuerza del corazón y las energías más viriles del alma el abuso de la facultad de la administración de la justicia.

¿Qué hizo la junta revolucionaria en presencia de las monstruosidades que comentamos?

En todas partes estaría, menos donde debía de haber estado.

Si los directores del movimiento hubieran procedido con valor, justicia y entereza, habrían llevado el orden y la equidad de la revolución allí donde era necesario evitar que se cometiesen actos que, al salir á la superficie, deslustran no solo á aquellos que hicieran, para salvar tal vez su responsabilidad, responsable al relatante, sino á la misma junta y al partido indirectamente.

Los verdaderos responsables, pues, del fracaso, que acaso la

misma junta no los conocía cuando aquellos denigrantes actos se cometieron, que quizás fueran los que atajaron el curso del movimiento echando sobre el más inocente la culpa que á ellos corresponde, no deben quedar impunes.

Si el capitán Rosa Burgos no pudo dar en la noche del 3 al 4 el paso que le imputa su único acusador, menos pudo llevarlo á cabo del 4 al 5.

Es esta una verdad tan clara como llamar puño á la mano cerrada.

¿Por qué, pues, el sargento Reinoso, le achaca al relatante un delito que no cometió con las circunstancias agravantes para el narrador que arroja el sumario?

¿Quién impulsó á Reinoso á hacer la denuncia?

¿La hizo solo?

La hizo empujado quizás por aquellos mismos que, para salvarse, como decimos, del acto denigrante del fracaso de la revolución, buscaron en el relatante la figura aprovechable para hacerla blanco de todos los cargos.

Muy lejos de nosotros afirmar que los traidores ó verdugos, como los llama el relatante, se hayan amparado bajo la bandera de la Unión Cívica Radical, pero tampoco admitimos, porque es inadmisibile, que la acusación que pesa hasta hoy sobre el capitán Rosa Burgos la haya hecho un enemigo personal del acusado, ó los adversarios de la revolución.

Dos Cartas elocuentes.

Trasanteayer recibimos la primera de las dos cartas que siguen.

Como se ocultaba el autor en el pseudónimo, le llamamos por el diario invitándole á enviarnos su nombre.

La contestación la encontrará el lector en la segunda carta.

Las dos revelan estar escritas por un hombre que es á un tiempo espíritu culto y un corazón bien puesto.

Las hemos leído con emoción profunda, y si antes no la entregamos á la publicidad, fué porque no queríamos que se creyese que el pseudónimo era una invención nuestra; que de todo hay en este ambiente impuro y descompuesto en que nos movemos.

Mucho agradecemos á Verídico sus alentadoras cartas, las que aceptamos, como decimos, á manera de aliento; pero manifestamos que lo mismo el relatante que "LA REFORMA", sabe á donde van y van con las manos llenas de verdades para qué estas sean recogidas por la posteridad.

Hé aquí las dos cartas, que aparecen por el orden que las hemos recibido:

Señor director de "LA REFORMA"

Doctor don Lino F. Cárdenas:

Sin preambulos, sin literatura, sin palabras vanas, afirmo al país por intermedio de su diario, que el capitán Burgos dice la verdad como solo saben decirla los hombres de valor y de honor.

Es cierto. No es él el responsable ni el causante del fracaso de la revolución del 4 de febrero. Y la opinión pública lo sabe; sabe que Burgos es una víctima y sabe tambien quien ó quienes fueron los culpables del fracaso. Los mismos radicales, aquellos radicales verdaderos, de razón y corazón, lo dicen en la intimidad y la confianza: «Burgos es una víctima».

Al que estas líneas escribe al correr de la pluma, una persona allegada á don Hipólito Irigoyen, el día 5 le decia: «Burgos no es culpable ni responsable, sino una pobre víctima». Agregando después lo que el capitán expone en LA REFORMA.

Antes de continuar, debo dejar constancia de que yo no soy

ni nunca he sido radical. Respeto mucho mis propias opiniones, para por conveniencias claudicar de ellas. Soy, en política, enteramente independiente. Mi carácter no admite imposiciones de nadie ni de nada que esté reñido con mis convicciones ó ideales. Hago esta salvedad para dar más valor á mi declaración anterior y que vuelvo á repetir: «El capitán Burgos, dice la verdad, dando con esto una explicación debida al país, é irradiando luces para la historia.

Deben ser los radicales los primeros en justificar al capitán Burgos, manifestando con espontaneidad al país la verdad de los sucesos, y no esperar que empiezen á hacerlo los hombres independientes que conocen los hechos y la falta de tino y el derroche de inculpaciones cernidas y que ciernen sobre los menos culpables, los directores-jefes, hacedores de revoluciones-fracaso. Es la hora de que los labios se desplieguen y se diga la verdad. Con un pueblo no se juega, aunque éste sea un pueblo inconsciente; que se conduce cual si fuera un rebaño de cándidas ovejas; porqué éste pueblo es más temible que el pueblo consciente; pues cuando sus pasiones se despiertan y y sus iras se revelan, avasallan todo como hordas salvajes hambrientas y sedientas de sangre y exterminio.

El radicalismo debe hablar, y primero que todos Hipólito Irigoyen, su alma-mater. Que hable Irigoyen y que cumpla con la explicación que debe al país. Rompa ese silencio condenador, si es un hombre de carácter, de honor, de valor, aspirante á redentor y director de una nación como la Argentina, considerada ya entre las grandes naciones del mundo como potencia moral, intelectual, civilizada y civilizadora. Que hable. Esta es la oportunidad de hacerlo. Que hable, en vez de fraguar nuevas tentativas y fracasos.

Es lo que cuadra á un hombre de temple y que se llama jefe de un partido, de un grupo de hombres que se creen capaces de dar vuelta la política á fin de encaminar al país por nuevas sendas que lo conduzcan al engrandecimiento moral, político, social, intelectual y financiero.

Que hable Irigoyen, y que hablen los hombres del radica-

lismo: el país espera su palabra....

Y siga el capitán Burgos, con entereza y valentía, narrando fielmente los sucesos que enlutaron la bandera de la patria en esos nefastos días, que se hará acreedor al aplauso de sus conciudadanos.

VERÍDICO.

Señor director de LA REFORMA.

Estimado doctor Cárdenas:

Para diarios valientes y de empuje que llevan por lema y escudo la «verdad»; para diarios como el suyo que han calado la bayoneta para batallar con conciencia, sin detener su avance victorioso en nimiedades retardadoras, son un camino los nombres propios que sirvan de garantía á una publicación que respira verdad y sinceridad, como la que ayer personalmente dejé en la casa de LA REFORMA.

Cuando se dice la verdad y cuando á ésta se la ve desnuda y pura, no hay necesidad de solicitarlas, ni mucho menos dudar de ella cuando uno de sus cultores le rinde tributo.

En el combate, no se tiene en cuenta como se va á herir y matar para conquistar la victoria.

¿Para qué mi nombre?... He cumplido con un impulso generoso de mi corazón al escribir mi carta anterior; veía en la «víctima del arsenal de guerra» á un hombre que necesitaba un aplauso despues de tantas ingratitudes y sinsabores, y espontáneo se lo he tributado.

Otros hombres son los que están obligados á dar su nombre y á hablar, y no el humilde que se oculta en el seudónimo.

Buenos Aires, Julio 11 de 1906.

VERÍDICO.

Sábado 14 de Julio de 1906

VIII

ILUSTRANDO EL JUICIO PÚBLICO

Con la publicación del relato que el lector va leyendo, no persigo otro propósito que una reivindicación de mi honor, empañado con cargos gratuitos y falsas imputaciones, que los llamados á destruirlos aún no lo han hecho.

Propóngome ante todo y sobre todo, con pruebas irrefutables, con exposición de hechos que nadie podrá negar, hacer patente mi absoluta irresponsabilidad en el vergonzoso fracaso de la revolución de Febrero. Considero, pues, innecesario, por el mismo decoro nacional primero, y por el del ejército después, prescindir del mal proceder y de la baja con que muchos se han conducido con los vencidos y muy especialmente conmigo.

Pero no puedo pasar por encima de este importante detalle, que sirve para ilustrar al lector, á saber: que el Consejo de Guerra ignoraba las conferencias que celebré con los misteriosos oficiales de quienes he hablado antes.

Paso, pues, sobre todo, y tomando la línea recta, que es la más corta, me voy derecho á lo esencial, esto es, á tratar del dictámen fiscal y de las defensas, porque tengo la convicción de que con ello bastará para justificar todo cuanto dejo expuesto acerca de la mixtificación y mal proceder del Consejo de Guerra.

VISTA DE LA CAUSA

El día 6 de Marzo de 1905, tuvo lugar la audiencia pública de la causa que se me instruyó. Al recinto donde actuaba el tribunal, había asistido un buen número de jefes, oficiales,

y ciudadanos ajenos á la causa.

Cito este detalle para que dichos señores me desmientan, si me aparto de la verdad.

DICTAMEN FISCAL

Después de los trámites de práctica, el presidente general Benavides, concedió la palabra al fiscal, coronel don Adolfo Arana, quien, poniéndose en pié, se expresó más ó menos en los siguientes términos, es decir, copio lo esencial de su discurso:

«Está plenamente probado y sin réplica que el acusado capitán Rosa Burgos debió entregar el arsenal de guerra á los revolucionarios.

1° Porque en la mañana del día 4 el capitán Burgos preguntó al sargento Reinoso si la tropa respondería á una revolución que iba á tener lugar en el arsenal de guerra, en la noche de ese día, y como Reinoso le preguntara si los jefes también tomarían parte en el movimiento, Burgos le dijo que no, porque los jefes eran una punta de inservibles, y que por eso se hacía la revolución; que en la sublevación tomarían parte únicamente los oficiales y tropa reconcentrados en el arsenal y que viera á los sargentos del destacamento, para saber si respondían al movimiento.

2° Porque en la noche del estallido, (textual), el acusado, capitán Burgos, mandó dormir á la planta alta del edificio á los oficiales del destacamento.

3° Porque la mitad de la guardia dormía desnuda por órden de Burgos.

4° Porque el acusado hizo averiguar con soldados del destacamento el puesto de los serenos, en la noche del estallido.

5° Porque las tropas sublevadas del campo de Mayo traían como objetivo el arsenal de guerra.

6° Porque los ciudadanos que llegaron al arsenal de guerra, en la madrugada del 4, fueron desarmados, (prueba evidente

de que Burgos debió armarlos) y preguntando por el doctor Irigoyen.

7º Porque el 1º de febrero, el acusado pidió permiso para mandar dormir á la planta alta del edificio á los oficiales del destacamento.

.....

Pido para Rosa Burgos la pena de tres años de prisión mayor y la pérdida del empleo militar.

UN PARENTESIS

Las siete cuestiones precedentes fueron escuchadas con toda atención por el tribunal y la barra: no es invención mia.

He dicho en capítulos precedentes «que el proceso ha sido una mixtificación y que no habia necesidad de tal proceso para castigar mis intenciones». He dicho que se ha violado la ley, amordazado al acusado, obstruido el camino de la defensa, prescindido de los testigos de descargo y de los hechos mismos, para dejar el campo libre á los falsos testigos y demás inmundos satélites de mis verdugos.

Todo lo probaré, pese á quien pese; pero entiéndase bien, lo probaré, no como un acto de venganza, sino como una necesidad imperiosa para reivindicarme y presentar «tan clara como la luz del dia» la obra de mis verdugos.

LAS DEFENSAS Y LA PRUEBA

Ante todo, debo hacer la salvedad de que me privo de la satisfacción de publicar en este relato la defensa integra de mi ex-defensor doctor don Ubaldo Somoza, porque no quiero molestarlo más de lo que le he molestado, y para evitar torcidas interpretaciones enderezadas á atribuirle una participación que no tiene en estos plumazos.

Reanudo, pues, el hilo del relato.

Una vez que el señor fiscal hizo su acusación, el presidente concedió la palabra á la defensa.

Sin ambajes ni rodeos y con admirable dialéctica destruyó mi defensor los cargos del acusador.

PRIMERA CUESTION

El fiscal dijo que estaba plenamente probado y sin réplica la denuncia del sargento Reinoso.

Mi defensor el doctor Somosa sostuvo ante el tribunal que el sargento Reinoso era denunciante y que nadie absolutamente confirmaba lo declarado por dicho sargento, quien, además, era de conducta...dudosa, según constaba en autos. «Denunciar un hecho con refinada astucia no es probar.» Para que la denuncia esté plenamente probada es indispensable la declaración de dos testigos que la justifiquen, dando la razón de lo dicho. Nada está probado en este proceso, agregó mi defensor; «las intenciones, según un artículo de nuestra carta constitucional, dice que no se castigan con presidio: están reservadas á Dios»»

.....

La prueba más evidente de que no estaba probada la denuncia del sargento Reinoso y de que el tribunal la desestimó por completo, la tenemos en el fallo definitivo, pues la tentativa de motin, estando la Nación en pié de guerra, la tropa reconcentrada en un depósito de armas, con éstas en las manos y el enemigo al frente, no se castiga con prisión menor; sus cabecillas merecen algo más; los códigos militares son terminantes y explícitos en este sentido.

Así que el doctor Somoza terminó de destruir el dictamen fiscal, fundándose en principios de derecho enteramente elementales «para mayor satisfacción del tribunal», se me concedió el uso de la palabra para que manifestara lo que desease, en mi defensa. Con tal motivo y á pesar de que mi defensor había triunfado casi sin grandes esfuerzos contra su adversa-

rio el Fiscal, me ocupé de la denuncia de Reinoso. «¡Era gravísima! El ánimo de mis jueces estaba contra mí», hallábanse, pues, comprendidos en la repetida frase: «la revolución se hacia porque los jefes eran una punta de inservibles.» Era necesario convencer al Tribunal de que el sargento Reinoso «era un falso denunciante, un individuo incapaz en todo sentido de ilustrar ni servir de guía al acusado capitán Burgos en un asunto de índole ajena á la profesión y que nunca puede estar al alcance del escaso ó pobre criterio de un sargento de tropa, de conducta... dudosa, quien, según informes, en épocas no lejanas habia fingido un desequilibrio mental, para que se le diera de baja del ejército.»

La denuncia, pues, era grave y de índole pura y exclusivamente militar; y es por esto que no omití detalles y argumentos, partiendo de bases sólidas, para destruirla. Los hechos estaban en pié y de ellos debía servirme para convencer al Tribunal de que la denuncia era falsa, improcedente y con la añadidura de estar inspirada en fines innobles....

La denuncia era, á todas luces, falsa porque, por más infeliz que fuera el capitán Burgos, jamás pudo consultar y mucho menos encomendar un asunto tan delicado á un sargento que le era desconocido quince dias antes de los sucesos. La denuncia era falsa, en rigor, porque estaba en contradicción con el proceder y la actuación del acusado, y con los hechos mismos.

La denuncia era falsa de toda falsedad, porque si nada hicimos los revolucionarios en la noche del 3 al 4, «cuando el enemigo exploraba el terreno con toda candidez y completamente desorientado», menos podíamos haber hecho en la noche del 4 al 5, es decir, cuando el enemigo apuntaba con sus cañones y estaba con el ojo avizor y en excelente terreno. Y finalmente la denuncia era torpe y absurda porque si nada hicimos contra uno, en la noche del 3 al 4, menos pudimos hacer contra mil, en la noche del 4 al 5.

¿Por qué no se sentaria en lugar ó al lado del acusado al falso sargento Reinoso, por haber llevado una denuncia con

premeditada intención criminal?

¿Podía quedar impugne el acto del fiscal al afirmar que estaba plenamente probado y sin réplica un delito que no lo estaba en ley ni en conciencia? ¿Son tan benignas ó deficientes nuestras leyes, ó es que alguien tuvo interés directo en «partir por el eje al acusado, para salvar al país?...

¡Es que el falso denunciante, tenía indiscutiblemente, santos.... por doquier dispuestos mil veces á sostenerlo por medio de esa arma vedada que los caballeros llamamos «calumnia, intriga, mentira, hipocresía!»

VERDADES AMARGAS

ARTÍCULO COMENTARIO

VIII

El lector juicioso, el que considera sensatamente las cosas, habrá reparado la imparcialidad con que el relatante conduce la acción del relato.

A ratos, cuando hiere alguna de las cuestiones que más hondamente le afectan, emplea frases un tanto escocedoras, pero no llega nunca á hacer con la frase el daño que al relatante le han hecho con los cargos que se le imputan.

Es, pues, generoso hasta en la manera de poner un comentario apreciando los casos que con su situación se relacionan.

Alta, noble, de frente, como proceden los hombres bien nacidos, es la conducta que sigue el narrador en la exposición y el nudo de los sucesos del 4 de Febrero.

Aún cuando hubiese agotado el vocabulario de las palabras gruesas para obligar á que se le sincere y vindique por la nota depresiva que se le ha puesto, no habría todavía dicho todo lo que tiene derecho á decir el hombre que, como el capi-

tan Burgos, recorre un inacabable Calvario, sin más Cirineo que LA REFORMA, aguardando que los que están obligados á vindicarle le hagan justicia

¿Que es triste que el relatante entregue al juicio de los espíritus rectos la verdad, nada más que la verdad de lo acaecido la noche de los sucesos?

Más triste que esto es que la junta revolucionaria haya dado lugar á la publicación del relato, por no decidirse á confesar que ella sola es la responsable del fracaso de la revolución.

Si se sienten heridos con esta narración los directores del movimiento, ¿qué sentirá en presencia del silencio de estos el hombre que, rebasando el límite de la humana generosidad para no comprometer á cuantos intervinieron la noche de los sucesos en la capital federal, ni ser traidor á la causa, se hizo responsable de todo, confiado en la caballerosidad de la junta revolucionaria, y ésta lo deja solo ante el Consejo de guerra y más tarde permite que se le señale por la opinión y por el mismo partido radical como lo que no es?

Sean hombres, hombres capaces de la nobleza de la sinceridad, aún en contra suya, los componentes de la junta revolucionaria, y digan al país, que en su mayoría estuvo con la revolución, y á los elementos del partido que, ni en presencia del fracaso abandonaron sus puestos en la hora del peligro y del sacrificio, que ella, la junta, con su ineptitud, con su falta de tino, con sus indiscreciones, con su imprudencia, con su irresolución y ausencia de entereza, fué el principal factor del fracaso del movimiento.

Ningún cargo dirige el relatante ni LA REFORMA á los dignos y pundonorosos hombres del partido radical que abogaron y siguen abogando por el triunfo de sus ideales.

Ante ellos, ante su valor, puesto de relieve la noche de los sucesos, ante su lealtad á la causa, ante la virtud de su temple de alma, con más altivéz mantenido cuanto más adversa es con ellos la fortuna, descúbrese con respeto LA REFORMA.

El partido radical ha cumplido con su deber yendo á donde se le dijo que fuera, haciendo lo que pudo; quien no ha cum

plido ni con el deber de explicar su actitud la noche de los sucesos, ante el país que convulsionaron, ni ante aquellos que llevaron al sacrificio, al destierro y á la afrenta, es la junta revolucionaria.

A ella, pues, alma y rémora á un tiempo del movimiento, van enderezados los cargos que la narración arroja.

Ni el consejo de guerra, que tan cruelmente ha procedido con el relatante, hasta violar la ley y denigrar al incontaminado ejercito argentino, según se desprende de lo que el narrador refiere, habria obrado de esta suerte de haber la junta revolucionaria afrontado, desde el primer momento, como era su deber, la responsabilidad de todo.

Todo esto y cuanto se vaya haciendo conocer al lector no es otra cosa que la resultante abrumadora del grito de sálvese el que pueda que suponemos dieron, sabe Dios quienes, en el momento critico, es decir, cuando por decoro de la misma junta y por honor del partido radical que comprometieron hasta llevarle á la exposición de su vida en la temeraria empresa, debieron los inspiradores del movimiento haberse sacrificado al igual de todos los que puntualmente estuvieron, en la capital federal y en provincias, la noche de los sucesos en el puesto de más peligro, no abandonándolo ni aún después de haberse hallado abandonados á su propia suerte, como lo estuvo el relatante, fiel á su juramento de honor, mantenido hasta cuando se encontró solo ante el consejo de guerra.

¡Qué contraste ofrece la actitud del relatante ante sus jueces y la de la junta ante el relatante!

¡Védle! Es el capitan Rosa Burgos el que comparece ante el tribunal.

Ni tiembla al penetrar en la sala, ni su mirada se esconde de las de los que le van á juzgar.

Más que un reo que va á escuchar su sentencia, diríase que lleva la misión de acusar á los acusadores.

Entero, altivo, sereno, fuerte contra la adversidad, animoso para responder con gallardía de espíritu á la acusación fiscal,

tal es la actitud en que se destaca, ante el consejo de guerra, la figura del relatante.

¡Vedle! Fiel á su palabra, lo niega todo; nada dice, llegando á agravar su situación con su silencio, por no comprometer á sus correligionarios ni hacer traición á la causa.

Esto es lo que se advierte en lo que hoy aparece en el relato, relacionado con el dictámen fiscal que irá conociendo el lector.

Y á un hombre que, como el relatante, se conduce de esta suerte, esto es, cargando con la responsabilidad de todo, movido del deseo de salvar á todos los comprometidos, empezando por la junta, ¿esta le paga tan generosa y noble acción dejando que el país y partido radical lo juzgen como el autor único del fracaso del movimiento.

¿Merecen dirigir un partido de los alientos y de las virtudes del radical hombres que, antes de confesar que por ellos se ha perdido todo, prefieren que un inocente viva deshonrado con la deshonra de una traición que otros cometieron?

¿En nombre de qué ejecutoria pretenderá la junta revolucionaria seguir al frente de la dirección del sufrido partido radical?

¿Es acaso una ignominia confesar que se ha padecido una equivocación?

¡Errare humanum esta!

Adviértese, igualmente en el dictámen fiscal, la saña que los miembros del tribunal desplegaron contra el acusado para constreñirle á abrir la válvula de sus sentimientos y por éstos llegar hasta el fondo de la conciencia del relatante; pero el dignísimo capitán Rosa Burgos, más caballero cuanto más espantosa era la soledad en que se hallaba, prefirió el sacrificio á la traición.

Cuanto más ahondamos en el relato, más de manifiesto están las miserias que se han querido ocultar por aquellos que tan marcado interés muestran en que el relatante pagara los vidrios rotos.

Analícese la obra del acusador, por otro nombre, el fiscal.

¿Qué acusa? ¿Acusa un delito? Condena intenciones, va hasta donde ningún tribunal de la tierra tiene derecho de ir, llámese militarismo ó como se llame.

Note el lector que el que hacia de fiscal había sido jefe del relatante en el arsenal de guerra, desde las 4 hasta las 8 de la mañana del día 4, es decir, que pudo jurar por su honor, y no se habría comprometido, que el capitán Rosa Burgos no había cometido el delito que el sargento Reinoso le imputara durante el espacio de tiempo que el fiscal fué jefe del acusado en el arsenal.

¿Qué interés movió al que hizo de fiscal del capitán Rosa Burgos, para aceptar el cargo de acusador del relatante?

Porque pudo inhibirse, y esto hubiera sido lo correcto y lo humano y lo generoso y sobre todo lo justo, de entender como fiscal, como verdugo del acusado, que esto es lo que representa el ministerio fiscal lo mismo en lo militar que en lo civil, para comparecer con el carácter de testigo, de testigo de descargo del narrador.

Por la luz que el relato hace, se comprende, sin gran esfuerzo, que el fiscal no hace otra cosa que juzgar como mal hecho todo aquello que el relatante hiciera en cumplimiento de su deber, con el fin de declararlo rebelde contra el gobierno nacional.

Esto patentiza ó una miopía intelectual, ó una manifiesta intención de castigar sin pruebas al capitán Burgos.

Es lo que se aprecia á la luz de la narración.

El fiscal hace aparecer como rebelde á un oficial que dispuso de las llaves del arsenal de guerra, desde el principio al fin de los sucesos, en la capital federal.

Se ha castigado, pues, las intenciones del relatante, que ningún tribunal tiene autoridad bastante para castigar, porqué carece de fuerza para penetrar en el fuero de la conciencia.

Todo esto se ha hecho porqué la Junta revolucionaria no tuvo, ni en esta ocasión, corazón y cerebro para estar donde las circunstancias le imponían que estuviera.

Hable la Junta revolucionaria, hable Hipólito Irigoyen, destruyendo, si pueden, esta montaña de verdades que pesa sobre todos aquellos que han engañado al país y hasta el partido radical, que fúe al sacrificio creyendo que estaba dirigido por espíritus animosos y fuertes, capaces por lo menos de decir algo que sirva para conocer la verdad de lo acaecido la noche del fracaso de la revolución.

OTRA CARTA ELOCUENTE

Para los ciegos, sordos y mudos

Varios radicales nos dirigen una, si corta, elocuentísima carta, en la que se trasluce la decepción que va cundiendo en los espíritus imparciales del batallador partido con motivo de las declaraciones dolorosas que desde esta tribuna se hacen sobre la conducta inexplicable de Hipólito Irigoyen y de la Junta revolucionaria en la noche de la revolución.

No trae firma la carta, pero la publicamos como viene, porque ella contiene el lenguaje de una muy amarga decepción.

He aquí la carta:

Señor director de "LA REFORMA"

Presente

La narración que de algunos días acá viene haciendo su valiente diario es digna de un aplauso. Como radicales intran-

sigentes se lo tributamos con toda alma. Todo cuanto en ella se dice es una gran verdad, y ahora, nosotros, como radicales, queremos que nos diga el doctor Hipólito Irigoyen: ¿qué razones ha tenido para no concurrir á ninguna de las asambleas que se han celebrado en las distintas parroquias preparando este gran movimiento que con sorpresa para todos se ha visto el 8 de Julio? También queremos dejar constancia de que la mayor parte de los radicales que nos encontrábamos ese día, aclamando á nuestro gran partido, no lo hacíamos por el señor Hipólito Irigoyen, pues no lo conocemos, ni sabemos si es alto ó bajo, mudo ó ciego; en fin, para nosotros es un ser invisible.

¡Qué diferencia, señor director, de aquellos tiempos en que nuestro queridísimo jefe, con su hermosa barba blanca, concurría á todas las asambleas y era el primero en las filas! Así es que los radicales de hoy son los mismos de entonces.

Un caso muy significativo: en estos días se han cruzado apuestas á que el doctor Hipólito Irigoyen no concurriría el 1º de Julio á la Recoleta, ni á la dársena á recibir á los expatriados. Y así ha sucedido. Al lector los comentarios,

Saludamos al señor director:

VARIOS RADICALES.



Lunes 16 de Julio de 1906

IX

Segunna Cuestión del Dictamen Fiscal

No se asombre el lector. En nuestro ejército se juega con la vida, la libertad y el honor de los subalternos lo mismo que con el buen nombre y prestigio de los superiores; y es por esto que, la disciplina, que viene de arriba abajo, y la subordinación que vá de abajo arriba, se afectan y se resienten, quedando á lo mejor reducidas á su mínima expresión.

.....

El fiscal dijo que estaba plenamente probado y sin réplica, que Rosa Burgos debió entregar el arsenal á los revolucionarios porque en la noche del estallido mandó dormir á la plan-

ta alta del edificio á los oficiales del destacamento Nuñez y Arana.

(iii).....!!!)

Mi defensor, el doctor Somoza, no se ocupó de esta cuestión porque no dudó del testigo ó persona que la confirmaba con su declaración; y ya habia manifestado al principio de su discurso que, nada estaba probado en ley.

Para mi no fué una sorpresa, pues habia tenido ocasión de leer dos dias antes el parte del señor general Smith publicado por LA NACIÓN, y con tal motivo de rogué á mi defensor dejase á mi cargo todo lo que fuese de índole pura y exclusivamente militar, para rebatirlo á mi vez. Mi defensor me complació, y es por esto que nada dijo al respecto.

Ya sabe el lector que los oficiales no dormian en la planta alta del edificio, sinó en la habitación que se les dió al efecto, en la planta baja, desde el dia que nos instalamos en el arsenal, ó sea desde el 19 de Enero. Ante el tribunal sostuve lo mismo, haciendo la salvedad de que el general Smith habia sido tal vez mal informado.

Nos encontramos, pues, en un caso digno de comentarse, para que podamos constatar lo que antes manifesté....

¿Quién ó quiénes declararon ante el consejo de guerra que los oficiales dormian en la planta alta del edificio en la noche del estallido?

No me ocupé de averiguarlo: me conformé con saber que el general Smith lo declaró ante la superioridad, ante el Consejo y ante el pais entero, porque su parte fue publicado en uno de los diarios de mayor circulación.

¿El general Smith daba la razón de lo dicho? ¿Declaró, por oficio, ante el tribunal, que lo dicho le constaba por que lo vió, lo presencié, ó por informes de sus subalternos? Es de suponer que el general Smith ha dado la razon de lo declarado, y como el general no subió á la planta alta del edificio en toda la noche del estallido, como no hiciera alusión ni preguntara por los oficiales á nadie, aquella noche, mal pudo declarar «que le constaba por haberlo visto ó presenciado» sinó

porque se lo dijo... ¿quién? El general lo sabe, indudablemente.

¡Segundo golpe de mis detractores!... Abusaron de la confianza del general Smith; le hicieron declarar lo que no era exacto ante el país entero; le hicieron cometer un gravísimo delito previsto y penado por el código de justicia militar, con la agravante de encontrarse desempeñando el alto cargo de comandante en jefe de una región. Pero, esto no es todo.

¿Se hizo comparecer ante el tribunal é los oficiales Nuñez y Arana y á la tropa del destacamento, á fin de tomarles declaración y constatar lo manifestado por el general Smith?

No; ni Nuñez, ni Arana, ni la tropa, han declarado nada al respecto, porque no han sido interrogados, como no lo fué el acusado. Por tanto el proceso ha sido una mixtificación y se ha violado la ley de procedimientos.

Bastó que el sargento Reinoso denunciase un hecho para que el fiscal lo diese por plenamente probado y sin réplica; bastó que el general Smith «denunciase ó me acusase de otro hecho» para que el fiscal lo considerase también plenamente probado y sin réplica. ¿Que significa todo esto? Pero, ¿por qué el tribunal no hizo comparecer á los testigos de descargo cuando el acusado manifestó ser inexacto el cargo que se le imputaba? Es que, seguramente, volvian sobre sus pasos, lo consideraron innecesario, daban crédito á lo observado por el acusado y tuvieron en cuenta tal vez que, el general Smith, al confeccionar el parte que debió elevar á la superioridad, habia sido mal informado, engañado como un niño.

Y es por esto, indudablemente, que mis jueces desestimaron esta denuncia á mi favor, del mismo modo que la del sargento Reinoso. Y es por esto, quizás, que no preguntaron á Nuñez y Arana en qué sitio, en qué cama, y por orden de quien dormian la noche de los sucesos. Es por esto que no se les preguntó á los asistentes, tropa del destacamento y aún al jefe de servicio y guardia de bomberos, pues nada se hizo entre telones, si los oficiales Nuñez y Arana dormian en la planta alta del edificio ó en la habitación que se les designara en la planta baja, que se halla todavia frente al

dormitorio de la tropa.

.....

¿Por qué no se sentaría al lado ó en lugar del acusado al general Don Cárlos Smith, por haber elevado una denuncia falsa en perjuicio del acusado y de la disciplina?

¿Por qué no se le exigió, en caso de haberlo hecho sin intención criminal, que declarase quién ó quienes eran los falsos informantes, para mandarlos á purgar su vileza á vanguardia de los criminales del 4 de febrero, pero bien distanciados para que no se confundieran?

Está demás decir el por qué. El lector lo puede comprender sin gran tortura de imaginación.

TERCERA CUESTIÓN

El fiscal dijo que estaba plenamente probado y sin réplica que Rosa Burgos debió entregar el arsenal de guerra á los revolucionarios porque la mitad de la guardia dormía desnuda.

¿Qué significa esto? Quien tiene razón?

Veamos. Este asunto es también de índole pura y exclusivamente militar, por lo que tampoco mi defensor se ocupó de él en mi defensa; y, además, los instantes que pudimos conversar para ponernos de acuerdo, fueron cortísimos.

En virtud de esto sostuve ante el tribunal, haciendo la salvedad de que el general había sido tal vez mal informado, que la guardia no dormía desnuda; por el contrario, estaba vigilantísima en su puesto, al pie de sus armas, correctamente vestida y uniformada.

El general vió, «esto es exatísimo», que dormían desnudos varios soldados, pero no eran los de guardia, sino la tropa franca del destacamento.

Se entiende por guardia, según los reglamentos respectivos en vigencia, á una tropa destinada á prestar servicios de seguridad ó vigilancia «por un lapso de tiempo que no exceda de

24 horas, y por destacamento, deducción de los mismos reglamentos, práctica tradicional en nuestro ejército, una tropa destinada á cubrir un servicio por mayor tiempo de 24 horas: 2, 8, 10, 30 días, 2, 3, 5, 11 meses, y aún años.

Los primeros, ó sea las guardias, no pueden ni deben dormir durante sus servicios, ni sacarse prenda alguna del uniforme: los reglamentos son terminantes y explícitos en este sentido.

Los destacamentos--si se me admite la frase, forman cuerpo--y su jefe, dentro de las facultades que le confieren los reglamentos y teniendo en cuenta las instrucciones particulares del puesto que se le confía puede y debe fraccionar su tropa en mitades ó tercios para cubrir el servicio ordenado: con los unos bajo la denominación de guardia, mientras los otros descansan, se instruyen, duermen y aun pasean, si se les concede puerta franca.

Este es mi caso. Y es por esto que, en la memorable noche de los sucesos, y durante las catorce que habia permanecido en el arsenal tenia 29 hombres de guardia y 29 francos. Los primeros cubrían el servicio ordenado por la dirección del arsenal: velaban día y noche por la seguridad y orden de este, y los otros, justo era que el capitán jefe los autorizase para descansar y dormir, pues no eran soldados de palitos para tenerlos 15 días consecutivos de guardia y con el barbijito militarazo encajado hasta detrás de las orejas.

Pero, hablemos con propiedad y analicemos este hecho, que es, como he dicho, pura y exclusivamente militar.

¿El capitán Burgos dispuso que oficiales y tropas francos durmiesen desnudos porque debía entregar el arsenal de guerra á los revolucionarios, ó lo hizo en cumplimiento de su deber y en beneficio del servicio?. El director del arsenal coronel Ducloc y el jefe de servicio ¿tenían conocimiento y lo permitieron?. Si ó nó?. ¿El servicio estaba establecido como de costumbre y de conformidad á lo dispuesto por la dirección del arsenal?. ¿Si ó nó?. ¿Era controlado á cada instante por

el jefe de servicio?. ¿Si ó no?. ¿Dicho señor vió aquella noche que los oficiales y tropa francos dormían desnudos y que la guardia estaba en su puesto completa y con la corrección debida?. ¿Si ó nó?. ¿El general don Cárlos Smith procedió contra el capitán Burgos, aquella noche, por tener su guardia durmiendo desnuda?. ¿Si ó nó?.

¿Acaso el general Smith, comandante en jefe de las fuerzas de la guarnición carecía de autoridad para proceder en el acto contra el capitán Burgos, haciéndole relevar y luego arrestarlo allí mismo?. ¿Lo arrestó?. ¿Lo amonestó?. Por qué si se consideró falta, no se procedió contra el director del arsenal y jefe de servicio, que lo autorizaron y permitieron?. ¿Por qué no se les acusó á ellos, por este hecho, de haber prometido el arsenal á los revolucionarios?. ¿Quien es el responsable directo del hecho, el superior que lo permitió y autorizó, ó el subalterno que obedeció?. ¿Acaso se tomó declaración en este sentido al señor director del arsenal y jefe de servicio para averiguar la verdad y deslindar responsabilidades?. ¿Por qué no se hizo?. ¿Por qué se omitió este proceder impuesto por las leyes y reglamentos que nos rigen y que deben ser cumplidos estrictamente, tanto para reprimir las faltas del soldado como las del general?. A fin de no extenderme demasiado, voy á responder á algunas de estas preguntas para ilustración del lector.

El director del establecimiento y el jefe de servicio sabían que oficiales y tropa francos dormían desnudos, y lo autorizaron. El servicio no fué alterado en lo más mínimo, pues estaba controlado por el jefe de servicio Teniente Coronel don Filadelfo Villamayor; y además, dicho señor vió aquella noche, como lo vió el comandante Jauregui, que la tropa franca dormía desnuda y la guardia conversaba familiarmente al pie de sus armas; tan lo vieron que, contestaron el saludo militarmente al pasar por frente á estos últimos, aquella noche.

En ejércitos disciplinados y debidamente organizados como el nuestro, con leyes y reglamentos que lo rigen, se hace responsable de un hecho al superior que manda, no al subalterno

que obedece; las faltas ó delitos son castigados con mayor severidad cuanto mayor es la graduación del militar que las comete. Si un sargento denuncia un hecho falso, puede ser castigado con un año de prisión; y si un general, comandante en jefe de las fuerzas, incurre en el mismo delito, merece 10 años de presidio y destitución para siempre. (Sin alusión)

CALLEJON SIN SALIDA

ARTÍCULO COMENTARIO

IX

Todos van compareciendo ante el tribunal de la opinión pública, es decir, todos aquellos que, ó por haberse atendido á falsos informes, ó por el deseo de perjudicarlo, hecharon encima del relatante la montaña de toda la responsabilidad del fracaso del movimiento.

Hasta uno de los colosos de la prensa latino-americana, diario más grade del país, comparecerá pronto, y del examen de lo que ha publicado, verá el lector cómo se desprende que la inverás información de LA NACION ha influido para que se agarre el espíritu público la convicción de que el capitán Burgos es el que frustró la revolución del 4 de Febrero.

Para todos, pues, hay, en este relato, verdades como puños, revelaciones que causan estupefacción, exposición de miserias que horripilan, acciones rayanas en monstruosas.

Y todo, ¿con qué fin?

Con el fin de hundir, de deshorrar á un inocente, para que

sobre él caiga el anatema que solo á los culpables del fracaso corresponde.

¿Vivirán tranquilos, por millonarios que sean, por cómoda y desahogada posición que disfruten, por invulnerables que se juzguen, todos aquellos que, de cerca ó de lejos han contribuido á amargar la existencia del relatante, imputándole la fea acción que acaso ellos mismos concibieron y realizaron?.

Un militar pundonoroso, un veterano del ejército, un perfecto caballero, un hombre de honor, en suma, como el general Smith, ¿ha podido decir lo que en su parte del día de los sucesos dice, como resultante de lo que ha visto, cuando el jefe de la región no vió nada de lo que el informe arroja?.

¿Se puede llevar hasta la superioridad una información de la naturaleza de la que analizamos, afirmando ser cierto cuanto se expone?.

¿No comprendió el general Smith que el consejo de guerra tenía que creer á piés juntillas en su informe, más que en lo que dijeran todos los testigos que compareciesen, porque estaba amparado en la autoridad del jefe de la región, que se supone no diría más que la verdad, tomada de lo que él había visto?.

¿Vió el general Smith, la noche de los sucesos, todo lo que su informe imputa al jefe del destacamento en el arsenal de guerra?.

Si nada vió, sino que lo supo, de fuente inveraz ¿como afirma lo que no ha visto?.

Si el jefe de la región nada tuvo que reprochar al relatante si la conducta de éste fué intachable, durante el tiempo que el general Smith estuvo en el arsenal, siguiendo de cerca la marcha de los sucesos y la actitud del narrador, ¿por qué de su informe se desprenden cargos que no merece el capitán Burgos?.

¿Es que la vida, es que la libertad, es que el honor de un subalterno vale tan poco para los superiores, que se le puede manchar con un baldón, de por vida, como caballero y como soldado?

¡Cuanta generosidad en el relatante con sus acusadores, y qué poca elevación la de los acusadores con el narrador¡.

El relatante supone, cree que sus verdugos han hecho lo que hicieron por que seres perversos los compeliéron á proceder así suministrándoles datos desnudos de verdad.

Los verdugos, en cambio, lejos de creer ó de suponer el delito que al relatante se le imputa, afirman que lo ha cometido, sin otro fundamento, sin más base que lo dicho por un desequilibrado de la razón ó por un contrahecho del sentimiento.

Que algunos declararon un monton de inexactitudes, se desprende de que el Consejo no puso, como era su deber, en careo á los acusadores con el acusado, ateniéndose solo, como decimos, al parte del jefe de la región, que hoy vemos, á la luz del análisis, que fué injusto, como nacido de una información falsa.

Los diarios de mayor circulación publicaron á raíz de los sucesos el parte del general Smith, y es hora de que se sepa en qué fundaba lo dicho en su parte, pues hasta este momento el país vé ensombrecido un asunto que desea que se le presente de modo diáfano.

¿Declaró por oficio y haciendo constar que él, el jefe de la región, vió lo que expone en el parte?.

¿Como ha podido dar la razón de lo que expone, si el general Smith no subió á la planta alta del edificio en toda la noche de los sucesos, ni preguntó á nadie por los oficiales?.

Alguien se lo dijo al jefe de la región.

El general Smith lo sabe y no lo ha dicho, y ya que no lo dijo entonces, tiene que decirlo hoy, porque hoy se vé claro todo lo que ha pasado en el proceso instruido al narrador, y éste no puede seguir viviendo con una nota infamante; con la infamante nota que se desprende del parte del general Smith acusándole sin fundamento, por el dicho de uno, de muchos, de millones, que para el caso da lo mismo.

¿Ha apreciado, serenamente, en el recogimiento de su espíritu el general Smith, el golpe doloroso que, dejándose guiar por lo

que le digieran, asestó al relatante con el parte que elevó á la superioridad?.

¿Está tranquilo y satisfecho con lo que hizo?.

Pudo lo que el parte arroja haber llevado al patíbulo al relatante, pero, con ser tan afrentoso el cadalso, según por lo que en el cadalso se muere, mayor es la afrenta de la vida con la ignominia que al capitán Burgos se le ha puesto, por haber procedido ofuscada y quien sabe si hasta deliberadamente.

Cree el narrador, y nosotros participamos de su criterio, que han abusado del general Smith, haciéndole decir ante el país una inexactitud, sin penetrarse tal vez de que lo compelian á cometer un enorme delito, previsto y castigado por el código militar, con la agravante de que á la sazón ejercía el altísimo cargo de comandante en jefe de una región.

Dentro del arsenal había conocedores ó sospechadores de la actitud revolucionaria del relatante, algunos oficiales Nuñez y Arana, por no citar más, testigos á quienes estaba el tribunal obligado á hacer comparecer para que mantuvieran ó destruyeran los cargos que en el parte aparecen contra el narrador.

¿Se les hizo comparecer?.

Ahi está el relato, que habla con más elocuencia que el comentario.

Se pasó, pues, por encima de lo legal y de lo justo, para llegar á la aplicación de una pena innmerceda, como resultante de una sentencia monstruosa.

Asco da penetrar en las menudencias de este proceso.

Ni á los oficiales, ni á la tropa, ni á nadie que, como es lógico suponer debia tener conocimiento de los propósitos del relatante, ni al relatante mismo, se le ha interrogado para que por la interrogación se conociese la exactitud de lo que se denuncia en el parte del general Smith.

El narrador mantuvo enérgicamente, con la energia del que está seguro de no ser vencido, que era falso de toda falsedad cuanto se le imputara.

¿Por qué el tribunal no hizo comparecer á los testigos de descargo solicitados por el relatante?

¿Qué concepto de la administración de la justicia, sea ésta militar ó sea civil, tenían los hombres que formaron el tribunal que entendió en la causa del capitán Burgos?

¿Basta la denuncia de un jefe para dar por cierto lo que el superior dice del subalterno?

¿Basta la denuncia vaga, indeterminada, sin precisar el cargo que un enfermo, y por tanto irresponsable, hizo del capitán Burgos, para que por este solo hilo el tribunal llegara á la conclusión de juzgar rebelde al relatante?

Si nada se hizo entre telones, ó lo que es lo mismo, si todo lo acaesido la noche de los sucesos, en el arsenal de guerra, fué visto por la oficialidad y la tropa que obedecían al relatante y si la actitud insospechosa del narrador la conocía el jefe de la región ¿por qué las cosas han llegado metamorfoseadas al lector?

Porque es indudable que, de haber sido un tribunal severo, escudriñador, recto, que no se pone á los piés del poder administrativo, sino que va derecho al cumplimiento de sus deberes, en fuerza de desmenuzar el parte, habria encontrado la falsedad que á poco que se ahonde se advierte, y su resolución no hubiera sido otra que sentar en el banquillo, junto al acusado, al general Smith, por el delito enorme, volvemos á decir, de haber autorizado con su firma una denuncia falsa, que perjudicaba al relatante y afectaba al espíritu de la disciplina y al mismo que elevara aquella.

Deber del tribunal era, que no se trataba de una cuestión báladi, sino de la vida, de la libertad y del honor de un oficial, haber exigido al jefe de la región, suponiendo que su parte no fué con criminal intención elevado á la superioridad, que denunciase á los falsos informantes para que, una vez conocidos y sentenciados por su vileza, fuesen, como dice el narrador, á la cabeza de los criminales del 4 de febrero, pero separados, con el estigma de su asqueroso delito en la frente, destacándose de aquellos que, aun bajo el peso de la sentencia, no os-

tentaban una mancha ni en sus uniformes ni en sus conciencias.

Empezando, pues, por el jefe de la región, que elevó á la superioridad el parte en que se denuncia al relatante como comprometido á entregar el arsenal de guerra á los revolucionarios, la noche de los sucesos, y concluyendo por el tribunal y por aquellos que más directamente responsables aparecen en la imputación del delito de rebelión, todos se hallan en un callejón sin salida, esto es, obligados á hacer la luz y á decir al país que se ha cometido una monstruosidad jurídica con el capitán Rosa Burgos, y que de esta monstruosidad la única responsable ante la opinión y ante el partido radical y ante la propia conciencia es la junta revolucionaria.

Hablen los únicos que saben por qué fué sofocado el movimiento del 4 de febrero, pero empiecen vindicando al relatante, más desgraciado que Dreyfus, porque á éste se le acusó, hubo personas que dieron la cara, que le hirieron de frente, y al capitán Rosa Burgos lo acusa y lo hiere por la espalda sólo la junta revolucionaria, en su indescifrable manifiesto, dejando al país que resuelva y señale al responsable del fracaso.

El país señala como responsable del fracaso al relatante.

El capitán Rosa Burgos no hace más que exponer los hechos.

De ellos se desprende que la víctima es el narrador y la junta revolucionaria el victimario.

Levanten este cargo, que nace de la misma narración, los únicos responsables del fracaso del robusto movimiento del 4 de febrero.



Martes 17 de Julio de 1906

CONTINÚA

El general Don Carlos Smith dice en el parte que elevó á la superioridad: «La guardia no formó». ¿Reclama honores, ó me denuncia como rebelde?. Si el general denunció el hecho ante el ministro de la guerra, reclamando honores, no solamente incurrió en un grave error, sinó que cometió también una grave falta, por no decir delito, que nunca debió quedar impugne, en bien de la disciplina. Y si lo hizo con el fin de declararme rebelde ante el consejo de guerra, se olvidó que aquella noche cuando llegó al arsenal de guerra, el damnificado, en su presencia, «dió el grito de firme la guardia», acto que en el orden militar equivale á decir: «mandad mi general, que seáis obedecido y secundado en todos vuestros actos».

¿Cómo interpretaría ésta denuncia el Consejo de Guerra?. ¿La desestimaría por improcedente ó la consideraría «el cuerpo del delito,» para fundar la sentencia que dictó condenándome á un año de prisión menor y sus accesorias?. No lo sé, pero me inclino á creer que los miembros del Tribunal la desesti-

pararon, teniendo en cuenta las razones que expuse en mi defensa. No negué el hecho ante el tribunal; por el contrario, sostuve que, efectivamente, la guardia no formó. Sostuve asimismo que no debió formar, porque los reglamentos respectivos se oponen terminantemente á que las guardias, durante la noche, rindan honores ni al primer magistrado de la república, ni al emblema de la patria. Las guardias, durante la noche, forman por precaución y no para rendir honores á nadie; y como el general Smith era mi comandante en jefe y no un enemigo que iba á tomar por asalto el arsenal de guerra, justo era que diese la voz de «firme la guardia», en lugar de hacerla formar y tomar las armas.

La prueba más evidente de que mi proceder fué correcto y que el general Smith no siguió el dictado de su conciencia, quince días después ó sea cuando elevó el parte á la superioridad, la tenemos en que:

a) El general Smith, lejos de arrestarme ó amonestarme cuando ocurrió el hecho, me devolvió el saludo militar primero y me confió el todo después.

b) El fiscal no me acusó ante el tribunal, por este hecho, á pesar del interés que tenía en despojarme de mis galones y mandarme á un presidio, prejuzgando temerariamente mis intenciones.

c) El ministro de la guerra, general Godoy, no amonestó, ni arrestó, ni abofeteó al capitán Burgos, por el hecho de que la guardia no formó cuando llegó y penetró en el arsenal aquella noche. Por el contrario, devolvió el saludo militar á los soldados de guardia, con toda consideración, al pasar por frente á ellos, y se manifestó muy satisfecho.

CUARTA CUESTIÓN

El fiscal dijo que estaba plenamente probado y sin réplica que Rosa Burgos debió entregar el arsenal de guerra á los revolucionarios porque, en la noche de los sucesos, mandó averiguar con soldados de guardia, el puesto de los serenos.

Mi defensor abordó este punto, y creo que el tribunal le encontró sobrada razón, dada la forma en que puso de relieve la conducta del fiscal: ¡estaba prejuzgando intenciones!

Yo, por mi parte, y á pesar de que se trataba de un cargo que nadie mejor que el damnificado podía levantarlo, nada expuse: primero, porque me tomó de sorpresa el fiscal; y después porque creí haber distraído demasiado la atención del tribunal, rebatiendo y destruyendo las denuncias del general don Carlos Smith y la del sargento Reinoso.

Para llegar al fin que persigo y probar la arbitrariedad, falta de juicio y seriedad con que se condujo el tribunal y muy especialmente el fiscal, declaro hoy lo que hubiera declarado ante el Consejo de Guerra, con el respecto y consideración que me merecía, en el caso de que alguno de sus miembros me hubiese interrogado algo al respecto. (¡Se ha probado plenamente el hecho omitiendo la declaración respectiva del acusado, porque tuvieron en cuenta tal vez que tenía documentos y un centenar de testigos de descargo, para justificar su irresponsabilidad! Se consideró, sin duda, un delito, lo que hice en cumplimiento de mi deber.)

Cedo al Fiscal; me declaro autor del hecho, y aún más, fui personalmente á cerciorarme del puesto de los serenos, no en la noche de los sucesos, sinó mucho antes.

No he mandado á averiguarlo aquella noche por que no tuve necesidad, sabía lo que tenía entre mis manos; pero si el oficial de guardia, sargento Reinoso, lo hizo invocando mi nombre, también me hago responsable, por que ha cumplido con su deber.

Desde el día que me hice cargo del destacamento ordené á la guardia que no permitiese, durante la noche, á los obreros ni á nadie, separarse de sus puestos.

Desde entonces la guardia quedaba autorizada de hecho para averiguar, no solamente el puesto de los serenos, sinó también el de todos los obreros que trabajaban en el arsenal, pues de otro modo le hubiera sido imposible dar cumplimiento á la orden

Ahora bien: ¿tomé esta medida con sobrada autoridad para el bien del servicio y mejor desempeño del puesto que se me confiara, ó porqué debí entregar el arsenal de guerra á los revolucionarios?

El fallo que daría el ejército todo si se le nombrase juez, sería favorable al acusado. Declararía que ha cumplido con su deber, porque hizo lo que hicieron todos los demás jefes de destacamento que supieron ó quisieron ocuparse del puesto que se les confiara; que ha procedido bien, sin usurpar derechos á nadie, ni contravenir las instrucciones dadas por la dirección del arsenal. Este sería el fallo que daría todo militar consciente, que conoce la organización, leyes, reglamentos y mecanismo de nuestro ejército. Nadie interpretaría el hecho en la forma que lo hace el fiscal, porque á todos les consta que, el servicio de serenos, no se hace entre telones y por lo tanto no había necesidad de que el jefe del destacamento lo hiciera averignar clandestinamente. Les consta igualmente que nadie penetra al arsenal de guerra sin conocimiento ó consentimiento de la guardia y como ésta es la que manda y gobierna durante la noche, justo es que sepa á dónde, cómo y por qué van al interior del arsenal los que en él penetran.

La guardia es el propietario, el dueño del arsenal; los serenos y otros con ínfulas de directores no son ni inquilinos, son obreros, empleados que van á trabajar en sitios determinados de antemano.

Desde luego pues, el capitán Burgos, jefe de esa guardia que vela constantemente por la seguridad, conservación, orden y disciplina del arsenal, debió saber el puesto y lugar de cuanto obrero había en el interior, y exigirles que permaneciesen en el sitio que se les designó. Desconocer este legítimo derecho al jefe del destacamento es desconocérselo á la guardia misma, «es entregar el más importante baluarte de la Nación á un grupo de hombres extranjeros la mayor parte.»

El arsenal es sumamente grande, los centinelas se hallan apostados en la línea de su perímetro, en sus muros mismos; y si á la guardia se le prohíbe conocer el puesto de los sere-

nos y demás obreros, no podría responsabilizársela si se roba, destruye é incendia en los numerosos talleres y demás dependencias, y, por lo tanto, no habría persona responsable.

Admito que la guardia no intervenga en los quehaceres de los obreros y serenos, pues le es indiferente que trabajen ó pasen la noche conversando familiarmente; pero vigilarlos, prohibirles que se separen de sus puestos, que juegen, armen pendencia, desórden ó que anden vagando por donde se les antoje, está en su perfectísimo derecho, y por eso debe saber el puesto que ocupan los obreros y el itinerario que deben seguir los serenos; «y es por esto que el jefe de servicio entrega personalmente al jefe del destacamento todas las noches una lista nominal con especificación de los obreros que penetran en el arsenal y del taller en que van á trabajar; prueba evidente de que algo y aún algo tiene que ver la guardia, y con más razón su jefe, con los señores serenos y demás obreros».

Prueba evidente también de que, el capitán Burgos ni en su carácter de revolucionario, tuvo necesidad de hacer tales averiguaciones en la noche del movimiento porque sabía, como dejó dicho, lo que tenía entre manos desde el día que se recibió del servicio. Sabía, además del puesto de los serenos, el itinerario que éstos debían seguir: sabía, igualmente, el número de obreros que trabajaban aquella noche en el interior del arsenal y el sitio en que se encontraban; y esto lo sabía, no porque lo averiguase clandestinamente, como se imaginó el fiscal, sino por el conducto debido.

Tenga entendido el lector, ya que el fiscal no quiso entenderlo, que la responsabilidad del jefe del destacamento es inmensa y debido á esto no debe conformarse con hacer lo que se le ordene sino también tomar todas aquellas medidas que considere convenientes para el bien del servicio y mejor desempeño del puesto que se le confía. Los códigos militares imponen penas severas cuando el mal es ocasionado por descuido, falta de vigilancia ó negligencia de las guardias ó custodias. Es por esto que los mismos reglamentos dan á los jefes de ellos completa libertad de acción para obrar por propia

iniciativa en bien del servicio.

Para terminar con esta cuestión, suficientemente juzgada, voy á citar un caso práctico á fin de probar plenamente que «el Fiscal pretendió responsabilizarme de un hecho que ha tenido lugar en bien del servicio, nada más.»

El Fiscal, comb coronel de la nación, como jefe de una brigada de la capital y como miembro del tribunal que se supone ha averiguado y probado el hecho, debió saber indiscutiblemente que, durante la noche, cada cuarto de hora, se desprende de la guardia, un cabo y dos soldados á recorrer el interior del arsenal, con orden de conducir al cuerpo de guardia á toda persona extraña ó sospechosa, y cerciorarse si los centinelas están con la vigilancia y corrección debidas en sus puestos. Ahora bien, para que el rondin cumpla con la consigna que se le dá ¿debe saber antes de partir, el puesto de los obreros y serenos? ¿Puede desempeñar su cometido si lo ignora?

¿Como procede el rondin si durante su recorrido se encuentra á su paso con un obrero que examina minuciosamente ciertas dependencias del arsenal alumbrando con una linterna para ver mejor?

¿Debe mirarlo con indiferencia si uno ó más obreros se hallan al derredor de los muros del polvorin, en la línea ó puestos mismos de los centinelas, en las oficinas de la dirección, en los jardines, caballerizas y otros puntos por donde no deben andar ni los soldados francos dela guardia?

¿No se expone el rondin á conducir á la guardia—por sospechosos ó intrusos—á los serenos, si ignora el puesto que tienen ó el itinerario que deben seguir? ¿Quién manda en el arsenal, quién responde de su seguridad, orden y disciplina? ¿La guardia, y con más razón su jefe, ó los serenos?

¡Nunca me imaginé que se confundiese al arsenal de guerra con un conventillo, en donde sus moradores pueden vagar á toda hora por donde se les antoje! ¡Nunca creí que se confundiría al capitan jefe del destacamento del arsenal con un por-

tero que no puede penetrar en el escritorio del «señor», hablar con los mucamos y mucho menos asomar ni las narices en el dormitorio de las niñas.!

¡INSENSIBLES!

ARTÍCULO COMENTARIO

X

Insensible—Que se afecta de los objetos capaces de excitar dolor, lástima, compasión, indulgencia, caridad, amor, admiración u otro afecto análogo.

Hombres-piedra parecen los hombres de la junta revolucionaria sobre quienes pesa el enorme delito del fracaso de la revolución del 4 de Febrero, según se desprende de la narración de los sucesos.

Hombres-piedra parecen, asimismo, el general Smith, el fiscal y cuantos han acusado y condenado sin pruebas al capitán Rosa Burgos.

Hombres-piedra parecen, también, los hombres del partido radical porque no se levantan en enérgica terrible actitud exigiendo á la cabeza visible y á los que componen la junta, la vindicación del relatante por medio de un manifiesto en el que se patentice quién ó quienes dieron el grito de sálvese el

que pueda, por el que el narrador aparece como el único responsable de que se perdiera lo que estaba ganado.

Hombres-piedra, que quiere decir insensibles, parecen todos, todos los que teniendo el deber de abogar por un inocente, se abstienen de hablar.

Nadie dice nada, ninguno aporta á este debate la luz necesaria para conocer la infamia que se ha cometido con el relatante.

No hay más luz que la que el relato arroja, pero esta luz no tiene la fuerza que tendría una declaración pública de todos los que han intervenido en la acusación del narrador'.

Todo se ve; se ve hasta el más recóndito tejido del cuerpo de la revolución, se ve la mano misteriosa que agita el movimiento, se llega á la médula de la causa del fracaso, y estas dos palabras nacen de lo más íntimo del pecho del lector, como una exclamación de dolor:

¡Cuanta miseria!

Miseria, y grande, es callar, es no decir la verdad, es permanecer mudo, sabiendo que el mutismo perjudica en este caso á un tiempo al que calla y al relatante, y más que á éste á los que le han acusado sin fundamento.

No creíamos á los hombres de la junta revolucionaria tan fríos, tan indiferentes al infortunio de un semejante que sufre una afrenta por no querer ellos hablar.

No llegamos á imaginar que la insensibilidad de los hombres más salientes y que más directa intervención han tenido en los sucesos del 4 de Febrero, darían ocasión para que se les creyera privados de la facultad de la palabra, pues solo siendo mudos es disculpable que no hablen, siendo como son el blanco de todos los cargos que sobre el fracaso del movimiento la opinión imparcial les dirige.

Ni el general Smith, ni el fiscal, ni la junta revolucionaria levantan los cargos que contra ellos de la narración se desprenden.

Y entretanto, un hombre honrado, un oficial de honor, un

perfecto caballero, es decir, el que por no comprometer á nadie prefirió comprometerse, no consigue que uno solo, siquiera uno, tenga la elevación de alma de decir á todo el mundo: esta ha sido la causa del fracaso, y decir sin rodeo la causa nombrando, de paso, con sus nombres, por invulnerables que estos se juzgen, á los que pusieron la chispa que hizo estallar la mina del fracaso de la revolución.

La insensibilidad de todos, de todos los que tienen que hablar, es incomprensible, pero ya hablarán, cuando se vaya entrando más adentro de las miserias que se esconden en este relato.

Y cuando los que hoy se muestran duros, insensibles al sufrimiento del relatante, quieran hablar, el narrador tendrá el derecho santo de hacer con ellos lo que ellos hicieron con él: ya que ni por compasión á su inmerecido infortunio, ya que ni por lástima al cargo injusto que entre todos los que callan le imputaron, hicieron nada para vindicarlo.

Estamos, pues, en presencia de hombres insensibles, á los que hay que herir hondo hasta hacerles hablar, como hablan los que de bien nacidos se precian, cuando se les endereza cargos que lastiman su honor.

Por honor, pues, de la junta revolucionaria, por honor del partido radical, cuyos generosos esfuerzos tan incomprensiblemente malograron, como un acto de justicia al capitán Rosa Burgos, la Junta revolucionaria está en el deber de ser sensible y resolverse á hablar, á hablar claro, si no quiere que su silencio sea considerado, como ya se considera, por los espíritus juiciosos, un fútil pretexto propio de los que creen que todo lo resuelven con callar.



Miércoles 18 de Julio de 1906

Quinta cuestión

del dictamen fiscal

El fiscal dijo que estaba plenamente probado y sin réplica «que Rosa Burgos debió entregar el arsenal á los revolucionarios porque las tropas sublevadas en el Campo de Mayo traian como objetivo el arsenal de guerra».

(!!!.....!!!)

Mi defensor el Dr. Somoza se ocupó en destruir este cargo, abordando todos sus extremos en una forma tan abrumadora que puso en evidencia el propósito del fiscal de invadir las intenciones, por lo que nada agregué de mi parte.

Además, desde el comienzo del proceso pude darme cuenta exacta de que el coronel Arana parecia tener interés directo en la causa, hasta el punto de abusar del cargo que desempeñaba y de la situación en que se encontraba el acusado, es decir, amordazado por sus jueces. El fiscal avanzaba el juicio temerario por las declaraciones de los oficiales y tropa del

Campo de Mayo, ó porque se le ocurrió, tal vez, que yo debí entregar el arsenal á los revolucionarios. Pero ¿por qué no dijo mejor, que las citadas tropas venían á tomar el arsenal por sorpresa ó á viva fuerza; y como supieran á mitad de jornada que la guardia estaba prevenida y reforzada, abandonaron la empresa, cambiando de táctica....?

¿Quién estaba mejor habilitado que el fiscal coronel Arana para servir de testigo del acusado y fiscalizar sus actos, beneficiándolo en lugar de perjudicarlo?

¿No había sido jefe del acusado, el fiscal coronel Arana, precisamente en el momento mismo en que las tropas del Campo de Mayo cambiaron de táctica... y se presentaron en el arsenal de guerra á deponer sus armas?

Es de sentir que las tropas sublevadas en el Campo de Mayo no hayan declarado «que traían como objetivo el departamento de Policía y cuartel de Bomberos, para ver si el fiscal se hubiese permitido, por este solo hecho, acusar á los coroneles Fraga y Calaza». ¿Los hubiera acusado el coronel Arana? ¿Hubiera pedido para dichos jefes la pena de tres años de prisión mayor y destitución del empleo, en el supuesto caso ó sea si los oficiales y tropa sublevados en el Campo de Mayo hubieran declarado «que traían como objetivo el cuartel de Bomberos y Departamento de Policía»?

El proceso que se me instruyera, lector, ha sido una mixtificación: se cae de su propio peso. Nada invento en estos plumazos. El digno coronel don Adolfo Arana se ha salido del tiesto, faltando el respeto al Tribunal y haciendo caso omiso de las leyes y reglamentos que nos rigen.

Ha jugado, en una juerga, con la libertad de un oficial, con la misma pasión que los niños juegan «con un globito».

Y ¿en que momento me privó de mi libertad y del uso de la palabra el coronel Arana...

¿Lo hacía en honor á la disciplina, ó, en beneficio propio?... En donde falta la justicia no puede haber disciplina!... ¿Qué hubiera sido del acusado Burgos, lector, si la canalla consiguiera sustraer dos ó tres soldados más del destacamento á mis

órdenes, para justificar ó confirmar la denuncia del sargento Reinoso?. ¿Qué pena hubiera pedido el coronel Arana, en este caso, para el acusado capitán Burgos?.

¡Pero esto no es todo!!.

SEXTA CUESTIÓN

El fiscal dijo que estaba plenamente probado y sin réplica que Rosa Burgos debió entregar el arsenal á los revolucionarios, porque los ciudadanos que llegaron al arsenal, en la madrugada del 4, preguntaron por el Dr. Irigoyen y fueron desarmados: prueba evidente de que Burgos debió armarlos (textual).

(¡¡.....!!)

Mi defensor, Dr. Somoza, sostuvo ante el Tribunal que el fiscal no solamente juzgaba erróneamente las intenciones del acusado sinó que también no estaba en lo cierto. Agregó que los ciudadanos de referencia fueron armados y citó la declaración del director del arsenal coronel Ducloc. ¡El fiscal estaba inventando pruebas, lector, ó dando crédito á lo declarado por falsos testigos!

El fiscal estaba violando la ley á vista y paciencia del Tribunal y de un selecto auditorio!. ¡El fiscal tenía interés en la causa!.

El fiscal coronel don Adolfo Arana hacia caso omiso de la declaración de un distinguido jefe, como el coronel Ducloc, que no se ocupa en chismografía de cuarteles, sino en algo más útil, y sin bombos ni platillos. (¡Honor al ejército!). El fiscal estaba abusando de su cargo y de la parcialidad ó mala fé de la mayor parte de los miembros del tribunal, quienes amordazaron al acusado para impedirle presentara centenares de testigos de descargo y aún las armas que llevaron los ciudadanos de referencia; ó en su defecto señalar á los que las robaron aquella misma noche. Todo hubiera hecho el acusado, si se hubiera procedido con imparcialidad y y justicia.

Pero esto no es todo, lector!.

SÉPTIMA Y ÚLTIMA CUESTIÓN

El fiscal dijo que estaba plenamente probado y sin réplica que Rosa Burgos debió entregar el arsenal de guerra á los revolucionarios porque el 1º de Febrero pidió permiso para mandar dormir en la planta alta del edificio á los oficiales del destacamento, y quedar solo en el cuerpo de guardia.

(iii)!!!)

Cuando por segunda y última vez se me hizo comparecer para ampliar mi declaración indagatoria, se me interrogó acerca de este hecho y no lo negué; pero hice la salvedad de que en la fecha que se menciona, habia pedido permiso para que el subteniente Nuñez fuese á pasar la siesta de ese dia en la habitación de un oficial amigo suyo, alojado en la planta alta del arsenal.

Este pedido lo hice, no porque debí entregar el arsenal á los revolucionarios, como imaginó el fiscal, sino porque en mi semi-habitación ó ratonera no podia permanecer ni diez minutos, ningun ser viviente, sin necesidad, debido á los fuertes calores que reinaban.

Al secretario del director del arsenal teniente coronel don Octavio Soria se le tomó declaración al respecto; y dicho señor declaró que: el capitan Burgos hizo el pedido, pero no se le concedió; y que no recordaba si le dijo que era para quedar solo en el cuerpo de guardia. ¡Otro jefe digno del uniforme que lleva porque no traicionó su conciencia ni mintió!... Conste para honor del ejército.

Hay un solo testigo que manifestó lo afirmado por el fiscal. Omito su nombre, pero no los rasgos sobresalientes de su personalidad y las relaciones que tenía con el jefe del destacamento del arsenal...

Dicho testigo se presentó á declarar voluntariamente, sin que nadie lo citase como testigo presencial ni de oídas y no me permito afirmar que fué él el que denunció el hecho, por

no dar un paso indebido y sin objeto. Dicho señor no me podía pasar ni por agua tibia, por que hice prevalecer mi autoridad y sostuve la de mis subalternos en el mismo arsenal. Era, pues, el testigo á que me contraigo, mi enemigo personal; y por lo tanto el tribunal no podia considerar válida su declaración. (1.)

El fiscal, como se ve, termina procediendo injusta, caprichosa y arbitrariamente. ¿Se estaba robando la plata del bolsillo al acusado, á vista y paciencia de los jueces y barra! Y se la robó para no devolvérsela más!.

El capitán Burgos no tenia necesidad de tomar ninguna medida preparatoria con motivo de los sucesos, el 1º de Febrero; pues nada se habia resuelto hasta entonces.

Y que acertada era la medida que iba á tomar el capitán Burgos!. ¿Era para asegurar el arsenal á favor de los revolucionarios ó con motivo de colocar en un sitio adecuado á los oficiales que no respondian á la revolución?. Muy erróneamente á prejuizado mis intenciones el señor fiscal. Los oficiales Nuñez y Arana, como el jefe de servicio, estaban mejor en la planta baja del edificio, para apoderarse de sus personas sin pérdida de tiempo ni ocasionarles el menor daño. La más corta de las líneas es la recta; y como se trataba de un golpe... tambien recto y á fondo, no habia necesidad de tomar las medidas que imagina el coronel Arana.

Dejo los comentarios á mi defensor LA REFORMA, porque mi pluma no levanta la tinta suficiente para.....

(1.) Es de sentir que hoy se halle en situación de retiro este militar cuadrado y subordinado.

Ó IGNORANCIA Ó TERQUEDAD

ARTICULO-COMENTARIO

XI

Dentro de este circulo de hierro está encerrada la actitud del coronel Adolfo Arana, en su caracter de fiscal; ó ignorancia ó terquedad.

Ha juzgado al narrador de modo implacable, con patente saña, diríase que yendo hasta el furor vengativo, pues el criterio con que el fiscal aprecia la situación del relatante la noche de los sucesos, acusa ó una crasa ignorancia de su misión de juzgador, ó una terquedad nacida del deseo de hacer aparecer culpable al capitán Rosa Burgos.

En cualquiera de estos dos extremos, destácase antipática de puro cruel, la figura del fiscal, persiguiendo una sombra de delito, haciendo consideraciones ilógicas, acusando sin pruebas, andando á tienta.

Leyendo con detenimiento el dictámen del fiscal, ahondando en la pobreza de juicio con que examina los cargos enderezados contra el narrador y desmenuzando las conclusiones en que funda la acusación, se advierte que al coronel Arana le ha guiado el propósito de condenar por rebelde al relatante, pasando por encima de todo.

Las tropas sublevadas en el Campo de Mayo traían como objetivo el arsenal de guerra, dice el fiscal.

¿Cómo lo supo el coronel Arana?

¿Lo imaginaria ó se lo dijeron?.

Si lo primero, era una temeridad condenar á un oficial por rebelde, sin otro punto de apoyo que una conjetura, es decir, emitiendo opinión sobre una cosa obscura, incierta y dudosa.

Si lo segundo, procedía sin más pruebas que un dicho, y era abusar de la autoridad del cargo que tenía, juzgar atropelladamente un acto que, de haber habido dos testigos más en

contra del relatante, una acusación tan infundada lo habría llevado al cadalso.

Meditación imponía lo que contra el narrador arrojaban las denuncias hechas por el general Smith y el sargento Reinoso, y el fiscal, si no es un autómatas, si no desempeña una función de maniquí, si no se mueve por extraño impulso, condena ó absuelve—pues su misión no se concreta solo á condenar—según la naturaleza de los cargos que se imputan á un acusado.

El fiscal no es, ni en lo militar ni en lo civil, un chacal que rastrea la sangre, un verdugo que siente placer en hallar en cada reo una víctima, un agente perverso y desalmado que goza con hacer sufrir, sino la representación más alta de la justicia que analiza y desmenuza el delito, como un cirujano en el anfiteatro las vísceras y tejidos de un cadáver.

Este era el caso del fiscal que juzgó al capitán Rosa Burgos.

Saliéndose de la órbita del exámen sereno de la situación del acusado, caía en el extremo opuesto de la pasión, y la pasión no tiene fuerza de criterio para apreciar los cargos que con un carácter grave se imputa á un oficial encargado de un destacamento en un lugar que es como la llave de todo.

Así ha procedido el coronel Arana con el capitán Rosa Burgos, dentro, ó de una supina ignorancia, ó de una inhumana terquedad.

Nada ponemos nosotros de nuestra cosecha; ahí está la narración, que nos lleva como de la mano á poner el justo comentario al proceder del fiscal ante el consejo de guerra.

Esto es inicuo, esto es incomprensible, tratándose de un jefe que la noche de los sucesos vió la actitud del relatante y pudo, si hubiera querido, ó inhibirse de entender como fiscal, ó presentarse espontáneamente á decir la verdad, con lo que no habría manchado su historia de soldado de honor, contribuyendo, en cambio, á hacer descorrer el velo de esta gran miseria moral que todos aparecen como empeñados en que no saliese á la superficie.

¿Por qué este empeño, que quiere decir en este caso, com-

promiso en callar lo acaecido, cuando callando lo que se sabía se perjudicaba á un oficial digno no solo en su carrera, sino también en su honor?

¿Qué misterio se esconde en la actitud del fiscal que acusó como rebelde al capitán Rosa Burgos?

¿Quien ó que inspiró al coronel Arana ese su criterio para apreciar ilógicamente la situación del relatante, que sin necesidad del anteojo se vé clara y diáfana?

¿Por qué no vió el fiscal, cuando acusó al narrador ante el consejo de guerra de estar plenamente probado y sin réplica su delito, lo que hoy vemos nosotros, que entendemos de ciencia jurídica lo mismo qué de decir misa?

¿Es posible que la pasión ó la ignorancia, pues nadie nos apea de aquí, hayan tenido más fuerza que la humanidad ó que la lógica?

¿Pudo prosperar una cuestión de la naturaleza de la que el coronel Arana hiciera contra el narrador, sin exigirse al acusador las pruebas claras, concretas, precisas?

Todos, pues, han sido ó ignorantes ó tercetos, y en cualquiera de los dos casos hay que reconocer que se ha procedido contra el narrador ó con lujo de crueldad ó con sobra de nesciencia.

Ningún cargo del fiscal descansa en un fundamento, sino más bien en una manifiesta animadversión.

Todo es vago, indeterminado, inconsistente, sin base, hecho tal vez para aparecer como un recto aplicador de la ley ó sepa el lector con qué fin.

Y esto no puede quedar así.

Si por medio de un simulacro de consejo de guerra se hizo aparecer al relatante como autor de un delito de rebelión, sin más prueba que el parte del general Smith y la denuncia vil del sargento Reinoso, hoy que el narrador no está amordazado, hoy que dispone de una tribuna de combate, abierta á todo lo que es grande y generoso y noble, desde ella reta á todos aquellos que pretendieron echar sobre su honor un borrón para que cara á cara, frente á frente, pecho á pecho, esgrimiendo el arma más noble, que se llama la verdad. digan

de modo que lo sepan todos, que el capitán Rosa Burgos no ha merecido y sigue no mereciendo el juicio infamante que sobre su limpia historia de militar y de caballero han osado avanzar.

Esto, que sería más que un acto de justicia, es lo que están obligados á decir, como un pobre homenaje á lo mucho que el relatante ha sufrido y sufre, todos aquellos que aparecen responsables de la temeraria imputación que pesa sobre el capitán Rosa Burgos.

La narración es una campaña de reivindicación que el relatante acomete para que se conozca hasta en sus menudencias más triviales la causa del fracaso de la revolución, y hablen si escuchan la voz del remordimiento, todos los que se destacan como responsables y cómplices de la falsa imputación que al narrador han hecho.

Tienen, pues, la palabra, el general Smith, el fiscal coronel Arana y la junta revolucionaria.

¿Ablarán los mudos?



Jueves 9 de Julio de 1906.

XII

Fin de la segunda parte

Ante el Consejo Supremo

Una vez que el Consejo de Guerra Especial dictó sentencia condenándome á un año de prisión menor y suspensión de empleo por igual tiempo, el sumario siguió su curso, pasando ante el Consejo Supremo de Guerra y Marina.

Mi defensor apeló, porque no habia perdido la esperanza de obtener justicia para su defendido.

El fiscal coronel Arana, también apeló, por que no queria que el capitán Burgos saliese en libertad. Era necesario condenarlo para evitar que le arrancase la careta al revolucionario pasivo... que tomó por asalto al arsenal de guerra con un cochero (sin alusión); acción heroica que «con bombo y platillos» se hizo conocer al pais entero, por medio de LA NACIÓN, de fecha 9 de Febrero de 1905.»

Había que condenarlo, para evitar un escándalo mayúsculo bajo el estado de sitio, con motivo del fracaso de la revolución; pues los afligidos no habian conseguido todavía extraviar por completo el criterio público. Había que condenarlo porque la salvación de muchos dependió de que á Burgos se le pegase cuatro tiros ó se le mandase á un presidio; estaba en relación directa con los anarquistas...!

Hacia dos dias que el sumario se hallaba en poder del Consejo Supremo. Corría la versión de que este alto Tribunal no confirmaria la sentencia del Consejo de Guerra Especial porque

no tenía en que fundarla, y que, por lo tanto, dictaría la libertad del acusado. Alguien, que no era el fiscal, se opuso también á que Burgos saliese en libertad: con mano ajena y misteriosa arrojó la piedra y se ocultó como reptil.

Un señor Vicente Caxtés, comisario ó auxiliar de la policia del pueblo de Raimos Mejia, se presentó voluntariamente ante el Consejo de Guerra Especial el 8 de Marzo, á denunciar un hecho grave, presentando al propio tiempo un pliego de cargos. El Consejo Especial en reunión para escuchar la declaración del tal Caxtés, quien dijo que, un oficial del ejército ((pobre ejército!) cuyo nombre reservó, le había suministrado los datos que denunciaba.

Según versiones, el Consejo de Guerra Especial desestimó la denuncia de Caxtés, pero el pliego de cargos pasó al Consejo Supremo y fué agregado al sumario de un capitán, que no convenia saliese en libertad.

El consejo supremo de Guerra y Marina ¿desestimaria también la denuncia del comisario ó auxiliar Caxtés, ó la consideraria «el cuerpo del delito que se le imputaba al acusado?». ¿En qué se fundaria este alto tribunal para confirmar el fallo del Consejo de Guerra Especial?.

La defensa nada sabe; y el acusado vive y vivirá siempre convencido de que todo ha sido una mixtificación, que se ha jugado con su libertad y su honor, se le ha condenado «porque sí» ó porque era necesario condenarlo primero y hacerle pagar todos los vidrios rotos después.

El acusado vive convencido de ello y de mucho más que se relaciona con el fracaso, porque del fracaso de la revolución son culpables muchos, grandes y chicos, pero no el capitán acusado Rosa Burgos, autor de este relato. ¡Basta de jugar con dos naipes!

Pronto, tan pronto como comience la tercera parte de este relato, convenceré al lector, al público bonaerense que me atribuyó el fracaso y á todo aquel que me haga el honor de escucharme, los convenceré, repito, de todo cuanto sea necesario convencerlos para demostrar mi irresponsabilidad en el fracaso y probar todo cuanto he expuesto en esta narración.

MIS CONDECORACIONES Y MIS LAURELES

Muchos son, he dicho, los que, en la noche de los sucesos perdieron los estribos; uno solo el que redó. Y ya sabemos que, del arbol caído.....

El Boletín Militar de fecha 22 de Mayo de 1905, dice:

SENTENCIA

El Exmo. Señor Presidente de la República, con fecha 17 del corriente, ha mandado cumplir el fallo del Consejo Supremo de Guerra y Marina que declara firme la sentencia del Consejo de Guerra Especial que juzgó al capitán D. Rosa Burgos, del 1er. Batallón del Regimiento 3 de infantería de línea, acusado del delito de tentativa de rebelión condenándole a la pena de un año de prisión menor y suspensión de empleo de acuerdo con lo establecido en los artículos 792, inciso 2o, 524, inciso 1o, 546 y 406, inciso 3o del Código de Justicia Militar, artículo 8 del Código Penal Ordinario, artículo 3 de la ley 4189 y artículo 14, inciso 2o de la Ley de Justicia Nacional de 1863; debiendo serle abonado el tiempo que ha permanecido en prisión preventiva, con arreglo a lo dispuesto en los artículos 592 y 593 del Código de justicia militar.

Lo que se comunica al Ejército, de orden de S. E. el Ministro de Guerra.—
RAFAEL M. AGUIRRE.—Coronel Jefe del Gabinete Militar.

COMENTEMOS

En narraciones anteriores dije que, tanto el fallo del Tribunal que me condenó, cuanto las publicaciones hechas en los diarios y las versiones que son del dominio público y del ejército, estaban intimamente ligadas....

El lector conoce mi actuación durante los sucesos, el dictámen fiscal y las defensas.

Veamos, pues, en qué se han fundado mis jueces para pri-

varme, en momento oportuno de mi libertad, y como consecuencia del legítimo derecho de defenderme contra la canalla que infamaba mi nombre extraviando el criterio público para ocultar mejor su vil infamia.

El artículo 792, dice:

Los individuos del Ejército y Armada que cometan el delito de rebelión, definido por el artículo 14 de la Ley de Justicia Nacional, serán condenados á las siguientes penas:

Inciso 2o. Los demás jefes y oficiales con presidio de tres á ocho años.

Ahora bien, ¿podía ó debía el Tribunal comprender al capitán Rosa Burgos en el artículo é inciso precitados?. ¿El capitán Burgos fué rebelde contra el gobierno nacional un solo segundo, ó prestóle sus servicios durante los sucesos, y en presencia de las principales autoridades militares del ejército ó sea en presencia de dos generales, decenas de coroneles, jefes y oficiales, y centenares de soldados y ciudadanos?

¿No ha estado el capitán Burgos al frente del destacamento del arsenal desde antes de estallar el movimiento hasta que fué sofocado, y al servicio del gobierno nacional legítimamente constituido?. Más aún; de comprendérsele en el inciso 2º debió castigársele con tres años de presidio y no con uno de prisión menor, como lo fue la mixtificación está palpable. El delito de rebelión no ha sido cometido por el acusado y mucho menos á probado por el tribunal. La pena de un año de prisión menor que se le impuso al acusado, no está de acuerdo con lo determinado en el inciso 2º, ni con el delito que se le atribuye en el artículo 792, ni con nada. De donde se deduce que, el acusado fué preso «por qué si» y de acuerdo á lo determinado en el artículo 792, inciso 2º de la ley... del embudo.»

El artículo 524, dice:

«Son causas especiales de agravación de los delitos militares:

Inciso 1o: Ejecutar el delito... actos del servicio, ó con daño ó perjuicio del mismo: en presencia de tropa armada, al frente del enemigo: en unión de inferiores ó tener participación en los delitos de éstos, abusando de posición militar en grupos de dos ó más en presencia de una reunión ó de una muchedumbre; en plaza sitiada ó en momentos anteriores próximos al combate, en el combate ó durante la retirada».

¿Que dice el lector de todo esto?. ¿Pueden concurrir causas agravantes sin que se haya cometido el delito?. ¿Es admisible semejante cosa en una nación culta y eminentemente civilizada?. Por algo dijo LA PRENSA que el auditor doctor Riso Domínguez se había negado asesorar al Consejo, pidiendo se hiciera constar en autos su resolución. Y por algo, todos los abogados que estaban enterados del proceso, protestaron contra el fallo del tribunal, en presencia de todo aquel que quiso escucharlo.

El artículo 546, dice:

«La prisión menor durará de cuatro meses á dos años y llevará como accesoria, respecto de jefes y oficiales, la suspensión del empleo por el mismo tiempo de su duración.»

—¿En que quedamos?

El artículo 406, dice:

«En la aplicación de las penas se observarán las reglas siguientes:

Inciso 3o: Si los votos se fraccionasen en varias opiniones, sin que algunas de ellas tuviesen mayoría absoluta, se procederá á nueva votación y si ello diere igual resultado, se aplicará al acusado la pena más benigna.»

Nos encontramos, pues, ante un elemento de prueba que nos hace ver que hubo lucha entre mis jueces, y que alguien pidió para el acusado la pena que pidiera el fiscal. Y como se procediera á nueva votación, se aplicó al acusado la pena más benigna, ó sea un año de prisión menor, de acuerdo con lo establecido en el artículo 8 que dice así:

«Hay tentativa, cuando la resolución de cometer un delito ha sido manifestada por actos exteriores que tengan relación directa con el delito.»

Si el lector me ha hecho el honor de leer los números anteriores, en donde consta cual fué mi actuación en el arsenal desde el principio hasta el fin de los sucesos, se dará cuenta de la arbitrariedad con que han procedido mis jueces; «porque no están en relación directa con el delito que se me atribuyó «ninguno de mis actos.

Se ha castigado, pues, mis intenciones. (1)

(1) ¿Por qué el tribunal no procedió del mismo modo, ó castigó las intenciones, de más de un centenar de jefes y oficiales que debieron tomar parte en los sucesos contra el gobierno nacional? ¿Porque esa era su consigna?

¿Terroso ejemplo para la oficialidad joven!

Fin de la segunda parte

CAMPAÑA SALUDABLE

ARTICULO-COMENTARIO

Marchamos inseparablemente unidos, como la sombra y el cuerpo, como el brazo y la mano, la narración y el comentario.

Yendo por el mismo camino, perseguimos idéntico fin: el fin de sembrar á un tiempo en el ejército y en el partido radical la semilla de una campaña saludable, para que aprendan en cabeza ajena, para que escarmienten con lo hecho al capitán Rosa Burgos y no se dejen seducir por cantos de sirena y por falaces ofrecimientos.

Queremos abrir ancha y profunda brecha en la conciencia nacional, para que juzgue las prendas morales de aquellos hombres que por medio de la falacia, pretenden llevar á la mayoría de un partido, compuesto por personas confiadas y generosas, al sacrificio y al martirio.

Queremos hablar al alma de los sinceros radicales, á fin de que una vez por todas dejen de ser sufridos y se emancipen para siempre de todo aquello que entraña algo así como sumisión incondicional á los agentes que tienen la sartén por el mango.

Llegamos hoy al fin de la segunda parte, casi al nudo del relato, pues en el corazón del asunto aún no hemos entrado.

Por lo que hasta ahora conoce el lector, se habrá penetrado ya de que la junta no quiere hablar, porque si habla tiene que reconocer que el relatante se ciñe á la verdad en todo lo

que lleva dicho, y si sigue callando, su silencio será una elocuente confirmación de lo que está agarrado en el espíritu público, á saber: que la junta revolucionaria es la única responsable del fracaso de la revolución más popular que registran las páginas de nuestras conmociones políticas.

Y es no sólo responsable del frustráneo movimiento, sino de la espantosa soledad en que estuvo el relatante desde el día de los sucesos hasta el momento de comparecer ante el Consejo de Guerra y salir de este con el peso de una sentencia por haber mantenido su palabra de honor de no comprometer á los que le comprometieron con el indelicado comportamiento que el lector conoce.

¿Qué jefe, qué oficial, qué soldado, qué paisano se expondrá una vez más á ponerse del lado de los hombres de la junta revolucionaria del partido radical, para acometer una campaña de la naturaleza de la malograda el 4 de Febrero?.

¿Con qué prestigio pensarán los inspiradores y directores del fracasado movimiento mover nuevas huestes?

¿A quién inspirarán ya confianza los hombres que, habiendo sido durante una noche los dueños de los destinos del país, se hundieron como políticos y como directores de un partido, por carecer de aptitudes para empresas de esta magnitud?.

El partido radical seguirá adelante, porque la idea del partido es inmortal, pero no así aquellos hombres que desmoronaron, como castillo de naipes, las ilusiones y las esperanzas de los que con todo el corazón y toda el alma dieron cuanto podían dar por el triunfo del ideal.

El partido radical vive, porque lo alienta la sombra de aquel gran espíritu llamado Leandro Alem, y en las virtudes del muerto inmortal se inspiran los que todavía están dentro del partido radical.

Este ha acompañado y acompaña en su innmerecido infortunio al capitán Rosa Burgos y con él comparte su inmensa pena, cierto de que su actitud es la que corresponde á un hombre de honor contra el que se han empleado las más innobles armas para que él cargue con la responsabilidad de

todo lo que otros han hecho.

Hoy mismo está con el relatante, le sigue con marcado interés en la exposición del relato, y quisiera, como quiere el acusado, que hablase alguno, diciendo algunas palabras que sirvan como de lenitivo á la ansiedad pública, ávida de saber por qué fracasó el movimiento.

Y se emociona, como se emociona el pueblo todo, viendo que el fiscal, después de haber acusado sin fundamento al narrador, lleva su furor vengativo hasta apelar de la sentencia porque no queria como se ve por la relación, que el capitán Burgos fuese puesto en libertad.

Y se emociona aún más, viendo que el Consejo Supremo de Guerra y Marina, que tiene la obligación de limpiar el proceso de los errores que se hubieren cometido con el acusado, declara firme la sentencia del consejo de guerra especial que juzgó al capitán Rosa Burgos.

¡Hasta donde llegan la ignorancia y la terquedad de los hombres!

El haber pedido el fiscal una pena mayor, aunque sin fundamento, y el consejo de guerra especial aplicar una menor, ¿no da la medida exacta de la injusticia, mejor dicho, de la monstruosidad jurídica que se ha cometido con el narrador?

Pudo el fiscal, por lo que haya sido juzgar apasionadamente ó con parcialidad al relatante, pero lo que no nos cabe en la cabeza es que el Consejo Supremo de Guerra y Marina aprobase, á sabiendas, tamaña monstruosidad.

Porque á sabiendas de que el Consejo de Guerra Especial dictó una sentencia injusta, la declaró firme el más alto tribunal de la justicia militar.

Léanse los artículos é incisos de la sentencia, desmentícense serenamente y tendrá que convenir el lector en que lo hecho con el capitán Rosa Burgos es verdaderamente cruel, inhumano, monstruoso.

Y, entretanto, la junta revolucionaria muda, insensible, escultura de carne, viendo con indiferencia una injusticia que tan de cerca la hiere hasta ir paulatinamente desacreditándola

ante los más fanáticos radicales.

Arbitrariedad, una patente arbitrariedad han desplegado todos los jueces en el caso del dignísimo y noble capitán Rosa Burgos.

Pero, esta dolorosa lección es una lección en la que deben inspirarse el ejército todo y el partido radical, para poner término á la perfidia de aquellos que en la hora de las grandes responsabilidades se presentan ante los mismos que han inmolado con la impenetrable é indescifrable cara de Jano.



TERCERA PARTE





Viernes 20 de Julio de 1906

XIII

Mis Condecoraciones y mis Laureles

Muchos son los que en la noche de los sucesos perdieron los estribos, uno solo el quo rodó: y ya sabemos que del árbol caído, hasta los revolucionarios pasivos....cortan su gajito.

En LA NACIÓN de fecha 9 de Febrero de 1905, se lee lo siguiente:

EL EPISODIO DEL ARSENAL DE GUERRA

LA VERDAD DE LOS HECHOS

En los sucesos desarrollados en la capital, se destaca un episodio al cual desde el primer momento se ha dado una importancia suma en el fracaso del movimiento subversivo. Nos referimos á la forma en que fué desbaratado el plan de la toma del arsenal de guerra, operación primordial, según el proyecto ideado por los conspiradores.

En este hecho corresponden los honores,—no decimos gloria, por no incurrir en exageraciones propias del momento actual,—al siempre valeroso general don Carlos Smith.

Ahora que ha vuelto la normalidad y la calma á los espíritus podemos referir el hecho con toda exatitud y sin temor de adulterarlo.

La noche del 3 del corriente, el general Smith, jefe de la región militar de la capital, recibió á las 9 una orden del ministro de guerra para que pasase por su domicilio urgentemente. Momentos después cumplía la orden.

El ministro de guerra le manifestó sin preámbulos, que á las 11 estallaría una revolución y que la base del movimiento era la sublevación de algunos cuerpos y la toma del arsenal principal.

Inmediatamente entre el ministro de guerra y el general Smith procedieron á telegrafiar al jefe del Campo de Mayo, coronel Jiménez, y al cuartel de Liniers ordenando al oficial de guardia en este último que hiciera atajar el regimiento de artillería para ponerse en marcha. Al coronel Arana, jefe de la brigada, se le ordenó que de su domicilio en Flores se trasladara á Liniers y tomase el mando del regimiento 2 de artillería, lo que cumplió sin pérdida de tiempo, salvando la distancia á pie.

A las 10.20 el general Smith manifestó al ministro que, faltando tan poco tiempo para la hora que se indicaba como momento del estallido, creía necesaria su presencia en el arsenal. Aceptada por el ministro esta determinación, aquél tomó un coche de plaza con la capota caída y se dirigió por la calle Entre Ríos. Al aproximarse al arsenal, reflexionó que era imprudente seguir en forma tan visible y sin detener el fiacre levantó por sí solo la capota.

Al mismo tiempo ordenó al cochero que se dirigiera al cuartel del 10 de infantería, contiguo al arsenal, donde se detuvo y se hizo reconocer del centinela penetrando en seguida.

En el cuartel encontró todas las cuadras, oficinas y corredores en completa obscuridad, lo que le confirmó que algo anormal ocurría.

Una vez en el cuartel se le apersonó un sargento que inmediatamente demostró su espíritu de disciplina y dió al general los informes sobre la tropa que existía en las cuadras, lo mismo que las novedades del servicio, que eran completamente ajenas á la conspiración.

El batallón 10 de infantería no tenía en el cuartel más que 12 hombres y parte del personal de la banda de música. El resto estaba de servicio en la estación Constitución con motivo de la huelga.

El general Smith ordenó al sargento, que reuniera los 12 hombres y pasase con ellos al arsenal por una puerta falsa que comunica con el cuartel.

En seguida pasó al alojamiento del 1.º de infantería, en el mismo cuerpo del edificio, donde encontró sólo 20 hombres, al mando de un teniente, no observando sintoma alguno de complicidad. Ordenó también que pasaran, pero por la parte exterior del cuartel.

Inmediatamente se dirigió á la guardia del arsenal, encontrando además del capitán Burgos de servicio á otros dos oficiales, que momentos después desaparecieron. La tropa de la guardia, en su casi totalidad dormía en la cuadra, completa-

mente desnuda, pues era noche de mucho calor.

La presencia del general Smith produjo el desconcierto del oficial de guardia y sus acompañantes, y desde el primer momento el jefe recuperó su ascendiente en el subalterno que, sin duda, no se imaginaba que el general Smith estuviese solo.

Al mismo oficial se hizo preparar su compañía, la que dividida en pelotones, mandó situar en puntos de acceso al arsenal. En este instante desembocaba la fuerza reunida en los cuarteles contiguos.

Simultáneamente con esos movimientos de soldados y mientras el general Smith se hallaba en medio de la calle, desembocaron frente al portón del arsenal seis coches de plaza ocupados por otros tantos grupos de ciudadanos.

El general dio la voz de alto al primer coche é hizo descender á sus ocupantes.

—¿Que buscan ustedes aquí! fué su pregunta

—Venimos de visita, contestaron.

—Les alabo el gusto, replicó el general; pueden entrar.

Inmediatamente fueron recibidos por la guardia y pasados á una cuadra con centinela de vista, después de ser desarmados.

Todos los visitantes, en número de 25, iban armados de revolver y trabucos.

En el primer coche se encontraba el joven Adolfo Calvette.

En las inmediaciones del arsenal, el general Smith, notó al entrar grupos ciudadanos que fueron concentrándose en dirección á la puerta principal.

La mayor parte de ellos fueron detenidos.

Algunos ciudadanos llegaron á la puerta y preguntaron si estaba el coronel Martín Irigoyen. Se les contestaba que sí y se les hacía entrar.

El mayor Medina, que fué llamado de su domicilio, concurrió inmediatamente y recibió órdenes de trasladarse á la estación Constitución para traer todas las fuerzas que allí había. Regresó después de las 12 con 50 hombres.

A esa hora más ó menos llegó el ministro de la guerra acompañado de un jefe y del doctor Manuel Quintana hijo, y desde allí impartió las órdenes para sofocar el movimiento en combinación con la policía y el jefe del Campo de Mayo. (1-)

EXAMEN RÁPIDO

¿Qué hicieron los jefes de la revolución, los amigos sinceros y correligionarios leales, cómplices del capitán Rosa Burgos, cuando apareció en LA NACION tan enorme mentira? ¿No tuvieron criterio para darse cuenta ó ver el mal terreno en que me colocaba dicha publicación, ó les convenia, acaso, dejarla en pie para siempre?

Cuando entre caballeros se contrae un compromiso bajo pa-

(1) ¡Esto es canallezco!

labra de honor empeñada es necesario cumplirlo cueste lo que cueste. Si el capitán Burgos faltó á dicho compromiso no se le señale con mano ajena y misteriosa: acúsesele por el mismo decoro nacional, por honor al ejército y para entera satisfacción de sus correligionarios. Es tolerable que se juegue con la vida y la libertad de un militar, pero no con su honor, porque afecta á la noble institución, al ejército todo. ¿O realmente se daría el grito de sálvese el que pueda aquella memorable noche?

.....

Ahora que ha vuelto la normalidad y la calma á los espíritus... y se le ha quitado la mordaza á la víctima, conviene saber, ante todo, que en LA NACIÓN de fecha 9 de Febrero de 1905, se ha escrito la más grande y enorme de las mentiras.

Nada de lo que dice el coloso de la prensa sud-americana está de acuerdo con la verdad: por el contrario, es un elemento que viene á confirmar lo que afirmé desde el principio de este relato.

«Se ha extraviado el criterio público, ocultándole intencionalmente la verdad para responsabilizarme del fracaso de la revolución.»

El artículo á que me contraigo, fué, además, el origen de la atmósfera que se me levantó; fué el rayo de luz que iluminó á los afligidos y como la voz clara y terminante que les dijo: ¡He ahí vuestra víctima!, aprovechaos, tontos, haced cesar los gritos de vuestras conciencias que os delatan!...

El montón de afligidos, grandes y chicos, ó lo que es igual, los verdaderos culpables del fracaso y los traidores y pérfidos, estaban de parabienes!...

Si el lector me ha hecho el honor de seguir el hilo de esta narración, y la compara con lo que dice el artículo á que me refiero, al que, dicho sea de paso, en adelante llamaré «artículo mentira,» por ser éste el título que le corresponde, no dudo que notará no solamente la enorme contradicción que existe en el relato de los hechos, sino también el modo inge-

nioso, chacotón, cobarde y descarado con que se ha conducido el que suministrara los datos al reporter de LA NACIÓN, para que este diario les diese publicidad.

La mala fé y la hipocresia están palpables, lector, porque no se declara, en el artículo-mentira, con toda franqueza, «que el arsenal de guerra no ha respondido á la revolución porque el encargado de entregarlo se desconcertó, se asustó, con la presencia del general Smith, y que sus cómplices, también desconcertados y asustados, dispararon. ¡Y no ha dicho esta boca es mia mi colega Ernesto Baldazarre!

Notará, además el lector, que si no ha intervenido en la publicación del citado artículo el verdadero culpable del fracaso, lo ha hecho uno de sus cómplices ó vil instrumento; abusando de la confianza que les dispensara el reporter de LA NACIÓN y de la situación apremiante en que se encontraba el damnificado.

La premeditada intención criminal y mala fé del que suministrara los datos para que se diesen á la publicidad, es otro detalle que se destaca á simple vista, porque ataca al honor de un militar con menoscabo de su valor para presentarlo ante el pais entero como un cobarde y culpable del fracaso. Del mismo modo vemos en el que facilitara los datos, al embustero y cobarde, porque faltó á la verdad en la narración de los hechos, ante muchos, ante el pais entero, para herir en lo más hondo de su honor á un militar cuya situación no podía ser peor: preso, amordazado, indefenso, entregado á sus propias fuerzas, á disposición de un Consejo de Guerra y con la perspectiva de rendir cuenta de sus actos ante otro tribunal, mudo, sordo y ciego, por desgracia!.....

Con semejante publicación, justo era que el pais entero atribuyese el fracaso de la revolución al capitán Rosa Burgos, Jefe del destacamento en el arsenal. ¡Y los jefes de la revolución callaron! ¿Necesitaban una víctima? No me presto de instrumento. Me cobijé bajo la bandera de la Unión Cívica Radical para luchar por un noble ideal, hasta el sacrificio de mi

vida, no para ser instrumento y escarnio de nadie.

Cierro estos plumazos, ofreciendo al lector destruir, para mañana, todo lo que contiene el artículo-mentira.

CARAS Y CARETAS

ARTÍCULO-COMENTARIO

XIII

Entrase hoy en la tercera parte del relato.

Trece artículos van, con este, dirigidos á herir la fibra de la sensibilidad de aquellos á quienes el fallo de la pública opinión condena como los únicos responsables del fracaso del movimiento, y más endurecida parece cuanto más saetazos recibe.

¿Que espera la junta revolucionaria, que esperan el general Smith, el coronel Arana y todas las personas que injustamente denunciaron y condenaron al capitán Rosa Burgos, para hablar?

Pasma y asombra el silencio de los hombres que más obligados están á hacer luz en el misterioso fracaso de la revolución que estudiamos.

En otro país, por menos de lo que este diario ha dicho, movido del deseo de obligar á decir algo sobre estos sucesos, habría estallado un movimiento de indignación, del que hubiera surgido lo que no se consigue con la influencia de la pluma.

Todos guardan silencio, todos enmudecen, y véñse sólo, en el fondo de esta intriga, obscura como un enigma, muchas caretas y una sola cara, la cara del relatante, la del que acusa.

á aquellos que fueron sus acusadores cuando el narrador estuvo amordazado.

¡Siempre el farisaismo, siempre el antifáz, la cautela, el amaño, la perfidia!

Muchos para perjudicar á uno, pero no de frente, á cara descubierta, sino desde la encrucijada, por la espalda.

Es la obra aleve, siniestra, negra, de aquellos que gozan con el ajenos sufrimiento.

Fuertes para la concepción del mal, muéstranse débiles, como una mujer, para dar la cara por la infamia cometida.

Maquinan un plan avieso, urden una diabólica trama, y ponen la mancilla sobre una frente inmaculada, cual si la dignidad y el honor de un oficial fuesen baratijas con las que se puede comerciar, reduciéndolas á comercio de mercachifle.

¡Que desconsolador es esto!

La vida pesa con pesadumbre insoportable; cuando el sacrificio de una carrera, de la existencia y del honor, hecho por lo que se juzgaba una causa santa, tiene como único galardón como recompensa única el indiferentismo y hasta una acusación que deshonra de parte de aquellos por quienes se fué al sacrificio.

¿Es esta la misión del hombre sobre la tierra, durante su rápido, fugaz paso por la vida?

¿Tan frágiles son los lazos de un compromiso de honor, que al golpe de la adversidad se rompen, como un juguete en las manos de un niño?

¿Podrán robustamente mantener la persecución de un ideal, los hombres que no saben serlo para ponerse del lado de aquel que por ellos ha expuesto su limpia historia de soldado, su honor de militar y de caballero y hasta su vida?

¿En tan poco se estiman que, antes que confesarse autores de todo el fracaso, prefieren que uno de los más decididos y leales servidores de la revolución ostente el estigma que otros merecen llevar?

Es hora de que se quiten las caretas, de que se presenten

con toda su deformidad moral; que es más noble y más honrado hablar la verdad, que no vivir atenaceados por el remordimiento de haber urdido una infame mentira, propia solo de contrahechos de espíritu, de almas muertas, de corazones endurecidos.

No hay, pues, como decimos, más cara que una, la del capitán Rosa Burgos.

Todos los demás personajes que están desfilando en el curso de este relato son caretas, que tendrán que caer, que caerán pronto, por las revelaciones que la narración seguirá haciendo.

Si para entonces no hablasen, peor para los culpables.

Para los culpables del fracaso del movimiento del cuatro de Febrero, que no son otros que los que componían, la noche de los sucesos, la junta revolucionaria.

Ella debe saber quien es el verdadero culpable de todo.

Que es lo que necesita conocer el país, y antes que este el partido radical.



Sábado 21 de Julio de 1906

XIV

Pulverizando el artículo-mentira

Sin ambages ni rodeos, y con la libertad que hablaron todos pero con mayor propiedad, paso á destruir, párrafo por párrafo, todo lo que contiene el artículo mentira.

¿Qué hizo el general Don Carlos Smith en los cuarteles del 1º y 10 de Infantería?

Lo que hizo en el arsenal de guerra.

Tan pronto como penetrara en los citados cuarteles ordenó se despertasen á los oficiales y tropa francos, que se hiciese llamar á los jefes y oficiales que dormían fuera de los cuarteles, y á mi ex jefe el Teniente coronel Rodolfo Soria. Dióles instrucciones á los que se presentaron primero ordenándoles que marchasen al arsenal por la puerta del fondo, ó por la calle, y enseguida tomó su carruaje y se dirigió á la puerta principal del arsenal, en donde fué recibido por el autor de estas líneas, en la forma que ya conoce el lector.

Los batallones 1º y 10 de infantería entraron juntos al arsenal, por la puerta que comunica con sus cuarteles, y con consentimiento del centinela de mi guardia.

Al frente del 1º iba el 2º jefe y jefe de día, aquella noche,

mayor don Adolfo Medina, y algunos oficiales. A la cabeza del 10 iba su jefe titular, teniente coronel don Facundo Navarro y algunos oficiales. Si eran ochenta ó cien hombres los que llevaban, no lo sé, pero si afirmo, sin faltar á la verdad, que en los cuarteles de referencia habia más de cien hombres útiles para entrar en combate, en cualquier momento.

En un cuartel, por grande que sea el desquicio, jamás falta un oficial. Un general nada tiene que hacer con los sargentos, aunque haya sido recibido por ellos en el cuerpo de guardia ó puerta del cuartel. El primer paso que dá es hacer llamar al oficial de servicio y jefes, y no ordenar al sargento que abandone el cuartel con los doce hombres de guardia que lo custodian y que tome el arsenal por asalto y pase á él por que sí.

Este último caso es inaceptable en un ejército debidamente organizado como el nuestro. Es una invención con fines nada nobles.

Más aún; por más ignorante que sea un sargento, jamás abandona un cuartel con la guardia, sin comunicarlo á sus oficiales ó jefes, «ni aún en casos extremos». Las guardias de los cuarteles, depósitos de armas, cárceles, etc., son inamovibles, y sólo pueden desprenderse de un tercio de la tropa que las constituyen para sofocar un desorden, extinguir incendios ó prestar cualquier otro auxilio de muchísima importancia en las proximidades de sus puestos.

Desde luego, pues, el general Smith ha hecho en los cuarteles lo que hizo en el arsenal. Ha procedido el general del mismo modo que pudo haber procedido cualquier otro militar en su lugar y revestido de su misma autoridad.

¿Cuál es el militar que acepta «como la verdad de los hechos,» la declaración que se hace en el artículo-mentira, aseverando que en el cuartel del 10 había 12 hombres al mando de un sargento y que el general Smith fué atendido por aquel desde el momento que llegara al cuartel?

Me parece que nadie acepta ó cree semejante cosa, ni aún en el supuesto de que esos batallones hayan estado cubriendo un

servicio extraordinario, fuera del cuartel, con motivo de la huelga.

Un cuartel jamás queda solo ó custodiado por doce hombres, mucho más habiéndose declarado una huelga que hizo necesaria la intervención del ejército. Más aún; el 10 de infantería debió relevar al destacamento del arsenal en la madrugada del día 4.

¿Dónde estaban los sesenta hombres que como mínimum necesitaba dicho batallón para cubrir este servicio? ¿En el cuartel, durmiendo ó de servicio en la estación Constitución? Agradecería que alguien me respondiese. En nada me afectaría si me prueba lo contrario; no tendré inconveniente en volver sobre mis pasos; pues lo mismo da que hayan pasado al arsenal cinco hombres como cien: no son las bayonetas del 1º y 10, ni la presencia del general Smith lo que impidieron que el arsenal de guerra fuese ocupado por los revolucionarios. Ya me ocuparé de esto á su debido tiempo.

El general Smith no ha ocasionado el desconcierto de nadie en el arsenal, en el sentido que lo da á entender el suelto de referencia. El único extraño que había allí era el capitán Baldazarre; el otro personaje que disparó... tendrá que hacerlo de cera el reporter de «LA NACIÓN» ó el revolucionario pasivo que le suministró los datos, porque no existe en el universo entero.

Ahora que ha vuelto la normalidad y la calma á los espíritus... y se le ha quitado la mordaza á la víctima, pregunto:

Si el capitán Rosa Burgos se hubiese desconcertado en la forma que lo dá á entender el artículo-mentira, ¿le hubiera permitido el general Smith que se pusiera al frente de su tropa armada y municionada, ó le hubiera quitado el mando en el acto, dándole orden de prisión? ¿No era peligroso dejar al capitán asustado al mando directo de la tropa, dueño de cuanta puerta tiene el arsenal y en completa libertad para comunicarse con sus cómplices, que, según el general, estaban á esa hora reconcentrándose hacia la puerta principal?

¿No se exponía el general á que el asustado capitán reaccio-

nara aprovechando la ocasión que le proporcionaba de hablar ó comunicarse con uno siquiera de los jefes de la revolución, aún presos, rigurosamente incomunicados y custodiados en el arsenal de guerra por su propia guardia? ¿Con quien contaba el general Smith para defenderse, si uno de los jefes de la revolución hubiera ido al arsenal de guerra á comunicar á los oficiales comprometidos que habia llegado el momento de cumplir con su palabra de honor empeñada? ¿El sargento Ponce hubiera tenido tiempo de protegerlo si el capitán asustado reacciona y procede con sus cómplices ya presos, custodiados por su misma guardia? ¿No daba lugar el general á un derramamiento de sangre, tal vez inútil, con dejar en completa libertad y con mando de fuerza á un capitán asustado, pero sospechoso.

Vamos al grano.

Si el capitán Burgos hubiera sido rebelde contra el gobierno nacional cuando llegó el general Smith al arsenal, ¿hubiera estado durmiendo, desnuda, la mitad de la tropa del destacamento?

¿Los oficiales Nuñez y Arana en completa libertad? ¿Las boca-calles desiertas y espeditas? ¿El jefe de servicio, con su sable al cinto, representando al gobierno nacional? ¿La guardia de bomberos á las órdenes del jefe de servicio? ¿El personal civil que trabajaba en el interior sin vigilancia? Y, finalmente, ¿hubiera estado el capitán Burgos solo, ó acompañado de uno, soñando ó pensando en la luna, ó acompañado de medio centenar de hombres convenientemente situados, para tomarlo, no solamente al general con su cochero, sino tambien al sargento Ponce con sus 12 hombres...? Responda el ejército primero y los zapateros después. Todos pueden darsus fallo porque está al alcance del más escaso criterio.

Yo, por mi parte, y en defensa de mi honor de hombre y de militar, ultrajado cobarde y groseramente por más de un hombre muy ruin, declaro hoy lo mismo que declaré ayer ante el consejo de guerra:

Si hubiera sido rebelde contra el gobierno nacional aquella

noche, mi situación hubiera sido otra, y en este caso no es el general Don Carlos Smith quien habria entrado en el arsenal de guerra con su baston de mando. Y hágaseme el honor de no tomar como una baladronada esta declaración, hoy que todo ha pasado; pues hubieran bastado al efecto dos oficiales ó ciudadanos decididos para maniatar al general y cochero, sin ocasionarles el menor daño.

Conste, pues, para siempre, que si el general Smith entró aquella noche al arsenal de guerra, con su baston de mando, fué debido á que el capitán Rosa Burgos, único comprometido en la revolución, no conocia otra autoridad sino la del gobierno nacional legítimamente constituido; y no porque el general haya hecho uso de la táctica y extratégia apropiada á las circunstancias....

Los maestros en el arte de la guerra condenarán una y mil veces la maniobra del general Smith, pues tanto el Comandante en jefe como el cochero se exponian demasiado atacando de frente á su adversario, mucho más sabiendo que se encontraba protegido por sólidos muros como los del arsenal de guerra, y rodeado por grupos de cívicos radicales que iban concentrándose hacia la puerta principal (¡¡Misericordias humanas!!) á los que el general vió con sus propios ojos y por eso levantó la capota con sus propias manos.

El general ha faltado á ciertos principios tácticos muy elementales, que son el A. B. C. de un militar, y que lo colocan en muy mal terreno, pues de noche es peligroso é imprudente atacar de frente á latigazos y por retaguardia á balazos inversamente es más aceptable.

Otro error que le pudo haber costado el éxito de la jornada, al general, fué el hecho de que confió la dirección de la tropa asaltadora á un sargento Ponce, en lugar de mantenerlo á sus órdenes.

De noche es peligroso fraccionar la tropa y dejarla escapar de las manos. El orden cerrado y la tropa al mando directo del jefe, se imponen siempre, aún para un ataque á la bayoneta ó á rebencazos

(Continuará)

CASTILLOS EN EL AIRE

ARTÍCULO-COMENTARIO

XIV

Entremos á hablar de los castillos en el aire que ha fabricado el coloso de la calle San Martín, ó lo que es lo mismo, contando como realizado lo que no ha sucedido.

Según se desprende de la relación, el general Smith penetró en los cuarteles del 1° y el 10 como las circunstancias imponían que lo hiciese, y por lo que LA NACIÓN dice, el jefe de la región estuvo dentro de los cuarteles.

Entre uno que niega y otro que afirma ¿á quién creer?

A quién está más en lo cierto, y más en lo cierto quien está es el relatante, apreciando lógicamente las cosas.

¿Por qué el general Smith, ateniéndonos á lo aseverado en el artículo-mentira, se detuvo á hablar con un sargento, conociendo como es de creer que conozca el jefe de una región, que en un cuartel nunca falta un oficial?

¿Cómo, pues, no hizo llamar al oficial á su presencia, que uno, por lo menos, habría en vez de ordenar, como ordenó al sargento, que con los doce únicos hombres que custodiaban el cuartel abandonase éste y tomase con ellos el arsenal por asalto?

¿Lo hizo el general como se expone en la invención á que nos contraemos?

Esto no es admisible, y más nos inclinamos á creer que en el fondo de la invención existe algo que aparece inspirado en un propósito nada generoso.

Ni suponemos al sargento, dada la severidad y disciplina de nuestro ejército, capaz de dejar un cuartel completamente abandonado, así se lo mande el que más fuerza militar tenga sobre la clase de tropa.

El general Smith no ha debido dar por cierto que el número de soldados que había la noche de los sucesos en el cuartel del 10 de infantería era el que le dijo el sargento con quien habló, y si, como lo da á entender el narrador, esto es inverosímil, ó inventado con algún fin avieso, á raíz de la publicación del artículo de LA NACIÓN ha debido desautorizarlo, porque de no haberlo hecho así hace pensar que las cosas, aunque inverosímiles, pasaron como se refieren, porque llevan la autoridad del silencio del jefe de la región.

El general Smith, indudablemente, ha leído la información inveraz del coloso, y si no la leyó por aquellos días, ha tenido hoy ocasión de leerla, y hora es, si todo es una patraña, de que lo desmienta y diga algo como documento ilustrativo de lo acaecido la noche del fracaso del movimiento.

Si calla, tenemos sobrados motivos para creer que ha aceptado como veraz lo que en la cabeza del más torpe de nuestros soldados no cabe.

¿No tenía conocimiento el jefe de la región de que por aquella fecha habíase declarado una huelga que hizo necesaria la intervención del ejército, y hallándose la población amenazada de un serio peligro no cabe admitir que un cuartel estuviera sin más fuerza que doce hombres?

¿No sabía el general Smith que en la madrugada del 4, sesenta hombres del batallón 10 de infantería debían relevar al destacamento del arsenal, que mandaba el relatante?

¿Como, si debía distraerse en el servicio del arsenal, horas después de la llegada del jefe de la región al cuartel del 10, el número de soldados que dejamos dicho, no había más de doce, y con éstos ordenó el general Smith al sargento Ponce que tomara por asalto el arsenal.

¿Qué se habían hecho los sesenta hombres que debían relevar el destacamento que mandaba el capitán Rosa Burgos?

Esto lo debió saber el general Smith, cuando fué al cuartel del 10 de infantería.

El jefe de una región no puede, no debe ignorar nada de esto, que es de capital importancia conocer.

El general Smith, LA NACIÓN, ó alguien que conozca la verdad de lo que con este extremo se relaciona, están en el deber de hablar, porque no es humano propalar especies que contienen una mentira muy grande como la echada á rodar por el coloso sabe Dios conque fin, ó puede que mal informado, ó por haber dado crédito á la persona que le transmitiera la noticia.

El relato ilustra al lector hasta hacerle comprender que ni los batallones primero y diez, ni la misma presencia del jefe de la región influyeron para que el relatante se mantuviera dentro de la lealtad al gobierno nacional.

Causas que se explicarán oportunamente son las que constriñeron al narrador á hacer lo que hizo.

¿Cabe en ninguna cabeza que á un oficial, como debe considerarse al relatante, al decir de LA NACIÓN, que lo presenta desconcertado por la presencia del jefe de la región, éste, una vez penetrado del estado de ánimo del narrador, le dejase no solo al frente del destacamento, sino también se entregase confiadamente á un desleal?

Si estaba desconcertado el relatante al presentarse el general Smith, pudo el capitán Burgos, antes que su superior lo advirtiera, llevar á cabo un acto de suprema desesperación, que hubiera dado por resultado ó el arresto ó el asesinato del jefe de la región, contando como contaba á la sazón el narrador (según LA NACIÓN) con un buen número de revolucionarios que le habrían ayudado á acometer la temeraria empresa.

¿Por qué no lo hizo?

Porque antes y después de la llegada del general Smith el capitán Rosa Burgos estaba incondicionalmente con el gobierno constituido. Los jefes de la revolución, sus cómplices ó personas que debían ayudarle ó secundarlo, brillaban por su ausencia. Y solo, como se hallaba en la noche de los sucesos y á la hora que fué al arsenal el general Smith ¿que hubiera hecho para impedir un golpe de fuerza contra él?

¿De qué elementos disponía en esa coyuntura?

Para mentir se necesita tino, mucho tino, y no basta ser en

el periodismo una reputación consagrada para hacer pasar una tan enorme mentira como la que contiene el artículo de LA NACIÓN de 9 de Febrero de 1905.

Si el general Smith comprendió, según lo que dice el coloso, que el relatante se asustó al ver al jefe de la región, ¿como éste siguió confiándole en ese trance el mando del destacamento, que era tanto como acercar el fuego á una materia inflamable para que estallase el incendio?.

Y si el incendio hubiera estallado, que era lo que lógicamente debió pasar, ¿cómo habría el general Smith evitado un derramamiento de sangre?

Si todo el destacamento, según el fiscal, según el parte del jefe de la región y según todos los que opinan lo mismo, dormían desnudos porque estaban comprometidos ¿no hubiera el relatante transmitido á toda su tropa la chispa del incendio, sin dársele un ardite del general Smith ni de cuantos hubiesen ido aquella noche al arsenal con el fin de hacer fracasar la revolución?.

¿Que hizo el relatante, cuando vió en el arsenal al jefe de la región?.

Cumplir con su deber, es decir, con el deber de un oficial que todavía no era rebelde sino que se mantenía fiel á los Poderes Públicos de la Nación hasta tanto llegasen los jefes de la revolución y sus cómplices.

Algo debían saber los oficiales Núñez y Arana, si el jefe del destacamento tenía, como se ha hecho creer, contraído un compromiso de honor de entregar el arsenal á los revolucionarios.

Si sabían algo dichos oficiales ¿porqué no lo denunciaron? Y si estaban también comprometidos ¿porqué á la llegada del general Smith estaban en completa libertad, como ajenos á lo que debía pasar?.

¿Cómo no se apercebíó de nada la guardia de bomberos?.

Ni el personal civil que trabajaba, sin vigilancia, en los talleres del arsenal?.

Si el relatante hubiera estado sublevado contra el gobierno nacional, cuando llegó el jefe de la región, ¿no habría contado

con muchos elementos para copar al general y al sargento Ponce con sus doce hombres, única fuerza de que en aquellos momento disponia el jefe de la región para sofocar la revolución dentro del arsenal?

¡Qué torpemente urdida está la invención del coloso, echada á rodar, como decimos, por abuso de reputación, por la reputación que tiene en todo la república de que LA NACIÓN no miente!.

Esta vez si ha mentido, dando como cierto lo que no es más que una patraña.

Todo es, pues, puros costillos en el aire, que significa dar como realizado lo que no ha sucedido.

Para dar espacio á otros trabajos, nos privamos de la satisfacción de seguir comentando algo más el relato de hoy; pero prometemos destruir todos estos episodios imaginarios, así como también comentar la actitud del intruso Caxtès, que tan repugnante papel desempeñó en los sucesos del 4 de Febrero. (1)

(1) Por negligencia involuntaria del articulista, no se ha hecho mención, con todos sus detalles, de la bajeza conque se ha conducido el auxiliar Caxtès. Conste.

Lunes 23 de Julio de 1906.

CONTINUACION

XV

Muchos son los que en la noche de los sucesos perdieron los estribos, uno solo el que rodó: y ya sabemos que del árbol caído.....¡hasta el coloso de la prensa Sud Americana corta su gajito.

Conste que en el capítulo anterior hice mención de algunos principios tácticos y estratégicos muy elementales como un medio de llegar... al fin que persigo, y no para que se le quite la gloria ó se le desconozca los honores de la jornada al siempre valeroso general Don Carlos Smith. Lo merece el general porque, á pesar del reducido número de tropa que lo acompañaba aquella noche, tomó posesión del arsenal de guerra pri-

mero, y tuvo el coraje de confiarle la defensa de tan importante repartición á su adversario el capitán Burgos, después. Lo merece el siempre valeroso general Don Carlos Smith, porque es un hecho que hará más original, interesante, rica é ilustrativa la historia militar de nuestro país. ¡Honor al ejército argentino!

Merece mención honorífica y diploma el siempre valeroso general don Carlos Smith, no solamente porque tomó el arsenal con un cochero, sino porque además, ocasionó el desconcierto y la fuga de mi colega Ernesto Baldazarre y la de otro oficial, que, como he dicho, el reporter de LA NACIÓN tendrá que hacerlo de cera, porque no existe ni ha existido en todo el universo entero.

Pero, es necesario ante todo, que conste también para siempre, que el siempre valeroso general don Carlos Smith fué al arsenal completamente ciego, desorientado y sin rumbo:

a) Porque no vió aquella noche, en el jefe del destacamento del arsenal, al hombre que solo esperaba la llegada de sus cómplices para apoderarse de su persona y de los que lo rodeaban. ¡Tenia millares!.

b) Porque confundió la sombra del centinela, talvez, con el joven Adolfo Calvette.

c) Porque confundió, igualmente, al coche que lo condujo, con seis coches de plaza ocupados por otros tantos grupos de personas.

d) Porque confundió los árboles, talvez, con grupos de ciudadanos que iban concentrándose hacia la puerta principal.

e) Porque se confió en el que menos debió confiarse de todos los que le rodeaban.

f) Porque, según el artículo mentira, vió grupos de ciudadanos en los alrededores del arsenal, y por eso levantó la capota del coche por sí mismo.

g) Por infinidad de hechos que conoce el lector.

En el artículo-mentira, se menciona un hecho que no ha tenido lugar en toda la noche de los sucesos; es una invención, un verdadero episodio de novela, una mentira. Lo vemos (á

las 11 de la noche) según el artículo-mentira, al siempre valeroso general don Carlos Smith, de pié, en medio de la calle, dando la voz de alto á seis coches de plaza ocupados por otros tantos grupos de ciudadanos, entre los que iba el joven Adolfo Calvette. ¡El general, jefe de la región, dando la voz de alto á seis coches dé plaza!

¿Qué queda para el centinela apostado también en la calle?

Según el artículo mentira, el cuartel del 10 de infantería quedó abandonado porque el sargento Ponce pasó al arsenal, por orden del general, con los 12 soldados de guardia que lo cuidaban. Esto es inexacto; en el cuartel del 10 quedó una guardia al mando de un oficial después que este batallón pasó al arsenal al mando directo de su jefe el teniente coronel Don Facundo Navarro.

Del mismo artículo-mentira se desprende igualmente que el cuartel del 1.º quedó también abandonado porque el teniente y los 20 hombres que en él habian, pasaron al arsenal por la parte exterior.

(iii !!!)

Esto también es inexacto. En dicho cuartel quedó una guardia al mando de un capitán, después que el batallón pasó al arsenal por la puerta del fondo con su 2.º jefe titular, mayor don Adolfo Medina, á la cabeza.

¡Aquí hay gato encerrado, lector!.

¿Por qué se ocultó á la Nación entera la actuación que tuvieron aquella noche los jefes y oficiales del 1.º y 10 de infantería? ¿Qué interés tuvieron en disminuir á su mínima expresión el número de tropa que pasó al arsenal y el que habia en los citados cuarteles? ¡Tomen nota todos aquellos que se sacrificaron por la causa de la revolución y muy especialmente los que, sin escuchar mi voz, exclamaron con toda indignación: ¡Burgos es nuestra perdición!

Tomen nota los jefes de la revolución que han permanecido engañados, sordos, mudos y ciegos.

El artículo-mentira dice «que el capitán Burgos y sus acom-

pañantes se desconcertaron con la presencia del general, etc. etc. »

Esta mosca me ha picado muy fuerte, á pesar de que estoy hecho á estas miserias; y si no fuera que debo de cumplir con otros, haria lo humanamente posible para desconcertarle la.... pluma chacotona al reporter de LA NACIÓN, para que sea más moderado y escriba la historia diaria de nuestro país con la seriedad y el juicio que merece ser escrita. ¡No juegue el coloso otra vez con los militares de su patria; elévelos á la dignidad que merecen para que se les mire como debe mirárseles y no como á un perro! Es mi venganza.

El coloso de la calle San Martin sigue mintiendo, hasta en los detalles. El general, lejos de hacerme dividir la tropa en pelotones para situarla en puntos de acceso al arsenal, dejó todo á mi iniciativa; razón por lo que, dividí la tropa en dos mitades, disponiendo que una, al mando del subteniente Arana, pasase á la cuadra dormitorio y la otra permaneciese sentada en los bancos del cuerpo de guardia, como queda en los primeros capítulos dicho.

Llegamos, lector, al párrafo del artículo-mentira en donde el coloso miente de un modo colosal y descarado.

Nos hace ver las cosas y los hombres de un modo original, á las 11 de la noche, en el arsenal.

Según el artículo-mentira, vemos patente al siempre valeroso general don Carlos Smith, con la gorra en la nuca, de pié en el medio de la calle, dando la voz de alto á seis coches de plaza que vienen con regular velocidad y llevándose por delante al centinela.

Grupos de cívicos-radicales, situados en las inmediaciones del arsenal comienzan á concentrarse hacia la puerta principal y preguntan por el coronel Irigoyen. El general les alaba el gusto á todos, antes de hacerlos pasar adelante. Simultáneamente, con éste movimiento de coches y hombres, desembocan, calando la bayoneta, 12 soldados del 10 de Infantería, al mando del sargento Ponce; y 20 soldados del 1.º al mando de un teniente atacan la puerta principal por el exterior.

El capitán Burgos, desconcertado, porque no se imaginó que el general iba solo, tiembla de miedo, se olvida de su espada y se... queda abriendo la boca. El capitán Baldazarre, mozo de doble yema y sangre fría, aprovecha la ocasión y desaparece, sin que se apercibiera el general. Mi colega, abriéndose paso por entre los grupos de sus correligionarios y llevándose por delante el coche del joven Calvette, dispara como alma que lleva el diablo, y no se detiene hasta llegar á su casa, en donde se oculta de miedo. Cansado el general de alabarles el gusto á mis correligionarios, los hace pasar á una cuadra, les quita los revolvers y trabucos que llevaban y les coloca centinelas de vista: eran 25 mis visitantes, sin contar los grupos.

El general desbarató, pues, el plan del arsenal. Orgulloso y siempre valeroso, quiere ver hasta donde llega el capitán Burgos y le confía la custodia de los presos y la defensa del arsenal.

(iii !!!)

¡Verdadero episodio de novela!

¡LA NACIÓN se ha salido del tiesto, lector, ha faltado á la verdad, ha comerciado con el honor de un militar y ha engañado al país entero!

Hágame el honor, el lector, de leer mi relato y no dude de que en él digo la verdad; nada oculto porque de nada me sirve la falsía.

Están en pié los hechos, vivos los elementos que los originaron y muy cerca de nosotros. Hable alguien, desmíentase sin escrúpulo ni consideraciones

El artículo-mentira tiene, además, mucho de muy sugestivo. ¿Qué movil les ha guiado ó qué interés tuvieron en hacerle creer á los lectores de LA NACIÓN que el joven Calvette y sus acompañantes estuvieron en el arsenal á las 11 de la noche, siendo que llegaron recién en la madrugada del día 4 de 3 á 3 y 1[2].....?

¿Por qué les hicieron creer que en las inmediaciones del arsenal había grupos de ciudadanos, siendo que no había nadie?

Es que á toda costa quisieron engañar al pais entero para ocultar sus errores, quisieron hacerle ver que el capitán Burgos no estaba solo, sino acompañado y en comunicación directa con sus cómplices y jefes de la revolución.

¿Quien es y en donde está el ciudadano que fué detenido y reducido á prisión en el arsenal de guerra antes de las tres de de la mañana del día 4? ¿Que se descubra!

¿Donde los ciudadanos que fueron preguntando por Irigoyen antes de las tres del día 4? ¿Que aparezca y acusen, si hay lugar á una acusación!

¿Quien los detuvo y redujo á prisión?

¿Quien los vigiló y custodió?

¡Aquí hay gato encerrado, lector!... La red ha sido hábil y astutamente urdida!

No han tenido coraje para afrontar las responsabilidades, pero han tenido un valor estupendo para mentir ante propios y extraños; para jugar con la vida y el honor de un militar, sacrificarlo y llevarlo á un suicidio moral; para comerciar y ganar cinco centavos!

Conste, pues, la cobardía y la bajeza con que se han conducido; la desfachatez y el descaro con que han mentido para conseguir una victima.

Conste, igualmente, que todo cuanto dice el artículo-mentira, **"Es mentira"**.

La culpabilidad del silencio



ARTÍCULO COMENTARIO

XV

¿Por qué no habla, porqué no quiere hablar la junta revolu-

cionaria?

¿Porque la tribuna desde donde el capitán Rosa Burgos se dirige á los directores del partido radical la noche del fracaso del movimiento no tiene la importancia de los dos diarios más grandes del país?

Cualquier tribuna es tribuna augusta para decir la verdad.

Si el narrador trajo á LA REFORMA el relato de los sucesos del 4 de Febrero, ha sido porque en este diario creyó que hallaría lo que él buscaba: una franca y abierta hospitalidad, que seguramente no habría hallado en ningún otro periódico.

Nada hemos dicho nosotros que rebase el límite de la corrección, ningún adjetivo mortificante hemos empleado, ni digimos más que aquello que le es permitido decir al periodista que no hace de este palenque una sentina.

¿Que nuestro estilo es á ratos incisivo?

Puede que escueza más al país entero el silencio de la junta, viendo que no se comueve, que no se sacude, que no se despierta, que no sale del marasmo ni ante los repetidos certeros disparos que le dirige el narrador.

La junta parece como que cree que no es justo que el relatante acometa con tanta insistencia, dejando deslizar, á las veces, frases zahirientes; pero si es justo que la junta calle y silencie cosas que, al no decir nada sobre ellas, lastiman el honor del capitán Burgos.

Por duras y crueles que puedan parecer á la junta las frases del relatante, más cruel y más duro es lo que con el narrador hace la junta encerrándose en un mutismo que la desprestigia, en una actitud poco varonil, en un comportamiento revelador de falta de caracteres de los que la componen.

Porque si la junta perjudicó al narrador con la actitud en que se mantuvo la noche de los sucesos, dejándole desamparado, entregado á su propia suerte, lo que hoy hace con el capitán Burgos pone una vez más de relieve que ella es la única responsable del fracaso de la revolución.

No se comprende el silencio de la junta después de lo que la narración arroja, en presencia de la diafanidad con que ha

procedido el narrador y de la enigmática actitud de los directores del movimiento.

La junta está metida en este círculo de hierro: ó confiesa la verdadera causa del fracaso, que nadie más que la junta la conoce, ó deja á los hombres sensatos e den á su silencio la única interpretación que cabe.

¿Quiere la junta revolucionaria que, para moverla á que hable empleemos el relatante y nosotros voces propias de gente del hampá?

Allá no llegaremos

Con lo que queda dicho, se ha dicho mucho, mucho más de lo que se debía decir, y Dios no sabe que se han hecho los que tienen la clave de todo.

Vivos están y están cerca de nosotros tal vez nos codeamos con ellos á diario, pero no es la fé de su existencia como componentes del pueblo lo que exige el narrador, sino la fé de su existencia como entidades directoras del movimiento del 4 de Febrero.

No es á los hombres alejados de la vida de combate del partido radical á los que el relatante se dirige: es á Hipólito Irigoyen, alma y cerebro del partido, desde el punto de vista del ascendiente que ejerce en las huestes, por su fisonomía de enigma viviente, á quien el capitán Rosa Burgos emplaza, ó para que le haga la justicia de reconocerle un oficial de honor, que en nada comprometió el éxito del movimiento, ó para que diga, aunque sea imponiéndose una amputación dolorosa quien dió el grito de sálvese el que pueda, resultante del fracaso de la revolución.

Reconozca la junta revolucionaria que el relatante la está estrechando, que la está formando como un cordón de fuego, que ya no le es posible salir de él, que el círculo es cada vez más reducido y que, entre caer en las llamas por no confesar. lo todo, todo lo que se supone que ha pasado, todo lo que tal vez ha sucedido como lo suponemos, ó tener la virtud de hablar el noble lenguaje de la sinceridad, no es dudosa la elección.

El relatante va cada día más adentro del relato, porque su único y principal propósito es reinvidicarse, y la junta tiene el deber de mostrarse generosa hasta el desprendimiento, con lo que todavía no estaría á la altura del narrador, que tan noblemente hace conducido por ella.

Hácese á la junta responsable de no haber llevado á cabo una actitud valiente, de verdadera junta revolucionaria, lo que habría servido de estímulo á los que noble y desinteresadamente se inmolaron por la causa y de freno de respeto por haber metido en cintura á los cumpables del fracaso presentándolos, oportunamente, ante el país y ante el mismo partido, como los Judas de la revolución.

Hácese, igualmente, responsable á LA NACIÓN por el incalculable daño que ocasiona al país entero sirviéndole con el carácter de histórico un episodio que es puramente imaginario, forjado por un reporter, ó recogido por el diario de modo que andando el tiempo aparece como cierto lo que fué una pura invención.

Hácese responsable al coloso de entregar á la publicidad este género de invenciones, que afectan el honor individual y colectivo, porque al pretender herir con el artículo-mentira al relatante ha herido, de paso, á aquellos otros oficiales á quienes coloca en un concepto que no es creíble, diciendo de ellos que ante la presencia del general Smith echaron á correr como almas que lleva el diablo.

La información periodística que aparece en los diarios que privan como los primeros de un país, por estar considerados como incapaces de mentir, hace á la larga un daño inmenso hasta al mismo historiador que en estos episodios, vulgares ó salientes, busca la fuente para escribir el libro de la historia patria.

La prensa es, pues, una página palpitante de la nacionalidad, la vida diaria de un pueblo, las menudencias más insignificantes y las veces de más bulto del cuerpo social, y no entenderlo así es construir sobre movediza arena el edificio de las acciones de un país, exponiendo con una falsa información

á que no se conozca en toda su magnitud el suceso que se investiga.

El general Smith tiene, también, el deber de hablar, pues si bien ningún cargo se endereza concretamente contra él, según el artículo-mentira aparece como responsable el jefe de la región por lo que el coloso ha dicho á raíz de los sucesos, pues el lector se imagina que si no es el general Smith anda cerca de ser el que suministró á LA NACIÓN los datos, vestidos de modo que, los que no saben leer entre líneas, lo consideren cual recogidos fielmente por el reporter al hacer éste el exámen de los sucesos.

Tiene también que hablar el reporter de LA NACIÓN, haciendo luz en este extremo, pues trátase de un coloso y no de un pasquin como LA REFORMA, y trátase, además, y esto es lo más importante, de un asunto que ha costado la interrupción de la carrera á un militar y con esta la pérdida de su honor ante el concepto público.

Hablen, pues, todos los que en el comentario de hoy aparecen responsables de la patraña dirigida á extraviar el juicio público sobre el fracaso del movimiento, ó creeremos que el pueblo todo y el partido radical tienen el derecho de juzgarlos con un juicio destavorable por la complicidad del silencio que guardan.

Agresión á "La Reforma"

No basta que en las reiteradas agresiones de que venimos siendo objeto, con motivo de nuestras prédicas sinceras y levantadas, hayamos observado la mayor sangre fría y serenidad de espíritu.

Las agresiones se repiten, y en efecto anoche, fuimos nuevamente objeto de las importantes hostilidades de nuestros adversarios, si así pueden llamarse á cierta chusma que correo nuestra democracia.

Nuestros agresores de anoche pedían á nombre del partido radical, la cabeza del director de este diario exponiendo soná-das reivindicaciones, y bomitando interjecciones propias de una cultura de lupanar.

No queremos hacer al partido radical el poco honor de considerar á nuestros asaltantes como procedentes de sus filas, aún cuando ellos así nos lo manifestaran, pero sea cual fuere la procedencia de los mismos, lo cierto es que á nosotros no nos intimidan esas exteriorizaciones vergonzosas, envueltas en amenazas risueñas si, pero que, hacen pensar en la necesidad de una imperiosa depuración social que extinga de una vez semejantes factores, rémora de nuestra civilización.

Se equivocan los que pretenden con fórmulas coercitivas acallar la libre expresión de nuestra voluntad inspirada en ideales levantados, que podrán afectar á los que se sientan responsables, pero que irradian luz sobre los destinos de la patria y sobre su decoro cívico.

En el incidente de anoche, en el grosero asalto mejor dicho, hemos procedido como nos lo dictan nuestras convicciones varonilmente sentidas, y ni la despreciable chusma que cobar-demente pretendió ir contra nosotros, ni de ninguna otra ma-nera violenta, se conseguirá hacernos vacilar.

La policia intervino de manera correcta en el incidente de anoche, disolviendo enérgicamente á nuestros asaltantes, que si fueron osados en sus insultos y gruesas interjecciones, re-petidas serenamente, está demás decirlo, fueron también co-bardes para entregarse á la más franca derrota. (1)

(1) ¿Por que estas amenazas? ¿Por que pretendieron amordazar de nuevo por me-dio de estas amenazas al capitan Burgos, que fué á La REFORMA á alzar su voz en demanda de justicia? Como radicales intransigentes, ¿ estais satisfechos y con-venidos de haber dado éste paso en bien del partido y dentro de lo estipulado en su programa de gobierno? ¿Que queda ó que les dejais á los matones de la oligar-quía? Como emisarios de los jefes de la revolución de Febrero ó por encargo de mis detractores? Habels ahogado mi voz y salvado á vuestros amos ó mandones? El rigor, compatriotas, en ciertos casos, no corrige ni á los animales, ni vuelve cuerdo á los locos, ni civiliza á los pueblos bárbaros, ni devuelve el honor perdido ó seriamente comprometido, ni saca á nadie ni á los zares, del lado hediondo é inmundo en que se han metido hasta el cogote en un momento de debilidad ó de terror pánico. N. del A.

Martes 24 de Julio de 1906

Mis condecoraciones y mis laureles

XVI

Muchos son los que, en la noche
de los sucesos, perdieron los
estribos, uno solo el qué
rodó: y ya sabemos que del
arbol caido hasta el público
bonaerense corta su gajito....!

En La Nación de fecho 7 de Marzo de 1905, se lee lo siguiente:

LAS CAUSAS DE LOS CAPÍTANES BURGOS Y GARCIA

LAS SENTENCIAS - UNA SESIÓN INTERESANTE - LAS DEFENSAS

El día de ayer ha sido en el consejo de guerra especial el que ha despertado mayor interes, después de la sesión en que fué juzgado el mayor Anibal Villamayor

Se trataba de dos procesos que en los primeros momentos fijaran más intensamente la atención pública, y sobre cuyos respectivos protagonistas la fantasía popular tejó en la primera hora de fracasado el movimiento los más aventurados comentarios.

En el primer momento, y entre el maremágnum de canards en circulación, inherentes siempre á sucesos de esa índole, el público, al tener noticia de la prisión del capitán Rosa Burgos, que en la noche del estallido se hallaba de jefe del destacamento del arsenal, le atribuyó el fracaso de la revolución, pues se decía que, intimidado por la presencia del general Smith, no se había atrevido á entregar la importante repartición á los jefes del movimiento subversivo.

Más tarde, al comparecer ante el tribunal encargado de juzgarlo, el propio capitán Burgos destruye la especie, al declararse inocente y jurar por su fé que de haberse hallado comprometido á efectuar la susodicha entrega, hubiera detenido al general Smith, para cumplir su compromiso.

Su causa, relegada por el tribunal, para dedicarse á las de los sublevados de Bahía Blanca, le dejó olvidada en la atención pública que solo sabía su incomunicación y que aún no le llegaba el turno de sentencia.

Pero, al solo anuncio que ésta debía producirse ayer, recrudeció el interés de los primeros días, aumentado por el hecho de juzgarse en la misma sesión al capitán García, compañero de Burgos, y al que, asimismo, se atribuía una participación importante en los sucesos.

Por estas razones, y no obstante el ser ayer día feriado, el local del 10 de infantería, donde funciona el consejo, se vió más concurrido que de costumbre.

DESTRUYENDO Y FORMULANDO CARGOS

Nos encontramos, lector, ante otro elemento que pone en evidencia el modo ingenioso con que se ha urdido la red que debía envolverme todo entero, y que, además, nos ilustra sobradamente y sin apasionamiento para afirmar esto que por repetidas veces he manifestado: «Se ha extraviado el criterio público, intencionalmente, para responsabilizarme del fracaso de la revolución». El artículo á que me contraigo carece de sentido común y de lógica, pero no por esto dejó de ocasionar el efecto que se perseguía... dándosele una importancia que no tiene. Todo lo vemos claro y palpable con solo seguir el hilo de los acontecimientos, oír los comentarios que se han hecho y analizando detenidamente todo lo que el coloso diario LA NACIÓN ha publicado en sus columnas.

Todo está intimamente ligado. El coloso de la calle San Martín lanzó la bola el 9 de Febrero de 1905, ó sea cinco días después de los sucesos y en circunstancias en que todo era confusión, duda, incertidumbre.

El público, ávido de emociones la tomó en sus manos, y comenzó á jugar de mil modos. Los jefes de la revolución, los amigos sinceros y los cómplices leales.....del capitán Rosa Burgos se hicieron los mudos, los sordos, los ciegos y los indiferentes, porque la buena política lo aconsejaba y por que les convenia. El 7 de Marzo de 1905 vuelve el coloso, con mayor decisión, á completar la obra, haciéndole decir al público lo que él mismo le enseñó que dijera. Esta creo es la verdad, según mi criterio, porque muchas voces se levantaron en mi favor desde el primer momento y no todos, ó mejor dicho nadie, vió al culpable del fracaso de la revolución en la persona del jefe del destacamento del arsenal.

Desde luego, pues, el reporter de LA NACIÓN, secundado por los verdaderos culpables y desocupados, le hicieron decir al público algo que no debió decir.

Ahora bien; el reporter de LA NACIÓN señor Edo Facio Hevequer, autor del suelto de referencia, ¿lo habrá hecho de mala fé ó inducido por ciertos personajes que se apresuraban á suministrarle datos verídicos y de muy buena fuente? ¿O le habrán hecho creer, por ventura, que el público estuvo aglomerado en la puerta del arsenal cuando llegó el general Smith, y que dicho señor fué corriendo una carrera vertiginosa con los jefes del movimiento subversivo, y como llegara primero me asustó, impidiéndome que entregase á éstos la importante repartición?.

Es de suponer que ésto sea lo cierto, pues de otro modo no se explica la existencia ú origen del suelto que nos ocupa.

Pero ¿acaso estuvo el público en el arsenal de guerra? ¿Fueron ó pisaron siquiera los umbrales de las puertas del arsenal los señores jefes del movimiento subversivo? Nada de esto ha ocurrido; ni el público estuvo en el arsenal, ni los jefes de la revolución fueron allí en toda la noche de los sucesos. ¿Como debió, entonces, entregárseles el arsenal?.

El reporter de LA NACIÓN ha querido decir otra cosa, algo más grave, dando sin duda crédito á falsas informaciones y dejando de lado la opinión de la gente culta, de sano criterio,

que comenta, pero no acusa, ni condena, ni señala con el dedo porque sí. Dejo, pues, para destruir al final de este relato, lo muy sugestivo que tiene el artículo en su tercer párrafo.

Sin embargo, permítaseme dejar constancia de que:

A.) El reporter de LA NACIÓN, debido á su inesperienza de hombre y de periodista, tal vez ha escrito en el coloso de la calle San Martín el más estupendo de los desatinos y como consecuencia, dictó, sin tener arte ni parte, y con toda sangre fría, la más monstruosa de las sentencias contra un militar que le era desconocido y estaba soportando el peso de otro delito no menos grave.

B.) Que el público bonaerense, culto y eminentemente civilizado, se ha fundado en una cuestión de hecho enteramente pobre, raquítica y descabellada para atribuirme el fracaso de la revolución. (Ya lo convenceré á mi juez cándido).

C.) Que los jefes de la revolución han faltado á deberes sagrados, traicionando sus propias conciencias, por el hecho de no haber levantado éste y otros cargos que se imputan con el mismo fin de atribuirme el fracaso de la revolución,

D.) Que los correligionarios-cómplices del capitán Rosa Burgos, también han faltado al compromiso contraído bajo palabra de honor, por que no exigieron de la junta revolucionaria se levantase este cargo muy especialmente que debiera más bien pesar sobre ellos, y aún sobre la junta misma.

Cuando entre caballeros se contrae un compromiso, es necesario cumplirlo, cueste lo que cueste. Si el capitán Burgos faltó á él, no se le señale con mano ajena y misteriosa: acúsasele para honor del ejército y satisfacción de sus correligionarios.

Una vez que el coloso señaló á la víctima, ya no hubo duda. El culpable del fracaso estaba descubierto; las débiles voces que se levantaron en su defensa se las llevó el viento.

Aparecieron un sinnúmero de héroes, hasta entonces ignorados, de aquellos que sólo les basta decir ¡pum! para matar veinte generales y asegurar el arsenal á favor de los revolucionarios; y como consecuencia, el capitán Burgos fué cobarde, se asustó con la presencia del general, no se animó á dete-

nerlo para salvar la situación.

Aparecieron nuevos elementos de prueba que justificaron no solamente la cobardía y perfidia del capitán Burgos, sino también la premeditada intención de traicionar su causa.

La perfidia estaba justificada por que, en la noche de los sucesos y antes de que llegara el general Smith se había opuesto á que pasaran al arsenal dos batallones de Infantería revolucionarios. La premeditada intención de traicionar á su causa quedó evidenciada porque se negó á asistir á una conferencia que debió tener lugar á doscientos metros de la puerta principal del arsenal. Fué doblemente pérfido y cobarde, por que, habiéndosele ordenado que se considerase sublevado contra el gobierno nacional á las nueve de esa noche, desató el orden de la junta y se sometió al general Smith.

Y finalmente, fué traidor y la escoria del ejercito, por que pretendió comerciar con las armas de la Nación y con los soldados de su guardia, pues la junta revolucionaria le había ofrecido como recompensa de la entrega del arsenal, un cheque por valor de 5000 pesos moneda nacional.

¡¡¡Recursos de fieras humanas, de falsos amigos de un monton de aflijidos!!! habéis mostrado las garras, miserables ladrones de mi buen nombre y honor de soldado!

PALO DE CIEGO

ARTICULO-COMENTARIO

XVI

Sé ha procedido por todos, por todos los acusadores del narrador, con falta de reflexión, que en este caso quiere de-

cir, maliciosamente.

Todos los que enderezan cargos contra el relatante doran la pildora, ó lo que es igual, encubren el ataque.

Ninguno hace afirmaciones francas, claras, expresando sin rodeos lo que siente, sino encubiertamente, de modo innoble, ensañándose en quien no podía defenderse, llevando el exceso de crueldad de la injuria hasta dar por cierto lo que es sólo imaginario.

Dreyfus, hemos dicho, fué acusado de frente, descansando en una patraña la acusación, pero sus perjudicadores tuvieron el valor de presentarse sin careta, de señalar el delito, haciéndose responsables de sus acciones, dando sus nombres, haciéndolo todo en suma, á cara descubierta.

El capitán Rosa Burgos aparece acusado por muchos, desde la noche del fracaso del movimiento; pero nadie dice: yo, fulano de tal, acuso, sinó que se valen de arterías, de medios infames, de lo que de puro bajo y ruin raya en la vileza.

Esto es monstruoso

Cuando se deciente tanto, cuando se llega á este estado de abyección, cuando se considera como una cosa natural y corriente el rebajamiento del carácter, cuando acusar sin prueba no subleva el alma del que realiza esta fea acción, sino que se queda tan tranquilo y satisfecho como si hubiera llevado á cabo un acto digno de loa y encomio,* cuando se vive en esta corrupción del sentimiento y el honor parece ser una palabra vacía de sentido, hay sobrados motivos para preguntar ¿acaso marca su destrucción el globo?

¿Vida es sólo el acto prosáico y material de vivir?

¿No hay otro acicate, otra escuela, otro alentador impulso?

¿Todo se reduce á pasar por el mundo sin dejar otro rastro, otro vestigio, otra huella, que el polvo miserable de nuestra misérrima perecedera condición?

¿Las acciones generosa de la pobre humana estirpe tan poco valen, que cuando el que las realiza es un oscuro desconocido luchador, corren sobre ellas á prisa las aguas del olvido?

El hombre es el más feroz enemigo del hombre.

Si no tuviéramos otra prueba en que apoyar esta afirmación, la encontraríamos en el comportamiento empleado con el relatante, empezando por el coloso de la calle San Martín y concluyendo por los hombres endurecidos de la junta revolucionaria.

Analícemos las miserias en que todos los acusados del narrador aparecen metidos hasta el cogote.

Concretándonos al reporter de LA NACIÓN, ha dado con el carácter de sucedido lo que no es más que un estupendo desatino, como con absoluta propiedad aprecia el relatante la información inveraz entregada á la publicidad por el coloso, á raíz de los sucesos.

Tremenda cosa es mentir como ha mentido el reporter de LA NACIÓN en el suelto informativo aparecido en las columnas del diario grande con fecha 7 de Marzo, es decir, cuando todo era duda, confusión é incertidumbre, con el fin tal vez, de dejar, como ha dejado, en el espíritu público una nota de desconfianza acerca de la actitud que se le atribuye al narrador haciéndole aparecer como el único responsable del frustráneo movimiento.

La dirección de LA NACIÓN, porque indudablemente los que dirigen el coloso han tenido que conocer con tiempo el suelto informativo, á que nos contraemos, ha sido imprudente con dar cabida á una especie de la naturaleza de lo que se dice en el número 7 de Marzo, pues se atribuye al relatante el todo del fracaso, esto es, la pérdida de lo que estaba ganado, por la más depresiva de las notas que se le puede poner á un militar de honor: por cobardía del capitán Rosa Burgos.

Y, ahora que LA NACIÓN vé claro, como lo vé el país, como lo vé el partido radical, como lo ven todos los que no son ciegos, que la única responsable del fracaso es la junta y más directamente Hipólito Irigoyen, ¿porqué no reconoce el coloso su yerro haciendo luz en un extremo que el mismo diario de la calle San Martín ha ensombrecido por medio de una información patraña?

¿Es que hasta para injuriar á un militar intachable, á un oficial de honor, á un perfecto caballero cómo el capitán Rosa Burgos, tiene la LA NACIÓN la inmunidad de su tamaño?

¿Es que la mentira, sólo por que la dijo un diario grande, que pasa plaza de bien informado, de serio, de veraz, ¿no debe ser rectificada?

Deshonra confesar que se ha procedido mal, y no deshonra el acto de proceder incorrectamente.

¡Que triste!

¿Que dice la junta revolucionaria?

¿Hasta ella no llega, como el rumor de un mar que rompe el dique que refrena sus ímpetus, la voz de la airada, colérica protesta de la opinión sana de la república, que la estrecha, que la constriñe para que puntualice los hechos, quitándose la careta para obligar á que se la quiten también aquellos que dieron el grito de sálvese el que pueda?

¿No sienten allá en el fuero privativo de la conciencia Hipólito Irigoyen y la junta revolucionaria, el escozor del remordimiento por las versiones calumniosas á que el relataste se contrae, nacidas del mutismo en que los directores del partido radical la noche de los sucesos se han encerrado?

¿No les conmueve las versiones que el narrador cita, siendo como son dirigidas á poner de relieve el inexplicable silencio de la junta, que tan directamente comprometida aparece de haber dado lugar á la propalación de cargos contra el relataste, que éste tiene que destruir para dejar á salvo su responsabilidad y que quede en pié la de la junta revolucionaria, única que sabe por qué fué sofocada la revolución?

¿Ni por un acto de supremo pudor quieren decir Hipólito Irigoyen y la Junta revolucionaria al país y al partido radical quienes son los grandes y chicos, que llegan á veinte, por lo menos, que perdieron los estribos la noche de los sucesos, los cuales desertores del cumplimiento del deber para no aparecer de cuerpo entero con la nota de cabardes, echaron sobre el capitán Rosa Burgos la responsabilidad de que por él se perdió la batalla de la revolución del 4 de Febrero?

¿Quiere la junta revolucionaria que se echen á la plaza por el relatante los nombres de los que no sintiéndose capaces de inmolarse por la noble causa, buscaron una víctima para echar sobre él el peso de la cobardía conque otros se condujeron la noche del fracaso del movimiento?

¿No es mas noble, no es más honrado, no es más de hombres que afrontan la responsabilidad de todo, de todo lo que ellos hicieron, bueno y malo, que hablen primero que el relatante reconociendo que éste ni de cerca ni de lejos ha sido traidor, ni pérfido, ni mal caballero, sino por el contrario, un soldado que si no hizo más fué porque no vió delante, en el puesto del peligro, donde deberíon estar, á los hombres de la junta revolucionaria ni á sus cómplices?

Hay que decirlo en crudo: los jefes de la revolución han faltado á deberes sagrados, han traicionado sus propias conciencias, han engañado al país y al confiado y sufrido partido radical, porque en el manifiesto que á raíz del levantamiento del estado de sitio dirigieron explicando, á su modo, su conducta la noche de los sucesos, no levantaron el cargo que pesaba y pesa sobre el capitán Rosa Burgos, diciendo, como todos esperaban que lo dirían, que era inocente, si realmente habíase mostrado fiel á la causa, ó declararlo el verdadero y único culpable, si esa era la convicción de la junta, en vez de hacer lo que ha hecho, es decir, dando lugar á que pérfidamente se señale al relatante como autor de lo que otros hicieron, porque no se hallaron dispuestos á cumplir con el deber que las circunstancias imponían que cumpliesen todos, todos los que estaban comprometidos en el movimiento.

Todos, pues, han dado palo de ciego.



Miércoles 25 de Julio de 1906.

XVII

DESTRUYENDO Y FORMULANDO CARGOS

(Véase el número de ayer)

El coloso de la calle San Martín continúa abogando por mis detractores, directa é indirectamente.

Me indicó como cabarde y culpable del fracaso, le hizo decir al público lo que él mismo le enseñara y termina presentándose como falso é hipócrita, haciéndome decir cosas que estuve muy lejos de decir. Me refiero al juramento á que hace alusión el citado periódico, en su cuarto párrafo del artículo á que me contraigo y que me deja mal parado.

¿Que juicio se habrán formado del capitán Burgos todos sus correligionarios, una vez que lo leyeron?

¿Que idea habrá cruzado por la mente de los jefes del movimiento subversivo cuando supieron que el capitán Burgos hizo semejante declaración ante el tribunal, jurando por su

fé? Es necesario que el lector se ponga en mi lugar, primero, y en el de los jefes de la revolución y demás correligionarios, después, para que se dé cuenta del mal terreno en que me colocó el reporter de LA NACIÓN. Los jefes del movimiento subversivo, prófugos, ignorándolo todo, ansioso por conocer las causas ú origen del fracaso, pues hasta entonces nada sabían. El capitán Burgos preso, sin poder comunicarse con ellos é ignorando igualmente quién ó quienes lo traicionaron y porqué lo abandonaron, dejándolo entregado á sus propias fuerzas. En tal situación se dió á la publicidad el suelto de referencia y que además está muy distante de la verdad, muy sugestivo en su fondo.

Era lógico, pues, que mis correligionarios se impresionasen desfavorablemente y creyesen que, realmente el capitán Rosa Burgos bien pudo detener ó asesinar al general Smith para salvar la situación, porque á todos les constaba que el arsenal debió ser entregado por él; pues nadie ni los revolucionarios de las provincias ignoraba que el Capitán Burgos se había comprometido, bajo palabra de honor, á entregar el arsenal de guerra.

Ahora bien; ¿me expresé ante el tribunal en los términos que lo hace LA NACIÓN? ¿Juré por mi fé que, de haber estado comprometido á entregar el arsenal hubiera detenido al general Smith para cumplir mi compromiso? No, y mil veces no.

He negado mi crimen político, porque debí negarlo.

Se me dijo que estaba acusado del delito de rebelión, de complicidad en el delito de rebelión y con este motivo juré por mi honor diciendo que, si hubiera sido rebelde contra el gobierno nacional, no hubiera entrado al arsenal de guerra el general don Carlos Smith. Estas fueron las palabras que pronuncié ante el tribunal y demás personas allí presentes.

Que fué una baladronada de mi parte, que me pudo haber costado caro este acto de insubordinación, dada la actitud en que me expresé; que no tube necesidad de hacer tal juramento en mi caracter de acusado porque de nada me servia, no lo dudo.

Pero, todos, hasta el presidente del Consejo, nos fuimos por la tanjente, nos salimos de las casillas... porque no hubo seriedad, juicio y orden, y porque todos tenemos sangre y no agua, en nuestras venas. Los miembros del tribunal quisieron voltearme... era justo que yo, con la ayuda de mi defensor, hiciese lo humanamente posible para mantenerme en pie.

Por eso hice mi juramente.

Para que el lector se forme un juicio exacto de este asunto, para dar mayor consistencia á mi relato, voy á ser explícito y minucioso en los detalles; pues se trata de un cargo moral que afecta hondamente mi honor de hombre y de militar; que ha dado mucho que hablar, porque ha sido mal recogida por el reporter de LA NACIÓN é interpretado al paladar de los aflijidos.

Supongámonos, lector, en la sala de audiencia, ante el tribunal, sentados cómodamente, por orden de antigüedad. Tan pronto como el acusado penetra al recinto, no se le ofrece un asiento y es interrogado en esta forma:

PRESIDENTE CORONEL FERNÁNDEZ ORO: Acusado, se le hace comparecer ante este tribunal para que rinda cuenta de sus actos; su defensor está presente en este recinto. Pueden interrogar los señores miembros del Consejo.

VOCAL CORONEL LÓPEZ.—Acusado: Diga si el día 4 habló con el sargento Reynoso. (Textual).

.....

VOCAL CORONEL ADALID.—Acusado: Diga quién ó quiénes lo visitaron durante el tiempo que estuvo destacado en el arsenal. (Textual).

.....

VOCAL CORONEL RODRIGUEZ.—Acusado: Diga si conversó de asuntos políticos con el sargento Reynoso el día 4. (Textual).

.....

FISCAL.—Acusado: Diga si lo visitó algún jefe durante el tiempo que estuvo destacado en el arsenal. (Textual).

.....

PRESIDENTE.—Acusado: Diga si conversó con alguien de los sucesos del 4, y si sabe que fuerzas tomaron parte contra el gobierno nacional.

.....

VOCAL CORONEL RODRIGUEZ.—Acusado: Diga si escribió alguna carta al capitán Garcia y si recibió contestación por escrito. (Textual).

.....

VOCAL CORONEL LOPEZ.—Acusado: Diga si el día 4 hizo alguna pregunta referente al movimiento, al sargento Reinoso. (Textual).

.....

DEFENSOR.—Señor presidente: me opongo á que se haga esa pregunta por considerarla capciosa. (Textual).

.....

FISCAL CORONEL ARANA.—Señor presidente: ¡El defensor no puede hablar! ¡Está guiando al acusado! (Textual).

.....

PRESIDENTE.—Bueno, vamos á ver el código: Jefes honorables del ejército no tienen interés, etc, etc.

.....

DEFENSOR.—No dudo de la honorabilidad de los señores miembros del tribunal.—Conozco mis deberes como defensor: aquí está el código, página tal, artículo tal, pero ya se ha hecho dos veces la misma pregunta á mi defendido y las ha contestado con todos sus detalles hasta la prolijidad.

Las preguntas deben ser claras y directas; así lo determina el código de procedimientos militares.

PRESIDENTE.—Muy bien, basta, Jefes honorables del ejército no tienen interés etc, etc.—Responda el acusado á la pregunta que se le hace.

ACUSADO.—Tengo mi declaración por escrito, si el señor presidente me permite daré lectura á ella.

FISCAL.—El acusado no puede leer nada, señor presidente, me opongo; el código lo prohíbe. Está por hacer su defensa. (textual).

ACUSADO.—Bien, señor presidente, pido se agreguen á autos estos documentos y se me dé cópia de ellos. Y deseo saber, ante todo, de qué se me acusa, por qué causa se me hace comparecer ante este tribunal.

PRESIDENTE.—(Recibiome 4 hojas de papel conteniendo mi declaración; las colocó debajo del tintero). Muy bien; después se le dará copia.

VOCAL CORONEL LOPEZ.—«Está usted acusado de rebelión, de complicidad en el delito de rebelión. (Textual).

.....

ACUSADO.—BIEN, SEÑOR. JURO POR MI HONOR DE HOMBRE Y DE MILITAR QUE, SI YO HUBIERA SIDO REBELDE CONTRA EL GOBIERNO NACIONAL, NO ES EL GENERAL SMITH QUIÉN ENTRA AL ARSENAL DE GUERRA! (TEXTUAL).

.....

PRESIDENTE.—Tome nota el secretario de lo que acaba de declarar el acusado. (textual).

.....

FISCAL.—Señor presidente: me opongo á que se haga constar en autos lo que acaba de declarar el acusado y me opongo, igualmente, á que continúe espresándose en esos términos porque afecta á la disciplina. (textual).

PRESIDENTE.—Muy bien: no escriba el Secretario.

.....

Respetable lector.—Lo que acabo de manifestar lo han presenciado, además de los miembros del Tribunal que no desplegaron sus labios, los siguientes personajes: Dr. Delcasse, que estaba hablando por teléfono en la sala de audiencia con un Señor Carpincho; el Teniente coronel Veron de Astrada, defensor de un oficial; el reporter de LA NACIÓN señor Facio Hevequer; un jovencito ayudante de mi defensor, el oficial que me custodiaba y otros observadores ó intrusos....que es-

taban en la puerta de la sala en donde actuaba el Tribunal y en el mismo recinto.

No es invención mía; y si esos señores pusieron atención, sabrán justificarme; pues mi mayor cuidado consistió en observar primero para obrar después... y es por esto que no me aparto de la verdad.

Con esta exposición que hago, pretendo, no solamente destruir para siempre el suelto de LA NACIÓN que tanto ha dado que hablar, infamándose mi nombre, sino también dejar constancia de que no hubo causa alguna, durante la sesión ó pantomina, para que el acusado hablase de la detención del general Smith y de la entrega del arsenal.

Más aún: ni en mi segunda declaración se me ha preguntado si yo debí entregar el arsenal ó si lo había prometido á los revolucionarios. Y si no se hizo alusión á ello, mal podía expresarme en la forma que lo enuncia el suelto de referencia.

Los señores vocales, coroneles Paez y Teófilo T. Fernández, intervinieron en el debate á fin de que se hiciesen las preguntas claras y terminantes. Debido á ellos se calmaron los nervios; y á pesar de esto no se dejó constancia en el proceso de lo que podía beneficiarme, ni del juramento que hice. Mi defensor estaba amordazado y yo firmé mi declaración con prontitud por qué... peseaba encontrarme cuanto antes en otro ambiente...

Con respecto á lo que afirma el suelto en cuestión diciendo que el capitán García era mi compañero, tampoco estamos de acuerdo.

En nada me acompañó el capitán García. Á este camarada lo conocía de vista y lo traté, por actos del servicio, desde el 16 de Enero, fecha en que me incorporé al batallón 3, hasta la madrugada del 19, fecha en que partí de destacamento al arsenal. Desde entonces no lo volví á ver ni á hablar á mi colega hasta las dos de la madrugada del día 4 de Febrero, noche de los sucesos. Ninguna intimididad tenía con el capitán García y en nada me acompañó, repito.

Los testigos que declararon ante el Consejo de Guerra afirmando que el capitán García estuvo en el arsenal á las 11 de la noche de los sucesos y se retiró para volver en la madrugada del 4, esos testigos, lector, han mentido, se han conducido con falsedad; han mentido como han mentido muchos, abusando del interés que algunos miembros del Consejo tenían en mi causa.

Soy minucioso, lector, porque, al propio tiempo de vindicarme ante el juez cándido que me atribuyó el fracaso, quiero rendir cuenta de mis actos ante los miembros de la junta revolucionaria y de más correligionarios.

Ayer he balbuceado lejos de ellos, hoy hablo con la libertad que han hablado todos, hasta los intrusos; pero, entiéndase bien, hablo con legítimo derecho por haber sido pública y notoriamente provocado. Hablo como debemos hablar los hombres, sin embajes. Si soy culpable, aquí estoy, dando la cara, pero para que la den también los que infamaron mi nombre.

No se crea que hago menosprecio del capitán García; no tengo motivo para ello.

En el asunto hay gato encerrado y el repórter de La Nación es un ratón que ha caído en la trampa.

¡Tomen nota todos aquellos que se sacrificaron por la causa de la revolución!

¿Por qué el repórter de La Nación no me dió como compañero al capitán Baldazárre, que ha estado cerca de mí?

Se lo han fumado!

Hombres y piedras

ARTÍCULO COMENTARIO

XVII

Nos hallamos en presencia de un fenómeno de degeneración. Todo lo que materialmente adelantamos, retrocedemos en el orden moral.

Del primitivo carácter argentino, de la idiosincrasia nacional, de aquella valentía nuestra para ir á cara descubierta á buscar el peligro, para acometer temerarias empresas, para mantener aún con riesgo de la vida la palabra empeñada, para realizar actos varoniles, no queda más que la leyenda.

Todo ha ido desapareciendo, como si fuera una antiqualla el bien entendido sentimiento de honor.

La piqueta que ha demolido las viejas arquitecturas civiles para sustituirlas por otras de corte moderno, ha llegado también á la demolición de las sanas costumbres del modo de ser argentino, cavando tan hondo en el carácter, que á los arrestos generosos ha sucedido el indiferentismo, y al indomable temperamento criollo un grosero mercantilismo de fenicio.

Antaño, por lo más nimio que pudiera contener la sombra de una sospecha de un agravio, este pueblo llevaba á cabo, individual y colectivamente actos de virilidad propios de una complexión moral vigorosa.

Ogaño, sucede todo lo contrario.

Los hombres, grandes y chicos, poderosos y humildes, capitalistas y miserables, caballeros y rufianes se enrostran públicamente faltas, miserias, indignidades, cosas infames, lo que subleva y denigra, y... nadie se siente lastimado.

A medida que vamos llegando á la edad moza, es decir, cuando más sensibles deberíamos tener la fibra de la delicadeza, más nos encogemos de hombros y miramos de soslayo todo.

La piedra, si no salta al primer golpe en pedazos, redúcese á polvo, por dura que sea, á fuerza de sentirse golpeada por la piqueta, si el brazo que la golpea es robusto y va unida á la robustez del brazo la perseverancia para conseguir romper la piedra.

El mar, que parece insondable, de puro profundo, tiene fondo, porque hasta el fondo de lo que parece que no tiene fin se llega.

La encina más resistente, aquella en cuya corteza se embota el hacha, tiene una fibra en la que el leñador asesta el certero hachazo que derriba el árbol secular.

Todo aquello, en fin, que está colocado sobre la tierra con apariencias de resistente, cede y se rinde cuando se le hiere en la médula donde reside la parte que llamaremos sensible.

Sólo el hombre es más duro que la piedra, más insondable que el mar, más resistente que la encina.

A los hombres de la junta revolucionaria, á los detractores del relatante, al inveraz reporter del coloso nos dirigimos, y hasta la fibra de la sensibilidad de estos hombres no llegan los saetazos de la pluma.

Ya se les ha dicho á los que componian la junta la noche de los sucesos, que es hora de que dejen de jugar con dos barajas, lo que quiere decir que se conoce hasta su más recóndito pensamiento.

La narración oprime tanto á la junta, la encierra en una órbita tan reducida, la pulveriza por modo tan terrible, que si no habla es... porque participa de una naturaleza diferente á la de la encina, el mar y la piedra.

¿De que fuerzas, de que músculos, de que agentes se tendrá que valer el relatante para llegar á hacer hablar á estos impenetrables é indescifrables geroglíficos vivientes llamados los hombres de la junta revolucionaria?.

¿Que acusador aportará la elocuencia que contienen las revelaciones que el narrador hace?

¿Han hablado, acaso, aquellos que tienen la palabra para ilustrar el juicio público?

¿Que dicen los detractores del relatante, aquellos que después de haber sido los primeros en acusarle por la espalda, en herirle á traición, tuvieron la indelicadeza de abrazarle públicamente como mostrándose sus mejores y más leales amigos?

¿Pueden ser una sociedad de hombres de honor aquella que en su seno tiene estos hombres-víboras, estos seres humanos por la envoltura y por el comportamiento réptiles?

Y ahora, ¿que dice el reporter de LA NACIÓN?

El coloso ¿que dice?

¿No se le ocurre decir nada?

Ya está en libertad el hombre que se asustó ante el general Smith la noche de los sucesos.

¿Por qué no lo acusan LA NACIÓN y el reporter que inventó la patraña, de lo mismo que lo acusaron cuando no podía defenderse?

De hombres de corazón bien puesto es herir cara á cara, cuando el adversario puede empuñar un arma, no mientras está atado, indefenso, abandonado de Dios y de los hombres.

¿No está ya convencido el pueblo todo de que ha hablado, en lo que á los sucesos del 4 de Febrero se refiere, como suele decirse, por boca de ganso?



Jueves 26 de Julio de 1906

Mis Condecoraciones y mis Laureles

XVIII

Muchos son los que en la noche de los sucesos perdieron los estribos, uno solo el que rodó; y ya sabemos que del árbol caído hasta los amigos sinceros...cortan su gajito!.

.....

He dicho en capítulos anteriores que, mientras me encontraba sepultado en vida y amordazado á través del océano, se hizo correr una série de versiones con el fin de responsabilizarme del fracaso de la revolución. Ha llegado el momento, lector, de que nos ocupemos de estos chismes de revolucionarios é intrigas de héroes.

LAS CITAS

Mucho se ha hablado de la cita que el capitán Urien me pidiera la noche de los sucesos, por intermedio del subteniente Pintos; pero en su fondo, nada se ha dicho con verdadera sinceridad; por el contrario se ha mentido descaradamente. (Sin alusión personal).

Lo que voy á decir conviene mucho á todos los que se sacrificaron por la causa de la revolución, y muy especialmente á Don Hipólito ¡Tomen nota!.

El capitán Urien no tuvo por qué ni para que hacerme llamar aquella noche. Como amigos ó camaradas nunca tuvimos tratos de ningún género, y como revolucionarios, mucho menos; pues jamás, nunca, habíamos conspirado ni hablado de revolución. De modo que si Urien me llamó para conferenciar con respecto al movimiento que iba á estallar, dió un paso en falso, inútil, mal dado, sin tino, sin juicio y ajeno á las instrucciones que es de suponer recibiera de la Junta revolucionaria, ó de los que iban á ser sus jefes. Si el capitán Urien era revolucionario, debió saber que su colega Burgos era el único que respondía á la revolución en el arsenal de guerra, y que, por lo tanto, no iba á cometer la barbaridad de alejarse 200 metros de la puerta principal del arsenal precisamente en horas en que su presencia era necesaria é indispensable, bajo todo concepto, en dicho punto.

Pero ¿por qué el capitán Urien no hizo llamar al que iba á ser su jefe ó á sus cómplices, si realmente tenía necesidad de conversar con respecto al movimiento?.

¿No era esto lo correcto y lo lógico? ¿Que tenía que hacer con el capitán Burgos, en su caracter de revolucionario, si no se conocían como tales? ¿Necesitaba armas ó munición? ¿Quería combinar algún plan ó ponerse de acuerdo para dar el grito de revolución por su propio dictamen á las 9 y 45 de la noche?.

Estas preguntas están dentro del comentario que se hizo en diversas épocas, y muy lejos de mí: por eso las formulo.

La respuesta está de más, para la jente conciente; sin embargo repito que si el capitán Urien me hizo llamar para conversar con respecto al movimiento que iba á estallar (según versiones) ha dado un paso en falso, inútil, mal dado, sin tino, sin juicio y sin razón de ser; porque no debió recurrir al capitán Burgos (á un extraño) en demanda de sus necesidades, sinó al que iba á ser su jefe ó á sus cómplices.

Si Urien debió luchar por la causa de la revolución, es de suponer que tendria instrucciones claras y precisas, y jefes ó cómplices con quienes obrar ó entenderse; como los tenia el capitán Burgos. Lo correcto era, pués, proceder de conformidad con las instrucciones que cada uno recibió de la dirección del movimiento y de común acuerdo con los jefes ó cómplices que se nos indicara anticipadamente. Más aún, si las instrucciones que recibió el capitán Urien eran deficientes, yo no podia darlas con claridad y mucho menos enmendarlas.

Era el capitán Burgos, un instrumento que estaba sujeto á voluntades ajenas y completamente inhabilitado para proceder por propia iniciativa en un asunto de tanta magnitud.

Para justificar mi conducta y convencer á los que interpretaron mi negativa de concurrir á la cita, al paladar de los afligidos, declaro que: si los miembros de la junta revolucionaria ó mis cómplices me hubieran pedido alguna cita lejos de la puerta ó vereda del arsenal, tambien me hubiera negado á asistir, porque era obligación de ellos, de todos los que me necesitaban, venir al sitio en donde yo me encontraba. Todos podian llegar, del mismo modo que llegaron muchos, hasta la puerta principal del arsenal.

Pero vamos al grano.

¿Que le sucedia al capitán Urien á las 9.45 de aquella noche? ¿Tenia novedad en su cuartel? ¿Necesitaba que lo auxiliase con armas, munición ó soldados? ¿Alguien lo atacó? A la hora indicada no había novedad en los cuarteles del 1º y 10 de infanteria: oficiales y tropa francos dormian, y las guardias velaban por su sueño....

En sus alrededores tampoco había novedad; son muchos los que expresamente fueron á cerciorarse de ello antes y después que me hizo llamar el señor Urien. Y si todo se encontraba en su estado normal y Urien no tenía por qué ni para qué llamarme, ¿de qué se me hace responsable, pues, por el hecho de que no fui al lugar de la cita? ¿Soy cobarde, traidor, pérfido, culpable del fracaso porque no abandoné mi puesto de honor y de combate para ir á conferenciar, ¡allá! entre los árboles y escombros, invisibles por la obscuridad de la noche y la sombra de innumerables edificios, con un personaje que no tenía nada que hacer conmigo ni como amigo, ni como camarada, ni como revolucionario, ni como prógimo, ni como nada?.

Tan luego en la noche de los sucesos se pretendió alejarme de mi puesto, para conversar un rato!... El caso es algo ocurrente... y la interpretación que se le ha dado á mi negativa más ocurrente... todavía. En fin; creo que con lo expuesto quedan en su lugar las cosas que con ésta versión... se relacionan; y si alguien tiene algo que decir hable, acuse, concretando los hechos, si hay lugar á una acusación: ¡basta de jugar con diez naipes!

Soy partidario de que se haga la luz, no me agradan las cosas á medias; basta de chismografía de revolucionarios. No es cuestión de decir: Burgos es el culpable del fracaso ó el pérfido porque no fué cuando Urien lo hizo llamar. Es necesario concretar los hechos y dar la razón de lo que se habla en presencia de todo aquel que quiera escucharlos. Es necesario acusarlo á Burgos si es culpable, ó callarse para siempre.

Si el lector queda tan enterado como antes.....

Lo que acabo de manifestar es de mucho interés, repito, para todo aquel que haya luchado y se haya sacrificado por la causa de la revolución; y muy especialmente para los miembros de la junta revolucionaria que se han hecho los sordos, los mudos, los ciegos y los indiferentes en lugar de dejar las cosas en su lugar ó exijirme rindiese cuenta de mis actos. No soy juguete de nadie; no soy un objeto para que se me deje

de lado, lleno de inmundicia después que se han servido de mí. Si otros lo han tolerado ó se han acomodado á estas miserias por necesidad, prudencia ó conveniencia, yo no me presto en medio de mi humildad, cueste lo que cueste. Me cobijé bajo la bandera de la unión cívica radical para luchar por un noble ideal hasta el sacrificio de mi vida y nó para ser juguete y escarnio de nadie.

LO DEL PERRO PERDIGUERO

A toda costa se me ha querido responsabilizar del fracaso de la revolución por medio de versiones antojadizas. Alguien se permitió decir que la premeditada intención del capitán Burgos, de traicionar á su causa, estaba justificada, porque se negó á asistir á una conferencia que le había pedido el Dr. Irigoyen, la noche de los sucesos.

Mi propósito consiste, como he dicho, en dejar las cosas en su lugar, y por eso me ocupo de chismografía de revolucionarios é intrigas de héroes, que supera á la de los conventillos.

Es exactísimo que, la noche de los sucesos se presentó en el arsenal un desconocido, (que manifestó conocerme), á llamarme de parte del Dr. Hipólito Irigoyen, (Léase capítulo V de este relato). El comentario se impone para mayor ilustración del lector, y para que las cosas no queden al paladar de los afligidos.

¿Será exacto que el Dr. Hipólito Irigoyen estuvo á dos cuadras del arsenal á la hora indicada y que me hizo llamar con un desconocido?.

A juzgar por lo que se ha dicho y publicado en algunos diarios de la capital y por la situación en que nos colocaron de repente los acontecimientos no es nada difícil que el jefe supremo de la revolución, al tener conocimiento de la presencia del jefe de la Región general Smith en el arsenal de guerra; al verse solo tal vez entregado á su propia suerte y con el corazón destrozado, haya querido proceder como Napoleón I

después del grito de «sálvese el que pueda», que dió su valeroso ejército en los campos de Waterlloo.

No es nada difícil que el Dr. Hipólito Irigoyen, haya tenido intención de llegar hasta el arsenal mismo, para ver con sus propios ojos lo que ocurría ó tomar otras medidas; y como desgraciadamente se encontrara á la sazón, tal vez, con Satanás ó Pluton en persona, ó con alguien que le diría: ¡todo está perdido doctor, el capitán Burgos nos ha traicionado, el arsenal no responde á la revolución!, no es nada difícil, repito, que el doctor Irigoyen haya estado á la hora indicada, á dos cuadras del arsenal.

Pero, que el doctor Irigoyen me haya hecho llamar con un desconocido, no lo creo; es inadmisibile, es algo que no cabe ni en la cabeza de un soldado raso, ni en la de un degenerado.

El doctor Irigoyen, como los demás miembros de la junta revolucionaria, sabían que el capitán Burgos no podía alejarse del arsenal, ni aún con licencia de la superioridad.

Esto les constaba á todos ellos, porque fué la causa primordial que me impidió ir á conocer á don Hipólito, prestar el juramento de fidelidad ante la junta misma y recibir instrucciones, (y el cheque que, alguien dijo, me habían prometido como recompensa.) (1) Y si le constaba al doctor Irigoyen que el capitán Burgos no pudo separarse del arsenal antes de los sucesos, ni aun de día, ¿Se concibe que dicho señor haya creído que bien pudo el capitán Burgos acudir á la cita aquella noche, sabiendo que estaba el general Smith y el ministro de la guerra en el arsenal?

Imposible. No conozco al doctor Irigoyen, nunca he hablado de este asunto ni de nada con dicho señor, sin embargo, no lo creo tan inepto, nulo ó ajeno en cuestiones elementales de milicia.

Más aún; debí pensar aquella noche, que el doctor Irigoyen tenía sus ayudantes de su entera confianza, para que con ellos y no con un civil que me era desconocido, impartir sus órdenes. Otra idea que debió acudir á mi mente aquella noche, es la

(1) ¡CANALLAS!

siguiente: que al doctor Irigoyen lo acompañaban, en el baile ó pantomina, centenares de militares de talento, la flor del ejército;... y como consecuencia, tenían el sagrado deber de ilustrarlo en asunto de milicia, para que la empresa no resultase descabellada. No se trataba de jugar á los soldaditos, como juegan los niños.

Todo esto debí pensar para no dar crédito como lo hice al misterioso ciudadano que fué á llamarme invocando su nombre.

Tengo pues la convicción de que la gente de sano criterio, capaz, por lo tanto, de apreciar la situación, piensa como yo, por que es un caso que nunca pudo tener lugar, ni aún en el supuesto de que dicho señor se halla encontrado de repente, solo, entregado á su propia suerte y abandonado hasta por sus ayudantes. Es inadmisibile que un hombre conciente dierra semejante paso, de hacerme llamar por un individuo que me era desconocido, porque se exponía al peor de los fracasos, en lugar de obtener resultados positivos, mediante una respuesta categórica de mi parte.

Bien pues. Si soy culpable del fracaso, ó pérfido porque no acudí á la cita, aquí estoy: acúseseme, pero no con mano ajena y misteriosa.

¡LUZ!

ARTÍCULO—COMENTARIO

XVIII

Derecho al corazón van los saetazos que el relatante endereza.

Ya se habla con nombres propios, se señalan las personas,

se puntualiza todo, para que todo se vea tal cual ha pasado.

No era necesario recorrer tanto el velo para penetrar en el fondo de esta asquerosa intriga, pero el narrador se empeña en descarnar la llaga para que se vea hasta el hueso y se comprenda la obra perversa, alevosa que han realizado algunos de los más responsables de la injuria que se lanzara contra el relatante.

Se abren las cavidades del cuerpo de la junta revolucionaria, se las presenta en el estado de descomposición que se hallaban la noche de los sucesos, se nombran los órganos más importantes, se arrancan de cuajo las visceras agarradas al organismo, de modo que lo que se hace con la pluma parezca la disección de un cadáver colocado sobre la plancha de un anfiteatro.

Cadáver diríase que es el cuerpo de la junta revolucionaria, por la rigidez de sus miembros que no se sacuden al sentir la incisión del bisturi.

Bisturi que hace incisiones hondas en la fibra de la sensibilidad de los hombres de la junta en el relato abrumador del Capitán Burgos, que no les dá punto de reposo, que los cerca á todos, á todos los que están obligados á hablar, señalándolos de modo tan directo, haciendo un tan parecido retrato de las personalidades que intervinieron en la cobarde y ruin acusación que se le dirigiera, que ni la misma máquina fotográfica los retrataría con más fidelidad.

El relatante, pues, tiende á hacer la luz, la luz que por el prestigio de la junta y del partido radical deberían de hacer los autores del manifiesto, dejando una vez por todas esta deshonrosa actitud en que se han encerrado, y aclarando aquello del delator y el perverso que á la cabeza del manifiesto se lee, á fin de que por intermedio de ella, que lanzó la sombra de una duda, que anatematizó en montón, sin puntualizar el cargo contra una persona para que el país y el partido se echaran á elegir caprichosamente la víctima se conozca á aquellos que han hecho traición á la causa la noche de los sucesos y no espere como parece que está esperando que el

narrador entregue á la publicidad á los autores de las infamias, de las cobardías, de las indignidades, de las vilezas que se desprenden del relato.

Claros y concretos están los cargos aún cuando ningún nombre aparece directamente destacado, pero se ven á los actores, se les conoce con todos sus rasgos fisonómicos, se puede decir, sin temor á equivocarse, éste es fulano y aquel sutano, por la manera como la narración está hecha y conducida la exposición de todo-

¡Cuán desmedrada aparece la junta revolucionaria, valiéndose de la chismografía y de la intriga ó autorizándola por lo menos, para que por medio de este infame arte de la perfidia se echase al relatante la responsabilidad del fracaso!.

¡Qué diferente destacase lo acaecido la noche de los sucesos á medida que el narrador lo va desmenuzando!.

Grandes, inmensas, de bulto, salientísimas, aparecen las cosas á raíz de los sucesos; pequeñas, diminutas, atómicas, cuánto más nos acercamos á ellas por medio de la narración.

¡Qué bajos, qué miserables; que ruines, aparecen todos aquellos que, para salvarse de la nota de cobardes y traidores por el grito de sálvese el que pueda que ellos mismos dieron, infamaron el honor del relatante echándole la culpa del fracaso de la revolución!.

Esto no es propio de caballeros, Invoquen cuántas ejecutorias quieran, digan que son la flor y nata del partido, y cuánto más alto sea su origen, más bajo habrán caído para siempre, porque la vileza, ejecútela quien la ejecute, no tiene más nombre que uno, en todos las lenguas vivas y muertas: **CANALLADA.**

Los hombres de la Junta revolucionaria, los que tienen la clave de todo, los que saben quienes y por qué dieron el grito que hizo que se perdiera lo que estaba ganado, no quieren hacer luz, pero la luz está ya hecha, la ha hecho desde el primer capítulo de este relato el dignísimo y valiente capitán Burgos,

arrancando con todas las energías de que es capaz un hombre de honor, la careta á los infames, á los desertores, á los que traicionaron la causa, á los que con toda la luz que el sol contiene no se les podrá nunca borrar la inmensa sombra del delito que cometieron con el partido, con sus propias conciencias y con el capitán Rosa Burgos.

¿Qué se descubre en el fondo de toda esta inmunda intriga?

¡Misérias, miserias y miserias!

Es decir, todos los que saben y conocen la verdadera causa del fracaso y callan, son tres veces miserables.

¡Hombres y piedras!

No cabe otro título para la materia de este artículo.



Viernes 27 de Julio de 1906

XIX

DESTRUYENDO Y FORMULANDO CARGOS



!Y vá de chismes de revolucionarios é intrigas de héroes, que superan á las de conventillo!.

.....

A mediados de Marzo del año 1905 tuve conocimiento de que alguien, más de uno, se encargaba de extraviar el criterio público y el de mis camaradas del ejército haciendo correr la siguiente versión: «Al capitán Burgos se le ordenó, á las 9 de la noche de los sucesos, que se considerase sublevado contra el gobierno nacional, y á pesar de esto se sometió al general Smith.»

Como es natural, esta versión antojadiza debió impresionar

desfavorablemente á muchos de mis camaradas porque se hallaban habilitados para interpretarla como que era una de las medidas de precaución y seguridad que debió tomar la junta revolucionaria y que se imponía bajo todo punto de vista, para evitar que las provincias quedasen entregadas á sus propias fuerzas, conforme sucedió. Y la consideraron tal vez definitivamente confirmada, cuando el coloso de la calle San Martín atribuyó el fracaso de la revolución al jefe del destacamento del arsenal porque le faltó valor para proceder contra la persona del general Smith.

Partiendo de estas bases, nadie pensaría en que la junta revolucionaria hubiera dejado de tomar esta indispensable medida. Nadie creyó, tal vez, á los jefes de la revolución, susceptibles de cometer errores de tanta magnitud, y de rodearse de agentes ó ayudantes ineptos, incapaces de transmitir una orden; y más ineptos, más incapaces é inútiles del todo, para sustituirlos en casos de necesidad ó accidentales.

Y debido á todo esto, que es lo lógico y razonable, nadie debió creer que se trataba de un cargo infundado, de una invención ó mentira con fines innobles.

Y es por esto, indudablemente, que muchos me condenaron infamando mi nombre, antes de escuchar mi voz.

Se trata, pues, de un cargo que, desde hace más de un año, me ha dejado ante el concepto de muchos como un traidor ó pérfido.

Para levantar este cargo ó destruir para siempre esta antojadiza versión, no me basta decir que es mentira.

Es necesario dar la razón á esta negativa, para que sus autores ó aflijidos, permanezcan mudos para siempre y ridiculizados ante los que les hicieron el honor de escucharlos.

Entro en materia. ¿Es posible ó admisible que la junta revolucionaria haya impartido tal orden?

No es nada difícil, porque se imponía bajo todo concepto como una medida de orden, de seguridad y precaución

¿Se dió la orden al capitán Burgos?

No; nadie me la transmitió, ni antes ni después de la llega-

da del general Smith. Pero ¿pudo ó debió la junta revolucionaria ordenarme por intermedio de sus agentes que me considerase sublevado contra el gobierno nacional, sin disponer que al propio tiempo se me proporcionase los elementos que necesitaba para poder dar cumplimiento?

No; la junta revolucionaria no podía ordenarme que desconociese la autoridad del gobierno nacional, sin disponer que al propio tiempo fuesen al arsenal los elementos, los hombres que debían ayudarme y secundarme. Sin este requisito no estaba justificada la orden, porque era exponerse al peor de los fracasos; era faltar al compromiso contraído.

En el arsenal hacían falta hombres decididos, con fé en la causa; y no órdenes y contraórdenes, idas y venidas de conspiradores idealistas que creían en la posibilidad del triunfo sin disparar un solo tiro.

Ordenarme que eliminase los elementos que no respondían á la revolución sin proporcionarme los oficiales ó ciudadanos que debían ayudarme, era como obligarme á tocar la luna con la mano.

¿Como podía yo cumplir esta orden siendo el único que respondía á la revolución, de todo el personal civil y militar que había en el arsenal? ¿Podía el capitán Burgos apoderarse del jefe de servicio, comandante Villamayor, de los oficiales Nuñez y Arana, de la guardia de bomberos, del personal civil y de algunos ó de todos los sargentos, cabos y aún soldados del destacamento, que nada sabían de revolución? ¿Podía, por el hecho de ser jefe del destacamento y tener á mi cuidado el arsenal, llegar á los hechos ó realizar éstos actos de violencia sin dar lugar á una lucha y sin que se exteriorizasen más allá de los muros del arsenal?

Recurro á las personas conscientes y capaces de servir de árbitros. En este asunto está la clave del fracaso de la revolución de la capital, y es por ésto que los verdaderos culpables, cuando se dieron cuenta de sus errores, inventaron la mentira que estoy desvirtuando.

La junta revolucionaria debió tomar esta medida indiscuti-

blemente para asegurar el arsenal con la debida anticipación. No la tomó, no aseguró, como era lógico, el alma y el arma de la revolución.

¿Quién es entonces el culpable ó responsable?

Si la junta revolucionaria cometió el error de dejar las cosas como estuvieron hasta que llegase la hora de dar el grito de revolución; si la junta se confió en que no estábamos descubiertos; si creyó, por esta causa, que convenia más mantenerse en actitud pasiva y dejar el arsenal en el estado en que se encontraba aquella noche, es lógico y enteramente justo que se haga responsable, que conozca su error, que se declare culpable del fracaso de la revolución, ante la Nación entera.

Pero, si la junta revolucionaria me hizo ordenar que á las 9 de la noche desconociese la autoridad del gobierno nacional, en el arsenal, disponiendo al propio tiempo que fuesen los hombres que debían ayudarme y secundarme; si la junta revolucionaria, repito, tomó esta medida lógica, de orden, de seguridad y de precaución, los culpables del fracaso son, en este caso, sus ayudantes, los que debieron transmitir la orden y concentrar en el arsenal de guerra á mis cómplices. Aquí están los pérfidos ó traidores, si la versión está de acuerdo con la verdad.

Más aún; ¿existen en el universo entero el emisario que me transmitió la orden aquella noche y las personas que debieron ayudarme ó secundarme?

No; tendrán que sortearse primero, decir en que rincón se metieron que nadie los vió, y sobretodo que hicieron si realmente fueron aquella noche al arsenal. Tendrán que decir, para justificarse, qué medidas tomaron á fin de evitar que el mal abarcase mayores proporciones y que hicieron cuando llegó el general Smitg, etc., etc.

Vamos á tocar los extremos para ridiculizar á los aflijidos autores de la mentira en cuestión.

Alguien piensa, tal vez, en el supuesto de que la junta haya enviádome la orden con A. ó con B., que bien pude cumplirla y vencer todas las dificultades con los 58 hombres que tenia á

mis órdenes en el arsenal de guerra. Pero ¿acaso la tropa á mis órdenes sabía algo del movimiento que iba á estallar, ó estaban ajenos á todo? ¿Que influencia podía tener el capitán Burgos en soldados que hacía quince que los conocía, para acometer semejante empresa en su caracter de revolucionario?

¿No era exponerse al peor de los fracasos con el hecho de confiarles á esos hombres sin fé en la causa de la revolución, la custodia de su jefe mismo, jefe de servicio, la de los oficiales y demás personal que había en el arsenal y que era necesario encerrarlos ó maniatarlos para recién desconocer la autoridad del gobierno nacional?

¿No se exponía el capitán Burgos y la junta misma al peor y desastroso de los fracasos, con solo confiar esta misión de tanta importancia á cabos, sargentos, soldados inexpertos, ignorantes y de dudosa confianza?

Tenga en cuenta el lector que se trataba del alma y el arma de la revolución, del asiento de la dirección del movimiento. No olvide lo que la junta declaró en su manifiesto, sin ambages, «que gran parte del elemento militar quedó sin pronunciarse» ¿Donde estaba y donde debió actuar ese elemento? Estaba en todas partes, pero no en el arsenal, en el lugar ó punto en que debió estar. ¿Pudo la junta revolucionaria cometer la indiscreción de ordenarme que desconociese la autoridad del gobierno nacional antes de disponer que una parte ó todos los oficiales fuesen á ocupar sus puestos en el arsenal de guerra con todo sigilo, para que estos actos no se exteriorizacen antes de la hora de dar el golpe.....?

De ningún modo. Era exponerse, repito, al peor de los fracasos; era faltar al compromiso contraído con el capitán Burgos por medio de sus representantes, porque bien claro les dije: «No conozco la tropa que mando desde hace cinco días; cuenten con mi decidida voluntad, con mi persona, con mi sangre, como yo contaré con la ayuda y protección de ustedes para vencer las dificultades que es necesario vencer desde el primer momento, y ante todo, para asegurar el arsenal á favor de la revolución.»

Tenga en cuenta, igualmente, el lector que la revolución tenía sobrados elementos para triunfar y como consecuencia no carecía hasta el extremo de exigir que uno hiciese lo que debieron hacer cien. ¡Era exigir demasiado del burro del arsenal, sin resultados positivos!

Y, finalmente, reflexione el lector, y llegará á la conclusión de que más de uno han procedido mal la noche de los sucesos, lo que debió traer, como consecuencia, la serie de versiones calumniosas que pesan sobre mi.

Si soy culpable, aquí estoy; pero no se me señale con mano ajena y misteriosa.

EN EL PERIODO AGONICO

ARTICULO-COMENTARIO

XIX

Con la narración de hoy entra la Junta revolucionaria en lo que los médicos llaman el periodo agónico.

El relatante resuélvese á arrancar la máscara á todos.

Todos, pues, son culpables: desde la Junta hasta los ayudantes, emisarios y gente que le acompañaba la noche de los sucesos.

¿Por qué son todos culpables?

Por la conducta apática, pusilánime, cobarde y criminal de la Junta, que no supo, con todos los auxiliares de que disponía, colocarse á la altura del acto trascendental que se llevaba á cabo.

¿Por qué ha sido apática la Junta?

Porque teniendo, como es de creer que tuvo, factores capaces de ilustrarla en el orden militar, lejos de posesionarse de todos los lugares desde donde le habría sido fácil abarcar y dominar la órbita del ataque envolvente, para imprimir al movimiento el calor del estímulo, sentóse, con musulmana resignación, sobre las piedras del camino, aguardándolo todo del dios acaso, echando á correr, en precipitada fuga, así que advirtió los primeros síntomas del fracaso.

¿Por qué ha sido pusilánime?

Porque ha carecido de las energías que en las horas adversas e infelices se despliegan para salvar por lo menos el decoro propio y el prestigio de una causa.

¿Por qué ha sido cobarde?

Porque no estuvo donde el peligro era más inminente y mayor el riesgo, llevando á torrentes el fuego del entusiasmo á las huestes, pronta á correr la suerte de ellas, ya cayeran envueltas en la derrota, ora alcanzasen la palma de la victoria.

¿Por qué ha sido criminal?

Porque sabiendo, como es de suponer que supo, quiénes dieron al conocerse el fracaso del movimiento, el grito de sálvese el que pueda y habiendo llegado á conocimiento de ella, que indudablemente llegó, la misma noche, los nombres de los que, después de cometer tan baja acción, dijeron que por culpa del capitán Burgos todo se había perdido, no tuvo la entereza de expulsarlos del partido con la nota que merecían, haciendo, de paso, un relato fiel de lo acaecido, con lo que el relatante no habría cargado como cargó desde aquella noche con la responsabilidad de una infamia cometida, ó porque el grito fuera inspirado por la misma junta para no aparecer tildada con un tilde deshonoroso por los que se habían inmolido, ó porque los que debían marchar de acuerdo con la junta, incapaces de realizar el acto temerario ó el golpe de fuerza por la junta aconsejado, engañaron á ésta diciendo que la revolución había sido descubierta y que si se frustró fué porque

el capitán Burgos no apoyó el movimiento.

Alguien da á entender que esto es lo que se desprende del grito de sálvese el que pueda, y aunque la narración no acusa directamente á nadie, acusa á todos, á todos los que, como los miembros de la junta, están en el deber de saber, y acaso sepan, "por qué se dió el grito, revelador de cobardía," nacido del seno de los más allegados á los que dirigian el movimiento revolucionario.

Hoy no tiene la junta por qué decir que el relato no se contrae á ella, porque á ella va descarnadamente y sin embajes dirigida la acusación.

O hay honor en los hombres, en cuyo caso la junta tiene que hablar, ó ha entrado, como decimos al principio, en el periodo agónico y está ya en estado de descomposición, á punto de ser enterrada, política y moralmente hablando.

¿Quién formó la bola de nieve?

La junta, que por su criminal silencio, dió sér y vida á la maledicencia que empañaba el buen nombre del narrador.

La junta conocia, no diga que no, de donde partieron los primeros chismes y por qué se propaló la cruel especie que á modo de cieno recogido del pantano moral en que los cobardes calumniadores estaban metidos, salpicó la frente inmaculada del relatante, imputándole un delito que dentro de la misma junta se supone fué concebido á la hora misma en que el Estado mayor de la revolución debería hallarse dirigiendo el movimiento.

Todo se destruye por el narrador, con una dialéctica abrumadora, no dejando un hueso sano á la junta por haber autorizado con el silencio la obra de los reptiles, y á los chismosos por imputar al relatante la vileza por ellos cometida.

Todo el país, es decir, esa parte de la masa social á quien el narrador llama juez cándido, tiene ya algo y aún algo en qué orientarse para que se dé exacta cuenta por qué tan atropelladamente atribuyó al capitán Burgos la responsabilidad del fracaso de la revolución.

La junta y sus cómplices, porque cómplices de ella son y

seguirán siendo los propaladores de la calumnia acerca del frustráneo movimiento, en tanto la junta no aclare estos extremos; la junta y sus cómplices, volvemos á decir, están mortalmente heridos, y si decimos que llevan la muerte en los labios, estamos en lo cierto, porque han hablado de un pérfido y de un delator en un manifiesto tan falto de lógica como abundante en palabrería, y si hoy tienen que destruir aquel cargo aparecerían culpables de haber autorizado con su firma una acusación velada, pero una acusación contra el capitán Burgos, como único responsable del fracaso de todo, y ésta aclaración vendría á ser, como decimos, la muerte en los labios ó lo que es igual, que la junta no puede ya hablar vagamente, sino reconociéndose inspiradora primero, del grito de sálvese el que pueda, y autorizadora después del juicio oprobioso lanzado contra el que más dignamente se ha destacado en la noche de los sucesos.

Han entrado, pues, la junta y sus cómplices en el periodo agónico.

Hablen hoy con el valor que hablaron cuando el narrador no podía destruir la chismografía.

Sean una vez siquiera capaces de quitarse con sus propias manos las caretas y digan al país y al sufrido y explotado partido radical estas breves palabras, con las que alcanzarían el perdón por sus yerros:

El capitán Rosa Burgos tiene razón en todo lo que dice: nosotros, la junta revolucionaria, políticamente inútiles para dirigir un partido, somos los únicos responsables y culpables del fracaso de la revolución.

¿No lo confiesan todavía?

Ya lo tendrán que confesar más tarde, pronto, cuando todos los culpables aparezcan desnudos, para que se les vea con todas sus desformidades y miserias.



Sábado 28 de Julio de 1906

XX

DESTRUYENDO Y FORMULANDO CARGOS

Y va, siempre, de chismes
de revolucionarios é intrigas de
héroes, que superan á los de
conventillos! Tomen nota los
jefes de la revolución, mis ami-
gos sinceros y mis correligio-
narios leales!.....

.....

Nada invento, respetable lector. No escribo para comerciar
con el nombre de nadie, inspirado en el ejemplo del reporter
del coloso de la calle San Martin, sino para dejar las cosas en
su lugar. Las versiones á que me contraigo y que estoy des-

truyendo son del dominio público las unas y de mis camaradas del ejército las otras. Todas están en pié desde hace un año y meses porque nadie, ni los jefes de la revolución ni mis amigos sinceros, ni mis correligionarios leales, se ocuparon en desvirtuarlas á pesar de que se encuentran complicados en estas asquerosas intrigas de verdaderos aflijidos.

A fines de Febrero del año que tuvieron lugar los sucesos corria de boca en boca la siguiente versión:

«El capitán Rosa Burgos se opuso á que pasaran al arsenal de guerra los batallones 1º y 10 de infanteria á las 9 de la noche de los sucesos, porque la junta revolucionaria no le había mandado el cheque de 5000 pesos moneda nacional que le había prometido »

De regreso á esta capital, en Marzo del corriente año, (ó sea después de haber cumplido mi prisión) la encontré transformada en este modo:

«El capitán Rosa Burgos se opuso á que pasaran al arsenal de guerra los batallones 1º y 10 de infanteria á las nueve de la noche de los sucesos, porque no tenia orden de dejarlos pasar; porque queria que el doctor Irigoyen le diese la orden personalmente; porque el capitán Baldazarre no le habia entregado todavia el cheque de 5000 pesos, etc. etc.» (1)

Como se vé, pues, no solamente soy «culpable del fracaso sinó también comerciante con las armas de la Nación y los oficiales y soldados de mi guardia.» Pero, ¿según quién?

¿Donde están mis detractores, los ladrones de mi buen nombre y honor de soldado; los autores de esta versión calumniosa, páfida y cobardemente tramada y mil veces más odiosa que la acusación formal que el sargento Reinoso eleva-
ra ante mis jefes? ¿Donde?

¿Se descubrirán y acusarán de frente hoy que los provo-
co, ó esperan que los obligue á hacerlo escupiéndoles en el rostro ante el país entero?.

¿También querrán atribuirle al público esta mentira?, se des-

(1) De verdaderos aflijidos no hallaban que inventar.

cubrirán sus autores que no son otros, sinó los verdaderos culpables del fracaso?

Ha llegado el momento de hablar con la libertad y franqueza con que hablaron todos, hasta los intrusos. Deduzco que mis detractores son muchos y me parece verlos en acecho, cerca de mí, pero arrastrándose como reptiles, porque les falta coraje para quitarse la careta y acusar de frente. Y me parece que ninguno se descubrirá, porque no conozco nn caso en que el salvaje haya pasado de la guerra de recurso ó montonera á la de bandera desplegada en el campo de batalla.

Pero ¿que movíl les habrá inducido á estos salvajes autores de la versión, para mentir tan descaradamente, haciéndome decir lo que jamás pensé? Tan pronto como se descubran lo veremos todo diáfano y transparente; porque nada quedará en el misterio, una vez que se quiten la careta. Esto ya pasa de chisme de conventillo é intrigas promovidas por camarillas ó caudillitos de cuartel.

No puede quedar en pié esta mentira, aunque se oculten intencionalmente los que la propalaron, porque tienen el mismo fin que las demás: responsabilizarme del fracaso de la revolución. Los dados están tirados, pues, y es necesario que veamos nuestra suerte con el pecho descubierto, y la mirada fija en el terreno de los hechos; allí la encontraremos indiscutiblemente.

El elemento primordial que necesitamos conocer para hacer la luz en este chisme de revolucionarios é intrigas de héroes, no es uno solo. Para destruir esta calumniosa mentira; para ver quién tiene razón; para dejarlos mudos y ridiculizados para siempre á mis detractores, no me basta decir:

a) Que los oficiales ó jefes que debieron sublevar los citados batallones, nada tenían que ver conmigo, ni como camaradas, ni como amigos, ni como revolucionarios, ni como nada.

b) Que nadie ha ido al arsenal con el fin consignado; todo es mentira!

c) Que los batallones 1º y 10 no tenían por qué ni para qué pasar al arsenal, dejando abandonados sus cuarteles sin órden

de la dirección del movimiento.

d) Que todo es mentira, inventado, urdido y muy mal urdido por un montón de aflijidos, por alguien que ha procedido mal la noche de los sucesos, (sin alusión.)

Se impone, pues, la necesidad de investigar y analizar los hechos porque no conozco á mis detractores, se han convertido en polvo, han desertado después de arrojar la piedra por la espalda y sin dejar la menor huella de sus vilezas ni concretar los cargos que se me imputan.

¿Quien es el emisario ó mensajero que transmitió la orden ó aviso, ó sirvió de intermediario entre el capitán Burgos y los del 1º y 10?

¿Existe este personaje, muerto ó vivo?

No: tendrán que sortearse, porque no les veo habilidad ó ingenio á mis detractores, para hacerlo de cera y enseñarle á hablar.

Que aparezca ó se descubra, pues, el personaje que fué al arsenal de guerra á decirme que iban á pasar los batallones 1º y 10 y luego regresó llevando á sus jefes las respuestas que se me atribuyen, según versiones. Que aparezca este personaje y acuse por el mismo decoro nacional, en honor al ejército, porque al ejército pertenece el capitán Burgos, que intentó comerciar con las armas de la Nación y soldados de su guardia y traicionó á su causa. ¿Se habrá vuelto mudo y sordo como los jefes de la revolución?.....

Continuemos mientras se descubra este misterioso personaje, que no existe en todo el universo entero.

¿Qué causa tuvieron los batallones 1º y 10 para cruzar al arsenal aquella noche, en su carácter de revolucionarios? (según versiones). ¿La junta revolucionaria dispuso y ordenó que pasaran?

No: La junta revolucionaria no dió tal orden. No podían los señores miembros de la junta ordenar semejante desatino, sin disponer al propio tiempo que fuesen al arsenal las personas ó jefes encargados de ordenar, dirigir y gobernar las cosas y los hombres, porque no se trataba de jugar á los soldaditos,

ni de pasar una majada de ovejas con algunos carneros. La junta no podía dar semejante orden sin disponer que fuesen los hombres que debían ayudarme á eliminar por la razón ó la fuerza á ciertos personajes que no respondían á nuestra causa en el arsenal de guerra: operación que debió realizarse con el mayor sigilo y antes de que entrase nadie al arsenal, en su carácter de revolucionario.

La Junta no podía ni debía ordenar que pasase fuerza alguna al arsenal sin comunicármelo con la debida anticipación porque se esponía al peor de los fracasos. En el arsenal había mucho que hacer antes de enarbolar en sus muros la bandera de la revolución y arrear la del gobierno nacional legítimamente constituido, y para esto tenía mis cómplices que no eran del 1º y 10.

Y si la dirección del movimiento no dispuso que fuesen mis cómplices á poner en práctica el plan combinado anticipadamente; si no dió á conocer el santo y seña ¿cómo es posible que haya ordenado pasasen al arsenal los batallones 1º y 10? ¡Se ha mentido descaradamente, abusando del mutismo en que se han mantenido los directores del movimiento!

En el arsenal no se iban á hacer las cosas á la de Dios es grande. Se confeccionó un plan con la debida anticipación, porque se imponía bajo todo punto de vista.

Su ejecución dependía de la junta misma y no de los intrusos. Nadie tenía derecho de contravenir las instrucciones de la dirección del movimiento fuera del círculo de acción. Si alguien se encontró en pellejerías debió proceder de acuerdo con las instrucciones que se les dió, bajo su única responsabilidad. Y si la dirección del movimiento no dispuso que pasasen al arsenal los batallones 1º y 10 ¿por qué otra causa quisieron cruzar, contraviniendo sus disposiciones y faltando á las instrucciones que se les dió personalmente ó por intermedio de sus representantes ó ayudantes? ¡Aquí hay gate encerrado, lector! ¡Aquí está la clave de la mentira!

Por más que nos empeñemos en dar con la causa que tuvieron los batallones 1º y 10 para pasar al arsenal, por más que

escarbemos, no la encontraremos, porque se trata de una invención. Están los hechos en pié; todo el país sabe por medio de los diarios, que la tropa del 1º y 10 no se ha movido de sus cuarteles hasta que llegó el general Smith.

A muchos les consta que esos batallones no tuvieron intención de pasar al arsenal antes de la llegada del general. A muchos les consta también que esos batallones no debieron abandonar sus cuarteles, y que la revolución debió conservarlos, costase lo que costase.

¿Por qué quisieron pasar entonces? ¿Los atacó alguien? Nadie absolutamente: todos dormían, como dormía la tropa franca del destacamento á mis órdenes.

¿Qué causa tuvieron entonces para pasar al arsenal los batallones 1º y 10? Absolutamente ninguna, todo es invención. No hay una causa siquiera que justifique la versión que tanto ha dado que hablar infamándose mi nombre.

Más aún; los jefes ú oficiales que debían sublevar dichos batallones, nada tenían que hacer conmigo. Eran independientes, no nos conocíamos como revolucionarios, no se había dado á conocer, todavía, el santo y seña; nuestras instrucciones eran reservadas, distinto el papel que íbamos á desempeñar y completamente independiente. Pero ¿que hicieron cuando (según versiones), me opuse á que pasaran al arsenal?

A juzgar por los hechos parece que se entregaron al sueño sin preocupación de ningún género. ¿Querrán negar que dormían cuando llegó el general Smith á sus cuarteles después de las diez y media de la noche?

¿Cómo se explica que esos batallones se hayan cruzado de brazos ó entregado al sueño después de mi negativa? La mentira está patente, porque lo lógico era dar cuenta á la dirección del movimiento de lo que ocurría y no acostarse á dormir. ¿Dieron cuenta á la junta revolucionaria? No, hombre; que iban á dar cuenta de un hecho que no ha tenido lugar, y que ha sido inventado algunos días después de los sucesos!

Los autores de esta versión se han echado una soga al cue-

llo por muchas causas. Me han herido en lo más hondo de mi honor de hombre y de militar porque me hacen dar más de una respuesta que no está de acuerdo con la que debí haber dado en caso de que alguien hubiera ido á decirme que iban á pasar al arsenal los batallones 1º y 10.

En primer lugar; no conocía ni conozco hasta hoy á don Hipólito Irigoyen, por lo tanto mal pude exigir que dicho señor fuese á darme la orden de dejar entrar al 1º y 10. ¡Era pretender mucho, al exigir que el comandante en jefe ó jefe supremo de la revolución me diese la orden personalmente!

¡Invención propia de hombres pérfidos, asustados, degenerados!

Segundo: Que no pasaban por qué no tenía orden de dejarlos pasar; por qué el capitán Baldazarre se demoró en entregarme el cheque.

La red ha sido hábilmente urdida por más de uno, por un montón. Se ha fraguado un cheque ó lo han hecho, pero, ¿acaso la junta revolucionaria me compraba el arsenal de guerra y los soldados de mi guardia; mi honor de hombre y de militar; mi carrera, mi porvenir y aun mi patria por la suma de 5.000 pesos moneda nacional?. ¡¡¡Recursos de fieras humanas, de falsos amigos, de un monton de aflijidos mil veces cobardes, pérfidos traidores!!!; ¡descubrios y acusad, si teneis vergüenza!. ¡Ha llegado el momento de que salgais todos juntos de los sótanos en que os ocultasteis aquella noche, miserables, ladrones de mi buen nombre y honor de soldado!.

(CONTINUARÁ)



Los Detractores

ARTÍCULO COMENTARIO

XX

Aparece hoy en escena lo más vil, esto es, la canalla, el hampa, la escoria, la hez, el légamo, lo que está en el fondo de toda inmundicia, lo más bajo, lo más ruín, lo más hediondo el escremento moral de un pueblo: los detractores.

Las miserias de nuestra pobre deleznable naturaleza, las úlceras de la carne, las llagas del cuerpo, la lepra de la materia, no son tan asquerosas como la miseria, como la úlcera, como la llaga, como la lepra de la difamación.

Una dolencia física puede destruir el organismo y con la muerte acaba todo; pero el daño de una injuria no desaparece ni desapareciendo el injuriado.

La obra del detractor es como una herida que no cierra nunca, como el árbol que cuanto más se poda más á prisa cobra su verdor, como la gangrena que si no se amputa muy arriba el miembro lesionado se extiende é invade todo el cuerpo.

Tal ha sucedido con el narrador.

Se ha sembrado la semilla de una intriga, cuando el espíritu público estaba abonado para recibirla; la semilla fructificó en las conciencias y en fuerza de pasar de boca en boca, la especie fué divulgándose en gradación ascendente, primero como una leve brisa, más tarde como viento que amenaza tempestad, después como un vendabal deshecho y finalmente con los arrolladores ímpetus de los elementos desencadenados.

Si para refrenar el mar se levantan diques, para contener el desbordamiento de las humanas iníquas maquinaciones, la

palabra escrita es el freno más poderoso.

Mar furioso cuyo embravecido oleaje ha pretendido ahogar la voz del narrador, es la chismografía de los detractores á quienes en el relato de hoy se les arranca la careta, para que una vez por todas aparezcan mezclados y confundidos con los cómplices de la infamia que se pone de relieve.

Descorrido queda ya el velo.

Toda la trama de la farsa político-bufa está á la vista.

A la vista está el teje maneje de la junta revolucionaria.

Por la torpeza, por la ineptitud, por la desidia, por la irresolución de la junta han luchado estérilmente los radicales de las provincias, siendo tan dignos, tan valientes, tan temerarios, que no queriendo dar crédito á que la junta los había abandonado á su propia suerte, pelearon denodadamente uno contra ciento, cual si con este supremo esfuerzo anhelaran alcanzar el éxito para decir á la junta, una vez obtenido el triunfo: estos son los soldados de fila del partido radical, que recogen del campo de batalla, ensangrentada y rota, la bandera que no supieron tremolar en los momentos azarosos y difíciles aquellos que nos llevaron al sacrificio.

Y esto habrían querido decir, y esto acaso digan hoy mismo en su fuero interno, todos los radicales que pusieron una confianza ciega en Hipólito Irigoyen, en la junta revolucionaria, porque entre haber combatido tan sin gloria, ó morir sobre el campo de batalla, lo honroso y lo que se esperaba era esto: sucumbir con honor á vivir deshonorado.

Y la deshonra la han puesto los detractores del relatante, los que huyeron cuando más cerca estaban de la victoria, los que no encontrándose con valor para sacrificarse por la noble causa, lo tuvieron para inventar un chisme, sin comprender que al pretender manchar con él al narrador se mancharon ellos y mancharon más todavía al partido radical.

Ellos, los detractores, son los que dieron el grito de sálvese el que pueda, y el silencio de la junta la hace aparecer como cómplice de un delito que nunca le perdonarán los sinceros radicales que expusieron su vida, sus intereses y su libertad

por el triunfo del noble y santo ideal que perseguían.

Es, pues, hora de que hable la junta, pues se halla comprometida en la compra de las armas de la Nación y de los soldados que componían el destacamento que mandaba el relatante.

Tiene que hablar, por dignidad, para hacer luz acerca del cheque que se ha dicho por los detractores se le ofreció al narrador para entregar el arsenal á los revolucionarios.

El relatante expone ante el país y ante el partido radical su actitud la noche de los sucesos.

La junta está en el deber de dar descargos sobre su comportamiento, siendo como es la única responsable del fracaso de la revolución, pero no del fracaso de la causa.

La causa, sin embargo, vive: los principios no mueren.

Los hombres son accidentes.



Lunes 30 de Julio de 1906

XXI

DESTRUYENDO Y FORMULANDO CARGOS

(Véase número anterior)

~~~~~

Y vá siempre de chismes de  
revolucionarios é intrigas de  
héroes.

CONTINUACIÓN

Insisto sobre el tema del número anterior para dejar constancia de algo que es bueno que conste para siempre. Si el lector me ha hecho el honor de seguir el hilo de mi narración, desde los primeros capítulos, no dudo que tendrá una idea



exacta del estado en que se encontraban las cosas y los hombres en el arsenal de guerra la noche de los sucesos, antes y después de la llegada del siempre valeroso general don Carlos Smith. El estado normal en que se encontraba todo, de 9 á 11 de aquella noche, ó sea en las horas que, según versiones, quisieron pasar al arsenal de guerra los batallones 1º y 10, es un testimonio elocuente de que dichos batallones no pensaron ni debieron pasar al arsenal.

Mas aún; varios de los que debían ser nuestros compañeros de lucha, iban y venían por los alrededores del arsenal y cuarteles para cerciorarse de si ocurría novedad.

Ahora bien: ¿por qué si los batallones 1º y 10 tuvieron necesidad de pasar al arsenal no recurrieron por intermedio de dichos agentes á la junta revolucionaria en demanda de esta necesidad? Porque como he dicho, todo es invencion. Más todavía. Consta tambien que alguien fué á los cuarteles á cerciorarse si había novedad y le contestaron en honor á la verdad, «que no había ninguna.» ¿Como se explica, entonces, que hayan tenido necesidad de pasar al arsenal abandonando sus cuarteles y contraviniendo las órdenes de la dirección del movimiento? Si los agentes de la junta revolucionaria anduvieron casi en contacto con ellos, según se me ha informado, ¿cómo se explica que los oficiales ó jefes del 1º y 10 se hayan dirigido á mí, que les era un extraño como revolucionario propiamente dicho, porque jamás habíamos hablado de revolución, ni conspirado jamás?

Pero se trata. respetable lector, de oficiales conscientes, y que es de suponer recibieron instrucciones de la junta revolucionaria, para cumplirlas, como vulgarmente se dice, al pie de la letra.

Se trata de algo que no está en armonía con la verdad y los hechos, que no cabe ni en el cerebro de un soldado razo, porque ni un soldado razo hubiera dado el paso que, según versiones, quisieron dar los oficiales ó jefes que debieron sublevar los batallones 1º y 10º de infantería. ¿Pasar al arsenal de guerra dos batallones de



infantería, seis horas antes de estallar el movimiento, sin que lo disponga la junta revolucionaria, y por qué si, es algo que...clama al cielo! que el capitán Burgos no los dejó pasar hasta tanto no se le diese el cheque que le habían prometido, es algo que se llama canallada, propia de un montón de aflijidos, que les ha fallado los primeros golpes mortales dirigidos con mano ajena y misteriosa, contra la víctima, desde el día 4, fecha en que comenzaron á darse cuenta de la bestialidad que cometieron la noche de los sucesos. (Sin alusión).

¡Y los jefes de la revolución callaron! ¿Estarán amordazados con el cheque que, según alguien, me prometieron como recompensa; y de común acuerdo con los intrigantes, ladrones de mi nombre y honor de soldado? ¡Apuntes para la historia! Honor, al partido radical que no transige con el P. A. N., y mucho menos con la canalla!.....

Esto era lo que quería hacer constar.

Si soy culpable, aqui estoy, pero no se me señale con mano ajena y misteriosa.

Basta de chismografías de revolucionarios é intrigas de heroes! Basta de jugar con dos naipes!

### EL CHEQUE MISTERIOSO

Si me salgo del tiesto, lector, haceos sordo, mudo, ciego é indiferente, siguiendo el ejemplo de los jefes de la revolución de Febrero

El eco de la voz de mis detractores repercutió en mi prisión á fines de Febrero y en circunstancias que todavía encontrábame incomunicado. Un capitán Ernesto Baldazarre, se había permitido decir que tenía un cheque por valor de cinco mil pesos moneda nacional, para mi, y que no me lo entregó la noche de los sucesos porque lo había dejado en su casa particular, porque anduvo muy ocupado y porque lo tenía entre las medias y no pudo sacarse el zapato, etc., etc.



Como yo estaba preso y me ausentara para las regiones del Sur, siempre preso, no pude ver á mi colega para averiguarle todo lo que con este misterioso cheque se relaciona.

De regreso á esta capital, (un año después) me encontré con la nueva y sorprendente noticia de que, el cheque de 5000 pesos que tenia Baldazarre, había parido. Según unos, la junta revolucionaria me había entregado un cheque por diez ó veinte mil pesos, y, según los otros, por sumas más elevadas, y como recompensa de la entrega del arsenal. Algunos dijeron que se había ordenado al Banco de Londres y Río de la Plata que no pagasen un cheque á favor de Rosa Rurgos porque no había entregado el arsenal; y otros, que ya me lo habían entregado, etc, etc.

Muy bien. Comenzaré por declarar, respetable lector, que todo esto es uná consecuencia lógica del grito de «sálvese el que pueda» que se dió la noche de los sucesos.

Es la prueba más evidente de que, tanto los jefes de la revolución como mis cómplices han perdido los estribos y de verdaderos aflijidos y deseosos de conseguir la víctima que el país entero pedía á gritos, han faltado á deberes sagrados, me han traicionado una vez más, hiriéndome hasta en lo más hondo de mi honor de hombre y de militar, por la espalda. Oiganlo bien los jefes de la revolución. Me han traicionado la noche de los sucesos, dejándome abandonado y entregado á mis propias fuerzas, como me han traicionado mis cómplices.

Los jefes de la revolución me han vuelto á traicionar, dejándome de lado, lleno de inmundicia, soportando el enorme peso de la serie de versiones calumniosas, pérfida y cobardemente tramadas que estoy destruyendo y que son del dominio público y del ejército.

Pero, ¿que necesidad tuvieron de herirme en lo más hondo de mi honor de hombre y de militar para atribuirme el fracaso de la revolución? ¡¡Ni las prostitutas son tan ruines, hipócritas y descaradas para levantar una calumnia!!! Ni esas mujeres que por un peso se entregan y se ferían, son tan fal-



sas y jesuitas en sus tratos!

Ha llegado el momento, pues, de que los jefes de la revolución hagan toda la luz en este asqueroso asunto, que á ellos más que á nadie mancha. Es hora de que el capitán Ernesto Baldazarre declare lo que hay de cierto con respecto al cheque que, según su propia declaración, tenía para mí. Repito una vez más que, me cobijé bajo la bandera de la Unión Cívica Radical, para luchar por un noble ideal hasta el sacrificio de mi vida, y no para ser juguete y escárnio de nadie. ¡No transijo con la canalla!

Cuando entre caballeros se contrae un compromiso bajo palabra de honor, es necesario cumplirlo, cueste lo que cueste. Pero, vamos al grano.

¿La junta revolucionaria dispuso que se hiciese ó se entregase algún cheque, antes ó después de los sucesos? Responda la junta, porque tiene el deber de hacerlo por el mismo decoro de ella y de la Nación Argentina; en honor al ejército, porque á éste pertenece el capitán Burgos que, según la voz pública, ha intentado comerciar con las armas de la Nación y los soldados de su guardia.

Hágalo la junta revolucionaria para entera satisfacción del partido que representa.

Pero, hable, no con la autoridad de juez, sinó como acusada de la compra de las armas y de los soldados de la patria.

Yo, por mi parte, acuso de estafador al que haya ido á pedir dinero en mi nombre á la junta revolucionaria, porque á nadie le pedí un solo centavo, ni como r-compensa ni como nada.

(CONTINUARÁ)

---



# COBARDES Y TRAIDORES

---

## ARTÍCULO—COMENTARIO

---

### XXI

No se puede hacer nada más oprobioso de lo que han hecho la junta y sus cómplices, la noche del fracaso de la revolución del 4 de Febrero.

Ningún jefe de partido hase demostrado como Hipólito Irigoyen, precisamente en la hora de dar cuenta de sus actos. después de un desastre en el que su honor personal y su prestigio de caudillo aparecen manchados.

Nadie que tenga verguenza, ninguno que rinde fervoroso culto á la dignidad, guarda el silencio en que se ha encerrado la junta en presencia de los graves cargos que contra ella de la narración se desprenden.

Todo se puntualiza, á cada cual se le presenta dentro del papel que ha desempeñado, nada hay que no esté ajustado á como las cosas pasaron la noche de los sucesos, y poniéndose como se ponen de relieve las responsabilidades que les alcanzan á la junta y sus cómplices, ni han temblado las esferas, ni se ha hundido el firmamento.

¿Son estos los directores de un partido?

¿Con semejante levadura moral se pretende todavía estar al frente de un bando político cuyos componentes han probado ser valientes hasta la temeridad?

¿Qué traman, qué maquinan para salir del atolladero en que los ha metido el relato?



Todo puede esperarse de la junta que, en la noche de los sucesos, cuando era necesario exponerlo todo, llevó á cabo, según arroja la narración, dos actos á cual más vituperable: cobardía y traición; traición al relatante, porque lo dejaban solo y consintieron que se dijese que por su pusilanimidad no se posesionaron del arsenal los revolucionarios, y cobardía, porque no tuvieron valor para destruir la especie calumniosa, á raíz de propalada, ni se arrojaron sobre el arsenal, haciendo un acto de suprema desesperación, al igual que los dignos y denodados radicales de las provincias, quienes con su actitud valerosa enviaban como una voz de aliento á la junta para que ella en la capital y ellos donde se encontraban disputaran palmo á palmo y pecho á pecho el éxito final de la jornada.

¿Hizo esto la junta?

La junta oyó el grito de sálvese el que pueda, que acaso partiera del seno de ella misma, y en vez de apagar esa voz que venia á ser como la señal convenida para la dispersión, haciendo oír seguidamente la del clarín que alienta y enardece los ánimos, alejése del campo de batalla, dejando á los heroicos y beneméritos soldados de provincias sin dirección siquiera para que pudiesen emprender una retirada sin riesgo para los combatientes.

Absoluto desconocimiento de la misión de una junta revolucionaria, acusa la cobarde y traidora actitud de los que la noche de los sucesos volvieron la espalda al peligro, dejando en él metidos al relatante y á los que con todo el corazón y y toda el alma se habían amparado en la palabra de honor de hombres que en tan poco tienen un juramento.

Son, pues, cobardes y traidores, los miembros de la junta revolucionaria; cobardes con el partido radical y con el narrador á quién después de haberle abandonado á su propia suerte la noche de los sucesos, lo abandonan todavía en la reivindicación de su honor, empañado con un juicio depresivo por el silencio, la apatía, y, ¿por qué no decirlo? la indignidad de la junta revolucionaria, cobarde para ocupar su puesto de peligro y hasta para confesarse autora ó cómplice de la vileza come-



tida con el capitán Rosa Burgos, dando lugar á que éste le arranque la careta, cuando lo lógico, lo digno, lo justo sería que la misma junta se presentase pidiendo la responsabilidad de todo, rehabilitando así á un militar pundonoroso y á un perfecto caballero á quien permite la junta que se le acuse de un delito que miembros de ella es de creer que saben quién lo cometió.

Quedan, pues, una vez más desenmascarados los miembros de la junta revolucionaria, destruida la chismografía sobre el cheque, y pulverizados todos los cargos infamantes que se echaron á la calle con el fin de que el menos culpable apareciese como el culpable de todo lo que hizo ó no evitó que se hiciera la junta revolucionaria.





Martes 31 de Julio de 1906.

XXII

# DESTRUYENDO Y FORMULANDO CARGOS

---

CONTINUACIÓN

## EL CHEQUE MISTERIOSO

---

Todo lo que ha ocurrido y ocurrirá, indudablemente, respectable lector, es, como he dicho, una consecuencia lógica del grito de sálvese el que pueda que se dió aquella noche, y de la debilidad, falta de energía, de carácter y de valor de los jefes de la revolución para afrontar las responsabilidades y castigar á los culpables. Es por esto que los jefes de la revolución se hallan complicados en estas asquerosas intrigas, desempeñando el triste papel de directores y encubridores; pero, entiéndase bien, «directores del montón de aflijidos que han



infamado mi nombre para responsabilizarme del fracaso de la revolución, y encubridores de todas las canalladas de que se han valido para conseguir este propósito.» Más, volvamos al cheque misterioso. ¿La junta revolucionaria entregó el cheque al capitán Baldazarre, antes ó despues de los sucesos? Aquí está la clave de la farsa, lector. El capitán Baldazarre estuvo conmigo la noche de los sucesos hasta la hora que llegó el general Smith, y á mi ni una palabra me habló de cheque, ni de dinero.

Desde luego, pues, el capitán Baldazarre no recibió hasta entonces el misterioso cheque, de la Junta revolucionaria.

Y ¿cómo es que este señor dijo, un mes después, que no me lo había entregado porque lo dejó olvidado en su casa particular, porque anduvo muy ocupado, etc, etc?

Aquí está el nudo, lector, porque es increíble semejante cosa. ¿Olvidarse en la casa particular el importe «del alma y el arma de la revolución; olvidarse de decirle al interesado, capitán Burgos, que tenía un cheque á su favor, es algo que el capitán Ernesto Baldazarre no debió decir! Pero, hagamos una salvedad. ¿Se me envió el cheque misterioso de 5000 pesos, como recompensa del arsenal ó como un regalito porque era un muchacho pobre que no tenía mas norte que mi carrera? Estas preguntas las formulo porque están dentro del comentario que se hizo en diversas épocas.

Antes de partir para el Sur, á cumplir mi prisión, en Marzo de 1905 estaba en su apogeo la versión siguiente: el cheque se lo dieron á Burgos como recompensa del arsenal, ó porque iba á entregar el arsenal.

Cuando regresé á esta capital, en Marzo de 1906 ¡loado sea Dios!, el cheque, como he dicho, había parido!

Según unes, el capitán Burgos había cobrado un cheque por valor de veinte mil pesos y, según otros, no cobró nada, pues la Junta había comunicado con la debida anticipación al Banco de Londres y Rio de La Plata, que no abonasen un cheque á favor de Rosa Burgos, porque la noche de los sucesos no entregó el arsenal al capitán Baldazrre.

(iii.....!!!)



Y finalmente, lector, cuando comencé la publicación de estas líneas, mis detractores y sus inmundos satélites, dijeron según versiones, que la Junta revolucionaria me mandó el cheque como un regalo, como una garantía, para que me escapase al extranjero, porque era un muchacho pobre que no tenía más norte que mi carrera, etc., etc. ¡Ni las prostitutas son tan jesuitas, falsas é hipócritas! ¡Ni las de cincuenta centavos!

Pero, ¿por qué la Junta revolucionaria ha permanecido muda é indiferente á todas estas versiones que son del dominio público y del ejército? ¿Acaso don Hipólito Irigoyen, el jefe supremo de la revolución de febrero, se encuentra subyugado como el zar de Rusia, por los que lo rodean y debido á esto ignora lo que ocurre en las filas de su partido y en las del pueblo!

¿O don Hipólito Irigoyen es un ídolo que se encuentra en un nicho de finísimo cristal, pero que no repercute allí el eco de versiones que no le conviene? No quiero traicionar mi conciencia y por eso declaro que fui á la revolución porque me dijeron que don Hipólito era muy bueno, pero no de esos hombres buenos que nos brindan puñados de caramelos, sino buen jefe, de una sola pieza, de esos que no se doblan, que no transijen con la canalla, que mide á todos, grandes y chicos, con la misma vara de la justicia, y el único capaz de transformar al país... ¡Me han engañado, pues; pero no se crea que me arrepiento. (1).

.....

En el número anterior terminé acusando de estafador al que haya ido á pedir dinero en mi nombre á la junta revolucionaria ó á cualquiera otra persona de representación en el partido de la Unión Cívica Radical.

No fundo esta acusación por qué no existe en ninguna parte el personaje á quien yo le haya confiado esta comisión, pues si existiera, no hubiera dejado de entregármelo anticipa-

---

(1) El ídolo ha resultado de barro.



damente ó en la noche de los sucesos. Y hoy se descubriría por dignidad.

En cuanto á lo manifestado por el capitán Ernesto Baldazarre, «que no me entregó el cheque aquella noche porque lo había dejado en su casa» ¿quien pudo darle crédito? Muchos, todos aquellos que estuvieron ciegos; que dieron crédito á cuanto disparate inventaron el montón de verdaderos aflijidos, abusando de la mordaza que tenía la victima. Pero hoy, lector, podemos, felizmente, dejar las cosas en su lugar, analizando é investigando todo, en el terreno de los hechos. Nada podemos conseguir con escuchar á todos aquellos que perdieron los estribos, porque están obligados á mentir: «como suena».

El que ha disparado abandonando á sus propios correligionarios y á su bandera misma ¿no es capaz de levantar la más grande de las calumnias á esos mismos correligionarios y echar la más grande de las manchas á esa bandera ya en el suelo y pisoteada por el adversario, para salvarse? Con conocimiento de causa, lector, sostengo que, hasta es capaz de algo más.

Han demostrado tener coraje para todo, menos para afrontar las responsabilidades y cumplir con el compromiso contraído bajo palabra de honor.

El capitán Ernesto Baldazarre no pudo haber tenido cheque alguno para mí aquella noche, ni entre la media ni en el zapato, ni en su casa particular, ni en ninguna parte; pues de ser así, algo me hubiera dicho cuando conversaba conmigo sentado en el banco de la guardia.

La junta revolucionaria no pudo enviarme cheque alguno como recompensa, porque la acción que iba á llevar á cabo el capitán Burgos, á favor de la revolución, creo, respetable lector, no se paga con un cheque de 5.000 pesos moneda nacional ni con montones de oro.

Solo en el cerebro de los traidores é hipócritas cabe tal idea y por eso se encargaron de propalarla citando tiempo, lugar y medios, para hacerse creer; y creyendo tal vez remediar sus



errores. Para que el gremio de estudiantes diese crédito á esta mentira, buscaron un instrumento apropiado....., un hombre joven, que no es estudiante, pero que se roza con ellos y tiene el tupé de contar que es estudiante de 3° año de derecho, siendo que es escasamente maestro... de industria. En el ejército y en el pueblo no encontraron incrédulos, porque, como es natural, no todos me conocen; no todos sabían que el capitán Burgos no carecía de 5.000 pesos; que no estaba destinado á morir en su grado de capitán (discúlpeleme la inmodestia.)

Diéronle crédito á los aflijidos porque, además, se trataba de un hombre que no tenía más norte que su carrera, etc etc. Y debido á esto, al descaro con qué han mentido para extravíar el criterio público, son pocos, muy contados los que no dieron crédito á estas versiones y me consideraron capaz de comerciar con las armas de la Nación y los soldados de mi guardia.

Quedan, pues, las cosas en su lugar, y tengan entendido, en adelante, don Hipólito Irigoyen y demás miembros de la junta, mis amigos sinceros...y mis correligionarios leales...que, del mismo modo que expuse mi carrera, mi porvenir y aún mi vida para luchar por un noble ideal, los expongo en defensa de mi honor de hombre y de militar, ultrajado intencionalmente por un monton, por la canalla.

Dejo la palabra, si quieren hablar, á los señores miembros de la junta, para que hagan la luz en este asunto en que se encuentran complicados desde hace un año y medio.

A la opinión pública y al ejército no les bastó, no han quedado satisfechos con lo que la junta declaró en el manifiesto diciendo: «que no se había ofrecido recompensas». Alguien, más de uno, han dado crédito á la palabra del capitán Ernesto Baldazarre y de otros que no tengo por qué nombrarlos, porque ya están de cuerpo entero retratados en este relato.

Dejo, igualmente, la palabra al capitán Baldazarre y á todos aquellos que tengan que hacer cargos. Ha llegado el momento de dejar las cosas en su lugar, y, si soy culpable, aquí estoy; pero no se me señale con mano ajena y misteriosa.

(CONTINUARÁ)



# LA HERIDA

## ARTICULO-COMENTARIO

### XXII

Es ancha y profunda, como hecha por la mano de un traidor.

La cirugía no sirve para cerrar los labios de éste género de heridas.

Son golpes dolorosos dirigidos á donde no llega la ciencia del cirujano.

Se cicatriza con el tiempo, si el tiempo pone el bálsamo de la reparación, pero hasta que la reparación no llega, la herida sigue abierta.

Es lo que persigue el relatante: que aquellos que por la espalda, en montón, acurrucados en la sombra, le dispararon el saetazo de la detracción, en pleno día, á la luz del sol, se presenten reconociéndose como los autores y cómplices de la felonía, para que la herida entre en el periodo de una franca convalecencia.

Hiere con la pluma porque le han herido con la calumnia; fustiga, para que sientan el escozor del latigazo; mete hasta el pomo la espada, porque en su honor le han metido hasta la crueldad la daga emponzoñada de la invectiva; destroza implacablemente, porque de modo implacable han pretendido destruir su dignidad de militar y de caballero; escupe en la cara de los detractores y los cómplices de éstos, para ver si queda un resto de carmín, de sangre, de delicadeza, de fuego, de alma



en el alma empedernida de los cobardes y traidores la noche del fracaso del movimiento.

Devuélvese daño por daño; mide con el rasero que ha sido medido; se ensaña, si se quiere, porque en él se ensañaron; odia llevando el odio hasta la venganza, porque en él se han vengado miserablemente los que carecieron de valor para vengarse de aquellos que les arrebataron, por su patente cobardía, el éxito de la revolución.

No hace, pues, más que lo justo, y sobre lo justo no hay nada.

Arranca varonilmente la máscara á los enmascarados de la junta, para que ellos ó el jefe del partido se resuelvan á señalar con sus nombres á los propaladores del cargo infamante que han pretendido echar sobre el narrador.

A nadie, concretamente, se dirige el relatante, y se dirige á todos, á todos los que indudablemente saben quién asestó el golpe de la detracción contra el capitán Burgos.

La junta, el capitán Baldazarre, los afligidos, todos, en una palabra, están acusados de los delitos de cobardía, de traición y de calumnia, tres abominables delitos, tres vilezas, tres actos demostrativos de envilecimiento que, si fueran dignos, se habrían apresurado á borrar por medio de un rasgo de nobleza de alma, reparando el agravio hecho al relatante.

Tiene, pues, derecho, un derecho santo, el capitán Rosa Burgos, para insistir como insiste en llamar con todos los adjetivos más feos á los que han tenido la pobreza de espíritu de infamarle por la espalda, de herirle con mano ajena y de modo misterioso, para que nunca se encuentre al autor de la herida.

¿No es triste que un militar que espuso su carrera y su vida por el triunfo de un ideal, encariñado con el prestigio de un caudillo, del caudillo que le llevara al sacrificio, herido con el golpe de una decepción amarga, exclame, hablando de Hipólito Irigoyen: creíale un buen jefe, un hombre de una sola pieza, de esos que no se doblan, que no transigen con la canalla, que mide á todos, grandes y chicos, con la misma



bara de la justicia y el único capaz de transformar el país, pero....me han engañado!.

Cuando un hombre de honor como el capitán Burgos hace esta confesión, reveladora del elevado concepto en que ha tenido al jefe de un partido, ¿no es acreedor á que el caudillo, siquiera teniendo en cuenta una manifestación nacida de la nobleza de alma del relatante, hable y se sincere ante el hombre que la noche de los sucesos fué y hubiera sido el alma y el arma de la revolución, si los aflijidos traidores y cobardes cumplen como sin duda Hipólito Irigoyen les ordenara que cumpliesen?

¿No le mueve á hablar al jefe del partido radical, ni la firme inquebrantable actitud del relatante exigiendo que se quiten la careta la junta y sus cómplices para hacer la luz en el fracaso de la revolución que el caudillo nutriera con su entusiasmo por el triunfo de la causa?

¿Es posible que estando, como es de creer que está, tan hondamente agarrada á su conciencia la convicción de que el relatante es inocente de todo lo que se le imputa por los aflijidos que en la noche de los sucesos formaban, según versiones, parte de la junta, no se decida á llevar á cabo un acto propio de un jefe de partido que se destaca como la personalidad más alta de él en punto á rectitud de conciencia y á elevación de sentimientos?

Si en su fuero privativo reconoce que el relatante no ha sido lo que los aflijidos pretenden hacer creer que fué, ¿por qué no se impone á la junta para que hable?

La herida está abierta y el narrador quiere cerrarla por medio de una reparación á su honor, y el único que tiene el remedio que habrá de cerrar la herida de la detracción es Hipólito Irigoyen, hablando él ó haciendo hablar á la junta.



Miércoles 1º de Agosto de 1906

## *FIN DE LA TERCERA PARTE*

---

### XXIII

Al dar por terminada la tercera parte de este relato, cábeme la satisfacción de considerar como derrotado á todos aquellos que abusando de la apremiante situación en que me encontré, infamaron mi nombre. Conste, pues, que ninguno de los calumniadores, ni los jefes de la revolución, han tenido la delicadeza de acusarme de frente. Ninguno lo ha hecho, porque nadie, sinó ellos, los jefes de la revolución y mis detractores, son los verdaderos culpables del fracaso; y si el país entero duda de esta aseveración, si no tiene todavía los suficientes fundamentos, ya los tendrá, porque nada quedará en el misterio.

Pero, hágaseme el honor de no tomar como un acto de venganza este paso que doy, sinó como un medio único de defensa. Mis detractores, los ladrones de mi buen nombre y honor de hombre y de soldado son muchos, pero el responsable



es uno solo, Hipólito Irigoyen, y antes de manchar mis manos con la sangre de este jefe de partido, que tanto mal me ha hecho, por no proceder con equidad y justicia desde el primer momento; antes de ensuciar mis manos, repito, con la sangre de Hipólito Irigoyen, prefiero hacerme odioso ante muchos, ante la Nación entera, divulgando secretos que perjudican los intereses de un partido y á muchos de mis camaradas y amigos.

¿Por qué tolerar más de lo que he tolerado?

¿No he sido excesivamente prudente y moderado al permanecer un año y medio soportando el peso ignominioso de tanta versión calumniosa, oyendo frases despreciativas hacia mi persona, viendo espaldas en lugar de pechos?

¿No lo he soportado todo durante un lapso de tiempo más que suficiente para que los jefes de la revolución hayan podido averiguar las causas del fracaso y conocer quienes eran los responsables? No se me desconozca este último rasgo de generosidad hacia los miembros de la junta revolucionaria. Si he sido esclavo de mi causa ante el Consejo de Guerra, también lo he sido durante el año que permanecí preso, tratado peor que un perro y abandonado por los que tenían el deber de tenderme la mano: por los miembros de la junta.

Pero ¿por qué dichos señores me dejaron de lado? Es que les convenía; necesitaron una víctima para engañar al país entero, para ocultar sus errores, en lugar de mostrarse grandes, nobles y generosos, asumiendo la responsabilidad del fracaso; porque nadie más que ellos son los culpables.

Esto lo probaré en la cuarta parte de mi relato y sin temor de que nadie me desmienta, porque ante los hechos y la lógica se estrellará una y mil veces la calumnia y la mentira, sea que esta nazca de un montón de aflijidos palanquados por los jefes de la revolución, ó de un grupo de sus satélites ó desocupados.

¿Cobarde es la acción que han cometido los jefes de la revolución de Febrero, con el capitán Rosa Burgos!

Mil veces cobarde y ruin, por razones que ya están expues-



tas en este relato y porque no tuvieron valor de acusarlo de frente.

Censurable é indigna es la conducta que han observado con el capitán Busgos, porque le dieron la espalda, traicionando sus conciencias, cuando ya no lo necesitaron. Porque permitieron, repito, se infamase su nombre, se le despojase cobarde y traidoramente de su honor de hombre y de militar.

Antes ni despues de los sucesos, he visto á los señores miembros de de la junta revolucionaria.

Fracasado el movimiento, ellos fugaron, y yô fui preso.

Durante el tiempo que permanecí preso en esta capital no tuve noticia de ellos; ni un saludo, siquiera, me enviaron para compensar él daño que me hacian las versiones calumniosas que corrian de boca en boca. ¡Prueba evidente de que estaban del lado de los que las propalaban!

Llegó el momento de partir para el Sur, preso. Nadie fué á darme una palabra de aliento de parte de mi valeroso jefe Don Hipólito Irigoyen. El burro del arsenal no desplegó sus labios para protesta ante muchos que lo podían haber escuchado porque tenía fé en su jefe, y en el tiempo. . . .

Llegué á Rio Gallegos (lugar donde cumplí mi prisión); y en vano esperé una palabra de aliento de los jefes de la revolución, pues para todos había, menos para el burro del arsenal. Las fianas y saludos de sincero afecto, pasaban hacia el presidio de Ushuaia, pero no se detenían ni por equivocación en donde se encontraba el correligionario capitán Burgos.

Pasó, por fin, el año más amargo de mi vida, llegó el día de mi libertad y hasta entonces la junta revolucionaria permanecía muda, no me había pedido cuenta ni de mis actos: no nos conocíamos. Ni una palabra de aliento, ni un saludo, se dignaron enviarme dichos señores, durante el año que estuve preso. En cambio, autorizaban con el mutismo en que se habían encerrado, la serie de versiones que ya estaban hecho carne en el criterio público.

Y, finalmente, llegué á esta capital á principio de Marzo de 1906. Nadie vino aquí á pedirme cuenta de mis actos y mu-



cho menos á darme un apretón de manos de parte de mi jefe don Hipólito Irigoyen. Ya no hubo duda, recién pude ver la realidad: se me había dejado, pues, de lado como á un objeto y lleno de inmundicia. ¡Bien lo merecía por idiota, por bueno, por no haberles arrancado la careta aquella misma noche que me traicionaron!...

Pero, nunca es tarde... lector, ¿Está justificada mi conducta? ¿Tengo razón de escribir para defenderme contra la canalla que ha abusado de la situación en que me encontraba y del poder é influencia que tienen?... ¿Se me niega este legítimo derecho?

Se aproxima el momento, pues, de que el lector sepa que en el arsenal de guerra no estuvo el pérfido á que hace alusión la junta revolucionaria en su manifiesto; ni el traidor, ni el cobarde, sinó el correligionario leal, esclavo de su causa, que ha hecho lo que humanamente pudo hacer.

Y es ocasión de que conste por última vez, que el capitán Burgos, defiendo tanto su honor como su vida y no se vende por ningún precio.

---



# EL HONOR

---

## ARTÍCULO COMENTARIO

---

### XXIII

Honor.—Virtud por la cual el hombre, conociendo todo su valor, se conduce de una manera correspondiente á la dignidad de que naturalmente está revestido, sin ajarla ni aun con un pensamiento indigno, ni permitir que sea rebajada por persona alguna.

---

Pónese hoy término á la tercera parte del relato sobre los sucesos del 4 de Febrero.

En ella el narrador reta principalmente al jefe del partido radical y lo hace responsable de todo: del fracaso de la revolución y de la chismografía que para que no se desparramara por todo el país, estaba obligado á destruir á raíz de la detracación.

Contra Hipólito Irigoyen, pues, van enderezados todos los cargos que arroja el final de la tercera parte.

Hay en el lenguaje del narrador acentos reveladores de una gran exacerbación de ánimo, que vienen á ser como la explosión del sentimiento de la dignidad, cruel y desalmadamente



herida con el indiferentismo y el silencio de los que tienen la clave de la gran infamia imputada al relatante.

El verdadero, el immaculado sentimiento del honor es tal cual lo siente el capitán Rosa Burgos, no ajándolo ni con un pensamiento indigno, ni permitiendo que sea rebajado por persona alguna.

Así hablan los hombres que se sienten dignos, esta es la actitud que toman los hombres de honor cuando contra ellos se dirige una acusación tan bárbara como la que se ha pretendido echar sobre la dignidad del narrador.

No caben términos medios en la situación que la cobardía y la traición de la junta ha colocado al relatante: ó callar ó destruir el cargo.

Para destruir la imputación no puede, no de emplear palabras suaves, sino las únicas que en este caso se emplean, las que emplea el narrador, las que emplearía cualquiera que tenga vergüenza.

La junta no la tiene, si fueran hombres de honor los hombres de la junta hace tiempo que habrían hablado.

Cuando no hablan, es porque todos están sucios, manchados hasta la coronilla.

Como se desnuda un cadáver en la plancha del anfiteatro para proceder á la disección, así ha desnudado el relatante el cuerpo de la junta revolucionaria, para que el país y el partido radical se inclinen, cual se inclina el médico, sobre este cadáver político, ya en estado de descomposición, y si son justicieros execren y maldigan á aquellos que en ningún momento dieron pruebas de tener lo que es preciso que tengan los que se erigen árbitros de un partido.

Es un caso digno de ser recogido por la historia el caso de que un hombre solo haya tenido más fuerza que todo un bando político, la fuerza del honor, de que carecen los miembros de la junta revolucionaria que en la noche del fracaso del movimiento fueron cobardes para todo.

¿Que falta ya para mover á la junta á que hable?

Se le ha dicho lo que más subleva, cuando hay dignidad en



los hombres, y estos hombres de la junta mudos, indiferentes, réptiles, lo más bajo en el orden del descenso moral.

¿Qué falta pues, para que se decidan á contestar al relatante?

¿La bofetada en el rostro?

Esto quéda para los gañanes.

Entre hombres que rinden culto á la dignidad, basta con una mirada ofensiva para sentirse lastimados y pedir una reparación.

El narrador los llama con los adjetivos más zahirientes, estrechándolos para que hablen, y el escalofrio del agravio, que hasta el plomo con que se paran las palabras mortificantes ha llegado, no llega á la epidermis de la delicadeza de la junta.

Así vivimos.

¡Y sacrifiquémonos por un ideal, y demos cuanto de nosotros depende por una causa, y vayamos al martirio por los principios, para que los principios, la causa y el ideal se pongan á los pies de las miserias de los hombres que se dicen directores de un partido!

Esto es inmundo.

En la historia de todos los rebajamientos de los caracteres no se halla una página tan ilustrativa de envilecimiento y abyección, como la que han escrito con su comportamiento con el capitán Rosa Burgos los responsables únicos de la cobardía y la traición la noche del 4 de Febrero.

Desnudados están todos.

Flota solo, en medio á esta descomposición asquerosa, la figura del relatante, digna, inmaculada, alta, salientísima, destacándose con un gran relieve, como la representación de la dignidad y del honor.

---

## PENSAMIENTO TRUNCADO

---

No puedo pasar adelante sin dejar á mi entera satisfacción



desarrollado el último párrafo del capítulo con que cerré la tercera parte.

«Y es ocasión de que conste, por última vez, decía yo ayer, que el capitán Burgos defiende tanto su honor como su vida y no se vende por ningún precio.»

Aquí cortó el cajista la oración, quedando el pensamiento truncado.

Nadie más que el montón de afijidos, que maquinaron el agravio de imputarme el fracaso de la revolución, presentándose, de paso, como un oficial capáz de venderse y vender á sus soldados mediante la suma de cinco mil pesos, pudo concebir, que un militar que aspira, que anhela ascender, que tiene ejecutores de honorabilidad, fuese tan indigno y tan canalla que por un cheque, por la cantidad dicha ó por mayor cantidad antepusiera el dinero al honor.

Todas las energías de mi alma, todo el fuego de mi entusiasmo, todo cuanto hay de más noble y generoso en el hombre lo he puesto á mantener puro y sin mancha mi nombre como militar y como caballero.

¿Pudo, pues, repentinamente, quien tan arraigado tiene el sentimiento del honor, descender hasta la vileza de venderse por algunos miles,, ni por millones de pesos?

¿Tan poderoso ascendiente suponen los afijidos que ejerció en mi el cheque misterioso, que en una hora, en un instante, el hombre delicado, el militar pundonoroso, el esclavo de su dignidad, no vaciló en manchar para siempre su mejor timbre, entregándose á la Junta revolucionaria con la falta de pudor que una meretriz entrega su cuerpo al primero que la solicita?

¿Pensaron que Hipólito Irigoyen, porque era el jefe de un partido, podía también serlo mio hasta imponerme que aceptase la afrenta de que si entregaba el arsenal era á cambio del dinero que por este acto recibía?

¿Tan poco se estiman, que por la indelicadeza de ellos juzgan la agena delicadeza?

Nadie me hubiera hecho entregar el arsenal ni por todos los



millones, pues el dinero tiene fuerza sólo en aquellos quebradizos, en almas perversas, que lo subordinan al interés todo.

El autor de este relato iba á entregar, habria entregado el arsenal por amor á una causa, por cariño á lo que juzgó un ideal, desinteresadamente, pero no por dinero.

Eso es una canallada concebida por los ofigidos, aterrorizados ante su misma obra de infamia, para poder seguir explotando al partido con la aureola de mártires de la causa sacrificados por la cobardía del narrador, que no entregó el arsenal segun la chismografia, cuando los autores de la detractación se disponian á tomarlo.

Consts, pues, que la junta y sus cómplices no tuvieron, ni tendrán dinero ni influencia bastantes para comprarme y menos para conseguir que me prestase á una indignidad como la que con abrumadores cargos dejó destruida.





# **CUARTA PARTE**







Miércoles 1º de Agosto de 1906

XXIV

## *Lo único que queda en pié*

El más grave de los cargos que se me hicieron para responsabilizarme del fracaso de la revolución, es el que menciono á continuación y que está en pié desde hace un año y medio.

Desde el día 9 de Febrero del año 1905, fecha en que el coloso de la calle San Martin desdobló su hidalguía.... á favor del jefe del arsenal, el público como el ejército (salvo excepciones) creyeron que la revolución habia fracasado porque el capitán Burgos no detuvo ó asesinó al general Smith cuando se presentó en el arsenal de guerra. Esto es lo único que queda en pié, y á pesar de que con lo ya expuesto, muchos han vuelto sobre sus pasos y me han absuelto, quiero terminar mi trabajo para evitar torcidas interpretaciones y nuevos comentarios.

Mi propósito consiste en dejar mudos y ridiculizados para siempre al montón de mis detractores y á sus inmundos satélites

### EL PLAN DEL ARSENAL

He dicho que en el arsenal de guerra no se iban á hacer las



cosas á la de Dios es grande, por el contrario.

Todo se tuvo en cuenta hasta el más insignificante detalle.

De todo el personal civil y militar que había en el arsenal, el único que respondía á la revolución era el jefe del destacamento.

El jefe del destacamento, capitán Burgos, se comprometió á entregar el arsenal y luchar por la causa de la revolución siempre que se le auxiliase desde el primer momento, con elementos decididos y que tuvieran fé en la causa.

Si bien es cierto que tenía á su cuidado el arsenal, también es cierto que la tropa á sus órdenes le era enteramente desconocida, porque hacía quince días que se había incorporado al batallón 3. Como en el seno de la junta revolucionaria había militares de talento, y conocedores del mecanismo de nuestro ejército, debieron tener en cuenta que, para que el arsenal respondiese á la revolución, era necesario aceptar lo propuesto por el encargado de entregarlo, pues de otro modo se exponían al peor de los fracasos.

La confección de un plan parcial, en el arsenal de guerra, se imponía, pues, como medida preparatoria de orden y seguridad, porque el capitán Burgos no tenía influencia suficiente en la tropa á sus órdenes para arrastrarla á una revolución.

Teniendo en cuenta estas imperiosas necesidades, se resolvió que fuesen al arsenal de guerra, cuando la junta lo dispusiese, un regular ó reducido número de oficiales decididos:

a) Para arrestar ó maniatar por la razón ó la fuerza al jefe de servicio Teniente coronel don Filadelfo Villamayor, representante del gobierno nocional, en el arsenal.

b) Para sujestionar ó desarmar á la guardia de bomberos compuesta de un sargento, dos cabos y doce soldados; la que permanecía á las órdenes directas del jefe de servicio y dispuesta día y noche al pié de sus armas y en contacto con los soldados del destacamento.

c) Para apoderarse igualmente de los oficiales del destacamento á mis órdenes, Nuñez y Arana, que no respondían á la revolución.



d) Para establecer una rigurosa vigilancia al personal civil que trabajaba en el interior del arsenal, y muy especialmente al del taller de luz eléctrica.

e) Para que tomasen el mando de ciertos retenes que había que establecer en las boca-calles y en puntos extratégicos del arsenal.

Para realizar estas operaciones se iba á proceder de este modo: dos oficiales habrían penetrado, revolver en mano, á la habitación del jefe de servicio, para imponerle la rendición, y con orden de no llegar á los extremos ó al rigor sin haber agotado antes todos los medios de la persuasión.

Otros dos oficiales habrían penetrado, igualmente, á la habitación de los oficiales Nuñez y Arana con el propio fin.

Al mismo tiempo, la tropa del destacamento habría formado por mi orden y también la de bomberos.

Al frente del destacamento me hubiera encontrado yo, en mi carácter de jefe de él y mis cómplices; y al frente de la guardia de bomberos el jefe ó oficial que debió sugestionarlos ó mandarlos.

Este era el plan parcial que la junta revolucionaria debió disponer se pudiese en práctica en cualquiera hora de la noche, si quería contar con el arsenal de guerra. Que era sencillo y difícil de fallar, dado el sobrado elemento con que contaba la revolución, no hay duda.

Míresele por el lado que se quiera, teniendo en cuenta el estado en que se encontraban las cosas y los hombres de 9 á 11 de la noche.

## LA RESPONSABILIDAD DE LA JUNTA

El lector conoce el estado en que se encontraban las cosas y los hombres de 9 á 11 de la noche. Le consta igualmente las conferencias que tuve con algunos misteriosos camaradas acerca del movimiento que iba á estallar. Bien. ¿Debí tomar medida alguna habiéndose confeccionado un plan que había que ponerlo en práctica, costase lo que costase, y antes de dar



ningún otro paso, en el arsenal de guerra? No. Mi deber era mantenerme en la actitud en que me hallaba y á la espera de órdenes, primero, porque todo marchaba á las mil maravillas, no había novedad en mi puesto, y segundo porque nada debí ni podía hacer solo, en mi carácter de revolucionario.

Pero, ¿que esperaba de 9 á 11 la junta revolucionaria, para disponer que fuesen diez oficiales decididos al arsenal de guerra, ya que ellos (la junta) no pudieron ir á esa hora?

¿No convenía bajo todo punto de vista hacer desaparecer al jefe de servicio comandante Villamayor y asegurar á los oficiales Nuñez y Arana por lo menos? Eran las 11 de la noche, lector, y el burro del arsenal cayó para siempre por negligencia ó descuido de los miembros de la dirección del movimiento ó por el de sus numerosos ayudantes!...

Han cometido un gravísimo error que ha costado la pérdida de más de la mitad de lo que teníamos ganado de 9 á 11 de la noche, dejando abandonado el arsenal de guerra. Y se perdió todo, hasta el honor de los revolucionarios y el de la oficialidad que tomó parte en los sucesos, por el terror pánico que se apoderó de todos cuando oyeron decir que el jefe de la región, general Smith, estaba en el arsenal.

¿Es mentira ó es la verdad desnuda lo que estoy diciendo?

¿Fueron mis cómplices al arsenal de guerra de 9 á 11 de la noche? ¿Que hicieron?

¿En qué rincón se metieron que nadie los vió?—No, lector, no fueron; los «muchachos» estaban saliéndose de la vaina á 500 metros de la puerta principal del arsenal, esperando la orden de la dirección del movimiento y la de sus ayudantes para presentarse en el arsenal de guerra. Esto lo sé hoy de buena fuente. No fueron porque nadie les ordenó que fuesen. ¿De quien es la culpa, entonces? Ya lo he dicho por repetidas veces: de la junta y de sus ayudantes.

(CONTINUARÁ.)

---



# LA VERDAD

---

## ARTÍCULO—COMENTARIO

---

### XXIV

Verdad.—Virtud que consiste en el hábito de hablarla siempre.

Entramos en el comentario de la cuarta parte del relato.

Es la confirmación de lo que se ha expuesto.

Se dice lo que debió hacer y lo que no hizo la junta en la conyuntura más favorable para el éxito del movimiento, es decir, de nueve á once de la noche de los sucesos.

Se pone de relieve que el partido todo estaba en su puesto, aguardando sólo el impulso que debía moverlo para la ejecución del pensamiento. (1)

Se señala la falta de tino de los directores de la revolución, quienes, de puro torpes é ineptos, fracasaron mucho antes del fracaso del movimiento, influyendo el desastre de la junta en la explosión fatal de la catástrofe.

Carecían de esa gran fuerza indispensable para el feliz coronamiento de las temerarias empresas, llamadas cohesión.

Las revoluciones que tienden á reformar de cuajo un orden de cosas, necesitan dos factores sólo: un cerebro y un corazón.

---

(1) No confundir. El partido estaba en su puesto: «en sus casas, paseos públicos, teatros, confiterías y en otros puntos que solo ellos podrán dar noticias, esperando indiscutiblemente que llegase la hora fijada por la dirección para recién reconcentrarse.» N. del A.



Corazón y cerebro de una revolución es siempre la cabeza visible del partido, el que le imprime movimiento, el que lo empuja, el que lo nutre con la savia vigorosa de su luchador irreductible temperamento; y, cuando esos dos poderosos músculos del organismo de un bando político, lejos de resistir en una persona sola, se hallan en muchas, y estas se ofuscan y se remolinan ante el primer amago de una contrariedad ó de un revés, el designio más sólidamente apoyado se malogra, la causa más santa se esteriliza.

Esto es lo que se comprende que arroja la narración.

¿Por qué un movimiento tan hermoso de opinión, por qué una causa tan noble, por qué un arresto tan generoso, no tuvo un firme sustentáculo en la hora solemne, en el momento decisivo, resignándose la junta, precisamente la que tenía el deber de ser el nervio de la revolución en esa conyuntura, á que todo se perdiese cuando estaba casi alcanzada la victoria?

¿Es de caballeros, es de hombres bien nacidos, es de caracteres de una sola pieza, es de pechos abiertos á la generosidad y la nobleza, achacar lo hecho por ellos á un inocente, al que esperaba sólo la clave para alzarse en armas y pronunciarse por la revolución?

Si la junta no ha estado cerca de donde el momento crítico le imponía que estuviese, si no ha intentado siquiera llevar á cabo un acto de virilidad, si todo ha sido una supercheria, un plan siniestramente urdido para aparecer como atalmente compelida á hacer lo que hizo por la cobardía del jefe del destacamento en el arsenal, según la maledicencia inventada aquella misma noche, probablemente antes de la llegada del general Smith, ¿por qué ha hablado en el tristemente célebre manifiesto de un pérfido cuando á poco que se ahonde en la palabrería del documento se advierte que los pérfidos no son otros que la junta y sus cómplices?

Confiesen que todo era desquicio en el seno de la junta revolucionaria, de nueve á once de la noche del fracaso del movimiento, y será más noble, y más honrado, y más digno, y más de hombres capaces de un rasgo de supremo pudor.



Ni aunque se pongan en cruz se puede dar crédito á lo que en descargo de su cobarde y vil acción pueda decir la junta, como no sea que diga lo que decimos que debe de decir, para que no se marque á los únicos responsables de esta gran vergüenza con un estigma más oprobioso que el que la junta ha pretendido poner sobre la frente inmaculada del capitán Rosa Burgos.

La verdad está en marcha.

Paso á la verdad.

---

Viércoles 3 de Agosto de 1906.

XXV

## *Quitándole la venda*

### *á mi Juez cándido*

---

Me imagino que el lector está al cabo de todo, para poder ver las cosas en el terreno de los hechos con motivo de la versión que se encuentra en pie, y que voy á destruir.

Fuí minucioso en los detalles para evitar torcidas interpretaciones y nuevos comentarios.

Sin tocar á los extremos, podemos afirmar que, tanto el público como algunos camaradas del ejército, me atribuyeron el fracaso de la revolución porque no detuve ó asesiné al general Smith cuando llegó al arsenal de guerra, la noche de los sucesos.

Pero, antes de entrar en materia, conviene que dejemos de lado lo que nos pudieron decir los afligidos y los jefes de la revolución, porque nada pueden decir con sinceridad: son acusados, no han pisado los umbrales del arsenal de guerra la



noche de los sucesos, por causas que ya conocemos.

En el número de ayer dije que mis cómplices no fueron al arsenal; ruego al lector tenga en cuenta este detalle de importancia para el momento en que se nos presente el general Smith.

Ahora bien, para convencer á todos los que me atribuyeron el fracaso, por la causa enunciada, no me basta decirles que hablaron por boca de ganso; es necesario que les meta la razón por los ojos para que la vean bien.

Aquella noche, allá en el arsenal, no era cuestión de tirarle una soguita al cuello al general Smith, ni de sacar el revolver y disparar los cinco tiros contra su pecho hasta derribarlo por tierra.

Estas bestialidades no las hace ningún hombre por que sí; salvo que haya perdido el juicio.

Antes de dar un paso de esta índole es necesario tener algún motivo, ó causa que lo justifique.

En mi caso, para decidirme á dar el grito de revolución por mi propio dictámen, cuatro ó cinco horas antes de la fijada por la junta revolucionaria; para resolverme á proceder contra la persona de mi comandante en jefe general don Carlos Smith, debí pensar en el acto:

a) Si los que debían acompañarme en la empresa se encontraban moral y materialmente dispuestos á seguirme hasta el sacrificio. (¿Con quién contaba?).

b) Si era capaz de vencer con mis propios elementos todas las dificultades del momento a fin de conseguir mi idea: «quedar dueño ó jefe único del arsenal» (¿con qué elementos contaba?).

c) Si después del primer encuentro podría sostenerme en la posición conquistada (en el arsenal) hasta tanto llegasen mis correligionarios.

d) Si mi audaz iniciativa hubiera dado lugar á que el movimiento quedase reducido pura y exclusivamente al arsenal de guerra.

Como se ve, no estamos de acuerdo con los intrusos que me



atribuyeron el fracaso, por la causa en cuestión, los que no dudo se han fundado en datos que les suministraron los falsos amigos, en informes que le dieron un montón de aflijidos cuando comenzaron á darse cuenta de la magnitud de sus errores; en lugar de trasladarse al teatro de operaciones ó al sitio donde debieron producirse los hechos para indagar, investigar y cerciorarse qué elementos hubieran actuado, darse cuenta exacta de la situación de ambos contendores y saber las instrucciones que tenía el capitán Burgos y con que elementos contaba. Esto era lo lógico. Esto era lo que debieron haber hecho todos aquellos que se declararon jueces, antes de condenarme ó señalarme con el dedo.

Más aún, se imponía la necesidad, antes de condenar, de controlar los datos con los hechos para saber si el capitán Burgos faltó ó tuvo intención de faltar á su compromiso, si dejó de proceder por cobardía ó falta de resolución teniendo probabilidades de éxito que bien pudo haber aprovechado aún sin el auxilio de sus cómplices, ó porque realmente se considerase impotente.

¡No hay gente más estúpida que los intrusos, aquellos que, como vulgarmente se dice, hablan por boca de ganso, porque el mal que á veces ocasionan es incalculable é incurable!

Basta, casi siempre, que un mal intencionado invente un montón de mentiras para que los intrusos las propalen como verídicas.

Bastó que un grupo de aflijidos dijera que la revolución había fracasado porque el capitán Burgos no detuvo ni asesinó al general Smith, para que el público lo creyese; y lo creyesen también los jefes de la revolución y algunos camaradas del ejército que actúan más arriba..... que un capitán y llevan más galones. ¡Que doloroso me es hoy ridiculizarlos á todos! Y si todos los que hablaban hasta por los codos no se hubieran dejado arrastrar por los aflijidos, estaríamos de acuerdo en que, «el capitán Burgos, ni la revolución, hubieran ganado nada con detener, asesinar ó pulverizar al general Smith pues el triunfo de la revolución en el arsenal, dependía de eliminar á otros mil veces más fuertes que el general Smith y que no eran decrepitos.



Lo han engañado, pues, al público. Se le ha hecho creer que, para detener á un general, basta darle orden de prisión y para asesinarlo mostrarle el revólver.

¡No, compatriotas! Si ayer sostuvisteis por unanimidad que, para atar un brioso corcel en la pirámide de Mayo no bastaba proveerse de un resistente lazo ó maneador, ¿por qué hoy te apartas de la razón y no sostienes igualmente que, para detener ó asesinar un general en presencia de la tropa que comanda en jefe y asegurar el arsenal á favor de los revolucionarios no basta tirarle una soguita al cuello y decir ¡pum!?

Y no hubo una voz autorizada que, en el transcurso de un año, se levantase en defensa de la víctima ó una mano que le arrancase la venda á mi juez cándido para hacerle ver que estaba cometiendo el más horroroso de los crímenes al condenar á un inocente fundándose en una cuestión de hecho muy descabellada.

(iii.....!!!)

No niego que lo he tenido muy cerca y muy á mano, durante toda la noche de los sucesos, al general Don Carlos Smith, y que me hubiera sido muy fácil asesinarlo. Pero, ¿caso estaba justificado el asesinato? De ningún modo. Nada ganaba la revolución, por el contrario perdía porque la segunda víctima hubiera sido indiscutiblemente el asesino capitán Burgos.

Y en este caso ¿quien me sustituye en el arsenal de guerra, en mi carácter de revolucionario? ¿Habían muchos? No había nadie!

Absolutamente nadie, porque no había otro que respondiese á la revolución de todo el personal militar y civil presente en el arsenal cuando llegó el general.

Más aún; muchos creen que la tropa á mis órdenes hubiera respondido á la revolución ó me hubiera secundado en todos mis actos, en mi carácter de revolucionario; y en esto también estamos en desacuerdo.

La tropa del 3 de infantería conocía á su comandante en



jefe, general Smith, desde años ha, y el capitán Burgos, su jefe, desde hacía quince días.

¿A quién hubieran obedecido los soldados, si les ordenó que tomaran preso al general Smith? La respuesta está de más.

Al general Smith le hubiera bastado mover un dedo para hacerme linchar en el acto por los mismos sargentos, cabos y soldados del destacamento á mis órdenes, y si mi colega Baldazarre también se hubiera permitido atentar contra la persona del general sucumbe del mismo modo y sin decir ni «pizca del cheque misterioso»...

Al afirmar como un hecho lo que es necesario ver en el terreno de la práctica, no lo hago por temor de afrontar responsabilidades, ni porque haya agotado argumentos indestructibles que tengo para defenderme, sino por declarar hoy lo que pensé aquella noche para proceder y salir victorioso, sin manchar mis manos, ni mi uniforme, ni mi conciencia, ni la bandera bajo cuya sombra me había cobijado.

(CONTINUARÁ)

---

## OJEADA RETROSPECTIVA

---

### ARTÍCULO - COMENTARIO

---

#### XXV

Entre los cargos que han dirigido de una manera vil, contra el narrador, para hacerlo aparecer con las notas más infamantes, el más grave es aquel que se funda en que la revolu-



ción fué sofocada porque el jefe del destacamento en el arsenal de guerra no asesinó al general Smith la noche de los sucesos.

Ni lógica tienen los propaladores de la chismografía inmundada enderezada á deprimir al relatante.

¿En que quedamos?

¿Fué el general Smith al arsenal la noche del fracaso del movimiento, á las once de la noche?: Si.

¿Fueron al arsenal los jefes de la revolución y los cómplices que debían ayudar y secundar al relatante, antes de las once de la noche?. No, ni antes ni despues: ahí está el relato que habla con mayor propiedad. Y si estos no concurrieron al lugar en que debían encontrarse, ¿que hacía ó ganaba el relatante con asesinar al general Smith, siendo que en el arsenal y sus puertas mismas tenía más de cien hombres que no respondían á la revolución?.

¿Por qué, pues, no se puso á órdenes del capitán Burgos, con la debida anticipación, los hombres que debían estar á su lado, para robustecer su acción?.

¿Se hizo esto?

Ni esto, ni nada.

Se le dejó en el atolladero al narrador, y juzgaron los miembros de la Junta que imputándole al capitán Burgos la responsabilidad del fracaso, por no haber asesinado ó detenido al jefe de la región, ni el país, ni el partido radical se fijarían en otra persona más que en el relatante

Esto es lo que hizo la Junta revolucionaria la noche de los sucesos.

El general Smith fue al arsenal y tomó posesión de él porque la candidez y la torpeza de la junta dieron ocasión para que aquel se presentara antes que ella en el puesto del peligro.

Fué el jefe de la región á hacer lo que estaba obligada á haber hecho la Junta: á cumplir con su deber.

En el caso del jefe del destacamento, cualquiera habría hecho lo que hizo el capitán Burgos.



¿De qué elementos disponía el narrador para acometer la empresa de detener ó asesinar al jefe de la región?

Dentro, nadie era revolucionario, por lo menos así se desprende del relato, más que el narrador.

Fuera, ninguno de aquellos que debieron hallarse de nueve á once para coadyuvar al acto del narrador, aparecieron por ninguna parte.

¿Era prudente, era sensato, era lógico que el capitán Burgos, faltándole como le faltaron todos los factores que debían contribuir á la acción simultánea del movimiento subversivo, diese el grito de revolución, empezando por cometer un asesinato, el asesinato del general Smith, jefe de la región?

¿Es que se pueden llevar á cabo actos de la naturaleza del pronunciamiento de un arsenal de guerra sin contar con un solo soldado adicto á la causa de la revolución?

¿Es que se puede disparar friamente el revolver contra el jefe de una región?

¿No era mas acertado que el relatante, en lugar de asesinar al jefe de la región, «jugando el todo por el todo, conforme se dice, permaneciese en su puesto fiel al gobierno nacional y de acuerdo á las instrucciones que le diera la junta revolucionaria por intermedio de sus agentes?»

Convirtamos el pensamiento á la noche de los sucesos, y se penetrará el lector de que el relatante no hizo más que lo que debió hacer, no hallándose en sus puestos ninguna de las personas que habíanse juramentado para apoyarle en el pronunciamiento del arsenal.

Ha procedido, pues, el narrador con un tacto y una prudencia dignos de loa y encomio, y solo hombres perversos, políticamente inútiles, moralmente muertos, han podido inventar ó autorizar la chismografía que imputa al relatante el fracaso de que son culpables solo Hipólito Irigoyen y la junta y sus cómplices.

Negar esto es como si quisiéramos tapar el sol con una criba.

---



Sábado 4 de Agosto de 1906.

XXVI

## Quitándole la venda á mi Juez cándido

---

(Véase número anterior)

---

La detención ó asesinato del jefe de la región general don Carlos Smith no estaban, pues, justificados, ni para asegurar el arsenal á favor de la revolución, ni para salvar la situación. El capitán Burgos era impotente para vencer las dificultades del momento y declararse jefe supremo en el arsenal de guerra.

Pero ¿con qué fin, en cumplimiento de qué instrucciones buscando ó persiguiendo qué, iba á proceder contra la persona del jefe de la región, el capitán Burgos? Esto es lo que, los que me atribuyeron el fracaso, ó sea mi juez cándido, no sabrán responderme, porque hablaron por boca de ganso.



¿Por qué se dijo que era deber del capitán Burgos detener ó asesinar al general Smith y no se le dice que debió también asesinar al jefe de servicio Teniente coronel Filadelfo Villamayor, á los Subtenientes Nuñez y Arana; á la guardia de bomberos y personal civil sujestionarlos y al 1º y 10 (ó al sargento Ponce con sus 12 hombres) pulverizarlos?

Porque se ha hablado por boca de ganso, repito; porque se les hizo creer que, todos los que se hallaban en el arsenal de guerra eran revolucionarios y que el capitán Burgos estaba ya en comunicación directa con los jefes de la revolución y de común acuerdo con sus cómplices. ¡¡Qué bestias!! Y alguien se permitió decir que el capitán Burgos merecía cuatro tiros de parte del gobierno y quince de parte de la revolución por no haber detenido ó asesinado al general Smith. ¡botarate!

No hay gente más estúpida que la que habla por... el prurito de hablar.

Pero el colmo de las estupideces, lector, la tenemos en lo siguiente:

En Marzo de 1905 corría de boca en boca la versión á que me contraigo.

Los pilletes callejeros... daban crédito á lo que contaban algunos mayores y los mayores á lo que oían de labios de los afijidos é intrusos. Me consta de buena fuente.

El día del entierro del carnaval (año 1905) penetró á mi prision un señor mayor del ejército quien no tenía relación ni intimidad conmigo. (1)

Este señor hablaba de los sucesos del 4 de Febrero hasta por los codos, como vulgarmente se dice. No comentaba como hombre consciense, sinó criticaba y condenaba muy especialmente á los que habían perdido los estribos...

Por fin le tocó el turno al burro del arsenal, que permanecía escuchando sus disparates y sin desplegar los labios.

Mi sorpresa fué grande, lector, cuando de repente, dicho señor, señalándome con el dedo se expresó así: «Este hombre

(1) Hoy se halla en situación de retiro (que lástima!) este señor mayor, de modo que el lector no debe formarse mal juicio de los que quedan.



tiene la culpa del fracaso de la revolución por no haber detenido ó asesinado al general Smith cuando llegó al arsenal.» Y con cara de haber perdido el último peso que tenía en el bolsillo, exclamó: «¡Que lástima un movimiento tan lindo y tan bien combinado!»

Declaro, lector, que el señor mayor, cuyo nombre reservo por no ridiculizarlo, me dejó frío y mudo en presencia de un teniente coronel, dos capitanes un teniente primero, y de los centinelas que velaban por mi seguridad. Me dejó frío, lector porque dicho señor no figuraba ni en la lista de don Hipólito ni en la del famoso Rosi. Era un intruso; uno de los tantos que han contribuido á que se infamase mi nombre antojadiza é intencionalmente.

¡Cuanto disparate habrá hablado este señor mayor, en presencia de otros y para extraviar por completo el criterio público! Qué bestialidad la de hablar, por el prurito de hablar! («Característica de nuestra raza.»)

.....

Traslademonos, lector, al terreno de los hechos, para ver quién tiene razón y para cerciorarnos si el pérfido á que hace alusión el manifiesto, se hallaba en el arsenal de guerra la noche de los sucesos. Es allí, en el terreno de los hechos, donde debemos ver si el capitán Burgos dejó de proceder contra la persona del general Smith por cobardía, falta de resolución ó porque realmente era impotente, y no tenía ni una probabilidad de éxito á su favor.

Supongámonos, lector, que, tan pronto como el general Smith descendiende del coche y se aproxima hacia mí, le salgo al encuentro, le coloco el revolver en el pecho y le doy orden de prisión.

¿Qué hubiera hecho el general Smith al verse agredido por un subalterno que tenía el deber de obedecerle y respetarle en ese instante más que nunca?

La solución la tendríamos en el terreno de los hechos y no en un pizarrón. Sin embargo, voy á ser complaciente. Supon-



gamos que el general Smith, faltando al más grande y sagrado de sus deberes como militar y comandante en jefe de las fuerzas de la guarnición, se entrega preso en presencia del cochero que lo condujo, y del centinela apostado en el medio de la calle. ¿Que hago en seguida? No había que perder tiempo. En el acto lo conduzco á la garita, la que se hallaba al lado del centinela, pues no convenia dejarlo entrar al arsenal para evitar el contacto con la tropa. El general está preso, pues, en la garita (¡pobre general!) custodiado por el centinela y por mi colega Baldazarre revolver en mano.

Consideremos igualmente preso en la garita, junta con el general, al cochero que lo condujo.

Ahora bien, ¿estaba salvada la situación y asegurado el arsenal de guerra á favor de los revolucionarios? ¿Qué dice el público que me llamó cobarde y me atribuyó el fracaso de la revolución?, aquel señor mayor que también me atribuyó el fracaso por no haber detenido ó asesinado al general Smith, y que se permitió señalarme con el dedo? ¿Qué dice hoy? Y aquel Mejías del siglo XX, militar por desgracia, que con la autoridad de un juez supremo exclamó en presencia de muchos: «el capitán Burgos merece cuatro tiros de parte del gobierno y quince de parte de la revolución por no haber detenido al general» ¿Que dice? Sostiene su sentencia monstruosa y descabellada? ¡Qué...cándidos!

La situación no estaba salvada, lector.

Era necesario arrestar ó asesinar á otros que no eran generales y que podian hacer más daño que un general. Era necesario arrestar al jefe de servicio Teniente coronel don Filadelfo Villamayor, representante del gobierno nacional en el arsenal de guerra.

¿Como conseguirlo? De un modo muy sencillo.... Corro á su habitación y al pasar por frente á los soldados de guardia, les ordeno, á dos de ellos, que me sigan con sus fusiles. Penetro á la habitación del citado jefe, le apunto con el revolver al pecho, le doy orden de prisión y le coloco dos centinelas con órdenes terminantes. Pero, ¿que hubiera hecho el comandante



Villamayor?

Ni preguntándole hoy, á dicho jefe, podríamos saber lo que hubiera hecho; porque es otro caso que no se soluciona en un salón ó de palabras.

Continuaré siendo complaciente. El jefe de servicio se entrega preso en su habitación. Bien.

¿Estaba salvada la situación y asegurado el arsenal á favor de los revolucionarios? No hombre!

Los subtenientes Nuñez y Arana podían despertarse y hacerme alguna diablura propia de Subtenientes, y que tal vez no las haría un general. (¡Cuidado con los chicos!)

De modo que, démosles por presos en la misma habitación en que dormían: «les cierro la puerta con llave y les coloco un centinela.»

¿Estaba salvada la situación y asegurado el arsenal á favor de los revolucionarios?

Todavía no, lector. Había que electrizar con la chispa de la revolución á los soldados de bomberos y á los de mi guardia.

Rápidamente, los hago formar, los arengo y les acaricio la vista con el cheque de 5.000 pesos moneda nacional que mi colega Baldazarre se había olvidado en su casa particular, porque anduvo muy ocupado. Admitamos, pues, que la muchachada de 20 años y los de bomberos se encariñan como yo de don Hipólito y dan un viva á la revolución y á su jefe supremo.

¿Estaba salvada la situación y asegurado el arsenal á favor de los revolucionarios? No, lector!

Había que hacerlos pasar adelante á los batallones 1º y 10 de infantería, que estaban esperando la orden de mi guardia en la puerta que comunica con sus cuarteles, para entrar al arsenal por orden del general. Pero ¿el 1º y el 10 eran revolucionarios ó respondían al gobierno? Habría que preguntárselo á los que me atribuyeron el fracaso, á mi juez cándido.

Aceptemos lo último. El 1º y el 10 no eran revolucionarios.

¿Qué había que hacer para someterlos ó desarmarlos?

Lo más correcto éra esto. Mando el cabo de cuarto que or-



dene al centinela deje entrar al arsenal á los citados batallones y que diga á los jefes, de parte del general, que marchen hasta el cuerpo de guardia, puerta principal, en correcta formación cerrada.

Una vez en el cuerpo de guardia, les quito las espadas á los jefes y oficiales, les coloco una media docena de centinelas y luego les hago dar un grito de «viva la revolución,» á la tropa.

¿Estaba salvada la situación y asegurado el arsenal á favor de los revolucionarios? No, compatriotas. Lo que hemos hecho hasta aquí es cerrar las puertas que se nos abrieron y las que debíamos haber cerrado desde muy temprano. Era necesario establecer vigilancia al personal civil y destacar retenes en las boca-calles, para evitar que se nos abran otros portones que no estaban bien cerrados. Bien, pues; sargentos y cabos, con grupos de soldados de dudosa confianza, se encargan de esto, para cuyo efecto les doy el santo y seña de la revolución «del 90» por que el del 4 de Febrero no los conocia hasta la hora en que llegó el general (11 p. m.), ni hasta hoy. Creo que hubiera sido igual para que nos reconociéramos los civiles radicales de don Hipólito.

Ahora si, lector, está asegurado el arsenal á favor de los revolucionarios. Pero que conste para siempre, que no dependia de detener al general Smith únicamente, conforme lo dijo el juez cándido que me atribuyó el fracaso.

Y es necesario que conste, también, para siempre, que lo que acabamos de hacer es aceptable ó posible en un salón y haciendo maniobrar generales y soldaditos de palitos en un arsenalito de yeso; pero en el terreno de los hechos, no es posible estar de acuerdo con semejante bestialidad ó sea con la opinión de los..... idealistas que ganan batallas con los labios.



# CABEZAS DE HIERRO

## ARTÍCULO COMENTARIO

### XXVI

Cabeza dura, obstinada; persona que se aferra ciegamente en alguna opinión, que no hay quién la saque de aquello por ser incapaz de transigir, de ceder en lo más mínimo.

Sólo en cabezas de chorlito cabe inventar lo que la maledicencia imputa al narrador, y sólo de cabezas de hierro es creer á piés juntillas en la fútil invención.

Como toda farsa torpemente urdida, desde los primeros capítulos del relato se ha visto la obra de la chismografía.

Todos aparecen como unos arlequines, como saltimbanquis, representando el papel de payasos, haciendo de bufones, con más arte que aquellos que tienen por oficio divertir á las multitudes con sus ejercicios irrisorios desde un tablado.

Cuanto más se ahonda en esta intriga sobran motivos para ponerse serio, si no causara risa esta bufonada concebida por los que contribuyeron con su pequeñez moral al fracaso del movimiento.

Un hombre que tenga realmente vuelto el juicio, no da el paso revelador de enajenación mental que dieron la junta y sus cómplices á raíz del fracaso de la revolución, echando la responsabilidad de todo al narrador porque no detuvo ó asesinó al jefe de la región y se abstuvo de entregar el arsenal á



los espíritus de los revolucionarios, porque los cuerpos de éstos nadie los vió aquella noche, como no sea que estuvieran escondidos en algun astro, aguardando que el espíritu del cuerpo celeste descendiera con ellos á la tierra.

Se puede dar el caso de que se conciba una patraña, con el avieso propósito de perjudicar á alguno; pero la patraña dura lo que tarda en descubrirse.

Descubierta está la patraña maquinada por la junta y sus cómplices, con la pirámide de verdades amargas que ha levantado el narrador, y si algunos fanáticos, idólatras de una nulidad engreída, no se apean de su jumento, que quiere decir, que no reconocen el error que se señala, el juez cándido, por otro nombre el espíritu público, no tiene por qué ser cabeza de hierro, comulgando con ruedas de molino, ó lo que es igual creyendo el disparate que la Junta y sus cómplices imaginaron contra el relatante para no cargar ellos con el sambenito de su negra obra.

Estamos, pues, en presencia de una función de títeres, en la que se han destacado maestros consumados como titiriteros políticos las impenetrables é indescifrables figuras de la junta revolucionaria.

¡Haber levantado un tan alto pedestal para calocar sobre él una figurilla que de puro raquítica cae en el ridículo!

Pena de haber gastado tanta tinta en comentar una acción que acusa solo falta de substancia gris en las cabezas de los propaladores de la chismografía.

Enanos del espíritu, miopes del entendimiento, pobres de alma, aparecen en este proceso de las miserias de las figuras más salientes de un partido, los autores y cómplices de la revolución dirigida á poner un tilde deshonoroso en la conducta del narrador.

Nada de la calumnia propalada queda en pié.

Todo va cayendo, como torre que pierde el equilibrio.

No hay que golpear fuerte ya para que el castillo se desmone.



Está pulverizado todo.

¿Quién será el que no vea lo que hasta los ciegos ven?

El capitán Rosa Burgos ha triunfado.

Su triunfo, pues, significa la muerte política de los miembros de la junta revolucionaria.

Por su actitud la noche de los sucesos y por su silencio-cómplice ahora.





Lunes 6 de Agosto de 1906

XXVII

## **Arrancándole la venda á mi Juez cándido**

---

En el número anterior he sido condescendiente, al aceptar lo que hubiera sido irrealizable en el terreno de los hechos, para justificar mi conducta del mejor modo posible y ridiculizar para siempre á los que tanto han botarateado de purosintrusos. No ha sido otro mi propósito al aceptar un absurdo.

Continuaré, pues, sobre el mismo tema, prescindiendo, como es lógico, del arsenalito de yeso y de los generales y soldados de palitos.

No olvide el lector que nuestro propósito consiste en averiguar si estuvo ó nó, en el arsenal de guerra, el pérfido á que hace alusión la junta Nacional de la Unión Cívica Radical, en su manifiesto.

Hemos aceptado en el número anterior, que el general Smith



se entregaba preso sin oponer resistencia, pero ¿por qué no suponer que dicho señor en vez de entregarse preso grita á los soldados de guardia que estaban al alcance de su voz y de su vista; me insulta, me presenta su pecho descubierto, me arroja sus laureles y presillas por el rostro y hasta me abofetea para reducirme á la obediencia ú obligarme á consumir mi crimen? Es lógico que no nos apartemos de la razón y nos coloquemos en todos los casos.

Si el público bonaerense y algunos camaradas del ejército creen que un general se entrega preso á un capitán, en presencia de la tropa que comanda en jefe, es porque no saben juzgarlos, porque no se forman una idea ni aproximada de lo que son y valen, y de la inmensa responsabilidad que tienen debido al grado y alto puesto que desempeñan.

Este es mi juicio; y me parece que ninguno de nuestros generales se entregaria preso á un subalterno en presencia de la tropa que comanda en jefe. Antes de hacerlo, ó sobrevivir á semejante afrenta en un presidio, creo que se harían matar.

La cobardía es un delito que nuestros códigos militares la reprimen con penas severas, tanto más cuanto mayor es la graduación del militar que la comete. Y ante todo, lector, por la afrenta, el amor propio de un general lo obligaria indiscutiblemente á sacrificarlo todo para obtener la obediencia de sus soldados sublevados por un oficial subalterno.

Partiendo de esta base, creo que, aquella noche, estaba de más, era perder tiempo inútilmente darle orden de prisión ó de detención al general Smith porque no la hubiera acatado. Para obtener resultados positivos era preferible proceder de una vez, asesinarle en el acto y antes que penetrase al arsenal y fuese visto por la tropa. Pero, ¿acaso estaba justificado el asesinato?

¿Qué ganaba el capitán Burgos y la Revolución con el asesinato del jefe de la región? ¿Que hubiera sucedido, en el arsenal mismo, si doy muerte al general Smith, dado el estado en que se encontraban las cosas y los hombres en el interior y alrededores del edificio? Un disparo de arma en la puerta principal del arsenal, á las 11 de la noche, es de suponer que pone en



movimiento no solamente al jefe de servicio y guardias que se hallaban á treinta metros á lo sumo del lugar del hecho, sinó también á los oficiales y tropa que dormían casi en la puerta misma de entrada, al personal civil que trabajaba en el interior y aún á los vecinos de la calle Pozos frente al arsenal.

Hubiera ocurrido indiscutiblemente algo que el capitán Burgos no hubiera tenido tiempo de verlo bien y mucho menos de contarlos momentos después.

Todos hubieran corrido: las guardias y tropa franca á las armas primero y luego á ocupar sus puestos en el lugar de formación. Parte de éstos, el jefe de servicio y oficiales Nuñez y Arana, no dudo que habrían sido los primeros en encontrarse en la puerta principal con la boca de mi revolver al pecho antes de ver el cadáver del general ó saber de que se trataba.

Y en este caso, ¿que hago?

¿Cómo detengo ó procedo contra esta avalancha de hombres armados con fusil los unos, con revolver y espada los otros? ¿A quién me dirijo? ¿Contra quién disparo los cuatro tiros que contenía mi revolver? Poco había que pensar. El comandante Villamayor hubiera sido el preferido después del general y los oficiales Nuñez y Arana enseguida. Pero ¿me hubiera favorecido la suerte de las armas hasta aquí, aún en el supuesto de que mi colega Baldazarre hubiera estado de mi parte?

No es nada difícil, acepto, porque tanto el comandante Villamayor como Nuñez y Arana hubieran ido prevenidos, pero jamás pensando en que el jefe del destacamento se había rebelado contra ellos y contra el gobierno nacional legítimamente constituido ¿Y la tropa?

¿Que hubiera hecho? ¿Hubieran presenciado ó mirado con indiferencia el asesinato del general, jefe de servicio y oficiales? ¿Me hubieran obedecido ó secundado en todos mis actos ó me hubieran linchado en el acto obedeciendo á la voz de un sargento ó cabo de mi guardia ó de la de bomberos? Aceptemos el primer caso que, de cien probabilidades tenemos noventa y nueve en contra: la tropa me obedece ciegamente, forma y carga sus armas en el lugar de formación y en presencia de



más de medio centenar de obreros que sin duda alguna se habrían aglomerado en el cuerpo de guardia atraídos por las detonaciones.

Pero hagamos la salvedad, lector. La tropa hubiera formado tal vez, pero, en ese acto ó momentos antes ó después, una descarga cerrada, del interior del arsenal, hubiera dado por tierra con los héroes Burgos y Baldazarre y puesto en vergonzosa fuga á nuestra tropa, desprevenida, somnolienta, impresionada por lo que acababa de presenciar.

El «sálvese el que pueda» hubiera sido inevitable tan pronto como los batallones 1º y 10 hubieran disparado sus armas, del interior del arsenal, sobre el cuerpo de guardia ó puerta principal del mismo, pues el comandante Navarro y Mayor Medina no hubieran tenido necesidad de pasar por sobre el cadáver del centinela de mi guardia ni bien sintieran los disparos de armas, para penetrar al arsenal y correr en protección del general ó para sofocar el movimiento.

Tengo entendido que el comandante Navarro y Mayor Medina recibieron instrucciones personalmente del general Smith antes de ponerse en marcha para el arsenal; y disponían de mayor número de tropa que yo.

Creo, pues, que con lo expuesto, he conseguido mi propósito, es decir, «arrancarle la venda á mi juez cándido para que pueda ver:»

a) Que en el arsenal de guerra no ha estado el pérfido á que hace alusión la junta nacional de la Unión Cívica Radical en su manifiesto, ni el cobarde, según el coloso de la prensa Sud Americana, LA NACIÓN.

b) Que ningún asesinato estaba justificado en el arsenal de guerra porque no había ni una probabilidad de éxito á favor de los revolucionarios.

c) Que el capitán Burgos no tenía por qué declararse rebelde contra el gobierno nacional legítimamente constituido, encontrándose ausentes sus cómplices ó personas que debían ayudarlo ó secundarlo y sin que se lo ordenase la junta revolucionaria.



## EL CARGO DE UN AFLIGIDO

### MAYOR LUZ

He dicho que nadie ha tenido el coraje de acusarme á cara descubierta á excepción «de mi juez cándido».....

Sin embargo, hubo un personaje, el niño mimado de don Hipólito, que un día se permitió decir que el capitán Burgos se debió haber hecho matar, en el arsenal de guerra, cuando llegó el general. Es ocasión, pues, de que ese señor, que anda muy cerca de mí y que continua siendo el niño mimado de don Hipólito: «hable como debemos hablar los hombres ó se calle para siempre.»

Es necesario que se apersona á don Hipólito y le explique todo, «en cumplimiento de su deber.»

Ante todo debía decirle lo siguiente: Vea Doctor Irigoyen; nos hemos equivocado con el capitán Burgos al echarle la culpa del fracaso: No hemos sabido elegir la víctima.

Este oficial, Doctor, era un instrumento nuestro la noche de los sucesos, porque éramos nosotros los que debimos ordenarle que hiciese todo lo que era necesario hacer para asegurar el arsenal. El capitán Burgos no ha tenido intención de traicionar á su causa, por el contrario, se ha mantenido fiel y dispuesto al sacrificio hasta el último momento. Somos nosotros Dr. los culpables, porque en lugar de trasladarnos al arsenal, desde temprano, aquella noche, nos fuimos á mirar los escaparetes y beber un chop en la confitería de la..... «Candidez y la Confianza», hasta tanto llegase la hora de concentrarse en el arsenal.

El capitán Burgos nada podía ni debía hacer sólo, Doctor, porque así habíamos convenido.

El fué franco con nosotros al manifestar que la tarea de entregar el arsenal era ardua para él porque no tenía la influencia requerida en la tropa del destacamento, y como nosotros, ó yó, le dijera al capitán Burgos que su voluntad bastaba por



que lo íbamos á auxiliar desde el primer momento, Burgos aceptó y se comprometió bajo estas bases.

De modo que, todo está descubierto Dr. Irigoyen: somos nosotros los que no hemos cumplido con el capitán Burgos y lo peor es que:

¡¡¡Todavía le hemos querido hacer pagar los vidrios rotos!!

---

## © *imbecil ó perverso*

---

### ARTÍCULO COMENTARIO

---

#### XXVII

Está completamente descorrido el velo.

Todo va el narrador puntualizando, pecando, á las veces, de prolijo, en el exámen de los extremos que se aclaran, para que el pueblo que dió crédito á las mil y una versiones propaladas á raíz del fracaso de la revolución con el fin de deprimir al relatante, se convenza de que ha sido una mentira muy grande.

Acábase hoy de poner de bulto la injusticia del cargo que se imputara al narrador, cual es el de que el movimiento fué sofocado porque no arrestó ó asesinó al general Smith cuando éste llegó al arsenal.

Analícese, serenamente, uno por uno, todos los factores que habrían intervenido la noche de los sucesos, dado que el relatante hubiera procedido contra el jefe de la región; deménúcese, asimismo, las instrucciones de caracter pasivo que el capi-



tan Burgos tenía; penétrese el lector de la situación de los revolucionarios, quienes lejos de estar en el arsenal de guerra, solo Dios sabe donde estarían; y enlazando un detalle con otro y apreciándolo todo desapasionadamente, convendrá en que el relatante procedió bien, pues si hace otra cosa comete uno de esos disparates que habría afectado al partido, al ejército y á la nación entera, por las proporciones que hubiera tenido el atentar contra el general Smith, y contra cuantos enfrente tenía.

Todos los cargos se recogen y se puntualizan con una dialéctica que convence al más terco.

Es inicuo cerrar los ojos á la evidencia.

Nada queda dicho con medias palabras, veladamente, sino en crudo.

Todo va pasando como por un alambique para que hasta lo más sutil quede sujeto al exámen y la obra de la chismografía aparezca para siempre destruida á los golpes de la fria analizadora razón.

Una vez más se convencerá el pueblo, leyendo lo que el relato dice, de que por haber sido cándido, creyendo como un niño, todo cuanto los aflijidos inventaron, fué un inocente al banquillo en que debieron sentarse los propaladores de la patraña, y se le condenó ni más ni menos que por que se hizo carne en el espíritu público las inveraces y canallescas versiones que pasaron de boca en boca contra el narrador cuando éste estaba amordazado y en condiciones que no le era dado hablar.

Se ha procedido, pues, por todos con excesiva injusticia, al juzgar al relatante por una invención nacida á raíz del fracaso del movimiento, con el propósito de hacer pesar sobre quien menos culpa tuvo la culpa de todo, de todo lo que hicieron los inventores de la grosera calumnia.

Hoy ya no se necesita cavilar mucho para encontrar al pérfido y al delator de que se habla en el manifiesto de la junta revolucionaria.

Dentro de las filas de los mismos que embozadamente hacen el



cargo, hablando de delación y de perfidia, encontraría el lector, sin hacer un gran esfuerzo, á los que empujaron el movimiento del 4 de Febrero al fracaso.

La luz está hecha.

Los que hayan leído todos los capítulos que sobre estos sucesos van publicados, no les costará mucho descubrir á los autores de la gran infamia que atribuyeron el fracaso de la revolución al capitán Rosa Burgos.

Ya el país conoce á los verdugos y á la víctima.

Si con lo expuesto por el relatante en el relato de hoy no se quita el pueblo por sus mismas manos la venda que le pusieron los propaladores de la chismografía, habrá sobrados motivos para creer que es ó "imbécil ó perverso."





Martes 7 de Agosto de 1906

## *El cargo de un aflijido*

---

(CONTINUACIÓN)

---

### XXVIII

El aflijido, cuyo nombre reservo, porque nada gano con darlo á la publicidad, debiera continuar diciéndole al Doctor Irigoyen: Hemos faltado Dr. al compromiso contraído con el capitán Burgos; le hemos querido hacer pagar todos los vidrios rotos, hemos faltado á un deber sagrado abandonándolo aquella noche primero, en el banquillo del acusado y en su prisión después; y lo hemos vuelto á traicionar dejándolo de lado desde que llegó á esta capital á principio de Marzo, después de haber cumplido un año de prisión.

Nosotros somos los canallas, Dr. Irigoyen, y los culpables del fracaso, porque la revolución no ha fracasado por la delación y la perfidia, sino debido á la candidéz, la confianza, la torpeza y la ineptitud nuestra, porque éramos nosotros los



encargados de ilustrarlo á Vd. y demás miembros de la junta y tenerlos al cabo de todo lo que ocurría aquella noche.

Nosotros somos los culpables, doctor, porque debimos pedir autorización de la junta para llevarle los elementos que necesitaba el capitán Burgos y poner en práctica el plan del arsenal desde muy temprano; y si hubiéramos tomado esta medida nos burlamos indiscutiblemente de los delatores y pérfidos á que hace alusión el manifiesto. Pero como nada hemos hecho, doctor Irigoyen, y el capitán Burgos estaba solo esperando nuestras órdenes y rodeado de medio centenar de hombres que no respondían á la revolución, era lógico que continuase esperando órdenes si lo acababan de rodear otro medio centenar de hombres contrarios á nuestra causa.

Somos nosotros la canalla, doctor, pero el responsable ante el capitán Burgos es Ud.

## **LAS CAUSAS DEL FRACASO**

### **LOS CULPABLES Y ÚNICOS RESPONSABLES**

A pesar de que me considero enteramente satisfecho por haber levantado los cargos que se me imputaron por boca ajena, y destruido la serie de versiones calumniosas, pérfida y cobardemente tramadas que se hicieron correr con el fin de responsabilizarme del fracaso de la revolución, creo es de mi deber, —para vindicarme mejor y probar mi irresponsabilidad del todo,—dejar constancia de las principales causas del fracaso; y fundar mi acusación contra los jefes de la revolución y sus ayudantes. Para mí no son otros los culpables ó responsables del fracaso.

LA REFORMA, en su artículo comentario dijo: «la revolución fracasó algunas horas antes ó después de la llegada del general Smith » .

Muy bien dicho: estoy de acuerdo y sostengo esta afirmación que no es sino la verdad desnuda. En efecto. «La revolu-



ción ha fracasado antes de la llegada del general Smith al arsenal, ¿por qué? En primer lugar, porque la junta revolucionaria y los revolucionarios propiamente dicho, si algo hicieron antes de las once de la noche, fué para precipitar la derrota.

La junta revolucionaria estaba, sepa Dios donde, en lugar de constituirse en su puesto, en el arsenal de guerra, desde las primeras horas de la noche. Esta medida de orden y de seguridad se imponía bajo todo punto de vista, porque después de las nueve de la noche no era posible suspender el movimiento, so pena de dejar las provincias abandonadas y entregadas á su propia suerte.

A los señores miembros de la junta no se les vió, pues, en donde debió vérselos. ¿Que dificultad hubieran encontrado para penetrar é instalarse en el arsenal de guerra aún á las ocho de la noche? Absolutamente ninguna, una vez puesto en práctica con el mayor sigilo el plan convenido anticipadamente y sin disparar un solo tiro: esto no es problemático, míresele por el lado que se quiera. Instalada en el arsenal de guerra la cabeza de la revolución, á las nueve de la noche, podía contar con decididos elementos para hacer estallar el movimiento á cualquiera hora y sostenerse, aun en el supuesto de que el gobierno haya estado al cabo de todo y podido tomar medidas para sofocarlo. Antes de dejar abandonadas á las provincias, era deber de los miembros de la junta «sacrificarse todos juntos», todos sin excepción: doctores, generales, coroneles y sus niños mimados.

¿No pensarían en que después de las nueve de la noche era imposible dar contraorden á las provincias? Es de creer que esto ha sucedido en el seno de la junta, si no, se hubieran tomado medidas de precaución al respecto. Pero, lo peor es que la junta revolucionaria no dió señales de vida hasta las 11 de la noche, hora en que llegó el general Smith al arsenal de guerra.

¿Donde estaba reunida, discutiendo, deliberando o actuando la junta revolucionaria, de 9 á 11 de la noche? En honor á la



verdad, declaro que no sé donde se encontraban los jefes de la revolución; pero, según versiones casi autorizadas, la junta revolucionaria se encontraba reunida en un lugar fuera del radio de la capital federal desde las primeras horas de la noche ¿Que medidas tomó la junta revolucionaria, que órdenes impartió hasta las 11 de la noche?

No lo sé, porque como he dicho antes, no fui á recibir órdenes personalmente; pero, á juzgar por los hechos, parece que dichos señores se han mantenido en actitud pasiva hasta tanto llegase la hora de dar el golpe. ¿O habrán sido desobedecidos ó mal secundados por sus ayudantes? (Misterio!) .....

He aquí el secreto para dar con los culpables directos del fracaso! En el manifiesto se habla «de delación y perfidia»; ¿donde los encontraremos á los delatores y pérfidos? ¿En el seno de la junta revolucionaria ó entre sus numerosos ayudantes? No es posible concebir que la revolución haya fracasado por perfidia de un jefe de canton, porque un canton más ó menos no podia influir en la revolución hasta el extremo de hacerla fracasar tan vergonzosamente.

Desde luego, pues, la revolución ha fracasado antes de las once de la noche porque la junta revolucionaria no tomó medidas de precaución desde temprano, y se limitó á impartir órdenes enteramente pasivas, «de concentración únicamente» para después de esta hora ó tres de la madrugada del día 4. ¿O es que la junta fué desobedecida ó mal secundada por sus ayudantes en el supuesto caso de haber impartido órdenes acertadas para prevenirse desde el primer momento? (Misterio!)

Pero, ¿dónde estaban sus ayudantes, que medidas tomaron hasta las once de la noche, qué hicieron, ya que la junta les hizo el honor de confiarles el todo, instalándose en Ramos Mejía, San Fernando ó en Lomas... del diablo, para dejarles mayor libertad de acción? Están los hechos en pié lector.

No tenemos necesidad de conocer ni de nombre á los ayudantes. Nos basta dar una rápida ojeada al estado general en que se encontraban las cosas y los hombres de 9 á 11 de la



noche en la capital federal, y muy especialmente en el arsenal de guerra, alma y arma de la revolución. Al encargado de entregar el arsenal de guerra, se limitaron á comunicarle que en la madrugada del día 4 estallaríá el movimiento. Esto es todo lo que han hecho los representantes de la junta, en el arsenal de guerra, es decir, los que tenían que entenderse conmigo, los encargados de transmitirme órdenes de la junta revolucionaria.

De donde se deduce que esperaban la hora fijada por la junta para recién obrar todos aquellos que estaban encargados de la concentración de revolucionarios en el arsenal de guerra.

La revolución fracasó, pues, antes de las 11 de la noche por las causas enunciadas; estábamos descubiertos desde muy temprano; enteramente desprevenidos, disgregados, sin instrucciones, sin santo y seña para reconocernos, y sin elementos para contrarrestar las medidas que el gobierno tomaba á fin de sofocar el movimiento.

Y en donde falta la cabeza ¿quién diablo hace nada bueno? ¿Quién es aquel que se atreve á proceder por propia iniciativa en un asunto de tanta magnitud y sin tener una sola probabilidad de éxito, ni un hombre adicto para transmitir una orden?.

Pero la revolución fracasó desde temprano, lector. Y no por la delación y la perfidia, sino por la candidez, la confianza, la torpeza y la ineptitud de todos aquellos que debíamos actuar en puestos de importancia. Yo por mí parte cometí la debilidad y la torpeza de entregarme de instrumento á camaradas sin aptitudes para representar ó sustituir á los jefes de la revolución en el arsenal de guerra.

Reconozco mi error porque es de mi deber reconocerlo.

Me he confiado en ellos porque los consideré aptos y es por esto que me crucé de brazos; y, cuando quise acordar, ya era tarde, me encontré solo entre un círculo de bayonetas....

(CONTINUARÁ)



# EN CARNE VIVA

---

## ARTÍCULO - COMENTARIO

---

### XXVIII

La junta revolucionaria está vencida.

Vencida y humillada.

Ha creído que con callar la voz pública diría que la razón estaba de parte de la junta, pero la junta no comprende, dentro de la terquedad del silencio en que se ha encerrado, que su mutismo pone de manifiesto y patentiza cada día que nadie más que ella es la responsable del fracaso de la revolución.

Ha exprimido tanto la materia el relatante, ha ido tan lejos en el escudriñamiento del estado de los hombres y las cosas la noche de los sucesos, que callar es reconocerse la junta culpable, porque tal vez si habla no sepa la junta dar una explicación clara y precisa de lo que hicieron ella y sus cómplices la noche del frustráneo movimiento.

Lo que parecia laberinto es una calle recta por la que el lector penetra hasta lo más recóndito de lo que ha acaecido.

Si siguen mudos, no porque callan serán menos culpables que si hablaran, y si se resuelven á hablar ¿qué podrán decir que diga que el relatante no está en lo cierto de lo que dice?

La junta más que vencida y humillada, está deshecha, pulverizada.

¿Que la culpa no es de la junta, sino de sus ayudantes, que no cumplieron con el deber de encontrarse donde faltó la junta?

Todos, pues, son responsables, es decir, los ases, las cabezas,



los directores, los que impulsaban y compelian el movimiento todos, menos el narrador.

Esto se patentiza en el relato de hoy.

Lo que hace, pues, el relatante, es herir en carne viva, hacer hincapié en lo que ha expuesto otras veces, poner de relieve una vez más el atolondramiento, la ineptitud, la torpeza, la cobardía y la traición de la junta y sus cómplices, resultante quizás del grito de sálvese el que pueda, dado en momentos en que no era la dispersión y el desbande, sino una resolución suprema, salvadora de la crítica situación de todo y de todos, lo que se imponía.

Añicos hace el relatante á la junta y al montón de aflijidos, propaladores de la patraña, y sólo un hábil y competente artifice podría unir los fragmentos de la junta para que tornara á ser lo que fué.

Nada queda ya de ella como personalidad prestigiosa capaz de acaudillar un partido.

El relatante ha llegado hasta la médula de la torpeza de la junta y la ha puesto desnuda, desnuda de méritos, para que una vez por todas caiga la venda de los ojos de aquellos que no han querido ver la verdad, la verdad del fracaso de la revolución, atribuyéndolo á quien merece más bien loa que vituperio.

En carne viva, pues, como decimos, se hiere hoy á la junta y sus cómplices para que de aquí adelante queden políticamente inutilizados para entender en cuestiones tan árduas como la dirección de un movimiento revolucionario, que necesita de hombres de acción para acometer la empresa, y de caracteres para asumir la responsabilidad de lo que resultase: dos virtudes que no han tenido, que sería ridículo si pretendieran decir que tienen aquellos que en la noche de los sucesos se habrán hallado en todas partes... en espíritu, pero exponiendo sus vidas no estuvieron en ninguna.





Miércoles 8 de Agosto de 1906.

# LAS CAUSAS DEL FRACASO

## Los culpables y únicos responsables

---

### XXIX

Si algo hicieron los ayudantes ó representantes de la junta revolucionaria antes de las 11 de la noche, fué para precipitar la derrota, decía en mi número de ayer. Y hoy, para fundar mi acusación y probar del todo que la revolución fracasó antes de dicha hora, diré que no hicieron nada bueno. La junta revolucionaria y sus ayudantes son, pues, los culpables y únicos responsables del fracaso.

La junta es responsable, porque no estuvo en el lugar donde su presencia era indispensable y necesaria bajo todo punto de vista, y por que no supo impartir sus órdenes y exigir su fiel cumplimiento.

Si la junta revolucionaria hubiera estado en su puesto ó en las proximidades de él, habría tenido conocimiento oportuno



de todo lo que ocurría en perjuicio de la causa; pero como se encontraba, según versiones, en Ramos Mexía, ó San Francisco ó en Lomas.... del diablo, justo era que supiese todo, al cabo de dos horas, ó sea cuando todo se lo llevara Satanás.

Los ayudantes encargados de transmitir órdenes también son responsables, porque eran los únicos que conocían el plan general del movimiento, las instrucciones reservadas que tenían los jefes de distintos grupos y cantones, como así mismo la situación general de los revolucionarios y estado en que se encontraban las cosas; y por consiguiente, eran los únicos habilitados para sustituir en todas partes á los miembros de la junta revolucionaria y ordenar que se haga á las 11 de la noche lo que debió hacerse á las 3 de la mañana.

Es decir, debieron precipitar el movimiento, invocando la orden de la junta, en lugar de cruzarse de brazos, ponerse á discutir en la calle porque se dejó escapar la presa..... ó mandarse mudar á sus casas.

¿Quien se hubiera negado á cumplir las órdenes de los ayudantes de la junta revolucionaria?.

Absolutamente nadie, creo, porque eran ellos los encargados de la concentración y transmisión de órdenes. Faltó, pues, un poco de materia gris en el cerebro de estos señores y muy especialmente en el de los que debieron entenderse con el burro del arsenal. ¡Imposible que lo hayan hecho con premeditada intención de traicionar á la causa!.

Si hubiera habido un cerebro entre estos niños mimados de don Hipólito, la delación y la perfidia se habrían estrellado y hecho añicos aquella noche contra las medidas de orden y de precaución que se hubieran tomado con la mayor reserva tanto en el arsenal como en todas partes.

Las causas que originaron el fracaso antes de las 11 de la noche las vemos patentes.

Estábamos descubiertos desde muy temprano; en el arsenal de guerra todo estaba como de costumbre cuando por orden de la junta revolucionaria ó porque alguien se le antojara, tal vez, fueron á secuestrar al jefe del destacamento de la cárcel peni-



tenciaria, á las nueve de la noche, y sin decirle ni una palabra al burro del arsenal.

A todos consta que este golpe falló, y según se dice, fué el jefe del destacamento de la carcel penitenciaria quien dió aviso por teléfono, á la superioridad, de lo que ocurría.

¿Que hicieron los revolucionarios, ayudantes ó representantes de la junta, y la junta misma, cuando fracasó el secuestro predicho? ¡Solo ellos lo saben! Esto ha quedado en el mayor misterio siendo que es la causa primordial del fracaso de la revolución.

Si el encargado de secuestrar al jefe del destacamento de la cárcel penitenciaria fué desgraciado y no consiguió su propósito, ¿por qué se cruzaron de brazos los jefes de la revolución, sus ayudantes, sus representantes y demás personal encargado de la concentración y transmisión de órdenes?

Aquí está la clave, lector.

La junta nacional de la Unión Cívica Radical atribuyó el fracaso «á la delación y la perfidia», é indicó con mano ajena y misterioso como que el pérfido estaba en el arsenal de guerra.

¡Esto es inhumano, bajo, ruin, cobarde, miserable!... Oiganlo bien los jefes de la revolución y los niños mimados de don Hipólito: han preferido traicionar sus conciencias y faltar á deberes sagrados para sacrificar al noble y generoso correligionario que los salvó del presidio y les ocultó sus errores.

¿Donde está el mal que ha ocasionado la delacion y donde los pérfidos? Ni los de casa lo vemos. En cambio se destacan de bulto la serie de errores que han cometido la dirección del movimiento y los que los rodeaban ó secundaban. A las nueve de la noche falló el golpe en la carcel penitenciaria y hasta las 11 nadie hizo nada.

El arsenal de guerra, alma y arma de la revolución, asiento de la dirección y foco de concentración, continuaba en poder del gobierno y completamente abandonado por los revolucionarios. En dos horas nada hicieron, ninguna medida tomaron ni por via de precaución; y continuaron como siempre espe-



rando la hora, mirando los escaparates y bebiendo chop. Y tuvieron coraje de atribuirle el fracaso al capitán Burgos. iii.....!!!

¿Qué convenia hacer, pues, tan pronto como fracasara el secuestro del jete del destacamento de la cárcel penitenciaria? Precipitar el movimiento de concentración por lo menos, porque ya era tarde para retroceder ó dar contra órdenes.

Debieron haber corrido todos á sus puestos, en lugar de irse á sus casas ó ponerse á discutir en la calle, como lo hicieron algunos. Si les faltó coraje para asumir las responsabilidades y el mando de la junta revolucionaria, hubieran tenido la delicadeza de quedarse por lo menos en las proximidades de sus puestos, hasta tanto llegase la hora de cumplir con la palabra de honor empeñada. Hubieran dado cuenta de lo que ocurría á la junta revolucionaria ó pedido instrucciones para proceder, y no mandarse mudar dando el grito de «sálvese el que pueda.» ¿O contaban de antemano con la protección del jefe de la revolución para que quedase en el misterio la traición y perfidia con que debían conducirse en un momento difícil...?

¡Apuntes para la historia.....! Tomen nota los que quedan!.....

Quedan, pues, enunciadas las causas que originaron el fracaso antes de las 11 de la noche ó sea antes que llegara el general Smith al arsenal de guerra.

Si el lector ha seguido el hilo de mi narración desde los primeros capítulos, recordará que en ninguno de ellos he omitido detalles para justificar mi conducta, la de mis cómplices y la de los jefes de la revolución.

Hasta las 11 de la noche todo marchaba á las mil maravillas en el arsenal de guerra; ya estaba, pues, en contacto directo, con el encargado de transmitirme las órdenes de la junta revolucionaria, y si nada hice fué porque nada me ordenaron: mi consigna era la de esperar órdenes y á mis cómplices.

Llegó el general Smith, lo recibí como era de mi deber y sin traicionar á mi causa. El encargado de trasmitirme las ór-



denes de la junta revolucionaria tuvo conocimiento de la llegada del general y de la de los batallones 1º y 10 de Infantería. ¿Que hizo este personaje? Lo que hicieron todos, lector; se fué para no volver más.

¿Que hicieron los jefes de la revolución cuando tuvieron conocimiento de la presencia del jefe de la región en el arsenal de guerra? No sé, lo he dicho más de una vez. No pisaron el arsenal en toda la noche. Paréceme que consideraron todo perdido ó se dió el grito de «sálvese el que pueda».

¿Quién tiene la culpa del fracaso? ¿Quiénes son los responsables?

Los jefes de la revolución y sus ayudantes, repito, que hicieron fracasar el movimiento antes de las 11 de la noche y se convirtieron en humo después de esta hora, en lugar de hacer un pequeño esfuerzo para reaccionar con el sobrado elemento que tenían relativamente muy á mano.

(CONTINUARÁ)

---

# CORDON DE FUEGO

---

## ARTÍCULO COMENTARIO

---

### XXIX

Si el cordón sanitario se forma, por prescripción médica, para que el contagio no se extienda, y de ese círculo no se sale, como no se pasa del límite, el cordón de fuego viene á ser como una estrecha órbita dentro de la cual queda forzosamente encerrado aquello que se quiere que sucumba.



En este cordón de fuego ha encerrado el narrador á la junta revolucionaria; la revolución fracasó antes de las once de la noche.

Rompan si pueden, este cordón, la junta y sus cómplices.

Estrechados están dentro de esta órbita.

¿Que dicen?

¿Pueden ya quedar en pié las invenciones propaladas por los responsables del fracaso?

¿No créé el lector que es hora de que los únicos culpables, que no son otros que los propaladores de la chismografía, se quiten la careta y confiesen sus yerros?

¿Que más se puede decir de lo que se ha dicho?

¿No está claro, manifiesto, patente, que el fracaso se debe á la junta y sus ayudantes ó cómplices?

¿Quieren que se les nombre?

Nombrados están todos, con solo decir, como dice el relato que los directores del movimiento son los factores que han contribuido para que la revolución fracasara antes de las 11 de la noche, es decir, cuando debieron haberse movido para impedir ó que se sofocara la revolución, ó que ésta se malograra con la ridícula nota que la batalla se ha perdido.

Ni callando, ni hablando, puede ya sincerarse la torpe, inepta é irresoluta junta revolucionaria.

El relatante ha llevado tan formidable ataque á las trincheras de la junta, que la ha desalojado de ellas para que no pueda recuperarlas.

No se había vagamente, poniendo en cada capítulo pura palabrería, diciendo las cosas de modo que no arrojen luz, sino por el contrario se concreta, se puntualiza, se precisa todo, encerrando, como decimos, á los culpables del fracaso en un cordón de fuego, para que sucumban á los golpes de la dialéctica con que se pone de relieve su falta de buen sentido la noche de los sucesos.

Ya saben el país y el partido radical que la revolución del 4 de Febrero fracasó antes de las once de la noche por ineptitud de la junta revolucionaria.



Jueves 9 de Agosto de 1906

## **Las causas del fracaso**

### **LOS CULPABLES Y ÚNICOS RESPONSABLES**

#### **XXX**

¿La revolución fracasó cuando llegó al arsenal de guerra el jefe de la región? No; ya lo he probado con argumentos irrefutables. El jefe de la región tomó posesión del arsenal de guerra después que el gobierno nacional tomó otras medidas de precaución en diversos puntos de la ciudad y sin que los revolucionarios opusiesen resistencia.

Cuando el jefe de la región llegó al arsenal de guerra, los revolucionarios nada bueno habían hecho, ni aún se habían concentrado en sus puestos: estaban ajenos á las medidas que tomaba el gobierno para sofocar el movimiento tan pronto como estallara. Esto se desprende de los hechos mismos: dése una ligera ojeada á la situación general y estado en que se encontraban las cosas y los hombres en el arsenal de guerra para



convencerse una vez más.

¿Quién es, pues, el culpable ó responsable del fracaso? ¿Puede responsabilizársele al capitán Burgos que ha permanecido á la espera de órdenes, completamente ajeno á lo que ocurría fuera de los muros del arsenal, y enteramente confiado en la dirección del movimiento y demás personajes encargados de transmitirle órdenes? ¿O es la junta revolucionaria que no ha sabido aprovecharse del sobrado elemento de que disponía y de la lentitud con que procedía el gobierno nacional para sofocar el movimiento, del que tuvo conocimiento desde muy temprano? Mi acusación contra la junta revolucionaria está fundada: es la única responsable del fracaso.

Su conducta dejó mucho que desear antes de las 11 de la noche, y es por esto que la revolución fracasó antes de esta hora.

La conducta de los señores miembros de la junta y la de sus numerosos ayudantes, después de la llegada del general Smith al arsenal de guerra, es pésima, detestable, indigna. ¿Qué hicieron cuando tuvieron conocimiento de que el jefe de la región había tomado posesión del arsenal de guerra? Algo que es bueno que conste para entera satisfacción de los que se sacrificaron por la causa de la revolución.

Todos se convirtieron en humo; nadie fué al arsenal á cerciorarse si estaba todo perdido ó había alguna probabilidad de éxito.

El jefe supremo de la revolución, según informes, se halló á dos cuadras del arsenal una hora después que llegó el jefe de la región y como le dijera alguien que éste estaba en el arsenal, aquél se hizo humo.

Otro miembro de la junta parece que llegó hasta muy cerca de la puerta principal, pero, tan pronto como le hicieron saber que el general Smith estaba en el interior del edificio, desapareció para no volver más.

El encargado de transmitirme órdenes se fué á su casa y se metió en cama á las 12 y 1/2 de la noche, y como al siguiente día se citara á todos los militares de la guarnición á recibir



órdenes, este señor se presentó al gabinete militar «muy orondo» y se puso á las órdenes del gobierno nacional.

El niño mimado de don Hipólito, que debió actuar en el arsenal de guerra desde muy temprano, se encontraba de 12 á 1 en el Sportman, y en viaje á Montevideo en la mañana del 4. Fué el que, según informes, dió contra orden en el Hospital y otros puntos.

Los demás miembros de la junta y ayudantes, siguieron distintos rumbos y sin dejar la menor huella de sus pisadas. Esta es la verdad, lector. No miento porque no tengo necesidad, de nada me sirve la falsía ¡Y tuvieron coraje para señalarme con mano ajena y herirme en lo más hondo de mi honor de caballero y de militar, fraguando un cheque é inventando un montón de disparates!

Bien. ¿Por qué procedieron de este modo la junta revolucionaria y sus ayudantes? ¿Considerarian todo perdido con la presencia del jefe de la región en el arsenal de guerra, ó no tuvieron valor para reaccionar, á fin de salvar la situación ó el honor, por lo menos? Sea cual fuere la causa que hayan tenido para darse á la fuga, la traición, la cobardía y la ineptitud están patentes. La revolución habia fracasado, pues, antes de estallar, en la mente de los directores y ayudantes del movimiento, no cuando llegó al arsenal el jefe de la región.

Consideraron todo perdido por el terror pánico que se apoderó de muchos, siendo que todo se pudo salvar en una hora, aún á costa de grandes sacrificios. De 11 á 12 de la noche el gobierno nacional contaba en el arsenal de guerra con un reducido elemento para sofocar el movimiento de reacción que la revolución pudo emprender. Mírese por el lado que se quiera, y se llegará á la conclusión de que, la revolución, tuvo sobrado tiempo de concentrar en el arsenal de guerra, en el transcurso de una hora, el elemento suficiente para dar el grito de revolución con algunas ó muchas probabilidades de éxito. No soy idealista, pero tampoco me cuento en el número de los que creen que la victoria se alcanza sin comprometer ó exponer el número uno....



¿Quisieron evitar un derramamiento de sangre? No estamos de acuerdo; los de casa . . . no creemos en semejante cosa; además los hechos están en pie. Ha faltado coraje y talento, por que nadie aprovechó la ocasión que nos proporcionó nuestro adversario al dejarnos en completa libertad de acción durante toda la noche y con las armas en las manos. Esta ventaja unida á la facilidad con que se pudo llevar al arsenal todo el elemento que la revolución tenia muy cerca, á quinientos metros, nos hubiera permitido salvar el honor por lo menos. Este es mi juicio y aún más; mucho se pudo hacer de 12 á 3 de la madrugada del día 4, porque hasta esta hora, el gobierno nacional ó los que lo representaban en el arsenal de guerra, estaban completamente desorientados, peor, mil veces peor, que los revolucionarios! . . .

Por las causas expuestas, sostengo, pues, que la revolución no fracasó cuando llegó el general Smith al arsenal. Habia algunas probabilidades de éxito siempre que hubiesemos podido ponernos de acuerdo para reaccionar.

¿Qué hubieran hecho el ministro de la guerra y el general Smith si se presentan al arsenal de guerra veinte ó treinta oficiales revolucionarios á recibir sus órdenes? Lo que hicieron con todos: darles mando de tropa á los unos y dejarlos esperando órdenes á los otros. Y en este caso ¿quién contaba con mayor elemento en el arsenal?

¿De quién hubiera sido la victoria si de once á doce y media ó una, se dá el grito de revolución en dicho establecimiento?

Fuí minucioso en los detalles para que mis camaradas, muy especialmente, puedan dar su fallo con sobrado criterio. El triunfo hubiera sido indiscutiblemente, de la revolución, porque el gobierno no podia contar con la tropa si al frente de ésta se paran unos oficiales mientras los otros caen revólver en mano, contra los pocos jefes, muy pocos, que habia en el arsenal á las horas indicadas. Debo advertir que los jefes de cuerpo, comandantes Navarro y Soria, se hallaban casi siempre alejados de la tropa, como así mismo el jefe de servicio comandante Villamayor. La tropa del 1º y 10 que estaban en la azotea se



hallaba al manno de oficiales casi siempre; y la del 3° que estaba en la planta baja, á mis órdenes directas.

El general Smith ya he dicho que estaba ciego, desorientado y sin rumbo.

Pero, los jefes de la revolución y los niños mimados de don Hipólito (los ayudantes ó secretarios privados), prefirieron entregarse á la fuga, antes de poner de su parte todos sus esfuerzos para cerciorarse si realmente estaba todo perdido ó habia alguna probabilidad de éxito. Prefirieron la traición al sacrificio, la cobardía antes de molestarse por lo menos para salir de duda y detenerse un momento á indagar. Y finalmente prefirieron que todo se perdiera, — ¡hasta el honor! — por no afrontar las responsabilidades como era de sus deberes, presentándose en el sitio donde mayor peligro habia para algunos subalternos que por mantenerse en sus puestos y fieles á la causa estaban expuestos á un abuso del enemigo indignado y orgulloso de su triunfo.

(CONTINUARÁ)

## LA CULPA DEL ASNO....

---

### ARTÍCULO-COMENTARIO

---

#### XXX

Treinta artículos llevamos escritos sobre la misma materia y por ninguna parte aparece una sola protesta contra las gravísimas revelaciones que arroja la narración de los sucesos del 4 de Febrero.

Queda, pues, abrumadamente probado que la junta y sus cómplices son los únicos culpables del fracaso de la revo-



lución.

Queda igualmente probado que la revolución no fracasó por la llegada del general Smith al arsenal ni por haber tomado posesión de éste el jefe de la región.

Se desprende del relato que todo era desquicio entre los elementos que componían la Junta; que más que cabezas capaces de dirigir un movimiento de la magnitud del del 4 de Febrero, parecían esculturas de carne, seres sin una fibra sensible, inútiles para ponerse al frente de un acontecimiento de la trascendencia del sofocado la noche de los sucesos, pues lejos de desafiar el peligro, en lugar de proceder con denuedo, cometieron una tan censurable cobardía que merecen que se les dirija, á modo de apóstrofe terrible las palabras de la madre de Boabdil el chico:

«Llorad como mujeres, ya que no supisteis sucumbir como hombres.»

¡Cuán vituperable aparece la Junta después del fracaso!

¡Con qué indelicaza procedieron, los inventores y autorizadores de la patraña, permitiendo que se señalase como culpable del fracaso al relatante, cuando en la conciencia de la Junta estaba, la noche de los sucesos, á raíz de haber sofocado el gobierno el movimiento, que ella, la junta era la culpable de todo.

Patente está, en el relato de hoy, lo que hicieron los jefes de la revolución y sus ayudantes en el momento en que, debiendo haber acometido con valentía la empresa, abandonaron todo, cometiendo así un acto de traición innegable con el narrador, con el partido, con la bandera y con la causa.

Ella misma, la junta, se ha encerrado en un círculo de hierro, autorizando ó inspirando versiones que á la larga el tiempo se ha encargado de destruir cuando el relatante ha puntualizado los hechos.

Si no fracasó la revolución ni por la presencia del jefe de la región en el arsenal ni por que de éste tomó posesión el general Smith, claro es que fracasó por lo que ya hasta el cansan-



cio se ha dicho, esto es, por la ineptitud, la torpeza y el atropellamiento de la junta, que apenas si tuvo tiempo para gritar: sálvese el que pueda.

Pronto parécenos que vamos á llegar al desenlace, á juzgar por la extensión que al relato se le ha dado, y porque el relataste cree que con lo expuesto queda suficientemente demostrado quienes fueron los leales y quienes los desleales, los que estuvieron en su puesto y los que no acudieron á ocuparlo la noche de los sucesos.

¿Que más se puede decir si ya está dicho todo?

Queda por decir algo más, lo que dice el relato de hoy, á saber: que si el comportamiento de la junta y sus ayudantes fué desde todos los puntos de vista censurable antes de las once de la noche, la dispersión, el pánico, y la cobardía con que procedieron después de las once, es asqueroso, es ruin, es bajo, es indigno.

Y sobre todos los yerros que cometieron, el más saliente, el de más bulto, el que más los deshonra, es, como arriba decimos, haber consentido que se propalase con visos de verdad, á sabiendas de que era falso, de que era calumnioso, de que era canallesco, de que era innoble, de que era injusto, que el relataste fué el culpable del fracaso, siendo que si la revolución no triunfó débese á la junta misma por la torpeza, ineptitud y desquicio con que se ha llevado á cabo el movimiento subversivo.

La culpa del asno la han echado á la albarda, ó lo que es igual, atribuyeron al narrador la falta que había cometido la junta y sus cómplices.

Y-esto no es propio más que de hombres sin pudor.





Viernes 10 de Agosto de 1906

# LAS CAUSAS DEL FRACASO

Los culpables y únicos responsables

## XXXI

¿La revolución fracasó después de la llegada del general Smith al arsenal de guerra?

Ya hemos sostenido esta teoría y la hemos fundado con argumentos irrefutables. Hasta las tres de la madrugada del día 4, hora en que recién comenzaron á llegar al arsenal algunos correligionarios, había probabilidades de éxito á favor de la revolución y como no las supieron aprovechar, el fracaso fué definitivo.

Tengo entendido y me consta de buena fuente que, la revolución tuvo elementos decididos hasta la madrugada del día 4, y muy cerca del arsenal de guerra; pero como los jefes de la



revolución se entregaron á la fuga tan pronto como tuvieron conocimiento de la presencia del general Smith en el arsenal, todo se perdió: quedando, por lo tanto, todos entregados á su propia suerte y reducidos a la impotencia.

Faltó, pues, el alma de la revolución, que no era otra que la decisión, la valentía y el arrojo que debieron aportar en ese momento para salvar la situación aprovechando la vacilación y la incertidumbre del gobierno y las muchas seguridades de éxito que militaban de nuestra parte.

Es, pues, por esta circunstancia, que sostengo que la revolución fracasó después de la llegada del jefe de la región al arsenal de guerra.

Júzguesele del modo que se quiera, el arrecife en que se estrelló el movimiento revolucionario, en la madrugada del 4, ó sea después de la llegada del general Smith, ha sido la ausencia absoluta de la junta revolucionaria del puesto en que debió encontrarse.

Dejo al criterio de los elementos conscientes la apreciación imparcial de cuanto voy narrando.

## LA CONDUCTA DE LA JUNTA DESPUES DEL FRACASO



La conducta de la junta revolucionaria ó representantes del partido radical, después del fracaso, es el testimonio más elocuente de su culpabilidad y desquicio.

El gobierno nacional tomó medidas de precaución desde muy temprano y, á pesar de esto la revolución estalló en algunos puntos á la hora fijada por la dirección del movimiento. Varias comisarias fueron tomadas por los revolucionarios en la madrugada del día 4; esto no es un secreto. Bien. ¿Por qué permitió la dirección del movimiento que se sacrificasen



inútilmente un puñado de correligionarios? ¿Por qué se les dejó en lo estacada y no se les dió contra orden, si es que el movimiento se suspendió ó quedó sin efecto por orden de la direcció? La respuesta está dada desde los primeros capítulos. Así como al capitán Burgos se le dejó abandonado ó esperando órdenes... así también quedaron todos aquellos que no alcanzaron á oír el grifo de «sálvese el que pueda».

Más aún. ¿Que hicieron los jefes de la revolución cuando fueron reducidos á prisión algunos subalternos? Tampoco es un secreto que no afrontaron la responsabilidad los que estaban en el deber de afrontarla.

A todo el país le consta la conducta que observaron los jefes de la revolución cuando se le dió el calificativo de «motín» al movimiento subversivo ó revolución que hacía la Unión Cívica Radical.

Esto significa que los oficiales que se hallaban detenidos por la participación que tuvieron en el movimiento, podían haber sido ejecutados sobre el tambor, por un consejo de guerra sumarisimo, según versiones que de boca en boca rodaron aquellos días.

¿Que hizo en este trance Hipólito Irigoyen, el jefe supremo de la revolución, el que la nutrió, el que la empujó, el que arrastró á la oficialidad del ejército al movimiento?

Todo el país conoce la conducta del eternamente impenetrable jefe de la Unión Cívica Radical en aquellos momentos azarosos y difíciles para muchos oficiales subalternos que, á pesar de la gravedad de las circunstancias, se mantuvieron fieles á la causa y dispuestos al sacrificio.

En aquellos momentos el jefe del partido no se condujo como era su deber, pues no se presentó en ninguna parte para responsabilizarse por todo y por todos, con cuya actitud hubiera hecho ver al gobierno nacional legítimamente constituido que no se trataba de un motín de cuartel, sino de un robusto movimiento de opinión en el que estaba representada el alma nacional por una gran mayoría del pueblo.

Y esta actitud, la única que en casos semejantes cuadra á un



jefe de partido que conoce su misión y abarca la magnitud del revés, habría servido para que el tribunal que juzgó á la oficialidad comprometida por aquellos sucesos, fuera más benigno con ella, y habría servido, también, para destacar á Hipólito Irigoyen con un relieve de hombre de entereza y de espíritu varonil.

Si Hipólito Irigoyen hubiera hecho esto, que es lo que en su caso hace todo hombre de corazón, su prestigio, aun fracasada la revolución, hubiera sido tan grande, que á la hora presente figuraría á la cabeza de las personalidades políticas más salientes y de él podría decirse lo que de cierto célebre general argentino de nuestra emancipación política: «es á un tiempo vencido y vencedor»; esto es, vencido por el golpe de un infortunio y vencedor por su elevado comportamiento.

¿Cuando apareció Hipólito Irigoyen?

En plena calma, después que se levantó el estado de sitio, cuando la mayoría de los oficiales sacrificados hallábanse en presidio unos y otros en el ostrocismo.

Y ¿para qué se presentó el jefe de la Unión Cívica radical?

Para decir en un manifiesto vacío de sentido, huero, estudiantemente hecho, que la revolución había fracasado por la culpa de un pérfido y de un delator.

Y no señaló con sus nombres á los dos únicos autores del fracaso del movimiento, sino que lanzó la acusación vagamente, sin precisar contra persona alguna los cargos, dejando en libertad al país y al partido para que éstos se fijaran en quién menos motivos dió para ser objeto del escarnio y de la befa, en mí, que no hice otra cosa que confiar más de lo que debía en la palabra de honor de hombres que hasta hoy mismo me son enteramente desconocidos.

En ese momento, en el momento de la presentación, después de dos meses de estar escondido, cuando resolvió dar el manifiesto, ó tuvo la premeditada intención de omitir mi nombre en dicho documento para hacerme pagar todos los vidrios rotos, ó no pasó por su imaginación la silueta del narrador, reclusa en una prisión, á muchas leguas de la capital de la



república, solo, sin el calor de una voz amiga que le llevara una palabra de consuelo, una voz de aliento, algo que sirviera como de disculpa por parte del jefe de la Unión Cívica Radical para atenuar, en parte, el terrible daño que por consentimiento ó indiferentismo suyo se me había hecho con la chismografía y las versiones calumniosas que propalaron los que, tal vez no ignorándolo Hipólito Irigoyen, dieron el grito de sálvese el que pueda, con el que pretendieron dejar en buen lugar el prestigio de los que constituyeron á que todo se perdiera.»

Esta ha sido la actitud, antes y después del fracaso de la revolución, de Hipólito Irigoyen, es decir, irresoluta ante el peligro, cuando era necesario jugarlo todo, y de hombre sin conciencia en la conyuntura de dejar á salvo el honor del relatante como militar y como caballero.

Cuanto á la conducta de los demás miembros de la junta, tan responsables del fracaso como Hipólito Irigoyen, pues en el carácter de colaboradores de él debieron hacer ellos lo que él no hizo, fué exactamente la misma del jefe de la Unión Cívica Radical, por que ni asumieron la responsabilidad ante el adversario, que no era otro que el gobierno nacional que la revolución intentó derrocar, ni se dejaron ver en ninguna parte hasta que todo tuvo el desenlace que es del domio público.

¿Que más puedo decir al pueblo, á esa parte cándida del pueblo que, sugestionado por la influencia de la chismografía y de la intriga, me atribuyó el fracaso del movimiento?

¿Que más puedo decir á todos aquellos que, como yo, se sacrificaron por la causa de la revolución del 4 de Febrero?

Creo haber dicho lo suficiente para convencerlos, para vindicarme y para señalar á los únicos y verdaderos culpables.

¿Que más quiere la junta revolucionaria que exponga para patentizar su tremenda responsabilidad la noche de los sucesos?

Todo está dicho, tal vez pecando de minucioso, pero esta minuciosidad considerábala yo indispensable para dejar las cosas dichas en forma que nadie pueda destruirlas.



Este paso lo he dado por razones que como el lector comprenderá, afectan á mi honor de hombre y de militar, y no como más de uno ha creído, para perjudicar al partido en cuyas filas me había alistado para la lucha.

Este es, el penúltimo capítulo de la narración sobre los sucesos del 4 de Febrero y el fracaso de la revolución.

Creo haber dicho lo indispensable para poner las cosas en su lugar.

No he escrito con pretensiones de escritor, sino como un hombre que, deseando hacer luz en un asunto que aparecía ensombrecido, ha expuesto la verdad valiéndose de un estilo sencillo, poniéndolo al alcance de todos.

(CONTINUARÁ)

---

## Penúltimo capítulo

---

### ARTÍCULO—COMENTARIO

---

#### XXXI

Asistimos á las escenas finales de este drama político.

Estamos casi llegando al desenlace.

La última escena falta solo.

En lo que hoy se expone se penetra hasta el fondo de la intriga.

Con más brillantéz de estilo, con un lenguaje má elevado, en una forma más fascinadora podria hacer otro relatante la misma narración que hace el capitán Burgos, pero más claro, más preciso, no hablará nadie.

Habrásé detenido á ratos en menudencias, extendiéndose tal



vez demasiado en detalles, llevando hasta la prolijidad la exposición de los hechos, pero se comprende que el narrador no ha podido menos de ser minucioso, movido del deseo de dejar puntualizado todo y al alcance del mas escaso criterio.

Hoy, como decimos, casi pone término á la narración, y en lo que dice hoy lo dice todo, todo lo que hay que decir, esto es, que por la falta de actitudes de la junta revolucionaria fracasó la revolución después de la llegada del general Smith al arsenal de guerra.

Juzga más adelante, serenamente, dentro del más severo exámen de los hechos, la conducta del jefe de la Unión Cívica Radical, y esta apreciación reposada del comportamiento de Hipólito Irigoyen, coloca á éste en una situación que, ó tiene que hablar, más pronto, más tarde, ó queda sobradamente probado que su silencio es la confirmación de cuanto el relatante dice acerca de su vituperable actitud en la coyuntura que los oficiales que se sacrificaron por la causa de la revolución quedaban abandonados á su propia suerte, cuando más se imponía un acto de virilidad y de elevación de alma por parte del jefe supremo del movimiento.

Jamás un jefe de partido ha sido tan severamente juzgado, y jamás un hombre que se pone al frente de un movimiento revolucionario ha presentado, con su comportamiento, el blanco que presenta Hipólito Irigoyen para que se le censure implacablemente.

Las palabras más elocuentes no tienen la elocuencia de los hechos.

Estos ponen á Hipólito Irigoyen al nivel del más torpe é inepto de los soldados de un ejército bisoño, como director de un movimiento subversivo, y pusilánime con una pusilanimidad que lo deshonra, como jefe de partido, como alma y cerebro de un golpe de estado.

Podrá seguir contando con fanáticos que le sigan, pero no será porque hasta los mismos fanáticos no queden ya convencidos de que como caudillo político es un inválido que debe dejar el puesto á quien sepa enaltecerlo y dignificarlo en las



horas azarosas para el partido y para la causa.

Políticamente considerado, Hipólito Irigoyen no es más que una momia.

Esto es lo que se desprende de las revelaciones que hace la narración al apreciar el comportamiento de Hipólito Irigoyen antes y después del fracaso del movimiento.

La junta queda igualmente hecha añicos por el narrador.

La acusa de que por el pánico que de ella se apoderó ante la noticia de haber llegado el jefe de la región al arsenal, echó el pié atrás, que quiere decir que se acobardó, y por salvarse ella, puso en el disparadero de la desesperación á los que, ignorando su actitud ante el peligro que á todos alcanzaba, se lanzaron al asalto de algunas comisarias compeliendo así á los más resueltos y decididos á hacer estallar el movimiento en la capital, del que resultó el estéril sacrificio de un crecido número de radicales que tuvieron la abnegación de inmolarse de tres á cuatro de la madrugada contando con el factor del estímulo de los directores de la revolución quienes á esa hora anduvieron muy lejos de donde tenían el deber de haberse encontrado.

Más claro no se puede hacer el relato de los sucesos la noche del 4 de Febrero.

Todos, pues, están retratados con absoluto parecido de sus isonomías morales, ó lo que es lo mismo, puesto de relieve el indigno comportamiento de Hipólito Irigoyen y de la junta revolucionaria con el partido, con la causa y con el narrador

«L'ardua sèntenza ai posteri.»





Sábado 11 de Agosto de 1906.

# Fin de la narración

El último golpe de mis detractores

---

## XXXII

El montón de afligidos y sus inmundos satélites, á fin de llegar á la meta...se ocuparon, también, de infamar mi nombre con respecto al paso que di, retirándome del servicio activo. Se permitieron decir ante muchos que «al capitán Burgos se le había expulsado del ejército por indigno de pertenecer á él y porque era un vendido.»

A fin de ridiculizar á estos canallas, que no han tenido el coraje de descubrirse, voy á destruir esta versión antojadiza, en pocas palabras.

En el Boletín Militar de fecha 10 de Enero de 1906 se lee lo siguiente:

Buenos Aires, Enero 10 de 1906. Siendo necesario designar los personales de los comandos de las regiones militares y de zonas de brigadas, de acuerdo con los reglamentos aprobados por decreto de fecha 2 de Noviembre del año próximo pasado,



El presidente de la república decreta:

Art. 10. Designase para desempeñar los diversos cargos existentes en los comandos de las regiones militares y zonas de brigadas, á los señores jefes y oficiales siguientes:

.....

10 ZONA

Jefe, coronel Oliveros E. Eduardo.

Jefe de sección, teniente coronel Revilla Carlos A.

Auxiliar, capitán Burgos Rosa.

.....

Lo que se comunica al ejército de orden de su excelencia el señor ministro de la guerra.

*Rafael M. Aguirre*, Coronel Jefe del gabinete militar.

Como se vé, la versión es antojadiza.

El 10 de Enero de 1906, es decir, cuando no había cumplido todavía el año de prisión que se me impuso con motivo de los sucesos de Febrero, se me daba de alta en el servicio activo, se me colocaba de nuevo en el camino de mi carrera.

Más aún. En el Ministerio de Guerra debe existir una nota que dice así:

Rio Gallegos, Febrero 5 de 1906. A su Excelencia el señor Ministerio de la Guerra. Capital Federal.

Excmo. señor Ministro; No deseando continuar en servicio activo, y en uso del derecho que acuerda el artículo 70, título III, capítulo II de la Ley Orgánica Militar No 4707, solicito de V. E. quiera servirse disponer se me declare en situación de retiro.

Dios guarde á V. E.

ROSA BURGOS.  
capitán

En el «Boletín Militar» de Febrero de 1906, se lee esto:

Capital Federal, Febrero 7 de 1906. Vista la presente solicitud del capitán Rosa Burgos, pidiendo el retiro de acuerdo con el artículo 70, capítulo II, título III, de la Ley Orgánica Militar No 4707.

El vicepresidente de la República, en ejercicio del P. E.

DECRETA

Art. 10. Declárase en situación de retiro al capitán don Rosa Burgos, de acuerdo con el art. 70, capítulo II, título III, de la Ley Orgánica Militar N. 4707 con gose del sesenta y seis por ciento del sueldo de su empleo, que le corresponde



por alcanzar el cómputo de sus servicios aprobados á 21 años y 10 meses.

Art. 2o. Comuníquese á Contaduría General, dése al Registro Nacional, publíquese en el Boletín Militar y archívese en el legajo personal.

ENRIQUE GODOY

FIGUEROA ALCORTA.

¿Quién tiene razón, lector? ¿Se le expulsó del ejército al capitán Rosa Burgos por indigno de pertenecer á él, ó el propio capitán Burgos pidió su retiro voluntariamente para gozar de la libertad de imprenta y poder arrancar la careta á sus detractores?

Los documentos á que me contraigo deben existir indiscutiblemente en el archivo del Ministerio de Guerra y como no son de carácter reservado, es fácil verlos para cerciorarse.

La nota que elevé á la superioridad solicitando mi retiro, llegó á esta capital el 7 de Febrero de 1906 ó sea un día después de encontrarme en libertad, porque la envié de Rio Gallegos con la debida anticipación.

Quedan, pues, las cosas en su lugar, y mis detractores ridiculizados para siempre ante todo aquel que les hizo el honor de escucharles.

¿No será alguno de ellos el que se vió obligado á pedir su retiro antes de que lo enviasen á un presidio por haber jugado ó malgastado mil y pico de pesos moneda nacional que le entregaron para racionamiento y pago de haberes de oficiales y tropa de un destacamento; por haber contraído deudas en el comercio de la localidad clavando, como vulgarmente se dice, á cuanto comerciante le abrió crédito, y por encontrarse acusado de sodomita activo? ¡Cuidado, lector, con la canalla! ....

No he sido un puritano, pero tengo el orgullo de declarar que en mi legajo personal y hoja de servicios no hay inmundicias ni nada que me impida levantar mi frente bien alta y llevar el uniforme de oficial argentino con igual orgullo y legítimo derecho que lo lleva todo aquel que lo merece.

## ULTIMOS PLUMAZOS

Pongo punto final á la narración. no sin antes declarar, á



fuerza de hombre que no rehuye responsabilidades, ni es ingrato á un beneficio, lo siguiente: me hago responsable de ésta campaña, sosteniendo todo cuanto ha dicho LA REFORMA en el artículo comentario, y una vez más, al cerrar el relato, doy las gracias al doctor Lino F. Cárdenas por la abierta y desinteresada hospitalidad que me ha ofrecido permitiéndome por medio de su popular y valiente diario decir todo lo que yo juzgaba indispensable entregar á la publicidad, para que se aprecien mi caballeroso comportamiento y el del jefe supremo de la revolución y de la junta revolucionaria, quienes como yo ayer, ante un tribunal de guerra, comparecerán mañana ante el tribunal augusto de la historia, cuyo fallo es más terrible por lo que tiene de inapelable que el de aquellos que juzgaron á

**Rosa Burgos**

Capitán retirado de Infantería.

---

# ÚLTIMO CAPÍTULO

---

## ARTÍCULO RESUMEN

---

### XXXII

¿Ha seguido el lector con interés la narración de los sucesos del 4 de Febrero, que ha hecho el capitán Rosa Burgos?

¿Alguna vez ha experimentado cansancio por que no se llegaba á la escena final, con la prontitud que la ansiedad pública quiere enlazar el principio con el fin de las cosas?



A la primera pregunta contestamos que no ha habido tantos lectores de esta campaña como los tuvo la del convento del Caballito, siendo ésta más interesante que aquella, desde otro punto de vista.

La pasión de partido, la más rencorosa y vengativa de las pasiones, impuso, tal vez, una á modo de consigna para que no se leyera LA REFORMA como se leyó otras ocasiones, cuando se ocupaba en asuntos de frailes y monjas, ó quizás porque la figura de la protagonista del drama conventual tenía un relieve más simpático, para la masa del pueblo, que la del jefe del destacamento en el arsenal de guerra.

Entrando en el exámen de la segunda pregunta, diremos que si advertimos fatiga en cierta parte del espíritu público, en aquella parte de la opinión apasionada, de la que no razona, de la que no levanta el corazón para apreciar las humanas acciones con un recto criterio.

No se puede pasar de modo subitáneo de la exposición al desenlace, del principio al fin, sobre todo si se tiene en cuenta que la cuestión que se debate es cuestión de puntualizar hechos, de detenerse en menudencias que son indispensables para conducir atinadamente el plan que se desea desenvolver.

Esto no lo han querido entender la mayoría de los lectores, á juzgar por la impaciencia con que casi exigía que se cerrara el relato.

En el pensamiento, mejor ó peor expuesto de cualquier asunto que se entrega a la publicidad, no tiene el lector por qué penetrar, constriñendo al que expone el asunto á que pase rápidamente por encima del objetivo que persigue.

Mas ya lo decimos; en esta campaña ha intervenido el espíritu de bandería, es decir, lo pequeño, lo ruin, lo bajo, lo que pone á la entidad pensante hombre al nivel de la bestia.

Los pueblos que descienden tanto son caravanas de esclavos, de esclavos de las más innobles pasiones, maniques que toman la postura que les imprimen.

Hasta amigos de la infancia, hasta personas que vivieron con nosotros unidas por el lazo de una antigua estrecha amis-



tad, nos han negado el saludo sólo por que pusimos las columnas de este diario á la disposición del dignísimo oficial que solicitaba una tribuna libre para exponer un montón de verdades. (1)

¡Qué triste es esto!

Esto da la medida de la descomposición y de la metamorfosis del alma argentina.

¡Qué somos sobre este misérrimo planeta?

Polvo animado, vanidad de barro que en un día, en un instante, al tocarlo la muerte se deshace, no quedando ni la más leve partícula del polvo de lo que fué esta deleznable envoltura material.

¡Y siendo tan atómica cosa pasamos por delante de otro semejante nuestro, hinchados de soberbia, ébrios de envanecimiento, ergvidas de presunción!

¡Gusanos!

El capitán Rosa Burgos no ha hecho otra cosa que exponer y comentar, á vuelo pluma, para ilustración del lector, lo que en su carácter de narrador de un movimiento cuyas menudencias pocos conocían, nadie le puede negar.

Negar este derecho á un hombre que se ha visto desamparado precisamente por aquellos que estaban obligados á vindicarlo, es negarlo todo, es no reconocer ningún derecho, es ser cruel.

En el curso del relato no ha ocultado el relatante ningún nombre propio, cuando creyó que era necesario dar el nombre para poner las cosas en su punto y explicar con claridad de luz meridiana los extremos más oscuros de la narración.

No ha dicho, pues, las cosas, ni citado nombres caprichosamente, poniendo la nota de la petulancia, sino, por el contrario, empleando voces suaves, que forman un notable contraste con el juicio depresivo de sus detractores.

---

(1) A fin de que no se interprete erróneamente esta declaración, «consta que nos referimos á algunos miembros de la junta revolucionaria que debieron concurrir al arsenal, la noche de los sucesos.»



Noble, pues, y generosa ha sido la actitud del capitán Rosa Burgos en la exposición, en el nudo y en el desenlace del relato.

Ha hecho lo que otro en su lugar haría, esto es, pedir el retiro del ejército para quedar en libertad de decir cómo pasaron las cosas la noche de los sucesos.

Ha renunciado á su carrera, por un sentimiento de dignidad, porque comprendía que estando en servicio activo no habría podido hacer lo que ha hecho dentro de la independencia en que hoy se encuentra.

En todo, si se aprecia recta y desapasionadamente la narración, se ha conducido con elevación de sentimientos el narrador, llegando hasta asumir con todas sus consecuencias la responsabilidad del artículo-comentario.

Si queda un resto de nobleza en los que le imputaron una nota infamante, la nota que merecen llevar los imputados de la infamia, pues nadie más que ellos han sido los desertores y los cobardes y los viles; si queda un resto de nobleza en los que dieron el grito de sálvese el que pueda, descúbranse con respeto ante el capitán Rosa Burgos, como un oficial pundonoroso y como un hombre de honor.





Miércoles 15 de Agosto de 1906

# COLABORACIÓN

---

## PARA EL JEFE DEL PARTIDO RADICAL

---

Señor director de LA REFORMA

Dr. Don Lino F. Cárdenas

Estimado doctor:

Empezaré por agradecer los benévolos conceptos que hace un mes su diario emitió en favor de VERÍDICO al publicar sus cartas referentes á los desgraciados sucesos del 4 de Febrero de 1905. Conceptos que encierran mayor votos, por ser hechos á una persona que se ignora quien es.

Cumplido con el deber del agradecimiento paso á hechar otro grano de arena en la montaña que se le está formando á la famosa junta revolucionaria y á los hombres apocados y lastimosos que fueron actores en ese triste acontecimiento.

¡Parece increíble que la falta de carácter aparezca tan brillante en hombres que aspiraban á tomar las riendas del gobierno de un país de la importancia del nuestro, y más increíble



todavía que descienda al desconocimiento de las leyes que rigen la caballeridad, la hidalguía, el honor, y en fin, todos los nobles sentimientos que sublimizan al género humano!

Parece que trataran, no con un pueblo culto y sapiente, sino con un rebaño de cándidas bestias; ni una consideración y menos respeto para ese pueblo que marcha á la cabeza de un continente y grande por donde se le busque y en todas las épocas. ¡A este pueblo es al que encontraron digno de juguete unos cuantos que en mala hora pretendieron arrastrarlo por el sendero rojo de los crímenes políticos!

No. Protesto enérgicamente por ese insulto y esa humillación. Levántese ese pueblo y exija el esclarecimiento de los hechos y el estampamiento de la verdad duela á quién le duela, si no quiere cargar con el estigma deshonoroso de un pueblo sin espíritu, sin aspiraciones, sin un atributo para vivir la vida de los pueblos libres y de honor.

Levántese el pueblo radical, que hoy á él le pertenesce, reaccione y sacuda su apatía y vuelva á su virilidad pasada, para exigir de sus jefes la verdad de la verdad, que hoy ocultan con detrimento del buen nombre del Partido y en deshonra de sus partidarios que se ven bañados con el lodo hediondo.

Levántese exigente por la verdad y habrá reconquistado la victoria perdida el 4 de Febrero, habrá recuperado la gloria y el honor que cada día se alejan ahuyentados por la impudicia que todo lo mata.....

Pero volvamos á nuestro objetivo y vamos derecho al grano. ¿Que hace doctor Irigoyen que no habla aunque más no sea que para afirmar lo que otras veces ha dicho con respecto á la víctima del arsenal?

Levántese Vd. también, y con el caracter y el temple de los hombres como el de la clásica barba, repita lo que dijo de esa víctima, cuando se hallaba en los confines de la república, juzgando su condena, sin el consuelo de sus amigos y sin las caricias del hogar, soñando con el regreso y anhelando que pasara veloz el tiempo para llegar al corazón de la patria, de sus correligionarios, de sus amigos y su familia, á recoger el



premio de sus sacrificios,—repita lo que dijo entonces: «El capitán Burgos es un cumplido caballero. Nada se le culpe, pues ha cumplido con su deber como hombre y como militar.»

¿Por qué no repitió esto, al empezar el capitán Burgos su exposición? ¿Prefirió la divulgación del escándalo? ¿Por qué no lo repite ahora que es oportuno, que es más necesario que nunca? ¿No quiere hacer honor á su nombre, ni á su partido, ni justificar ó rehabilitar á una víctima?

¿Por qué no repite aquello otro que también ha dicho de que «el traidor á que se refiere el manifiesto radical, no es el capitán Burgos?» ¿Qué lo detiene?...

Alem murió y no tiene sucesores. Las almas fuertes se van y la ley progresiva se rompe para dar paso á las almas débiles. ¡Hermosa sustitución y bello porvenir!

¿Acaso se resiste á la publicación de una declaración en el diario LA REFORMA por ser éste un papelucho como se dice por ahí? ¿No le quedan los colosos del periodismo para hacerlo en sus columnas? ¿Cree por un momento que porque el capitán Burgos ha publicado en LA REFORMA su relato, y no en los grandes diarios, desmerece su historia de los sucesos de Febrero, ó que el capitán Burgos por ese simple hecho hubiera sido otro capitán Burgos distinto del que hace las publicaciones en el mencionado periódico? Si considera á LA REFORMA un papelucho no haga en ella esas declaraciones; hágalas en algunos de los colosos; pero de paso, no olvide don Hipólito Irigoyen, que, la prensa es lo más digno de respeto, por ser ella la que educa y engrandece, la que gobierna y dirige á las sociedades y los pueblo. No olvide que la prensa está dividida en muchas tribunas, y éstas, como en todas las cosas, se reparten en chicas y grandes. La tribuna de LA REFORMA es chica, como la de LA PRENSA es monumental. Pero ambas son iguales en el concepto y en el fin, ambas uos tribunas del periodismo, desde donde se irradian luces para descubrir y alumbrar á la verdad..... Pero en este mundo imperfecto hay siempre espíritus débiles que se dejan llevar por las apariencias olvidando que «las apariencias engañan.»



Pero volvamos á nuestro objeto, á solicitar una vez más que hable el doctor Irigoyen, y si no él, otro ú otros de los prohombres del radicalismo: las circunstancias así lo exigen, el honor más que todo.

Y si el jefe ó el caudillo del radicalismo se aferra al silencio, hable otra personalidad del partido, que hable alguno de los hombres íntegros y honrados que en él militan. Y para ser más concreto, señalaremos al hombre más sano y puro, al más talentoso y figura más descollante y brillante del radicalismo: al doctor Pedro C. Molina.

Hable Vd. doctor Molina, ó exija que sus correligionarios den explicación al pueblo por sus procederés en la noche del 4 de Febrero: procederés que sepultaron en la noche más triste de la derrota á la victoria más esplendente que se presentaba.

~ Hable Vd. doctor Molina, que es el que más derecho á ello tiene, si es verdad lo que se asegura, que la junta revolucionaria pasó por encima de las opiniones suyas de no hacer estallar la revolución, sorprendiéndolo á Vd. ésta y con ella la deslealtad de sus correligionarios y amigos, que le engañaban como se engañan á los niños, siendo Vd. el más hombre entre todos sus partidarios.

Exija que hablen, haciendo honor á su rectitud é integridad: exija que hablen, que hablando los que deben de hablar, darán á Vd. la explicación que le deben. Exija en fin que se haga justicia, que se salven errores, y se vuelva por el honor comprometido. Que se haga justicia al valor, á la honradéz y al sacrificio. Que triunfen los nobles sentimientos y la verdad, y mueran los convencionalismos y la mentira..... De lo contrario, habrá siempre una víctima, la víctima del Arsenal, será el más tremendo baldón que pesará sobre el partido que fundó el conductor electrizante de las muchedumbres argentinas, doctor Leandro N. Alem.

Aquí mi pluma se resiste á desprenderse de la mano, sin antes estampar en letras corpulentas, el ¡bravo! más estentó-



reo para LA REFORMA, que tan bien sabe interpretar al pueblo en que vive y se desarrolla valiente y justiciera.

VERÍDICO

Buenos Aires, Agosto 11/906.

---

Viernes 17 de Agosto de 1906.

## Una carta del capitán Burgos

---

Señor doctor Lino F. Cárdenas

De mi mayor consideración y respeto:

Vengo una vez más, mi estimado doctor, á pedirle quiera dar cabida en las columnas de su valiente diario á la carta que le remito, porque con esto cumplo el deber de contestar á otra que en su mismo diario se ha publicado hace algunas horas, relacionada con los sucesos del 4 de Febrero, que yo narré para hacer luz en una página de la historia de un movimiento político poco conocido ó presentado de distinto modo que se desenvolvió.

Da á Vd. las gracias anticipadas su affmo. amigo.

•  
ROSA BURGOS.

---

Hé aquí la carta:

### Á VERÍDICO

Me entero de su segunda carta publicada en LA REFORMA del 15 del actual, acerca de extremos que se refieren al fracaso de la revolución la noche del 4 de Febrero de 1905.



Alto y generoso es el fin que le mueve á entregar á la publicidad tan valiente documento. es decir, á abogar, ante todo, nuevamente, por la víctima del arsenal, que no es otro que el que tiene el honor de dirigirle ésta.

Hay en este acto de usted una grandeza de alma nada común. Pertenece usted al número, escaso por cierto, de los hombres que se sienten capaces de comprender los extragos que en una conciencia recta y sin mancha hace la calumnia miserable. Es usted de aquellos que reconocen que es preferible toda una vida de reclusión en un presidio á un sólo minuto de tortura moral, de martirio del alma.

Admiro en usted al espíritu animoso y fuerte, propio de un alma encariñada con el culto de la justicia y el deber, hombre en fin, que entre la lisonja y la verdad, optaría por ésta, prefiriendo morir obscurecido por ser franco, á vivir en la opulencia por doblarse.

Le juzgo todo un carácter, y en esta época de negras cobardías, en la que la mayoría de los hombres son idólatras de la hipocresía y la mentira, su comportamiento conforta y alienta.

Insiste usted en que hable el doctor Hipólito Irigoyen ó algunos otros de los prohombres del radicalismo, pues de seguir todos ellos encerrados en el mutismo seguirá habiendo una víctima, la víctima del arsenal.

Ese es el fondo de la carta de VERÍDICO al director de LA REFORMA.

¡Cuanta grandeza de alma, vuelvo á decir, admiro en usted!

Creo que exige lo que no va á alcanzar, lo que yo llamo un imposible, esto es, que hablen los que, por un rasgo de suprema dignidad, deben de decir lo que usted les dice que digan.

Pero ¿que cree VERÍDICO que pueden decir los jefes del radicalismo, después que yo he puntualizado los hechos y referido las cosas tal cual pasaron?

Si en algo estima VERÍDICO una indicación mía, yo le ruego que desista de pedir lo que con un espíritu tan noble y generoso solicita de Hipólito Irigoyen y sus prohombres.

¿Por qué?



Porque siendo como son acusados, no tienen autoridad para hablar.

Son acusados del fracaso de la revolución y de la compra de las armas y de los soldados de la patria.

Si no hablaron cuando yo los hice comparecer ante el tribunal de la opinión ¿que quiere VERÍDICO que digan hoy que el relato está cerrado con una nota infamante para Hipólito Irigoyen y la junta revolucionaria?

Exija mejor al partido radical, á esa parte de este partido que no transije con la canalla, que pida estrecha cuenta á sus jefes sobre su actitud la noche de los sucesos y sobre la obra de la chismografía, para que si son dignos castiguen á los culpables de tamaña infamia, pues no es admisible que un pueblo que de civilizado y viril se precia, deje impune á los delatores y los pérfidos que, con su perfidia y su delación echaron un borrón sobre el mismo partido que aún los conserva en su seno, después de haber sido los verdaderos culpables del fracaso de la revolución.

¿Se dirige VERÍDICO al pueblo?

Este no le acompañará en su noble y levantada cruzada porque carece de bríos para ir a golpear, con exigencias, no sumisamente, las puertas de la casa de Hipólito Irigoyen, pidiéndole explicación de sus actos é imponiéndole que hable por que es hora de que abandone esa actitud impenetrable en que se ha encerrado, no sólo ante el capitán Burgos, sino también ante el propio partido y ante la nación entera.

No irá, no, ese pueblo á exigir que señale á los culpable para que reciban el castigo que merecen por su vil acción.

No insista, pues, en pedir imposibles, cotufas en el golfo, porque el pueblo es insensible y cierta parte de él profesa al jefe del partido radical algo así como idolatría, y porque, además, Hipólito Irigoyen y los prohombre del radicalismo. como son acusados y no han levantado oportunamente los cargos, que le dirigió el capitán Rosa Burgos, no pueden hablar.

Mi defensa, VERÍDICO, está hecha con las revelaciones que he hecho y que nadie ha destruido.



Considero inútil que Hipólito Irigoyen entregue á la publicidad, bajo su firma, la declaración que repetidas veces hiciera en su casa á un crecido número de correligionarios, que expresamente le fueron á pedir una opinión sobre mi conducta en los sucesos del 4 de Febrero, tal vez con el fin de castigar, si realmente era yo culpable, mi traición y mi deslealtad á la causa.

Lo considero inútil, vuelvo á decir, porque tengo la arraigada convicción de que me hallo completamente vindicado con el acto de haber yo hecho pública mi participación sin apartarme un ápice de la verdad.

Contesto á usted, VERÍDICO, haciendo un excepción, pues como usted me han escrito muchos prometiéndome justificar mi conducta y la de los jefes de la revolución, en caso de que alguien intente rebatirme ó desmentirme.

Hago una excepción con VERÍDICO porque advierto en su actitud un rasgo de nobleza y de cariño hacia mí, hacia la causa, hacia el partido y hacia la patria.

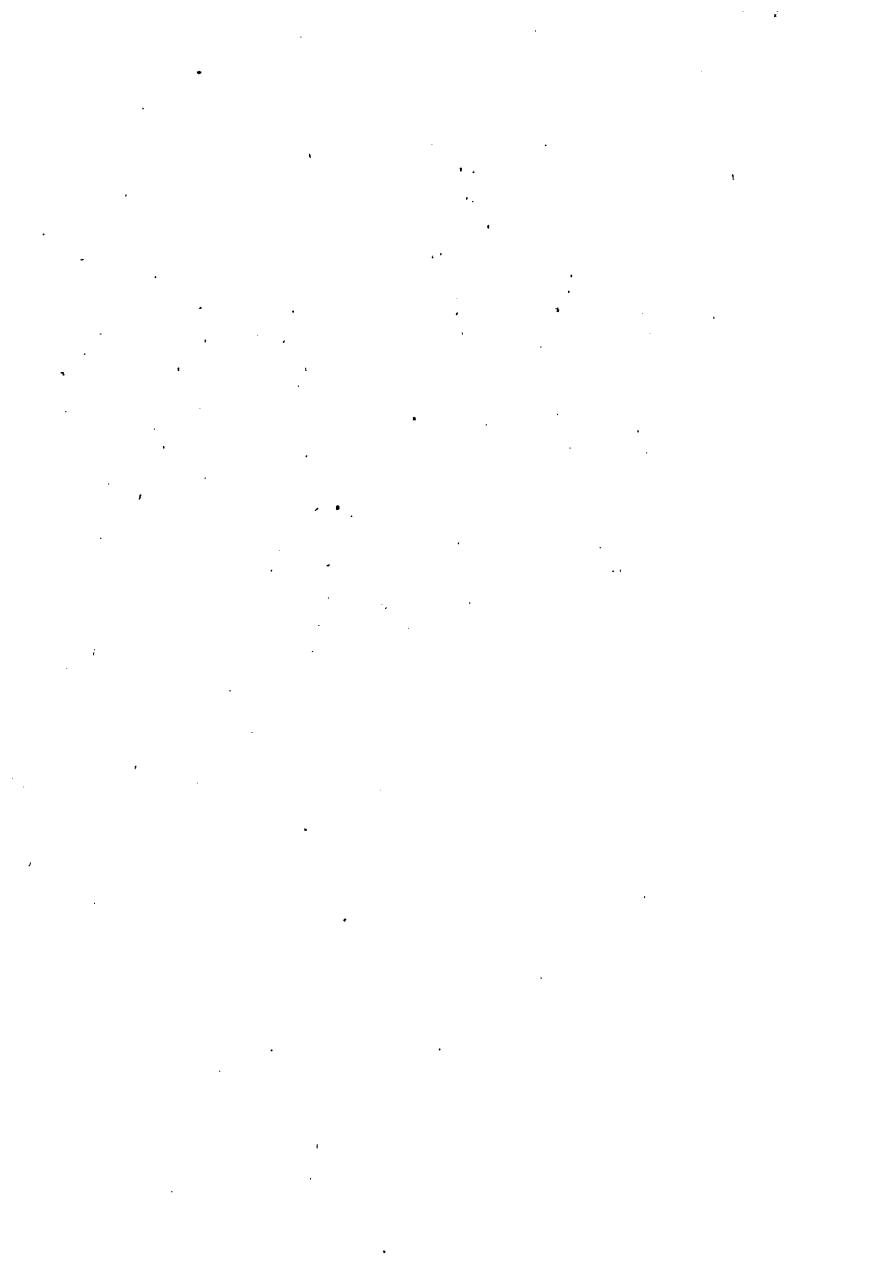
Es por esto que se resuelve á dirigirle estas líneas á manera de gratitud por su levantado y nada común comportamiento,

ROSA BURGOS

Capitán retirado de Infantería









**ULTIMA PARTE**

---

**EL MANIFIESTO**

**Y SU COMENTARIO**

---







# EL MANIFIESTO

## y su comentario

---

Muchos son los que se apoyan en sólidos bastones, sin embargo, caen sin necesidad de que los empujen.

Con el tiempo... ¡a cada **CHANCHO** le llega su San Martín!

Como un complemento del presente texto; para probar el derecho santo que de escribirlo me asiste; á fin de poner de manifiesto los sobrados motivos que tengo para entregarlo á la publicidad hoy, mañana y siempre; para justificar mejor todo cuanto se ha publicado en el diario LA REFORMA con motivo de los sucesos; para hacer patente, evidente, visible la mala fé y la injusticia con que se han conducido en la hora de la reivindicación los jefes de la revolución de Febrero: publico á continuación el «Manifiesto de la Unión Cívica Radical dirigido al pueblo de la República,» comentando á vuelo de pluma, aquellos párrafos que admiten comentario, á los efectos consignados. (1)

(1) Léase como párrafos del comentario todos aquellos que están en «cuerpo mayor» (letra más grande).



Si alguien se considera agraviado ú ofendido (uno, cien, mil, millones) por la publicación de este libro, procedan como mejor les parezca.

Yo por mi parte se á donde voy solo, con los ojos bien abiertos y siguiendo el dictado de mi conciencia; por lo tanto no admito consejos ni imposiciones de nadie. (Ni del sargento Reynoso ni del Papa....). Soy el autor de este libro mal escrito y plagado de errores y el único solidario responsable de todo cuanto en él se dice: Ya saben LOS SALTEADORES DE IMPRENTAS que no deben asaltar al editor que lo imprimió, al librero que lo vende y mucho menos á las pobres criaturas que ejercen esta profesión para ganarse el pan. No es la cabeza de ellos la que debeis pedir á gritos en plena Avenida de Mayo y en «monton,» sinó la del autor á quien tan pérfida, cobarde y traidoramente le habeis arrebatado su honor y reputación de coballero y de militar: Completad vuestra obra negra, malévola, siniestra, cobarde y traidora, y arrebatadle su vida, que aquí, entre vosotros, está. Creo que podeis hacerlo con suma facilidad porque teneis dinero, influencia, sois muchos, contaís con el apoyo de mi juez cándido y con la indiferencia de los colosos de la prensa que tan fielmente saben interpretar los sentimientos del pueblo, recoger sus palabras y sus chismes y llevarlos á conocimiento del mundo entero.

## LA UNION CÍVICA RADICAL

### AL PUEBLO DE LA REPÚBLICA

La delación y la perfidia que siempre fomentan los gobiernos sin moral, y que fueron los verdaderos enemigos con que el movimiento revolucionario tuvo que luchar desde el comienzo de sus trabajos, obligando en Septiembre su suspensión, han hecho frustrar por fin la demostración más grandiosa de opinión y de protesta armada, que la república pudiera realizar en vindicación de su honor, reparo de sus instituciones y seguridad de su bienestar.

—Si delatores y pérfidos obligaron en Septiembre á suspen-



der el movimiento é hicieron frustrar por fin el del 4 de Febrero, deben — los señores que suscriben el manifiesto — nombrarlos, concretando los hechos, para que el pueblo susceptible no señale á quien menos debe señalar.

El partido Radical intransigente no tiene por qué transigir con la canalla: Sus primeros jefes, los que lo crearon, Alem del Valle y otros, fueron inexorables con los especuladores... Más aún; todo lo que es canallesco y rastrero, está descartado del programa del partido y reñido con el noble ideal que persigue. Y ante todo, es necesario cumplir, cueste lo que cueste, el último mandato del profeta de la barba blanca: ¡Adelante los que quedan! Que se rompa pero que no se doble!

—Lo que el gobierno no pudo conseguir por la vigilancia de una pesquisa constante, practicada con los recursos y en las formas más abusivas y deprimientes, lo ha obtenido por aquellos inicuos medios á los cuales debe su estabilidad y sobre los que, desde entonces, gira la suerte de la nación

—¿Y qué me dice, don Hipólito Irigoyen, de los medios de que se han valido muchos para conseguir que la opinión pública y hasta los malevos, lunfardos y rufianes me señalasen como culpable del fracaso y el más miserable é indigno de los hombres? ¿No es INICUO haber tolerado semejante injusticia? ¿No es INICUO haber fraguada un cheque y hablado de él enigmáticamente para que el ejército muy especialmente y parte del pueblo interpretasen la versión de manera desfavorable para el capitán Rosa Burgos?

¿No es INICUO haber omitido en el manifiesto el nombre del capitán Burgos, dada las versiones calumniosas que corrian de boca en boca y lo publicado en los principales diarios de la República? ¿Qué nadie ha dicho nada capaz de afectar mi dignidad de militar y de caballero?, ¿son invenciones mías? ¿Que fué inventado por algunos déspotas que pretendieron dividirnos para que nos despedazásemos entre nos? ¿Que Vd no conocia tales publicaciones é ignoraba que el capitán Burgos era el blanco que recibia todos los golpes?

(iii).....!!!)

¿No es INICUO haber pretendido amordazarme de nuevo por



medio de las reiteradas agresiones de que fué objeto el diario de la tarde LA REFORMA? ¿No es INICUO haber pretendido— por aquellos medios—imponerme silencio é infundirme terror á fin de que quedasen en pié las mentiras colosales que publicara en sus columnas el coloso diario «La Nación,» y las versiones calumniosas que estaban ya hecho carne en el criterio público?

¿No es INICUO haber impedido que el mencionado diario LA REFORMA circulase libremente, con la misma libertad y derecho con que circulara el FARSANTE diario «La Nación» de fecha 9 de Febrero y 7 de Marzo de 1905?

¿No es INICUO que Vd., don Hipólito Irigoyen, presidente honorario de la Unión Cívica Radical y jefe supremo de la descabellada revolución del 4 de Febrero, se hiciese el sordo, el mudo, el ciego y el indiferente ante la injusticia BÁRBARA y no menos descabellada que estaba cometiendo el público bonaerense (y talvez el pueblo de la República) al achacarme el fracaso de la revolución del que solo son culpables Vd., la junta revolucionaria y sus ayudantes?

¡Cuánto borrrón en la limpia historia de la Unión Cívica Radical! Cuánta mancha en la vencida pero nunca humillada bandera del Parque! Cuánto esfuerzo inútil! Cuánta esperanza perdida! Cuánta ilusión desvanecida y cuán porvenir borrascoso, . . . . desastroso y . . . ¡Más vale callar!

—En la frente de quienes de tal manera han traicionado deberes sagrados infamando sus nombres, pesarán eternamente la ignominia de su villanía y la execración de la república.

—Para que el verdugo cumpla su misión, es necesario que el que el juez le indique la víctima con su propio dedo y concrete los hechos por sí mismo y nó por intermedio del montón de afligidos y demás inmundos satélites porta-voces.

Si el verdugo (la República) carece de energías para exigir que el juez (don Hipólito Irigoyen) le diga quienes son y dónde están los delatores y pérfidos, envaine sus armas: . . . . es más noble, más generoso, más humanitario, más lógico, más digno de pueblos cultos y civilizados.



—La dirección del movimiento tuvo en la tarde del día anterior, casi la seguridad de que el gobierno poseía hasta el secreto de la hora y había resuelto suspenderlo.

—Loado sea Dios!: el CASI nos mató!.....

Pero la insistencia terminante y sin discrepancias de los representantes de los elementos organizados civiles y militares, corroborada por los que iban á ser sus jefes inmediatos, de encontrarse en las mejores condiciones y sin el menor indicio de estar sentidos, y la comunicación afirmativa recibida en el día, de toda la república, la indujeron á desistir de aquel propósito, pensando que ese era su deber, cuando tantas veces había retardado el momento de la acción por iguales motivos.

¡Hola! Aquí hay más de un gato encerrado, lector. Vuelvo sobre mis pasos: no fué el CASI lo que nos mató, sinó la candidez, la confianza y la torpeza de la célebre,... dichosa.... y bien ponderada junta revolucionaria que no tiene perdón ni de Dios ni del diablo, por haberse cruzado de brazos «ante la insistencia terminante y sin discrepancias de los representantes de los elementos civiles y militares, de encontrarnos en las mejores condiciones y sin el menor indicio de estar sentidos.»

¡Tener casi la seguridad de que el gobierno poseía hasta el secreto de la hora en que debió estallar el movimiento, no trasladarse al arsenal á ocupar sus puestos en las primeras horas de la noche ó disponer que se tomasen medidas de precaución para hacer estallar el movimiento al primer indicio de encontrarnos descubiertos, es algo que no tiene perdón de Dios ni del diablo! Es el testimonio más elocuente de que todo ha sido desquicio en el seno de la Junta, que no ha habido una cabeza, que dirigiese el movimiento y que todo estaba á voluntad de todos y de la Providencia!

(iii.....!!!)

Pero ¿quién es el culpable de que el arsenal de guerra haya estado en poder del gobierno nacional «antes y después de la llegada del general don Carlos Smith?» ¿Los directores del movimiento ó el capitán Rosa Burgos?

¿Quiénes son los pérfidos? ¿Los jefes de los elementos civiles y militares «que insistieron terminantemente en que no se



suspendiese el movimiento y se escondieron en la luna?», ó el capitán Rosa Burgos que, sin desconocer la autoridad del gobierno nacional estaba como un **papanata** confiado en la dirección del movimiento y esperando sus órdenes, y ajeno á las medidas y disposiciones que tomaban estos **REDENTORES** anónimos?

La obra malévola y siniestra de la chismografía, las **MENTIRAS** publicadas en «La Nación» de fecha 9 de Febrero y 7 de Marzo de 1905, y el mutismo del **REDENTOR** don Hipólito Irigoyen: tienen su origen,.... su causa,.... y su fin!....

Fué así que la autoridad pudo prepararse y modificar el curso de los hechos.

—Y pudo también, la autoridad, bajarnos los pantalones y darnos una soba en pleno.... campo de batalla á todos los que como yo nos encontrábamos confiados en los directores del movimiento y entregados á nuestras propias fuerzas.

Pero ¿por qué la Junta revolucionaria, compuesta de hombres **REDENTORES**, audaces, perspicaces y viejos conspiradores, no le ganaron de mano á la autoridad y modificaron también el curso de los hechos ó sea el primitivo y premeditado plan revolucionario?

La respuesta está dada.

Cuando en la noche la dirección tuvo noticia de las medidas que el gobierno adoptaba rápidamente y de los contrastes que había ocasionado, se vió impedida ya de ordenar una suspensión que debía comunicarse á todo el país.

—Pero la dirección y sus niños mimados no se vieron impedidos para salvar el número uno convirtiéndose en polvo en abrir y cerrar de ojos.

¿A qué hora de la noche tuvo conocimiento la dirección, de las medidas que el gobierno adoptaba lentamente, somnoliento desorientado y «no rápidamente?»

¿Por qué don Hipólito Irigoyen oculta al pueblo de la república este detalle de importancia? ¿Prefiere sacrificar á un militar subalterno antes que confesar sus yerros? ¿Prefiere engañar al pueblo de la república antes que decirle la verdad con palabras enteras para que no interprete los hechos al paladar de los inmundos por-voces?



Leandro N. Alem, jamás nunca! se lavó sus manos con un poroto anónimo como Rosa Burgos, ni para ocultar sus yerros, ni para salvar á sus mas decididos servidores y mucho menos para engañar á su partido y al pueblo de la república!

Era hombre de una sola pieza, que supo afrontar las responsabilidades y dar la cara á sus mas temibles adversarios.

Pero, dejémonos de tocarle el corazón á don Hipólito (al sucesor de Alem) y démosle en la cabeza: Es acreedor á ésta distinción.....

La junta revolucionaria se vió impedita de contrarrestar las medidas que el gobierno adoptaba, porque, como he dicho, no estuvo en su puesto, ni siquiera en un paraje que le permitiese mover los millares de títeres que los acompañaban en la jornada. Por idéntica causa y por la ineptitud de sus principales agentes, la junta tuvo conocimiento de que el gobierno se alistaba para la lucha, cuando la desmoralización, la duda, y el desorden cundieran en las filas de los pocos revolucionarios que se anticipaban á ocupar sus puestos en diversos puntos de la ciudad, después de media noche. Esta es la verdad; y si no la ven todos aquellos que me atribuyeron el fracaso de la revolución, es porque no quieren y porque se han propuesto salvar al Condor de los radicales, cueste lo que cueste.

—Quedó de esa manera sin ejecutarse gran parte del plan en muchos puntos.

—¿Que tal lector? ¿estamos de acuerdo? ¿Es posible concebir que estallase el movimiento en todas partes estando la autoridad preparándose desde las 9 de la noche, los jefes de la revolución en la luna..... y los revolucionarios durmiendo á pata tendida los unos y diseminados por la ciudad los otros? ¡Ni los valientes granaderos á caballo de José de San Martín hubieran hecho nada aquella noche, dado el estado en que se hallaban las cosas y los hombres!

—A la inversa del que se trazó el 90 concretando la acción á esta capital y haciendo puramente militar la primera prueba, se había resuelto ahora que fuera general y concurrente desde el primer momento, teniendo los ciudadanos y militares sus puestos señalados de antemano.

—Aquí hay algo que comentar, aclarar y criticar sin temor



de que se nos prueba lo contrario con falsos testigos. Y además, constatamos lo anterior.

«La acción debió ser concurrente desde el primer momento, teniendo los ciudadanos y militares sus puestos señalados de antemano;», dice el Manifiesto.

¿No es, el párrafo que comentamos, el testimonio mas elocuente de que mi consigna era la de esperar órdenes y á mis cómplices, aquella noche, hasta tanto llegase la hora de concentrarse?

¿No es, el párrafo que comentamos, el testimonio mas elocuente de que, para sublevarme contra el gobierno nacional tenia que estar rodeado ó acompañado de un regular número de militares y ciudadanos? No es la prueba más evidente de que cuando llegó el general don Carlos Smith, al arsenal, no conocia yo, otra autoridad, sinó la del gobierno nacional legítimamente constituido, cuyo representante lo era el Teniente coronel don Filadelfio Villamayor que permanecía en su oficina con el sable al cinto? Y en tal situación, encontrándose ausentes los jefes de la revolución, los oficiales y ciudadanos que debían mandarme, ayudarme ó secundarme, ¿debí por ventura ó «por satanás» dar el grito de revolución por mi propio dictamen, comenzando por asesinar al jefe de la región, al jefe de servicio y demás personal civil y militar presente en el interior del edificio? No sea «testarudo!» el que respondo: sí. No sostenga semejante teoria sin más antecedentes que lo publicado en LA NACIÓN de fecha 9 de Febrero de 1905, porque dicha publicación, con el antifás de la verdad de los hechos, es la infame mentira más grande que diario alguno haya publicado en sus columnas desde que tenemos prensa. Tenga la bondad de indagar y dar una lijera ojeada por el terreno de los hechos patentes aun y recién falle ó hable con propiedad. No de crédito á dicha publicación porque ha sido escrita por un pobre hombre (más pobrecito que yo) sin corazón y sin cabeza, que en un momento de debilidad, mal informado ó sepa Dios si no le ofrecieron alguna propina, . . . . . corrió á la imprenta con su cartera repleta de chismes, escribió el monton de disparates



que ya conocemos y,.....;24 horas después, cien mil y pico de ejemplares, con el «Episodio del arsenal de guerra», volaron hasta los confines del mundo!

(iii.....!!!)

«La acción debió ser concurrente desde el primer momento.»  
¿Cual era ese momento? á qué hora debieron concurrir á ocupar sus puestos en el arsenal de guerra los militares y ciudadanos conjurados?

¿A las 11 de la noche?

No habia nadie. Si hubieran ido á esa hora ó momentos antes, otra hubiera sido la suerte del siempre valeroso general y la nuestra!

¿A las tres de la madrugada del día 4?

Ya era tarde para los revolucionarios civiles pero no para los militares y jefes supremos de la revolución.

¿Por qué no fueron?

Ya lo he dicho.

¿La culpa es mia? ¿Yo soy el pérfido?

(iii.....!!!)

—No pudo empero exteriorizarse la poderosa organización civil preparada en la capital y otros centros; la policía estorbó las reconcentraciones de pueblo, secuestró armamentos, redujo á prisión los ciudadanos que alcanzaron á reunirse y casi todos no pudieron llegar á las posiciones que les estaban indicadas, por la perturbación del plan y la sorpresa del momento. A su vez quedaron importantísimos y decisivos elementos militares sin pronunciarse.

—En este párrafo, punto seguido del anterior, hay algo de verdad, algo que aclarar y algo que no debo tolerar.

Al declarar los señores que suscriben el manifiesto «que no pudo empero exteriorizarse la poderosa organización civil», ¿no dá á entender que los militares estábamos ya organizados en nuestros puestos señalados de antemano? En el fondo, esto es lo que se trasluce del párrafo que comentamos. Desde luego. el chaparrón... ..le alcanza al burro del arsenal dado las versiones que se han propalado y lo publicado en el coloso de la calle San Martin.

Conste pues, en honor á la verdad que: Ni en la mente de don Hipólito Irigoyen estuvo organizado el elemento militar y



mucho menos el civil. En el arsenal de guerra, arma y alma de la revolución, debieron actuar mas de medio centenar de jefes y oficiales desde el primer momento: ¿donde estuvieron cuando llegó el jefe de la región general Smith? ¿en qué rincón se metieron que no los vió el jefe de servicio, ni la tropa del destacamento, ni la de bomberos, ni nadie? ¿que hicieron en toda la noche?

Responda á estas preguntas don Hipólito ó los que lo informaron «que el elemento militar estuvo organizado y en su puesto», aquella noche. Desmíentase si me aparto de la verdad. Los señores que suscriben el manifiesto estarian en lo cierto si hubieran dicho: «no pudo empero organizarse y menos exteriorizarse en la capital Federal y otros puntos el importantísimo y decisivo elemento militar y civil, porque el gobierno nacional tuvo conocimiento de la revolución, diez horas antes de estallar, y porque nosotros los directores no supimos tomar medidas de precaución durante el curso de la preparación á fin de precipitar los acontecimientos al menor indicio de estar sentidos».

Esto es lo que debió haber declarado con palabras enteras, don Hipólito Irigoyen, en vez de lavarse sus manos.....con oficiales subalternos que le han hecho el favor de ocultarle sus yerros.

—Haciendo justicia al pundonor notoriamente reconocido por sus compañeros y demostrado en la eficaz acción desplegada durante el curso de la preparación, debe pensarse que realmente se vieron en la imposibilidad de cumplir sus compromisos y que como los que más habrán lamentado esa fatalidad de tan sensibles consecuencias.

—En desacuerdo con los hechos, muy debil, enteramente debil, don Hipólito!

Durante el curso de la preparación es precisamente cuando le ha fallado el golpe, cuando sus ayudantes niños mimados procedieron de mal en peor.

La preparación fué deficiente, enteramente descabellada, y como consecuencia, el desarrollo nulo; la retirada ó la disparada desastrosa, vergonzosa, cobarde, traidora, ignominiosa, digna de que se escriba con letras bien grandes en la historia



para que sirva de recuerdo, de enseñanza, de afrenta, de vergüenza.

La acción desplegada durante el curso de la preparación por los encargados de ordenar las cosas y los hombres, «no ha sido eficaz», don Hipólito. Lo han engañado, le han hecho decir un disparate ante el pueblo de la república. Lea mi relato, indague si quiere y se convencerá que en él digo la verdad.

Tampoco estamos de acuerdo en aquello de que, «debe pensarse que realmente se vieron en la imposibilidad de cumplir sus compromisos».

¿Quien es el militar que se ha visto en la imposibilidad de cumplir su compromiso? ¿A quién se refiere, don Hipólito? ¿Al capitán Burgos y demás oficiales que debieron actuar en el arsenal? ¿El ladrón acusando al juez ante el pueblo de la República! Que tupé!....

Por lo que á mi toca: protesto ante propios y extraños con toda la fuerza de mi alma, con toda la energía de que es capaz un hombre de dignidad! El capitán Burgos, don Hipólito, ha cumplido estricta é íntegramente con su compromiso y con su consigna; ha hecho más de lo de su deber por la causa de la revolución y por sus correligionarios, y si no les presentó la papa pelada en la boca fué porque no pudo ni quemándose todo entero. Son ustedes don Hipólito Irigoyen y demás miembros de la junta y sus ayudantes los que no han cumplido con el compromiso contraído conmigo, ni con sus deberes de jefe del movimiento, ni con el partido que tienen el altísimo honor de presidir. Esto está en la conciencia de muchos, de todos aquellos que desde muy cerca han seguido el desarrollo de los acontecimientos como observadores fríos é imparciales. Y si el público bonaerense y el partido Radical no lo ven, es porque no quieren.

Más todavía. Ninguno de los oficiales conjurados que debieron actuar en el arsenal de guerra se vieron imposibilitados de cumplir sus compromisos concurriendo á ocupar sus puestos señalados de antemano: Todos (como suena) pudieron ir



antes y después de la llegada del general Smith y sin necesidad de pasar por sobre el cadaver de nadie. ¿O no se refiere á ellos y á mí, en el párrafo en cuestión? Entonces estamos de acuerdo en que me dejó en el tintero con premeditada intención de hacerme pagar los vidrios rotos, ó no pasó por su imaginación mi humilde silueta reclusa en una prisión al travez del océano.

—En tal situación las fuerzas civiles y militares que se han levantado en la república lo han hecho teniendo ya las armas del gobierno á su frente y venciendo sus medidas defensivas.

—Esta es una de las pocas verdades que se han dicho en el manifiesto.

Si los de la capital Federal hubiéramos tenido la suerte que tuvieron los de las provincias, de concentrarnos siquiera, ¡otro gallo canta en la madrugada del 4! Y, cuanta alabanza del incoloro coloso de la calle San Martín! Cuanto aplauso de mi juez cándido!.....

—El movimiento era tan vasto que no era posible concebirlo mayor; la magnitud de su poder excluía en absoluto el riesgo, no solo de una guerra civil, sino de otros trastornos que los inevitables en el primer instante, y permitía abrigar la convicción de que el gobierno se vería imposibilitado de toda resistencia.

—Siendo tan vasto el movimiento, contando la revolución con tanto elemento, ¿por qué el capitán Burgos encontrábase acompañado de su colega Baldazarre únicamente. á las 11 de la noche hora en que llegó al arsenal el general Smith? ¿O existe todavía algún bellaco que sostenga haber visto grupos de ciudadanos «concentrándose hacia la puerta principal del arsenal», á la hora indicada?

(iii).....!!!)

—De otra manera no se habría decidido la acción: nada inducía á precipitarla y sólo debía consumarse estando totalmente preparada como así sucedía.

—Para decidirse á llevar á cabo el movimiento no bastaba que la acción estuviera totalmente preparada en la mente del directorio: era necesario, también, preparar las cosas y los hombres en el terreno de los hechos y muy especialmente en el arsenal de guerra, «alma y arma de la revolución».



—La delación y la perfidia pues han sacrificado un nuevo y supremo esfuerzo de la Nación, que vive perenne y hondamente conmovida, ansiosa á justo título de volver á su nivel moral, y á entrar en el goce de sus derechos y garantías é incorporarse á la categoría de los Estados con personalidad bien definida y respetada.

Han causada la inmolación de nobilísimos ciudadanos y militares, que han rendido su vida en aras de la redención nacional, á la que entregaban todos sus deberes y el desprendimiento de su probidad y de su fervoroso patriotismo.

Guiados siempre por principios y virtudes inalterables y rodeados de todos los encantos de la existencia, se apartaban del bien que debían disfrutar para ir en pos del que podían hacer, con esa generosa superioridad de ánimo que, exenta de toda prevención y sin más ambición que el cumplimiento del deber, es impulso y voz de estímulo para todas las grandes acciones. Eran apóstoles y pasan á ser mártires uniendo sus sacrificios al de los que les han precedidos en holocausto de los más sagrados ideales de la patria, dejando en las filas de la Unión Cívica Radical claros imperecederos. Ellos reposarán al amparo del reconocimiento público, y del respeto de la posteridad.

Han causado también el encarcelamiento, la persecución y el destierro de numerosos civiles y de casi toda una generación militar brillante, pura y llena de promesas.

—Habiendo, los delatores y pérfidos, ocasionado tanto mal, ¿por qué no se les arrancó la careta en vez de dejar á voluntad del pueblo la elección de la víctima? Es que, todo es una viva farsa, lector. ¡No lo dudeis!

Con un poquito de buena voluntad y previsión la revolución hubiese triunfado en la capital Federal y dado por tierra con los misteriosos delatores y pérfidos. Los hechos están en pie compatriotas! Luego pues, los culpables de todo son aquellos que, en lugar de estar alertas y con el ojo vivo en sus puestos, se ocultaron en la luna.

—La unión del ejército con el pueblo en las horas de prueba, ha sido en la historia del mundo la más augusta y solemne demostración de solidaridad.

—¡Y vá de farsa!.....

El pueblo y el ejército habrán estado unidos en la mente de don Hipólito Irigoyen, pero nó en el terreno de los hechos para derrocar al gobierno nacional legítimamente constituido. El pueblo, la inmansa mayoría del pueblo condenó el movimiento, estuvo de parte del gobierno constituido, y si no pidió á gritos las cabezas de los REVOLTOSOS fué porque NOS TUVO LÁSTIMA y compasión.



Esto no es un secreto.

—Ninguna acción tiene mayor intensidad de luz, más poder de la fuerza y más grandiosa conjunción de ideales y esperanzas. El ciudadano militar lleva el símbolo más vivo de la patria y siente con vigor intenso su infortunio y su grandeza. Pretender que abdique de su personalidad moral sustrayéndose á las inspiraciones de su razón y su conciencia, es convertir la institución militar en fuerza ciega, y entregar indefensas las sociedades á la arbitrariedad de gobiernos sin origen ni sanción popular. Tal tendencia es completamente contraria á los principios de justicia y de las leyes inmutables que rigen el mundo y marcan su civilización.

—¿Preparando los ánimos para la próxima?... .

¡Vuélvase, don Hipólito!, vá por mal camino! El soldado á hombre mas subordinado y mejor intencionado lo ha de traicionar siempre en un momento difícil,... porque Vd. no ha sabido imponerse y castigar con mano de hierro á todos aquellos que, por mangas ó por faldas, no han cumplido con sus compromisos contraídos y han traicionado deberes sagrados.

—El valor y la capacidad militar acreditados en la hora de la realización del deber, que fulguran en la frente de los que se levantaron estando sus superiores prevenidos y preparados, así como en la del joven comandante que con el concurso de sus dignísimos colaboradores dominó uno de los centros más prepotentes de la algarquía, organizando un ejército con el que habría atravesado la República si esa hubiera sido la consigna—tan altas cualidades de nuevo reveladas por todos se recordarán con orgullo y reflejarán siempre honor sobre las armas argentinas pasando á los anales de las glorias.

—Este párrafo nos deja mal parados á todos los que, «no nos hemos levantado teniendo nuestros superiores prevenidos y preparados.» Y lo peor es que nadie se ha dado por aludido!....

¿Por qué, don Hipólito, hace mención en forma tan sugestiva del valor con que se han conducido aquellos correligionarios que tuvieron la suerte de entrar en acción sin haber tropezado con dificultades durante el curso de la preparación? ¿Para que el pueblo diera crédito á los disparates publicados en «La Nación» de fecha 9 de Febrero de 1905; para que creyese que bien pudo también—el capitán Burgos—levantarse en armas en el arsenal de guerra teniendo sus superiores prevenidos y preparados, y terminase el pueblo por llamarle cobarde y atribuirle el fracaso de la revolución?

¿Qué hechos podría citar, don Hipólito, para justificar lo



que manifiesta en las primeras líneas del párrafo que comentamos?: No citaría ninguno sin apartarse de la verdad, porque los jefes y oficiales que sublevaron las tropas en el Campo de Mayo y en las ciudades del Rosario, Córdoba y Mendoza, lo hicieron en circunstancias en que sus superiores estaban dormidos los unos, ausentes de los cuarteles los otros y ajenos al movimiento los demás.

Si se hubiera hecho justicia «al valor y capacidad con que se han batido» después de sacar las tropas de los cuarteles en la forma que lo hicieron, estaríamos de acuerdo porque es justo reconocerlo y mencionarlo como un estímulo. Y esto es lo que debieron decir los señores que suscriben el manifiesto para que el pueblo no llamase cobardes ó pérfidos y atribuyese el fracaso (por analogía ó deducción) á los que como yo no pudimos ni debimos levantarnos en armas estando nuestros superiores prevenidos y preparados; y encontrándose en la luna.... los jefes de la revolución y demás correligionarios. Y, finalmente, no es justo llamarle cobarde, ni indirectamente, á un cuerpo de ejército que por el atolondramiento é ineptitud de su comandante en jefe no pudo tomar parte en la batalla.

—La misma dignidad y corrección con que procedieron en la prueba y que guardaron antes de ella, cuando podían creer con fundamento en la certidumbre del triunfo, observaron durante los procesos, y mantienen hoy sufriendo con altivez las mortificaciones del infortunio.

—Mi conducta ante el consejo de guerra y en mi prisión, fué tan digna y correcta, que solo los hombres empedernecidos, injustos y desagradecidos como Hipólito Irigoyen pueden dejar de reconocerlo y mencionarlo.

¡La mala fé está patente, lector!

—Justo es también mencionar á los demás, que vinculados á la obra revolucionaria con la mayor decisión, y separados del mando ó enviados á los confines de la República, no han podido concurrir á la acción,

—Todos pudieron concurrir á la acción y cumplir con sus compromisos contraídos. Si no lo hicieron fué por culpa de la dirección ó porque echaron pié atras.....en el momento de la prueba.



Cuando se trata de los intereses y el decoro de la Nación, «el no pudo cumplir se castiga» y no se premia.

—Todos han obedecido con la absoluta disciplina del honor, á ciudadanos desprovistos de investidura de gobierno y de influencia oficial, sin más representación que la integridad de la causa de la reparación nacional.

—¿En qué quedamos, don Hipólito? Si todos han obedecido con la absoluta disciplina del honor, ¿hubo pérfidos? ¿Quiénes son los que han traicionado deberes sagrados infamando sus nombres?

¿O se refiere á los que se levantaron teniendo sus superiores prevenidos y preparados?

¡La mala fé y la farsa están patentes, lector!

—Para mayor honra de la abnegación de sus sacrificios debe quedar constancia por siempre, que expresamente habían pedido que no hubiera ascensos ni compensaciones de ninguna clase, y así estaba acordado.

—¿A quién se refiere el párrafo que estamos comentando y que continúa «punto seguido» del que le precede? ¿Quiénes son los que expresamente habían pedido que no hubiera ascensos ni compensaciones de ninguna clase? ¿Los que se levantaron teniendo sus superiores prevenidos y preparados; los que realmente se vieron en la imposibilidad de cumplir sus compromisos; los demás que vinculados á la obra revolucionaria no han podido concurrir á la acción; todos los que con la absoluta disciplina del honor han obedecido á ciudadanos desprovistos de investidura de gobierno, ó los que no nos hemos podido levantar teniendo nuestros, superiores prevenidos y preparados? ¿Quiénes? ¿Unos cuantos ó todos?

Tomemos por el camino de lo justo y lo legal, dejemos de lado las medias palabras y aceptemos que: «ninguno de los jefes, oficiales y ciudadanos afiliados al partido Radical y comprometidos á luchar por la causa de la revolución, pidieron ascensos ni compensaciones de ninguna clase.» Si esto no es exacto, si hubo alguien que pidiera compensaciones, «ó un capitán Rosa Burgos que por 5.000 pesos moneda nacional ó por mayor cantidad debió entregar el arsenal de guerra y los oficiales y soldados de su guardia á los revolucionarios», es la junta Nacional de la Unión Cívica Radical la que debe decla-



rarlo en crudo, con palabras enteras, y no los inmundos satélites, porta voces, fetos de judas, instrumentos que hieren hondo, hasta el alma y desaparecen sin dejar la menor huella.

¿La junta no habló ni hablará para exclarecer los hechos y hacer luz sobre el misterioso cheque? Bueno pues.

Llamo la atención del lector haciéndole notar que, el párrafo que estamos comentando «es punto seguido» de aquel que comienza así: «Todos han obedecido con la absoluta disciplina del honor, á ciudadanos desprovistos de investidura de gobierno.»

—Mientras que en su patria están encarcelados y perseguidos cuantas naciones quisieran que fueran de su seno!

—En lugar de esta baladronada intempestiva se debió haber declarado otras cosas de mayor interés para el pueblo de la República.

—Imposibilitándose el éxito de la revolución, se ha impedido finalmente que la República compruebe la existencia de elementos capaces de fundar un gobierno de severa moralidad, respetuoso de las instituciones, que impulsara sus destinos por la senda de los grandes y sólidos progresos, y despertara anhelos y energías á una verdadera vida de labor fecunda.

El movimiento del 4 de febrero ha sido un hecho normal en la vida argentina, previsto como la resultante necesaria de causas de toda índole, acumuladas durante años. Las revoluciones estan en la ley moral de las sociedades, y ni es dado crearlas, ni es posible detenerlas, sino mediante reparaciones tan amplias, como intensas son las causas que las engendran. La anunció pública y lealmente la Unión Cívica Radical, al resolver la abstención electoral, exponiendo las causas que fundaban tan grave medida, y formulando el proceso del régimen imperante en el país. Grandes asambleas previas y posteriores á esa decisión, le dieron la sanción calurosa de la voluntad popular. Ha podido ser evitada por la eliminación de los motivos que la determinaban, imponiéndola como un deber, y ha sido provocada por la persistencia y agravación de los mismos.

Si así no fuera, no habria incorporado bajo su bandera los grandes elementos que la han servido. No se concibe la determinación de tantas voluntades para una acción armada, en la que se juegan el porvenir y la vida, si no existen anhelos públicos que la fortifiquen, altos ideales como objetivos y un ambiente propicio que las estimule. Si la revolución no estuviera justificada por sus causas, tendria en el hecho notorio de la magnitud de sus fuerzas, la prueba plena de su razón de ser y de la exigencia nacional á que ha respondido. Ningún propósito es más inocuo é imposible de germinar y prosperar, que el de la protesta por las armas, si las sociedades no lo alientan con el concurso de su solidaridad, y si no reposan sobre la base de grandes verdades.



Fué impulsada por un propósito de bien público y extraño á antagonismos y móviles personales. Representó la encarnación de sentimientos nacionales profundamente arraigados; ha sido la culminación de una lucha de sacrificios y de inmolationes contra la corrupción y la arbitrariedad de un sistema. Aun dominada será benéfica por su carácter y la amplitud de sus tendencias, y como esfuerzo de patriotismo por la vindicación del país, la eficiencia de sus instituciones y la grandeza de su porvenir.

Era su propósito tan amplio, que no determinaba vencedores ni vencidos, y se realizaba en nombre de deberes á que no pueden sustraerse los ciudadanos que se consideran obligados á cumplir la tarea impuesta por la época de la sociedad á que pertenecen y por la situación que atraviesa.

Las naciones más civilizadas deben á los movimientos revolucionarios del carácter de los que datan del 90 á la fecha, gran parte de su bienestar presente; ellos han sido faros que han iluminado su camino y factores de grandes conquistas.

No han de invocarse en su contra el respeto al orden, porque éste supone la armonía de las actividades y los derechos al amparo de la libertad y de la justicia, y bajo la garantía de gobiernos regularmente constituidos. Ese es el orden que surge de la vida social y que hay el deber de considerar. La revolución no ha atentado contra él porque la República no lo conoce; ha tendido por el contrario á restablecerlo por el predominio de las reglas morales y de los preceptos de ley que lo constituyen.

Las fuerzas conservadoras de la sociedad comprendidas en su alto y verdadero significado, son las que realizan la labor común, cumplen con independencia sus deberes y revelan energía en la defensa de sus derechos. Los movimientos de opinión cuanto más desinteresados, llevan en su seno mayor suma de ellas. Singular inversión de juicios acusa el criterio que solo considera fuerzas conservadoras los elementos afines á los gobiernos y sostenedores de su autoridad, cualesquiera que sea su origen y su forma de ejercicio. Triste condición sería la de un país, si su prosperidad solo hubiera de consistir en el fomento de sus intereses materiales. El progreso es preferentemente constituido por las fuerzas morales que contiene en acción, por la altivez de los ciudadanos, por la probidad pública y privada, por la decisión intensa para todas las nobles labores humanas. Las sociedades no avanzan con paso firme cuando los gobiernos no se inspiran en tan elevados conceptos; la prosperidad material que alcanzan está de antemano condenada á desaparecer en la disipación. Las fuerzas morales desarrolladas concurren á caracterizar la personalidad social, forman barreras de defensa contra los atentados y las arbitrariedades de los gobiernos, y permiten levantar sobre la base de una sólida fraternidad de voluntades la grandeza colectiva. El progreso material de la República, que se invoca, es obra de la naturaleza que no se detiene, y más que del esfuerzo argentino del brazo extranjero. No es conquista de la paz, ni fruto de los gobiernos, que lo han destruido en el escándalo, y que volverán á hacerlo si severos principios no los inspiran y rigen la vida argentina.

Si él no hubiera sido perturbado por desastrosas administraciones, y si en ejercicio de las instituciones hubieran concurrido armónicamente pueblos y gobiernos, la república tendria hoy en el mundo, una culminante representación por su auto-



ridad moral, y su riqueza habria alcanzado proporciones que no pueden concebirse pero ante las cuales serian insignificantes las que hoy reviste.

El criterio extranjero está habituado á pasar por alto el concepto de nacionalidad soberana y organizada á que tenemos derecho, para solo preocuparse de la riqueza del suelo argentino y de la seguridad de los capitales invertidos en préstamos á los gobiernos ó empresas industriales y de comercio. A esa condición hemos llegado, como consecuencia de una moralidad política que no ha sabido rodear de respeto el nombre del país, caracterizando su reputación ante el mundo, por la rectitud de sus procederes y la seriedad en el cumplimiento de las obligaciones contraídas. Los causantes y beneficiarios de ese desastre del honor y del crédito nacional, carecen de autoridad y de título para condenar invocando el prestigio argentino en el exterior, un movimiento de protesta armada respetable y digno, por que es y será siempre, representativo de intereses sociales de todo orden, y exponente de potencia cívica, de sanas energías y de altos anhelos.

Sabe la nación, y con ella el mundo, que cuenta con una fuerza de resistencia, que si al revelar una vez más su importancia ha podido causar asombro á los que no creen en el vigor de sus reacciones, al persistir como factor de vida cívica será centro de atracción y elemento de progreso.

La Unión Cívica Radical no es propiamente un partido en el concepto militante. Es una conjunción de fuerzas emergentes de la opinion nacional, nacidas y solidarizadas al calor de reivindicaciones públicas. Servirlas y realizarlas restableciendo la vida del país en la integridad de su prestigio y de sus funciones, es el programa que formuló al congregarse, y que ha realizado con fidelidad hasta el presente. Ha sido y será centro de los espíritus independientes, que queriendo ó debiendo prestar su concurso á la obra de la reparación nacional, busquen la orientación propia de ese deber y la fuerza eficiente para llenarlo. Sus afiliados saben de antemano que no van á recibir beneficios ni á conquistar posiciones, sino á prestar servicios en la plena irradiación de su personalidad. Así lo ha demostrado en la cruenta labor que le ha correspondido en el lamentable periodo de vida porque atraviesa la República, rechazando la dirección de gobiernos, la coparticipación en otros y la jefatura de oposiciones falaces y engañosas. Mediante los primeros habria conquistado influencias reales y la segunda habria sido suficiente para ensalzar su acción y enaltecer á sus hombres. Pero se ha sustraído á unos y á otras considerándolos contrarios á su programa y susceptibles de descalificar su autoridad sin beneficio para la república.

Será enseñanza en el presente y honor en el futuro, el ejemplo de esta fuerza que se mantiene íntegra y poderosa sin las atracciones de la autoridad, resistente á los halagos y á las tentaciones, y superior á las adversidades que la combaten, porque la alienta un sincero y patriótico convencimiento de la magnitud de su misión en la existencia de la República. Sus sacrificios entrañan prestigios que serán imperecederos y fecundos por la inspiración que sugieren mientras que cuando á su acción se opone, al desmoronarse siguiendo la ley de las transformaciones, no dejará luz ni huella benéfica alguna.

Lo imprevisto tiene tanto de crueldad como de injusticia, pero el esfuerzo hecho al calor de convicciones y deberes sagrados, no se esteriliza nunca en desenlaces



negativos. Hay siempre fecundación de savia nueva en las inmolaciones sufridas y en los superiores sacrificios. Los que son capaces de realizarlos con la alta visión de la felicidad de la patria, están siempre en el corazón de los pueblos.

Los infortunios de la adversidad suelen ser consecuentes con los que van con el rostro vuelto hacia el sol y el pecho descubierto al combate, pero vale más quemarse á sus rayos que vivir á la sombra de egoísmos y concupiscencias.

La Unión Cívica Radical al reiterar su supremo esfuerzo ha procedido en esa forma afrontando la lucha leal y generosamente, prefiriendo, como siempre, ser vencida, sin vestigios de daños innobles,—á triunfar con sombras. Las personas de los gobernantes y demás ciudadanos con influencia oficial, fueron desde el primer momento objeto de especiales cuidados y consideraciones:—durante la conmoción íntima no podrá señalarse en ninguna parte el más leve abuso.

Las justificaciones presentes é históricas están en el espíritu de la patria y cada vez más aílbradas á la conducta de los gobiernos. Ellos demostrarán día por día la justicia y la oportunidad de la viril reacción.

La República presencia en estos momentos el espectáculo de gobernantes, partidos y hombres, que fundan su desenvolvimiento y la subsistencia de su autoridad en la amisión al Presidente y asiste á la reproducción en todo sentido, de las formas y procedimientos que caracterizaron la época del 81 al 90. Así tenía que ser, porque cuando los males no se extinguen, es fatal que se renueven con mayor intensidad.

El anatema estaba previsto para el caso de adversidad; debía reproducirse como tantas otras veces; estaban igualmente previstas las alabanzas para el caso del triunfo; pero como siempre aquel se estrellará en la integridad de nuestras frentes.

La Providencia fija los destinos de los pueblos y de los hombres; que ella proyecte un rayo de luz en nuestro sendero mientras nos mantengamos dignos.

Buenos Aires, Mayo 13 de 1905.—Hipólito Irigoyen, presidente honorario; Pedro C. Molina, presidente; José C. Crotto, vice presidente; Pablo A. Schiekondante, Vicente C. Gallo, secretario.

(iii).....!!!)

¿Estamos de acuerdo, lector; en que el manifiesto que acabamos de leer y comentar es un verdadero geroglífico; un documento huero, estudiadamente hecho, y tan lleno de absurdos, patrañas y embustes como el catecismo?....





## ADVERTENCIAS

El presente texto debiera hallarse en circulación por todo el territorio de la República desde el mes de Agosto de 1906; pero, todo mi empeño, todos mis esfuerzos, toda mi mejor voluntad se estrellaron contra un sinnúmero de dificultades con que tropecé para conseguir aquel propósito. Es por esto que aparece en tiempo talvez inoportuno.

Creo de mi deber dejar constancia también—para evitar torcidas interpretaciones,— que no vengo á comerciar con mi PELLEJO ni con el nombre de nadie, inspirado en el ejemplo de algunos AVES NEGRAS de los colosos del periodismo argentino: Nada gano, ni un centavo vendrá á mi bolsillo aunque se vendiera el libro á precio exorbitante. Otros son los que tienen un justo derecho al lucro para reembolsar el capital invertido y remunerar sus trabajos. Si alguien duda de esta aseveración, se me importa un BLEDO: hoy no tengo más juez que mi conciencia enteramente limpia y tranquila.

—OTRA: He hecho algunas correcciones en lo publicado en LA REFORMA, sin alterar absolutamente nada en su fondo. Las notas puestas al pié, á páginas 16, 36, 55, 70, 131, 143, 153, 168, 179, 204, 219, 238, 259, 269, 318, y la última parte del texto, no han sido publicadas en LA REFORMA.

—No dudo que este libro está plagado de errores: Ruego á los CRITICONES no señalen.... á Juan, Pedro ó Diego sinó al autor que, por causas de orden privado, se impuso la árdua tarea de corregir las pruebas por sí mismo, sin ser apto.

Buenos Aires, Enero 26 de 1907.

Señor Dr. Lino F. Cárdenas

Muy señor mío:

Teniendo necesidad de hacer imprimir en folleto todo cuanto se ha publicado en su diario LA REFORMA, relacionado con los sucesos del 4 de Febrero de 1905, solicítole quiera ser tan



generoso y desinteresado como siempre, cediéndome sus derechos á los efectos indicados.

No entro en mayores consideraciones porque á Vd. bien le consta cuales el fin que persigo al reunir las hojas sueltas de su batallador diario (mi único defensor!).

Siempre grato, y en la seguridad de que sabrá complacerme una vez más, me repito su affmo. amigo y S. S.

ROSA BURGOS  
Capitán de Infantería retirado

Buenos Aires, Enero 30 de 1907.

Señor Capitán de Infantería de Línea, Rosa Burgos.

Mi estimado amigo:

Con el mayor placer acabo de leer su carta y enterado de su contenido he creído de mi deber contestarla inmediatamente.

Nadie sinó Vd. es el autor de todas las publicaciones hechas en mi diario LA REFORMA, demostrando de una manera indubitable el fracaso de la revolución del 4 de Febrero de 1905, prestigiada por el partido Radical. Y nadie sinó Vd. es el autorizado para recopilarlas, publicarlas y hacer el mejor uso de ellas. Luego pues, la autorización que me solicita está demás.

Ahora solo me resta felicitarlo por su nueva publicación, deseándole no tire su semilla en terreno inculto, y pueda ver pronto el fruto de su sacrificio que como caballero y como soldado ha sabido conquistar en la opinión sana de los hombres como el que se suscribe de Vd. su affmo. amigo.

LINO F. CÁRDENAS

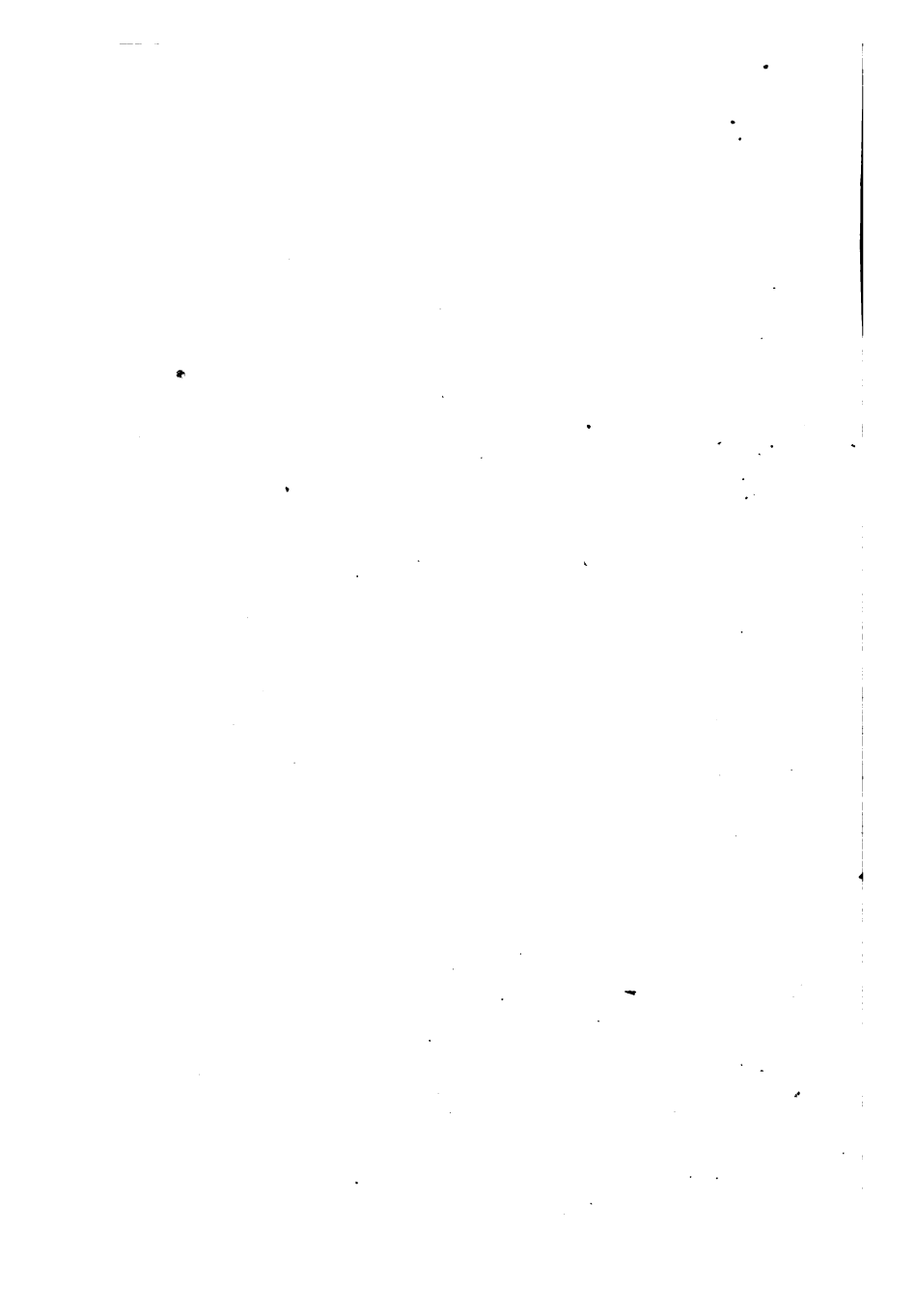
¿HE PREDICADO EN DESIERTO?.....

Bueno pues. Mayor es mi satisfacción!

FIN DEL PRIMER TOMO

L. F. C.  
1907







## RETURN CIRCULATION DEPARTMENT

**TO**  **202 Main Library**

|                                  |   |   |
|----------------------------------|---|---|
| LOAN PERIOD 1<br><b>HOME USE</b> | 2 | 3 |
| 4                                | 5 | 6 |

**ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS**

**Renewals and Recharges may be made 4 days prior to the due date.**

**Books may be Renewed by calling 642-3405**

**DUE AS STAMPED BELOW**

[illegible]

UNIVERSITY OF CALIFORNIA, BERKELEY  
BERKELEY, CA 94720



YC186669

U.C. BERKELEY LIBRARIES



C035204005



